
REY DE
LA IRA
PIPER STONE

REY DE LA IRA



PIPER STONE

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Postfacio
Maestros de la mafia
Otras Obras de Piper Stone

Copyright © 2024, Stormy Night Publications y Piper Stone

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede reproducirse ni transmitirse de ninguna forma ni por ningún medio, sea este electrónico o mecánico, incluyendo por fotocopia, por grabación, o por su incorporación a un sistema informático o de almacenamiento, sin el permiso por escrito del editor.

Publicado por Stormy Night Publications and Design, LLC.
www.StormyNightPublications.com

Título original: *King of Wrath*
© del texto: Piper Stone, 2023

Diseño de cubierta de Korey Mae Johnson
Imágenes de iStock/Lorado y iStock/AerialPerspective Works

Este libro está destinado *únicamente a adultos*. Los azotes y cualquier otra actividad sexual representada en este libro son meras fantasías, destinadas a adultos.

PRÓLOGO

Sarah

Hoy ha muerto alguien, alguien que tenía familia y amigos, un trabajo que le encantaba y planes para el futuro. Su vida se ha visto truncada por el destino, un momento cruel donde una ligera alteración en el tiempo o una decisión diferente podrían haber prevenido la tragedia. Habrá tristeza y lágrimas, bronca y frustración, y muchas preguntas difíciles.

Pero no tendrán respuesta.

Sí, hoy ha muerto alguien.

Creo que he sido yo…

CAPÍTULO 1



Capítulo uno

Sarah

Oscuridad.

Aunque la venda era suave, evitando que se colase ni un poquito de luz, no tenía miedo de lo que él me haría. Unos segundos más tarde, sentí su presencia y cómo su olor impregnaba mi piel, aunque él continuase en silencio.

Pero no me cabía duda de que estaba ahí, mirándome. Esperando.

Hambriento.

Me fascinaba lo mucho que se intensificaban mis demás sentidos cuando me cubría los ojos con la venda, despertando esa necesidad oscura y lujuriosa que él había sacado a la luz la primera vez que me tocó. Ya había llegado a la conclusión de que ese único suceso me había arrastrado a su mundo, este hombre era capaz de capturar mi alma antes de que yo supiese que había desaparecido.

Compartíamos una profunda necesidad, una sed tan intensa y electrificante que con una sola caricia se encendía un fuego entre nosotros. Me perdía a mí misma cuando estaba con él, era incapaz de centrarme y no podía entender el porqué. Me había capturado, usado y obligado a doblegarme ante sus deseos más oscuros y yo aún me encontraba hambrienta de más.

Ahora, mientras yo seguía en la misma posición en la que él me había colocado casi dos horas antes, mis sentidos se intensificaron al máximo; pensé que me volvería loca si no rozaba sus dedos contra mi brazo o me susurraba las palabras sórdidas y obscenas que hacían que estuviese cachonda perdida.

Quería odiarlo. No, necesitaba despreciarlo para logar romper el hechizo, pero cada vez que creía haber encontrado la fuerza para hacerlo, destruía mi voluntad con solo que una mirada de esos

ojos oscuros suyos. Era un monstruo, un depredador, un hombre malvado, pero lo único que podía ver cuando estaba con él era al hombre por el que me había precipitado hacia un abismo.

Igual estaba loca, pero se me hacía la boca agua por tener su polla dentro de mí, por ahogarme en su semen.

Me dolían los brazos, la cuerda que había usado para atarme las muñecas estaba más apretada de lo normal. Cada vez que me movía, las gruesas fibras me irritaban la piel. Estaba desnuda y expuesta, esperando a que me diese una orden. ¿Cómo había pasado esto? ¿Cómo? ¿Por qué?

Ya sabes la respuesta.

Sí, lo sabía, aunque a veces era difícil de aceptar.

Cuando me moví, tratando de liberar la tensión de mis rodillas, por fin escuché un sonido. Le siguió un murmullo profundo, un gruñido decepcionado porque me hubiese movido en absoluto. Mientras se acercaba y el frufrú de sus pantalones me hacía cosquillas en los oídos, contuve la respiración.

—Sigues siendo la chica mala que conocí, ¿verdad que sí? Mi sumisa perfecta. —Su voz profunda me resonó por dentro, originando una ola de deseo que fue casi abrumadora.

—Sí, señor.

Cuando sentí las hebras de una fusta cosquilleándome la espalda, temblé mientras la humedad me cubría el interior de los muslos y mi coño se contraía y relajaba. Estiró una mano, masajeándome un pecho y paseando el dedo arriba y abajo sobre el pezón. Después, lo pellizco sin reservas, retorciéndolo hasta que solté un gemido.

—Mi preciosa zorra a la que le pone el dolor. Sabes que me encanta eso de ti, ¿verdad?

—Sí, señor.

Este era nuestro juego, uno de tantos. Sus palabras sucias habían expuesto otra parte de mí, liberándola de unas cadenas invisibles, aunque físicamente yo fuese su prisionera. Pero las dos partes se encontraban en conflicto, mi razón luchaba contra lo inevitable.

—Mmm… Dóblate hacia delante —me indicó, sin dejar de rozarme el culo con las cuerdas de la fusta.

Hice lo que me pedía, haciendo un esfuerzo sobrehumano para evitar apoyar las manos en la alfombra.

—Abre más las piernas.

Una vez más, lo obedecí mientras la mujer fuerte de mi interior trataba de convencerme de lo contrario. Este hombre había sido mi perdición, su método de seducción era como el de un maestro afinando su querido instrumento. Y yo había caído en su trampa.

Me había arrebatado mi inocencia, usando un momento terrible de nuestras vidas para atarnos el uno al otro. Yo no era nada más que su posesión, pero no había otro lugar en el que prefiriese estar. Éramos tóxicos, apasionados y del todo incompatibles. Yo había hecho un juramento para salvar vidas.

Él había prometido destruirlas, causando dolor atroz por mera diversión.

—Buena chica. —Me tocó el hombro para darme un apretón, como para ofrecerme algún tipo de consuelo. A continuación, estrelló la fusta contra mi piel desnuda. El dolor fue instantáneo y el coño me latió de necesidad. Lo que había empezado como un plan de venganza se había convertido en una fantasía retorcida que ninguno de los dos podía controlar.

Ahora, él quería más de mí, no solo mi completa sumisión.

Lo quería todo.

Incluido mi corazón.

Y lo que me perturbaba era que estaba lista para entregárselo.

Cada sonido, desde el movimiento de su muñeca hasta el susurro del grueso látigo, se veía amplificado. Un escalofrío me bailaba por la piel. Mientras me daba varios azotes, cada uno inmediatamente después del anterior, contuve un gemido. Adoraba que yo gimotease de angustia debido a sus actos.

Y hoy me negaba a darle lo que quería.

Tras unos cuantos azotes extra, pareció darse cuenta de lo que yo estaba haciendo. Me agarró el pelo en un puño y me arrastró a mi postura inicial.

—¿Vas a negármelo?

—Sí, señor.

Rio mientras retorcía los dedos entre mis largos mechones, deslizando la fusta por mis pezones para provocarme.

—No me provoques, ya sabes lo que pasa cuando lo haces.

Su voz profunda sonaba diferente, más oscura de lo normal. Había cambiado en solo unas pocas semanas, perdiéndose en un mundo que me contó que nunca había deseado.

Aunque me dijo que yo era la única luz en su oscuridad.

Fuese lo que fuese, este hombre sería mi destrucción final, la pérdida tanto de mi libertad como de mi alma.

Lo que me aterraba era que ya se había hecho con una parte de mi corazón.

Temblé cuando deslizó el látigo con rapidez de un pecho a otro. Después lo hizo de nuevo, pero esta vez usando las tiras del extremo para azotarme los pezones con delicadeza. Me mordí la lengua para evitar sollozar hasta que repitió la acción una tercera vez, pasando de un pico duro al otro. Me sentía electrificada por la angustia, el éxtasis me recorría entera.

—Oh. Sí, sí…

—Esa es mi chica. —Me soltó el pelo, presionó la mano contra mi espalda y retomó la ronda de castigo.

Me retorcí. El corazón me iba a mil mientras la humedad me bajaba por las piernas, el olor de mi deseo flotaba entre los dos. Nunca había querido que un hombre fuese dominante, pero lo suyo era arrollador.

Mi amante.

Mi amo.

Gabriel.

El solo pensar en su nombre me provocó otra avalancha de deseo incluso mientras la angustia explotaba por mi torrente sanguíneo. Ya no me importaba, el placer que recibiría mi cuerpo hacía que valiese la pena cada segundo. Me dio seis azotes más, lanzó la fusta a un lado y me puso en pie con cuidado para apretarme contra su pecho. Mientras me agarraba un pecho, acariciándolo con la yema áspera de su dedo pulgar, no pude contener un escalofrío. Él tenía esa clase de efecto en mí, me permitía dejarme llevar del todo.

Me encontraba perdida en un mar de éxtasis según me guiaba hacia la cama, acostándome en ella y abriéndome totalmente las piernas.

—Tienes un coño precioso, mi dulce Sarah. Es perfecto en todos los sentidos, hinchado y brillante. Y yo voy a atiborrarme de tu dulzura. —Me separó las piernas totalmente, dejando que su respiración caliente viajase de una pierna a la otra y que su ronco gruñido marcase la pauta.

Quería estirar un brazo y tocarlo. Ardía en deseos de arrancarme la venda y ser capaz de mirarlo a la cara, pero no estaba dispuesto a permitirme tal privilegio. Frotó el interior de mis piernas, continuando con sus provocaciones y avivando ese fuego explosivo con una necesidad mayor de la que había sentido antes. Era un maestro a la hora de jugar con mi cuerpo, acercándome a ese momento de dulce culminación para luego detenerse. Quería que rogase para que me tocara, que gritase su nombre al correrme. Ansiaba que lo necesitase a él por encima de todo. De mis amigos. De mi trabajo. Del mundo que había dejado atrás.

Ya lo necesitaba de ese modo, era un hecho que nunca se alejaba de mis pensamientos. Apenas me rozó el clítoris con la punta de la lengua, di un saltó en la cama.

Riéndose por lo bajo, repitió el movimiento y, a continuación, deslizó sus dedos abiertos desde el esternón hasta mi estómago, donde trazó círculos con un dedo alrededor de mi ombligo.

—¿Qué quieres, mi preciosa Sarah?

—Tu boca. Tu lengua.

—Sí, tengo ambas cosas.

—¿Cuánto tiempo más vas a provocarme?

—Todo el que me plazca. Dime que no es algo que tú misma harías. —Sopló aire caliente contra mi entrepierna otra vez y después trazó un círculo con la lengua alrededor del clítoris.

Me retorcí de un lado a otro con la respiración agitada; sentía cada terminación nerviosa como un cable pelado.

—Por favor, lámeme. Méteme la lengua bien dentro.

—Eso ya está mejor. ¿Y después que quieres? Dímelo o enfréntate a un nuevo castigo.

—Fóllame, por favor. Fóllame.

Sus ruidos guturales cambiaron para volverse aún más intensos. Después me recompensó llevándose mi clítoris ya hinchado a la boca, succionando mientras hundía un solo dedo entre mis labios hinchados.

Estaba loca de necesidad, agitando la cabeza de un lado a otro, incapaz de poner freno a los gemidos ahogados que se me escapaban. Notaba que me estaba mirando, estudiando cada reacción, siempre en busca de más. Su hambre no conocía límites, este hombre era capaz de prender esa chispa de electricidad entre nosotros con una sola mirada.

Mientras me devoraba y aumentaba su necesidad, el placer era tan intenso que ya no podía pensar con claridad. Me tenía bien abierta, penetrando mi estrecho canal con varios dedos, flexionándolos y abriéndolos mientras me embestía con ellos de forma larga y dura.

Sabía exactamente lo que me gustaba y lo había sabido desde la primera vez, era capaz de llevarme cerca del límite, muy muy cerca, generando tal nivel de excitación que estaba casi siempre en un estado de frenesí. Lo de hoy no era ninguna excepción. Cuanto más me retorcía yo, más aumentaban de volumen sus gruñidos, ahogando el latido intenso de mi corazón. ¿Cómo podía ponerme tanto este hombre como para romper cada uno de mis mecanismos de defensa? ¿Cómo me había permitido caer en la trampa de sus métodos, descarrilando mi vida entera?

¿Y por qué empezaba a ya no importarme?

Me lamió y folló con los dedos durante una eternidad, hasta que me encontré sin aliento y el cansancio me recorrió por completo.

—Por favor, déjame correrme —rogué al fin, dándole exactamente lo que quería. Él sabía que pasaría, se había preparado para provocarme hasta que le rogase. Así era él, exigía control absoluto.

—Bien, entonces córrete para mí, Sarah. Llénname la boca con tus jugos. —Gabriel enterró la cara entre mis piernas, moviéndola de arriba abajo.

Había entrenado a mi cuerpo para que obedeciese sus órdenes, así que, en cuestión de segundos, un orgasmo me recorrió de arriba abajo mientras mi centro explotaba.

Le regalé el grito que quería, y volvería a hacerlo otra vez.

Y otra vez.

Hasta que ya no quedase nada.

Que era exactamente lo que él quería.

En una ocasión me había dicho que quebraría mi espíritu. No estaba segura de que no nos hubiésemos partido juntos.

CAPÍTULO 2

Capítulo dos

Sarah

Cinco semanas antes

Había visto como se desarrollaba la escena sangrienta como si ocurriese a cámara lenta. Había tenido un presentimiento de lo que pasaría antes de que pasase, un pitido demencial había empezado a sonar al fondo de mi mente como si me estuviese mandando un aviso. Me había alejado de la esquina de la calle donde me preparaba para cruzar, estaba en primera fila al borde de la acera porque yo era esa clase de mujer, siempre presionándome a aceptar nuevos retos.

Más rápido.

Más.

Pero aquella multitud no se movía. Estaba atrapada en el borde mismo de la carretera y una sensación enfermiza de anticipación me estaba mareando. Eché un vistazo a algunas caras en esos minutos que se convirtieron en vacío, sabiendo que ningún de ellos prestaba atención.

Ni les importaba.

De hecho, me empujaron fuera de la acera, preparándose para el cambio del semáforo, y situándome casi en plena línea de fuego.

Incluso cuando sonó el disparo a apenas unos milímetros de distancia y el crujido explosivo me rebotó en los oídos, nadie interrumpió su rutina diaria ni se molestaron en mirar a la víctima y la persona responsable.

Salvo yo.

Me abalancé hacia delante, pidiendo ayuda a gritos por más que dudara que ésta fuera a llegar. Asusté al autor del crimen con mis gritos solo unos segundos después de que la sangre y el tejido

cerebral salpicaran mi uniforme recién lavado. Reaccioné del mismo modo en que lo hacía todos los días en el quirófano, poniéndome en marcha y buscando cualquier señal de que el hombre con las pupilas dilatadas siguiera con vida.

La reanimación cardiopulmonar era algo que podía hacer con los ojos vendados, era algo que había aprendido a los doce años, como parte del programa de las *Girl Scout*. Más tarde me dijeron que yo era la razón de que él siguiera con vida, de que siguiera respirando cuando lo trajeron a mi quirófano.

Había sido su salvadora una vez.

Pero las probabilidades no estaban de mi parte. Igual en el cielo eso se decidía al azar, el ángel encargado debe identificar cuantas veces puede salvarse una persona. O cuantas veces puede una persona ser la salvadora.

Parecía que yo había agotado todo mi crédito para ese día, el hombre murió en la mesa de operaciones. Su carné de conducir nos proporcionó una identidad, un nombre que escribir en el certificado de defunción. Pero las fotos dentro de su cartera me habían contado la historia de su vida. Una preciosa mujer al final de la treintena. Dos niños adorables y un golden retriever de cola alegre. Se habían despedido de él esa mañana cuando se fue a trabajar con una taza de café impresa con fotos parecidas, la pareja seguramente había hablado de lo que harían esa noche cuando volviese a casa tras terminar su jornada como contable.

Jamás contemplaron la posibilidad de que podría ser su último día, o que la agresividad al volante sería la razón. Tal vez se olvidaron de decirse el uno al otro que se querían. O igual tuvieron una discusión de la que su mujer siempre se arrepentirá. Durante un tiempo, sus amigos llorarán su pérdida.

Después seguirán con sus vidas como si nada porque así son las cosas.

Cuando a primera hora de la mañana recibí una llamada de mi enfermera de planta tan solo unos minutos antes, avisándome de que otra paciente tenía dificultad para respirar, me dirigí a mi coche de inmediato. No importaba que fuera temprano o que mi coche estuviera cubierto de escarcha. Ignoré el parte meteorológico y tampoco me preocupé de si llegaría allí de una sola pieza.

Me lancé dentro del coche, decidida a salvar una vida.

—Está teniendo una crisis —dijo Maggie, con voz acongojada.

No, Dios, por favor. No iba a perder a otro.

Encogiéndome, trasteé con el aire caliente, intentando poner el modo de descongelación al máximo.

—Ya voy de camino. Asegúrate de todo y que el personal de cirugía esté listo. No tenemos mucho tiempo. —Cuando me llamó la enfermera jefe, supe que la situación era grave. Tenía un margen de tiempo mínimo para intentar salvar la vida de la mujer. Angie había peleado con todas sus fuerzas, pero había perdido una cantidad significativa de sangre y ya estaría empezando a sufrir sepsis.

—Tú puedes, doctora. Ten cuidado, hay hielo por todas partes.

—No te preocupes, Mags, siempre tengo cuidado. —Terminé la llamada y agarré el volante con tanta fuerza que los nudillos se me pusieron blancos casi al instante. Había rezado para que la medicación que le receté funcionase, pero tenía mis dudas sobre si conseguiría salvarle la vida a Angie.

Tenía que conseguirlo. Mi mente se negaba a aceptar otra opción.

Tomé una curva y la parte trasera de mi Cruze se desvió a la derecha. Mierda. *Contrólalo. Respira.* Hice cuanto pude, echándome hacia delante mientras me abría paso entre el tráfico de primera hora de la mañana. Gracias a Dios, estaba menos concurrido de lo normal, la reciente nevada había hecho que unos cuantos neoyorquinos de pura cepa se quedasen acurrucados en sus camas. Ahí mismo quería estar yo también, pero el deber me llamaba, como de costumbre. Me encantaba mi trabajo, pero la reciente saturación de pacientes estaba acabando con el equipo entero.

Al tomar otra curva, las ventanas empezaron a empañarse.

—Vamos, puñetera chatarra. ¡Funciona! —Toqueteé el aire acondicionado, poniéndolo al máximo, pero el vaho seguía extendiéndose por la superficie del parabrisas. No. No. Si tenía que parar a un lado, podría suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Al pisar el freno en un semáforo en rojo, pude sentir cómo los frenos perdían tracción; la sal que cubría la superficie de la nieve crujiente no servía de nada con estas temperaturas.

Por favor. Por favor, ayúdame a llegar al hospital.

Cuando la luz pasó a verde, no me sorprendió que el imbécil que llevaba detrás empezase a pitarme de inmediato. Todo el mundo iba con prisas. Pisé el acelerador con cuidado, apenas veía nada a través de la ventana. Jadeando, me eché hacia delante tanto como me era posible y froté el cristal con mi mano enguantada. El pequeño remedio me proporcionó una visión de 7x10 cm de la carretera. Mierda. Todo iba a peor. Solo quedaban cuatro manzanas. Cuatro manzanas de nada.

—Vamos, cariño. Tú puedes. —Iba a una velocidad muy por debajo del límite, arrastrándome hacia el hospital. Cuando otro semáforo se puso en ámbar, respiré hondo y pisé el acelerador. En ese momento, pareció como si el tiempo se hubiese detenido; el coche se desvió a la izquierda. Luego a la derecha.

Mientras mi precioso coche rojo giraba en la dirección contraria, fui consciente de los faros de un coche que se acercaba, del conductor que se precipitaba hacia mí. Lo único que pude hacer fue mantener las manos en el volante, pisando el freno con cuidado.

El coche se desvió otra vez y casi entré en pánico, el otro coche se acercaba. Cada vez estaba más cerca.

Más cerca.

Más cerca…

* * *

Gabriel

Dos minutos antes

—Voy a matar al hijo de puta. Eso voy a hacer —bramó Luciano.

Había más rabia en el tono de voz de mi hermano del que le había oído en mucho tiempo.

—No puedes matar a Joseph Moretti.

Aunque habíamos considerado enemigos a la familia Moretti durante años, nuestro padre había intentado establecer una tregua, ofreciendo a una de nuestras hermanas como posible esposa del hijo mayor de ese hombre despiadado, el que se esperaba que ocupase el trono cuando Joseph fuese asesinado o muriese por causas naturales. Llegados a este punto, sabía que sería lo primero. Sí, la familia Moretti al completo se merecía que la borrasen de la faz de la tierra. Yo tenía mis motivos personales para desearlo, la venganza era casi lo único que llevaba ocupando mi mente durante años. Sin embargo, que mi hermano perdiese los estribos ahora mismo podía ser algo traumático para toda la familia.

Estábamos rodeados de enemigos preparados para usurpar nuestro lugar como puñeteros buitres. Puede que yo me hubiese alejado del negocio familiar unos años, habiendo vuelto al redil hacía poco, pero sabía exactamente a qué nos enfrentábamos.

El poderoso control que la Cosa Nostra había mantenido sobre la ciudad se estaba debilitando, los cárteles y los rusos nos estaban respirando en la nuca. Los viejos métodos aprendidos en Sicilia no funcionaban en una ciudad tecnológicamente avanzada como Nueva York. Nuestros numerosos negocios se estaban resintiendo, a mi hermano le preocupaba que tuviéramos un traidor entres nuestras filas, pasándole información a Dios sabe quién. Era mi trabajo averiguarlo. Puede que odiase a mi padre y todo lo que representaba, pero nadie se metía con mis hermanos o hermanas.

Nadie.

Luciano y yo habíamos hablado por teléfono unos minutos antes, su falta de paciencia le impedía esperar a que yo llegase a su casa. Había colgado cuando recibió una llamada por otra línea y me llamó otra vez unos minutos más tarde, esta vez desde el coche y con una rabia incontrolable.

—Y una mierda que no. Me cago en este tiempo, estoy hasta los mismísimos del invierno.

Miré por el parabrisas esperando ver su coche. No podía ir más que un par de kilómetros por delante de mí. Al menos eso esperaba, pero cuando Luciano tomaba una decisión, nada podía impedirle llevarla hasta el final.

Sin importar las consecuencias.

Estaba como una cabra por ir a por ese tío sin refuerzos. Me negaba a permitir tal cosa. No podía más que depositar mis esperanzas en no llegar demasiado tarde.

—¿Qué cojones ha pasado? —La llamada había dado comienzo a lo que terminaría por convertirse en una guerra entre dos poderosas entidades. Mi hermano nunca había estado tan encolerizado.

—No importa, ese tío va a morir —gruñó.

Maldita sea. ¿Qué coño le pasaba?

—No hagas ninguna estupidez. Espérame, joder. Ya sabes todas las medidas de seguridad que tiene. —Yo era un puñetero corredor de bolsa que aborrecía la mierda en la mi familia no paraba de meterse.

Sí, éramos poderosos, mi padre había extorsionado o «convencido» a ciudadanos influyentes de que mirasen a otra parte en lo referente a sus negocios, pero yo no quería tener nada que ver con ello. Luciano había insistido en que tomase parte. Hasta el momento, no me interesaba mancharme las manos con más sangre. Sin embargo, que mi padre siguiese insistiendo en que Theodora se casase con ese puto cerdo me cabreaba de cojones. Nico Moretti no era más que un primate que disfrutaba torturando a hombres con sus propias manos.

Conocía a mi padre lo bastante bien como para saber que había un motivo oculto detrás de ese matrimonio. Y tenía pensado averiguar cuál era. Luciano había estado muy ocupado apagando fuegos e intentando mantener el fuerte de nuestro imperio como para descubrir el gran misterio.

—Ni de coña, hermano. Uno de mis soldados me ha informado de que Joseph planea abandonar hoy la ciudad. Ya se está escondiendo en una ubicación alternativa como el cobarde que es, pero lo he encontrado. —Luciano se rio como un maníaco, el sonido era tan demencial como lo que estaba a punto de hacer—. Supongo que llegó a sus oídos lo poco contento que me puse al descubrir que invadió nuestro territorio. De ahí la traición final. Hijo de puta.

Ya había oído que Moretti dio la orden de que mataran a dos de nuestros hombres, cosa que nos había allanado el terreno para eliminarlo, pero lo que quiera que Joseph hubiese ordenado además lo puso todo en marcha. Esperaba que Luciano estuviera listo para enfrentarse a las repercusiones de esto.

—Llegaré ahí en ocho minutos.

—Para entonces el trabajo ya estará hecho —dijo Luciano, medio entre risas. Estaba disfrutando de lo lindo de esto.

—Muy bien —siseé, lanzando el móvil al asiento contiguo. Miré por el espejo retrovisor sintiendo un peso en el pecho. Ya no me reconocía a mí mismo. Me había pasado años marcando las distancias con mi familia, fingiendo que no tenía responsabilidades.

Y había sufrido, ahogándome en la autocompasión como un animal herido.

—Eres un inútil —me había dicho mi padre en varias ocasiones.

Estaba furioso conmigo mismo por todos los años que había perdido. Sinceramente, el dinero y la influencia me importaban una mierda. Tenía un buen sueldo y disfrutaba de no tener que estar guardándome las espaldas cada dos segundos. Golpeé el volante con fuerza. El crujido de la nieve bajo las ruedas del Charger era otra señal de que esto no podría estar pasando en un peor momento.

Que Luciano se las hubiera apañado para convencerme de tomar las riendas del Club Rio era un recordatorio de su poder de persuasión. Claro que era cierto que él ya tenía bastante de lo que ocuparse y que nadie externo a la familia tenía permitido dirigir ninguno de nuestros negocios.

Me habían presentado dos opciones: ser su segundo al mando en todo o dirigir el club. Había escogido lo último, tal vez porque se trataba de un negocio totalmente legal. Joder, ¿qué sabía yo sobre regentar un puñetero club privado para hombres? Nunca sería rey, un cargo que jamás había querido, para empezar.

Al girar en una curva y verme obligado a parar en un semáforo, me asaltaron feos recuerdos del pasado. No. Me negaba a hacerme pasar por eso. Los Moretti habían mostrado su cara oculta después de años de juego limpio, aunque era obvio que la tregua era temporal.

¿Por qué amenazarían de repente a mi familia después de hacer otro trato?

Algo no cuadraba, pero mi hermano estaba demasiado cegado por la rabia para darse cuenta.

Unos segundos más tarde, demasiado impaciente para esperar, aceleré a pesar del semáforo en rojo, retando a la puta policía a detenerme. Puede que fuera igual que mi padre y mi hermano después de todo.

Con el pitido de los cláxones de fondo, pisé el acelerador hasta que reparé en las luces de freno que se veían a través del parabrisas. Obligado a reducir la velocidad y frenar, giré el cuello para ver qué demonios pasaba. Pasaron cinco segundos. Diez. Un minuto entero.

Se me asentó una sensación de malestar en el estómago. Cogí el móvil y marqué el número de mi hermano. Cuatro tonos y directo al buzón de voz. Mierda. Me recosté en el asiento y respiré profundamente varias veces. Nadie se movía.

Pasaron otros treinta segundos, puse el freno de mano y abrí la puerta. Me importaba una mierda si perturbaba el tráfico. Algo iba mal. Me resbalé mientras echaba a correr hacia delante y la gente me gritaba desde las ventanillas de sus coches. Cuando mis pies se estabilizaron y empecé a avanzar, oí las sirenas en la distancia.

Oh, joder, no.

Un escalofrío helado me recorrió la espalda, un sexto sentido que se agitaba dentro de mí como una tormenta de fuego. Cuando giré la esquina, mi cerebro no pudo procesar lo que estaba viendo.

Dos coches aplastados.

Me acerqué, apenas pudiendo respirar.

No había duda, uno de los coches era el de Luciano. Rezar no era lo mío, supe a una edad temprana que ningún miembro de la familia Giordano jamás tendría salvación. Era un hecho que se había probado cientos de veces. Nuestra sangre estaba contaminada por generaciones de actos malvados. Incluso la devota fe católica de mi madre y su insistencia en criar a unos niños decentes que creyesen en la bondad no había podido ni abrir una grieta en nuestra capa de maldad.

Pero, en aquel momento, recé por primera vez porque mi hermano siguiese vivo.

Al acercarme, tuve el presentimiento de que el otro conductor había provocado el accidente. Ambos coches estaban dados la vuelta y el hedor a gasolina impregnaba el aire. Había docenas de espectadores, pero nadie intentaba ayudar. Gilipollas. Me cago en la madre que los parió.

Luciano había salido disparado desde la ventana delantera por culpa de su estúpida costumbre de no ponerse el cinturón. Había sangre por todas partes y el crujido de los cristales rotos me pitaba en los oídos. Me acuclillé en la nieve, buscándole el pulso. Estaba vivo.

—Luciano, la ayuda viene en camino. Todo va a ir bien.

Gimió y se le movieron los párpados.

—La mujer —dijo con voz ronca.

—¿Qué mujer?

—En…el otro… coche. —Siguió tosiendo, le salía sangre de la boca.

Miré hacia el otro coche, notando que salía humo del capó.

—¿Qué pasa? —Las sirenas se acercaban, pero la gente y los coches les bloqueaban el paso. *Salid del puto medio.*

—S-sálvala.

—Ni de coña. De aquí no me muevo.

Se las apañó para levantar el brazo y posar sus dedos ensangrentados en mi camisa.

—Hazlo… mi… hermanito…el bueno.

Increíble. ¿Era este su intento de última hora de ir a parar al cielo?

—Vale —respondí, tambaleándome hasta el otro vehículo e inspeccionado el área. El coche se incendiaría en cualquier momento. Joder. Me precipité hacia el coche y tiré de la manilla. Estaba bloqueada. Mierda. Al mirar en su interior, vi un cabello rubio y largo. Luciano había visto su cara antes del accidente.

Se encontraba desplomada sobre el volante, era probable que el cinturón le hubiera salvado la vida. Menuda ironía. Ella había provocado el puto accidente y era posible que sobreviviese. Luciano conocía mi lado bueno, ese del que tan a menudo se burlaba y que nunca me permitiría dejarla abandonada. Sabía cuáles eran todos los puntos de presión del parabrisas. Nuestro padre se había asegurado de que cada uno de sus hijos estuviera entrenado en armas, defensa y que supiera cómo salir de un vehículo destrozado, incluso bajo el agua.

Los enemigos se habían vuelto creativos a la hora de eliminar a sus presas.

Me apresuré a ir hacia el otro lado, donde una ráfaga de humo captó mi atención. Tendría una sola oportunidad para hacer esto y, con el coche de lado, haría falta un milagro para sacarla. Casi me resbalo dos veces cuando empecé a pegar patadas en el punto de presión del cristal, pero seguí insistiendo, ignorando a los mirones inútiles que jadeaban y me animaban.

Puta escoria inútil.

Cuando el parabrisas por fin se partió, no perdí un segundo y empecé a pegar puñetazos para quitar la mayor cantidad de cristal posible. Después, me arrastré adentro y sus débiles gimoteos me hicieron saber que seguía viva.

—No sé si puedes oírme, pero voy a sacarte de aquí. —Pulsé el botón del cinturón, y comprobé, sin sorpresa, que el puñetero trasto estaba atascado.

La mujer gimió otra vez y esta vez intentó moverse.

—No te muevas, quédate quieta. Voy a tener que cortarte esto.

Las llamas ya se estaban avivando y el hedor era cada vez peor. Saqué la navaja y me apresuré a liberarla, agarrándola antes de que pudiera moverse. Cuando la deposité con cuidado entre mis brazos, sonó un traqueteo que venía de alguna parte de debajo del vehículo y que provocó que sintiera un subidón de adrenalina.

Tuve que retorcer el cuerpo para evitar que ningún cristal le fuera a parar a la cara. Cuando por fin conseguí salir, la apreté con fuerza contra mi pecho, resbalando sobre el hielo mientras me alejaba lo más posible del vehículo.

—Apartaos —gritó alguien—. Va a explotar.

La explosión me impulsó unos cuantos metros hacia delante, provocando que ambos cayéramos con fuerza contra la nieve. En ese momento, agradecí la presencia de la manta blanca para amortiguar nuestra caída. Jadeando, me aparté de inmediato, depositándola en el suelo con cuidado.

—¡Que alguien se ocupe de ella! —Miré hacia abajo y vi que tenía los ojos abiertos. Eran del tono de azul más bonito que hubiera visto jamás. Cuando parpadeó, le acaricié la cara sin más motivo que para consolarla—. Todo irá bien. Estás en buenas manos. —En buenas manos. Madre mía. Acababa de verse cara a cara con el diablo y éste le había permitido vivir.

En cuanto me puse en pie, vi a los paramédicos dirigirse hacia nosotros y cómo un camión de bomberos lograba abrirse paso. Entonces volví corriendo junto al coche de mi hermano. Cuando miré abajo, sentí que Luciano iba perdiendo las ansias de vivir.

Eché la cabeza hacia atrás y solté un bramido.

* * *

Bip. Bip. Bip.

Odiaba los hospitales. El olor. Los ruidos. Las prisas de la gente cuando los golpeaba la tragedia. Y los llantos de aquellos que se quedaban atrás, a su suerte.

Hoy no era una excepción, salvo que eran mi madre y mi hermana las que lloraban. Había escuchado llorar a mi madre antes, pero siempre de forma queda, como si tratase de ocultar su tristeza. Lo de hoy era muy distinto, ese sonido desconsolado no se parecía a nada que hubiera escuchado antes.

Yo seguía de pie en el mismo sitio en el que llevaba desde que entré en el hospital, esforzándome por respirar a pesar del peso sofocante que se negaba a abandonar mi pecho. Me tensé cuando sentí una mano en el hombro.

—Ahora el asunto está en manos de Dios.

Me impresionó escuchar esas palabras de boca de mi padre. Nunca se había comportado como si fuese creyente. Al inclinar la cabeza, pude ver las lágrimas en sus ojos.

—Alguien va a pagar por esto.

—¿Quién, hijo? ¿La madre naturaleza? No hay nadie a quien culpar. Son cosas que pasan. Al final lo que importa es cómo seguir adelante, sobre todo en esta familia. No podemos mostrarnos débiles. Nunca. ¿Me entiendes?

Por Dios. Mi hermano ni había respirado su último aliento y mi padre ya estaba pensando en los negocios. Rechiné los dientes, esforzándome al máximo por no decir algo de lo que me arrepentiría. Ahora no era el momento de empezar una pelea de gallitos con este hombre tan duro. La única vez que me enfrenté con él fue justo antes de abandonar su casa, me había roto la nariz y herido mi orgullo. Juré odiarlo aquel día. Hasta entonces, eso había hecho. Pero ahora tenía delante a un hombre destrozado, incluso aunque se negase a dejarme ver lo débil que se había vuelto.

Los cuatro años desde que abandoné la familia habían pasado factura.

—Escucha a mamá, está destrozada. ¿Vas a soltarle a ella esta misma mierda? —Mi enfado no hacía más que crecer, era la clase de ira que podía volverse incontrolable. La mujer a la que salvé era la culpable. Tenía que tranquilizarme o esto terminaría en una reyerta familiar.

Había fuego en sus pupilas cuando me miró.

—La venganza se sirve mejor fría, Gabriel. Y sabes que yo soy partidario de que todos aquellos responsables de una traición paguen por sus pecados, pero, en este caso, la joven del otro coche no tiene culpa. Además, le salvaste la vida. Eso fue decisión tuya.

—¿Qué cojones quieres decir con eso?

—Basta, parad de una vez. ¡Nuestro hermano está en el quirófano y vosotros dos os comportáis cómo si pudierais controlar el puñetero mundo! —el exabrupto de Theodora fue más alto de lo normal, muy alejado de su habitual talante comedido. Estaba temblando y se le había corrido el maquillaje.

—Tú no lo entiendes —medio susurré yo. *Debilidad. No muestres ninguna debilidad.* Tal cosa no estaba permitida en nuestra familia. Ni por un segundo.

«Sé un hombre», me había dicho él a los doce. Bien, sería un hombre.

—No hagas el tonto, Gabe. Quiero a Luciano; es mi ancla, un hermano mayor que sí mira por mí. Tú nunca estás presente. Estás demasiado ocupado haciéndole la pelota a ricachones accionistas como parar preocuparte por tu puñetera familia. Te odio.

—No digas esas cosas —saltó mi madre—. Somos una familia y punto. No vamos a separarnos, ¿me oís? —Nos miró a cada uno a los ojos, dejándome a mí de último y lanzándome una mirada larga y fría—. ¿Se ha puesto alguien en contacto con Maria?

A nuestra hermana le había salido un trabajo como modelo en Italia. Eso era cuanto sabía.

—Sí, yo —dije, aunque me había visto obligado a dejarle un mensaje en el contestador.

Me alejé con la culpa carcomiéndome, Theodora tenía razón. Había hecho cuanto estaba en mi mano para evitar acudir a reuniones familiares, y mucho menos a las reuniones de negocios donde yo figuraba como accionista. Había fingido que estaba demasiado ocupado como para asistir. Me había esforzado tanto en hacer a un lado mis responsabilidades que apenas conocía ya a ninguna de mis hermanas.

El malestar que sentía dentro era la cosa más dolorosa a la que recordaba haberme enfrentado. Me dirigí hacia el quirófano, sin saber qué hacer. Lo que sí sabía era que el peso de los negocios familiares recaería sobre mis hombros independientemente de si Luciano sobrevivía o no; el proceso de recuperación sería largo y arduo. Me metí las manos en el bolsillo después de llamar al ascensor. ¿Por qué seguía teniendo la sensación de que había algo más detrás del accidente?

Mis instintos rara vez me fallaban, pero, en este caso, no estaba seguro de que mis pensamientos no se debiesen al duelo, un sentimiento que conocía muy bien. Me apoyé contra la pared fría y pensé en la última conversación que había tenido con Luciano, antes de la de esta mañana. Había terminado en discusión después de me negase a dejar mi trabajo. Hasta le había colgado. Después, me envió un mensaje escueto sobre los Moretti y algo hizo clic dentro de mí.

La familia tenía que permanecer unida.

Joder, a buenas horas me daba cuenta.

En cuanto puse un pie en la planta de cirugía, me entraron náuseas. Mientras avanzaba por el pasillo, se abrieron unas puertas dobles de par en par y de ellas emergieron dos personas caminando al lado de una camilla. Se me aceleró el corazón en cuanto vi quien era la paciente.

La mujer a la que había salvado, la criatura que parecía un ángel bajado del cielo.

Estaba viva.

Había conseguido salvarla.

Al pasar por mi lado, abrió los ojos y, por unos segundos, me permití sentirme cautivado por su belleza. Era, sin asomo de duda, una de las mujeres más atractivas que había visto jamás. Dejé de oír lo que pasaba a mi alrededor, el tiempo dejó de existir. Me recorrieron unas sensaciones extrañas, un rugido de deseo que hizo que sintiera una sacudida en la polla. Sentí una descarga de electricidad, a pesar de que me empujaron hacia atrás con brusquedad. Había cuatro personas rodeando su camilla, una encaramada sobre su cuerpo, practicándole RCP. Era probable que se estuviese muriendo y yo estaba cachondo. ¿Qué cojones me pasaba? Permanecí sin parpadear hasta que ya no pude ver ni oír el ligero traqueteo de las ruedas.

Una parte de mí quería poseerla.

La otra necesitaba destruirla.

Las dos partes estaban enfrentadas, pero, de una forma u otra, si la mujer sobrevivía, pagaría por destruir mi familia.

O con su cuerpo o con su vida.

—¿Sr. Giordano?

Al escuchar mi nombre, giré la cabeza con lentitud para encontrarme al cirujano de Luciano delante de mí.

Entonces negó con la cabeza.

Y todo mi mundo se vino abajo.

Mientras explicaba lo que había pasado, las palabras se desvanecían en un pozo de sed de sangre. Le había hecho una promesa a mi hermano y era una que pensaba mantener.

Si esa mujer era responsable de su muerte, la mataría con mis propias manos.

CAPÍTULO 3

Capítulo tres

«Pero no había ninguna necesidad de avergonzarse de las lágrimas, pues ellas testificaban que el hombre era verdaderamente valiente; que tenía el valor de sufrir».

—Viktor E. Frankl

Gabriel

Lágrimas.

Demasiadas se habían derramado los últimos tres días. Tres putos días viendo a mi familia sufrir, mi madre apenas funcionaba debido a la terrible pérdida. Incluso me había encontrado a mi padre en su despacho con una botella de whisky escocés medio vacía sobre el escritorio y lágrimas surcándole las mejillas.

Yo no derramé ninguna.

Años atrás, había acusado a Luciano de ser incapaz de mostrar emociones. Me había aconsejado que lo mejor, dado nuestro campo de trabajo, era no aferrarse a nadie jamás porque la pérdida resultaría insoportable. Había sido un hombre duro, despiadado en todos los sentidos, y no había ni una sola persona que nos conociese a los dos que no dijese que estábamos cortados por el mismo patrón. Éramos los mejores amigos.

No me había dado cuenta hasta ahora, pero podía ser que hubiese adoptado su filosofía después de todo. Me había transformado en alguien completamente vacío de emociones, a excepción de la ira, que quemaba como el sol de medianoche y necesitaba una vía de escape. Tenía mis razones para ello, incluida la pérdida de Luciano.

Suspiré, no deseaba nada más que ahogar el ruido de la música del órgano. Todo lo referente a este odio era una hipocresía.

El día estaba nublado y el frío gélido de los últimos días hacía que siguiese en el suelo la misma nieve horrible que había conducido a su muerte. Notaba el frío y la nieve incluso dentro de la iglesia, el frío me bajaba por la espalda como una serpiente venenosa. Me había situado lejos de mi familia, incapaz de ofrecerles ningún consuelo. Al final, Maria había llegado a tiempo para el funeral, aunque apenas me había dirigido la palabra.

No teníamos mucho que decirnos. Había perdido su confianza al hacer a un lado mi herencia.

Un accidente.

Las noticias habían llegado esta mañana. No había nadie a quien culpar por el accidente que nos había arrebatado a un miembro de la familia. Y una puta mierda.

Deslicé la mano en el bolsillo y cerré la mano alrededor del anillo que Luciano llevaba puesto cuando murió. Lo cierto era que no tenía derecho a quedármelo. Todavía tenía que ganarme mi sitio en una organización distinta pero igualmente poderosa. De todos modos, la joya de negro ónice con una serpiente era un símbolo que tenía la intención de honrar.

Representaba a una hermandad que nuestro padre consideraba una blasfemia, pero que Luciano había creído que era el camino hacia el futuro, al enfrentar a enemigos en circunstancias diferentes. Mi hermano había bromeado con que las reuniones trimestrales se asemejaban a una reunión de caballeros reclamando una posición de poder en la mesa redonda. Solo que no se reunían por motivos humanitarios, sino para mantener el derramamiento de sangre al mínimo. Igual unirme era la única manera de sentirme cerca de él.

Igual tenía más ansias de poder de lo que me quería admitir.

Me tensé al ver a mi padre acercarse, sabiendo exactamente lo que iba a decirme. Me preparé mentalmente para la crudeza de sus palabras, la obligación de la que nunca podría huir. Lo que él no sabía era que yo me había reconciliado con la idea de verme obligado a tomar las riendas de nuestro imperio. Había una sencilla explicación para este cambio de parecer.

La sed de sangre.

Me consumía; esa sed de venganza era en lo único en lo que podía pensar desde que averigüe el nombre de la chica.

Sarah Washington, hija del alcalde de Nueva York, William Washington, el apreciado líder que no se molestó en ocultar su plan para acabar con mi familia. El accidente no había sido ninguna coincidencia. No había persona viva en este mundo que pudiese convencerme de lo contrario. En mi opinión, el plan era provocar un pequeño accidente sin importancia y que la chica usase sus encantos femeninos para plantarle droga o cualquier otra prueba delatora en el coche. Me pasé la mano por el pelo, esforzándome por respirar.

Si habían usado o no a la chica como un peón importaba más bien poco. Alguien tenía que pagar por la muerte de Luciano. Ojo por ojo.

El número de políticos y magnates de los negocios que ocupaban los bancos me repugnaba. Seguramente estaban encantados de que un miembro de la familia Giordano hubiese perdido la vida. Me sorprendió ver que casi todos los miembros de la hermandad estaban presentes. No me llegaban las manos para contar cuantas veces me había burlado de mi hermano mayor por

participar en la creación de un grupo de líderes sindicales. Sin embargo, percibía más lealtad de la que me esperaba.

Constantine Thorn, el otro hombre responsable de la creación del grupo, ya había puesto sobre la mesa el ofrecerme a mí el puesto de mi hermano dentro del prestigioso consejo de poder. Aún tenía que decidir si aceptaría o no su invitación en caso de que llegase. No me apetecía jugar a los políticos, ni siquiera con los de nuestra clase.

Sacudí la cabeza, resoplando. Sí, éramos una clase especializada de monstruos, hombres capaces de los actos más abominables, de crímenes que podían ponernos entre rejas de por vida o condenarnos a la inyección letal y, aun así, tenía la corazonada de que sería el karma lo que acabaría conmigo. Giré otra vez el anillo entre mis dedos dentro del bolsillo. El anillo «soberano» era sagrado, el derecho a llevarlo no era algo que te concedían, si no algo que debías ganarte. Algo que solo pasaba tras derramar sangre y ganarte un respeto. Yo había hecho poco de las dos cosas.

Pero eso pronto cambiaría.

Igual estaba canalizando a mi hermano muerto.

No obstante, seguiría el código de honor establecido y mantendría al menos una conversación con Constantine. Él se tenía a sí mismo como el mandamás de los mandamases, alguien incontestable para la mayoría de los mortales. Ni lo conocía ni quería hacerme su amigo. Eso a mí no me iba.

—Lo siento, tío. —Esa voz era un recordatorio de mi otra vida, esa en la que había alterado mi identidad. No lo había hecho para proteger a los inocentes, sino que había querido distanciarme del apellido de mi familia y el estigma que lo acompañaba. Aunque no había presumido de quien era yo, tampoco me había esforzado en que el apellido de mi familia o su legado fuese un secreto. ¿De qué me serviría?

—Rick, te agradezco que hayas venido —dije yo, estrechándole la mano.

Rick Lyttle trabajaba en la misma agencia de corredores que yo, lo contrataron solo un par de meses después que a mí. Era agudo, ambicioso como yo, y nos llevamos bien desde el primer día. Respiró profundamente, estudiando la multitud.

—Tu hermano era un hombre influyente —comentó.

—Sí que lo era. —No es que cayese bien. A la gente le aterraba lo que Luciano era capaz de hacer, la crueldad que albergaba en las profundidades de su interior. Le había acusado en más de una ocasión de seguir los pasos de nuestro padre en vez de guiar a la Cosa Nostra por nuevos derroteros.

Luciano se había reído en mi cara, asegurándome que un día entendería de verdad lo que esto conllevaba. Ese día había llegado y la idea me ponía enfermo. Ahora cargaba con un peso sobre los hombros, pero tras someterme a un examen de conciencia, me di cuenta de que no tenía más opción.

—Sé lo importante que él era para ti.

Asintiendo, miré a Rick a la cara. Él también había tenido su buena dosis de tragedias,

incluyendo la pérdida de su hermana unos años atrás.

—Luciano era de esos tíos a los que no se puede ignorar.

Se rio y se metió las manos en los bolsillos.

—Odio las iglesias. Jamás he pisado una por nada más que muerte.

La muerte me había rondado la cabeza con insistencia esos últimos días. Nunca me había detenido mucho a pensar en ella antes. Mi familia siempre me había parecido invencible. La muerte era definitiva y el accidente que le había arrebatado la vida a mi hermano era algo corrupto. No había más vueltas que darle.

—Entendido —murmuró mi padre por lo bajo según se acercaba. Nunca se había esforzado en ocultar que Rick no le gustaba.

—Ya hablaré contigo después de la ceremonia. —Tras eso, Rick se marchó, alejándose del poderoso Anthony Giordano, temido por casi todos los que lo conocían.

Mi padre se detuvo a mi lado, mirando al cura mientras le ofrecía a mi madre y hermanas el consuelo que necesitaban. Ignoré la voz del párroco sin dejar de escudriñar a aquellos que presentaban sus respetos. No sería ninguna novedad que un enemigo fuese tan ruin como para hacer una tentativa durante un oficio religioso. Aunque mi madre lo había prohibido, yo llevaba encima dos armas y les había ordenado a los soldados de Luciano que patrullaran los alrededores de la iglesia. Me corrijo, *mis* soldados.

—Deberías ir junto a tu madre —dijo mi padre con voz baja, en muestra de respeto.

—Más tarde.

—¿Te preocupa que los Moretti den un golpe?

—Teniendo en cuenta que es probable que conociesen bien las intenciones de Luciano, yo no lo descartaría. Y tú tampoco deberías. A causa de su muerte, pensarán que la familia Giordano no puede levantar cabeza y vendrán a por nosotros sin tregua, sin importar el trato que hayas hecho. Pero están muy equivocados.

Se produjeron unos segundos incómodos.

—El trato sigue sobre la mesa —refunfuñó.

—Eso tendré que decidirlo yo. —Otros dos soldados míos habían muerto en un tiroteo fortuito, pensado para que pareciera que una venta de drogas acabó mal, pero, a mi modo de ver, alguien me estaba mandando un mensaje. Sin embargo, aventurarme a conclusiones precipitadas no era lo más aconsejable después de haber estado tanto tiempo fuera de juego.

La tensión seguía siendo alta.

—¿Significa eso que aceptas tu cargo? —preguntó, sin molestarse en mirar hacia mí. Qué mejor sitio para entregar la espinosa corona del que está al mando que en un funeral. *Los negocios nunca descansan*, me había dicho papá más de una vez. Yo era el segundo en la línea de sucesión, a mis dos hermanas las consideraban incapaces de manejar el negocio familiar, al menos hasta los extremos que serían necesarios. Las habían mantenido alejadas de nuestra parte

carente de escrúpulos, una parte que provenía de nuestra herencia italiana.

—Significa que haré lo que haga falta. —A esas alturas, estaba preparado para meterle una bala a cada capullo de los Moretti. Era algo que llevaba deseando desde hacía años, pero papá me había convencido de no hacerlo. Ahora no tendrá derecho a hacerlo, después de que yo acepte el trono.

Me apretó el hombro igual que lo había hecho en el hospital, solo que esta vez su mano no estaba tan firme.

—Estoy orgulloso de ti, hijo, por dar un paso adelante. Tu hermano también lo estaría. Lo celebraremos esta noche de forma especial.

Celebrar. Mi hermano llevaba muerto tres días y era hora de pasar página.

—¿Acaso tenía otra opción? —dije con la voz cargada de sarcasmo.

—Siempre hay otra opción.

Casi me reí. En esta familia, no. Generaciones enteras de los Giordano habían tenido prisionera a la ciudad en la que se asentaran con dinero y poder, hallando la forma de extorsionar hasta a los individuos más respetados. Todo el mundo tenía algún secreto sucio, hasta yo lo sabía. Nuestra familia no era ninguna excepción. Todos nosotros teníamos asuntos que preferíamos mantener ocultos. Luciano lo había llamado un vil juego de la ruleta rusa. Cualquiera que pudiera asegurarse de que esa única bala estaba en su poder se situaría en lo más alto de la cadena alimentaria.

Él se había propuesto asegurarse de que los Giordano ganaban cada batalla, cada refriega sin importancia.

Ahora era yo quien pensaba asegurarse de eso siguiese así, de lo contrario, llovería sangre en las calles de Nueva York.

No importaba que las cosas hubieran cambiado a lo largo de los años, que los métodos empleados para los negocios fueran diferentes a los de cuando mi padre tenía mi edad. El poder que poseíamos estaba enraizado con la tierra bajo nuestros pies, manchada tras años de derramamiento de sangre.

Y nunca cambiaría.

—Entonces, elijo la venganza.

Había rumiado acerca de mi enfado, buscando en mi alma negra qué hacer. Matarla no sería suficiente. Tanto ella como su familia se merecían sufrir de la peor de las maneras por arrasar con nuestra familia, por provocarle tal angustia. Había llegado a esa conclusión mientras pasaban las horas. Mis planes para ella satisfarían mis deseos durante semanas, si no meses. En vez de una gratificación instantánea, tendría tiempo para profundizar en mis deseos más oscuros. Eso me complacía aún más.

Suspiré, sabiendo que no tenía nada que decirme. Le había informado sobre mi descubrimiento respecto a la mujer y no había dicho palabra. Estaba demasiado sumido en su propia culpa por haber convertido a sus hijos en cabrones despiadados. Al menos, eso le había pillado diciendo. Era un honor que me colocase en la misma categoría dado que había pensado en mí como

alguien descartable.

—¿Cuáles son tus intenciones? —preguntó al fin.

—Me pasaré por el hospital más tarde para hacer una visita. Voy a hacerlo a mi manera.

Negó con la cabeza.

—Fue un accidente, hijo, pasan hasta en nuestra línea de trabajo. No destruyas a una chica inocente por tu ira.

Nuestra línea de trabajo. Quise reírme en su cara.

—Sabes perfectamente quien es ella, papá. Te aseguro que no soy la única persona que está viendo la relación. Si no buscamos ni satisfacemos nuestra venganza, se pondrá en duda nuestra credibilidad y se resentirá nuestra reputación. Ahora que Luciano no está, no hay un solo puñetero cártel u organización al que no se le haga la boca agua ante la idea de intentar invadir nuestro territorio. Puede que los Moretti tengan que ponerse a la cola.

—Sé mejor que tú cómo funciona esto, Gabriel. Mientras tú eludías tus responsabilidades, tu hermano estaba trabajando duro, haciendo dinero y construyéndose una reputación en nuestro beneficio. Lo que me niego es a permitir que tú la mancilles.

Inspiré hondo y contuve la respiración. Esta discusión no era ninguna novedad. Siempre habría una capa de resentimiento por la decisión que tomé, aunque no me arrepintiese de ella. Me había ofrecido la capacidad de ver más allá del palacio gigante que mi padre construyó sin temor a las represalias. A lo mejor papá no tenía ni idea de lo frágil de nuestras posiciones.

O tenía esas gafas que le hacían ver todo de color de rosa atornilladas a la cara. Resoplé, pero no dije nada más.

—Ten cuidado, hijo. La gente estará observando, y no hablo de la chica que estás tan empeñado en destruir. Vas a tener que preguntarte a ti mismo porqué le salvaste la vida y no me vengas con el cuento de que Luciano te lo pidió. Es porque en el fondo eres un buen hombre, algo que antes me perturbaba, pero ya no. Aprovéchalo. Haz tuya la organización, pero escucha al hombre que está dentro de ti o cometerás errores.

—¿A qué viene este cambio de parecer? Eras tú el que quería saña, una carnicería. Creías que yo era demasiado blando. —No me tragaba que se estuviera ablandando con la edad.

Me miró con atención.

—Luciano me recordó que una de las dichas de tener dos hijos era la posibilidad de tener dos perspectivas completamente opuestas. Lo que encuentro fascinante es que ambos querías cambiar la Cosa Nostra. Tú mismo me dijiste que las cosas eran diferentes en Estados Unidos. Me negaba a creerlo, pero me equivocaba.

Que papá admitiese estar equivocado me impresionó. Pero no cambiaba cómo me sentía.

—Sé lo que tengo que hacer. Y yo nunca cometo errores. Eso es algo que vas a aprender sobre mí. Si acepto tomar las riendas de esta familia, lo haré a mi manera.

Se giró para mirarme, mantuvo un tono de voz bajo, pero podía ver el fuego en sus ojos de

dragón. Rara vez lo había visto actuar llevado por la rabia. En ese momento, supe que descargaría su dolor en el único hijo varón que le quedaba.

Tendría que aceptarlo por cuestión de respeto.

Hasta ese día, jamás lo habría aceptado.

Pero ahora todo era diferente.

La expresión en su mirada cambió y mudó su semblante a uno que había conocido la mayor parte de mi vida. Era un siciliano de pura cepa, agitando el puño contra mí mientras escupía las feas palabras que su rabia instantánea le susurraba.

—*Eres* el heredero de este puto trono te guste a ti o no, pero vas a honrar nuestro legado y también las normas establecidas desde mucho antes de que tú nacieras, o te mataré con mis propias manos —dijo con los dientes apretados—. A lo largo de los años, te he permitido salirte de rositas con lo de ser un irrespetuoso, financiando todas tus aficiones y pagando fianzas para sacarte del calabozo porque te negabas a comportarte como un adulto, pero eso se ha terminado. Vas a aprender que tus actos, igual que los del resto, tienen consecuencias. También vas a honrar a esta familia tomando decisiones sabias. Me importa una mierda si te gusta o no. Eres mi único hijo, y aceptarás las responsabilidades que ello implica.

Tras eso, se alejó para reunirse con la familia.

Respiré hondo, siendo consciente de que siempre habría una brecha entre mi padre y yo. Nunca me consideraría el heredero legítimo, aunque no tuviese más opción. En cuanto a la mujer, haría lo que a mí me saliese de los putos huevos.

Mientras la misa llegaba a su fin, me di cuenta de que necesitaba respirar aire fresco y me dirigí al camino de entrada, mirando al suelo cubierto de nieve.

Desde el día en que nació, Luciano había estado esperando para tomarle el relevo a mi padre. Como primogénito, se le había exigido que siguiese los pasos de nuestro padre, aprendiendo los pormenores del negocio y los métodos que se usaban desde el principio de los tiempos para mantener el mundo a raya. Nunca había sentido el deseo de sobresalir en los deportes ni en los estudios, aunque de todos modos se las había apañado para lograrlo. En vez de al baile de graduación, había ido a una reunión de negocios en Chicago con papá, para intentar formar una alianza con , la mafia irlandesa Callahan.

No había salido victorioso, pero Luciano les había tendido un puente en la universidad, gracias a la hermandad que había fundado para entonces. Mi hermano era un líder natural, le gustase a él o no.

Al menos, a mí me habían permitido involucrarme en cualquier actividad que me apeteciese. Joder, si hasta me había planteado crear una banda y convertirme en una estrella del rock cuando tenía quince años. Resoplé por la nariz, me sorprendía que papá no me hubiese echado de casa en ese momento.

No mucho después, se había sentado a hablar conmigo y decirme sin rodeos que tenía que buscarme una profesión que lo hiciese estar orgulloso. La amenaza del «o si no…» quedaba implícita. O si no, no habrá dinero. O si no, te desheredaré. O si no, acabaría con mi vida si me

pasaba de la raya.

Había madurado rápido, decidiendo en ese momento que no tendría nada que ver con la grandiosa familia Giordano. Había cumplido con la mayoría de sus amenazas, me había retirado el acceso a mi fondo fiduciario y me había eliminado de las fotos y de cualquier mención de mi nombre en la prensa. Ahí fue cuando empecé a usar otro apellido para los negocios, algo de lo que mi madre me dijo que me arrepentiría más tarde.

Luciano me había hecho su propuesta solo cuatro meses atrás, atrayéndome lentamente al redil familiar. Esos no significaban que los numerosos soldados me respetasen al instante, eso era algo que solo me ganaría con el tiempo. Si hubiese aceptado antes la petición de Luciano de ayudarle con los Moretti, seguiría vivo. La culpa era un peso difícil de llevar.

Pero ahí estaba yo, aceptado el lugar de mi hermano. Yo era de su sangre, cosa que significaba algo para mi padre. Éramos una familia ligada por la ceremonia, tanto religiosa como algo que algunos describirían como propia de una secta. Sin embargo, no decidí romper con la tradición. Había aceptado el puesto como líder de nuestra familia.

—No creo que haga falta decirte lo mucho que lo siento.

Reconocería la voz de Constantine en cualquier parte. Había sido el amigo más íntimo de mi hermano, a menudo olvidando que se suponía que estaban en bandos enfrentados.

—Me alegro de que hayas podido venir.

—¿Estás seguro de que fue un accidente? —preguntó.

Me giré para mirarlo y me sorprendió ver las arrugas de preocupación en su rostro.

—No estoy seguro de nada, pero su muerte no quedará sin castigo.

Él asintió, teniendo la consideración de no hacerme ninguna pregunta. Por lo que yo sabía de la hermandad, si solicitaba su ayuda, Constantine quemaría la ciudad entera de ser necesario.

—Quería mostrarte mis respetos, don Giordano, y entregarte esto. —Se sacó un sobre del bolsillo, dedicándome un gesto respetuoso con la cabeza. Todavía tenían que nombrarme «don». Hasta eso tenía su propia ceremonia. Eran las viejas tradiciones que Luciano había permitido, aunque las odiase, haciendo todo lo que estaba en su mano por cambiar las cosas.

Cogí el sobre, devolviéndole el gesto. Los de la hermandad se consideraban así mismos reyes, rivales en un poderoso juego de poderes, depredadores despiadados que no se detendrían ante nada para conseguir lo que querían. Había aprendido estas mismas palabras de boca de Luciano, años antes, y se me habían quedado grabadas a fuego en el cerebro como un mantra.

—Aguardaré tu decisión y no dudes en ponerte en contacto si hay algo que yo o algún otro de los hermanos podamos hacer. —Las palabras de Constantine eran sentidas.

Aunque le tomase la palabra, eso no quería decir que automáticamente me fueran a conceder un asiento a la mesa. Tendría que ganarme el respeto de los otros, además de participar en algún tipo de ceremonia secreta que Luciano se había negado a mencionar. Lo había encontrado ridículo, como un juego de unos niños. Ahora empezaba a creer que podría ser otro salvavidas.

A todos nos venía bien más de esos.

Por el rabillo del ojo, vi a tres de los otros a solo diez metros de distancia. Me estaban observando. Juzgándome. Evaluando si daba la talla para poder decidir su voto.

La muerte de mi hermano había puesto lo que yo consideraba una maldición sobre mi cabeza. La soga al cuello sería lo próximo.

Luciano había nacido con una cruz que cargar a sus espaldas, le habían marcado la piel con el escudo de la familia cuando cumplió los dieciocho.

Después de esta noche, yo cargaría también son ese símbolo; la piel mancillada y el dolor que tendría que soportar era algo que antes había temido.

Ahora no podía esperar a que empezase la ceremonia.

* * *

Flores.

Me detuve delante de la puerta de su habitación en el hospital, con un puñetero ramo entre las manos como si la salud de la chica me importase. No estaba seguro de porqué lo había comprado. Tal vez para ocultar el hecho de quería mirarla a la cara. Entonces sabría la verdad de lo que había sucedido. Al menos podría usarlo como puñetera excusa si alguien se atrevía a cuestionar mis motivos para hacerle una visita.

También había traído un arma conmigo, incapaz de ignorar el odio que sentía por ella. Jamás había experimentado el poder del dolor de una pérdida hasta hace poco, pero era casi tan poderoso como la sed de sangre o los deseos sádicos de la carne.

Al abrir la puerta, esperaba encontrarme una habitación llena de gente de visita. Cuando vi que no había nadie, entré dentro, sin parpadear ni una sola vez mientras la miraba. Sarah. Había repetido su nombre en mi cabeza varias veces, incluso lo había susurrado en más de una ocasión. Las sílabas me flotaban sobre la lengua. Eran suaves, femeninas e incluso fáciles de pronunciar aun haciéndolo con rabia.

Parecía tan inocente, tenía el pelo largo esparcido por la fina almohada y su piel de porcelana brillaba incluso bajo la fea luz del foco que colgaba sobre su cabeza. Suspirando, puse las rosas sore la mesita, delante de otros dos ramos, y me acerqué más. Se me tensaron los músculos al mirarla. Madre mía, tenía los cojones tensos como cuerdas, mi excitación era una reacción instantánea como lo había sido antes. Mi evaluación anterior había sido acertada. Era preciosa; sus labios carnosos se sumaban al intenso deseo que había sentido desde el momento en que posé los ojos en ella.

Bella durmiente.

De pronto, el arma en mi bolsillo no era más que una molestia.

Mi hambre estaba por las nubes y unos pensamientos perversos me cruzaban por la mente. Haría que se enamorase de mí.

Y luego le partiría el corazón.

Solo un hombre retorcido podía encontrar atractiva a una mujer postrada en una cama de hospital.

Mientras la miraba, me sorprendió que la necesidad de acabar con su vida se había esfumado. Había sido un acierto modificar mis planes. No había razón para destruir algo tan bonito cuando podía hacerla mía.

Le eché un vistazo a las ruidosas máquinas mientras una sonrisa me cruzaba la cara. La venganza sería la cosa más dulce que hubiese probado jamás. Cogí la tarjeta sencilla que había comprado en la floristería y me tomé mi tiempo escribiendo un mensaje que ella leería más tarde. Mi vista no se apartó de ella mientras metía la tarjeta en el sobre y lo dejaba con cuidado delante del jarrón de cristal.

Se le escapó un ligero gemido de entre sus labios durmientes y, al agitarse, unos largos mechones de pelo le cayeron sobre la cara. La necesidad de tocarla fue tal que no me pude resistir. Después de apartarle el pelo de la mejilla, rocé su piel suave con el nudillo una y otra vez, sin que me pillase ya por sorpresa la corriente de electricidad que se producía entre los dos.

¿Era posible que Dios mismo nos hubiese juntado? Luciano se habría reído de mí, afirmado que dos figuras, una que representaba todo lo bueno y la otra el aliento del mismo diablo, tenían más posibilidades de abrir un agujero en la atmosfera del cosmos. Pero me habría animado a ir a por ello.

—Mi preciosa bella durmiente. Pronto serás mía.

Murmuró algo inteligible, parpadeando por unos breves instantes. Después regresó a un sueño apacible.

Pensé en los deseos de mi padre, en su necesidad de que probase ser alguien capaz, a la vez que un líder atento. Bien, eso haría con creces.

Le permitiría recuperarse.

Después la acecharía como a una presa, seduciéndola hasta que se doblegase a mi voluntad.

Y la probaría.

La poseería.

La follaría.

La haría mía.

Solo entonces empezaría a remitir el dolor. A lo mejor el karma me había hecho un regalo.

Una vida por otra.

Sarah se enfrentaría a una eternidad con un hombre al que aprendería a odiar.

Me suplicaría por su libertad, prometiendo hacer cualquier cosa que le pidiera.

Mientras deslizaba los dedos por su brazo, un dolor completamente distinto se asentaba en mi

sistema. No existía tal cosa como la libertad en el mundo de la familia Giordano. Al menos no de la manera apropiada.

Hasta que la muerte nos separe.

* * *

Sarah

—No te preocupes. Vas a estar bien.

La voz era profunda y oscura, su intenso tono de barítono resultaba reconfortante. Podía sentir sus brazos a mi alrededor, proporcionándome una calidez que jamás había sentido. Nunca me había sentido tan protegida en la vida.

—¿Dónde estoy? —pregunté, incapaz de verle la cara.

—En el paraíso. Ahora eres mía, ya no tienes que volver a preocuparte por nada nunca más. —Percibía que era grande y fuerte y, a medida que me acariciaba el brazo con sus dedos, supe que él siempre cuidaría de mí.

Solo que no sabía su nombre.

Bip. Bip. Bip.

Salí de ese sueño tan intenso, abriendo los ojos lentamente. Me cosquilleaba el cuerpo y juraría que quien quiera que fuera ese con quien había soñado era real y me había tocado. Guau, un momento. ¿Qué estaba pasando? ¿Dónde estaba? Jadeando, traté de moverme, pero mi cuerpo se negaba a cooperar.

Bip. Bip.

¿Qué coño era ese ruido?

—Oh. —No veía nada, ¿qué estaba pasando?

—Ay, Dios. Estás despierta. Gracias a Dios.

Esa voz… Algo no iba bien. No. ¡No! *Cálmate. Respira*.

—¿Carrie? —conseguí decir, apenas reconocía mi propia voz.

—Soy yo, estoy aquí. Mamá y papá han salido un momento para ir a por algo de comer. Voy a llamarlos.

—¿Qué…? Espera, ¿qué ha pasado? —Parpadeé nuevamente, la luz era demasiado brillante.

—Dijeron que era posible que no lo recordases. —Cogió mi mano entre las suyas y poco a poco conseguí enfocar la vista en ella—. Ahí estás. Nos tenías muy preocupados.

Parpadeé varias veces, por fin podía ver lo que me rodeaba. Estaba en un hospital.

—V-vale. Eh… ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Cuatro días.

—¡Los bebés! —Intento sentarme, pero el dolor me atraviesa.

—Para, no te muevas. Me pasé por tu casa y tus perritos están bien —insistió ella—. Ya sabías que cuidaría de ellos. En lo que tienes que concentrarte ahora es en ti. —Entrecerró los ojos y luego sonrió—. Hay mucha gente que se preocupa por ti, mira todas estas flores. Unas cuantas son del trabajo. —Las señaló—. Y los Reynolds te han comprado ese ramo de ahí. Hasta tu paseador de perros te ha traído una tarjeta.

Seguí parpadeando e intentando encajar las piezas del puzle, las imágenes que me flotaban por la cabeza estaban demasiado borrosas para sacar algo en claro. Conducía. Eso es. Estaba yendo… al hospital. Nieve. Hielo. Un accidente. Mi coche.

—Un accidente —conseguí decir.

—Eso es. No te esfuerces en recordar. Es un milagro que estés viva.

Un milagro. ¿Por qué no podía recordar todos los detalles?

Todo seguía siendo un borrón, pero, cuando mi hermana levantó la cabeza, seguí su mirada y una extraña sensación de cosquilleo me apretó el estómago.

—¿Esas quien las ha enviado?

—No tengo ni idea. He salido solo cinco minutos. No estaban aquí antes.

—Hay una tarjeta. —Intenté señalarla, pero estaba muy débil.

—Yo la cojo. —Se puso en pie de inmediato y rodeó los pies de la cama—. Son preciosas.

—Sí que lo son. —Eran rosas rojas. Parecía una elección extraña para alguien recuperándose de un accidente—. Necesito salir de esta cama. Tengo una paciente que me necesita.

Me lanzó una mirada y no hizo falta que me dijera que la mujer por la que iba con tantas prisas había muerto. Cerré los ojos, sintiéndome furiosa con Dios por hacer tal cosa. Yo había sido la única esperanza de Angie. Me atravesó una sobrecogedora oleada de tristeza. Me sentía enferma por dentro, a punto de vomitar. Cuando intenté moverme, Carrie me detuvo.

—No tan deprisa. Eres médico, deberías saber mejor que yo como va esto; tienes que recuperar fuerzas.

Intenté moverme en el sitio, pero el dolor en mi pecho me arrancó un silbido de malestar de la garganta.

—Para tu información, soy cirujana.

—Por lo menos ya te estás volviendo a poner en plan listilla —bromeó—. Quiere decir que vas por buen camino.

—Ven aquí para que pueda darte una buena. —Me hizo sentir bien poder tomarnos el pelo como siempre hacíamos, aunque siguiese sintiendo una carga pesada sobre los hombros.

¿Por qué no podía recordar lo que había pasado? Era consciente de todas las razones médicas. Me había pasado horas y horas explicando a familias porqué, después de un accidente o suceso violento, sus seres queridos tenían problemas recordando lo que había pasado. Y, aun así, siempre había pensado que, si algo pasaba, yo no tendría problema en recordar cada detalle.

Estás protegiendo a tu mente de la verdad.

—Déjame que la saque del sobre. —Vi cómo sus ojos iban de un lado a otro de la tarjeta.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes un novio del que no me has hablado? —Se rio con suavidad al mirarme.

—¡No, claro que no! —¿De qué hablaba? Intenté sentarme, gruñendo por las molestias. Retiré las sábanas delgadas y vi los moratones que me cubrían las piernas. Gracias a Dios que no habían tenido que intubarme.

—Oh, la, la. Entonces tienes un admirador secreto. Mira estas rosas, debe haber unas tres docenas y son perfectas.

—Deja… que mire. —Estaba decidida a recuperar mi vida y para eso tenía que conseguir erguirme.

—Voy a tener que llamar a un enfermero. Aún no estás lista para esto.

—Pásame la tarjeta, por favor.

Apenas tenía tiempo para mis amigos. Leí la tarjeta y me eché hacia atrás mientras una sensación de cosquilleo se arrastraba hasta mis pies. Era casi la misma sensación de mi sueño.

¿O había sido real?

Leí el mensaje de nuevo y, esta vez, un escalofrío me recorrió la espalda.

Mi bella durmiente,

Esperaré a que te recuperes. Después, tendremos tiempo para explorar y compartir la dicha de estar juntos. Hasta entonces, que duermas bien…

—No tiene firma. —dije con voz queda, girando la sencilla tarjeta de un lado a otro varias veces. Las palabras estaban escritas en cursiva. Aunque no era ninguna experta, diría que era la letra de un hombre.

—Por eso mismo es tan romántico. —Al ver mi expresión, frunció el ceño—. ¿Igual es una de las personas con las que trabajas? Madre mía, ¿y si es tu paseador de perros? Es bastante mono.

El escalofrío persistía mientras me obligaba a recordar. ¿Tenía esto algo que ver con el

accidente? *Piensa, piensa.*

Entonces recordé un par de detalles.

—Angie. Venía a toda prisa al hospital. Yo… Oh, no. Había otro coche. Ay, Dios. ¿No hubo un incendio? ¿Qué paso? —Podía oír cómo el pitido del monitor se volvía loco a medida que me aumentaba la tensión. Unas imágenes empezaron a apresurarse por mi cabeza y se me revolvió el estómago del asco.

—Tienes que calmarte. Venga, todo va a estar bien. —Carrie se puso de pie, envolviéndome el brazo con una mano.

—¿Qué pasó? Había otro coche. ¿Han sobrevivido?

—Tienes razón, tuviste un accidente. Había nieve y hacía un tiempo horrible. Tienes suerte de estar viva; eso dijeron los médicos. Casi te mueres. No sabes cuánto nos alegramos de que estés aquí.

Esto estaba mal. Estaba muy mal.

Ay, Dios. Podía sentir la muerte a mi alrededor.

—¡Dímelo! —Estaba a nada de ponerme histérica, pero a estas alturas ya no me importaba. Tenía que saberlo—. Había alguien en el otro coche. Sí, un hombre, le vi la cara. ¿Está vivo?

Ella sacudió la cabeza e intentó mirar a otra parte. Golpeé su mano con la mía y le clavé las uñas.

—Dime qué pasó.

—Lo siento, cielo. El conductor del otro vehículo murió. No es tu culpa —dijo con suavidad.

Fue cómo si el oxígeno desapareciera de la habitación. Se me cayeron las lágrimas y giré la cabeza para mirar a las rosas más bonitas que había visto jamás.

Sí que era culpa mía. Lo tenía claro. Ojalá hubiese puesto el coche en marcha antes para que no estuviese empañado. Ojalá hubiese estado más atenta. Ojalá hubiese ido por otra carretera.

Ojalá…

CAPÍTULO 4

Capítulo cuatro

«Un millar de momentos que yo simplemente había dado por sentados; sobre todo porque había asumido que habría otros mil.»

—Morgan Matson

Sarah

Cuatro semanas más tarde

La muerte no era algo en lo que hubiese pensado demasiado pese a ser cirujana. Ciertamente, nunca la había temido dado mi historial, el número de vidas que había salvado de las garras de la muerte. Ahora era prácticamente lo único en lo que podía pensar.

Un pozo negro en el que no había nada más que silencio.

Había un agujero dentro de mí al que iban a parar esas feas sombras, permitiéndome acudir con manos firmes a cada cirugía. Me había sentido muy afortunada de poder salvar tantas vidas. Ahora sentía como si el accidente hubiese igualado el marcador.

Aj. Odiaba tener estos pensamientos, temerosa de que mis pacientes terminasen sufriendo. El consejo que me había dado todo el mundo, básicamente, era vivir la vida al máximo. ¿Cómo coño se suponía que debía hacer tal cosa después de haberle arrebatado la vida a un hombre? Sabía que no había sido la responsable directa, pero eso no cambiaba nada, seguía sintiendo lo mismo, la fealdad seguía revolviéndome el estómago.

Intentaba no revolcarme en la desolación más absoluta, tal y como había visto hacer a los supervivientes de otras horribles tragedias, pero ahora entendía muy bien el refrán ese de «dijo la sartén al cazo». Al menos había podido reincorporarme al trabajo tres semanas después del accidente. La única razón por la que había sobrevivido a las primeras horas tras dejar el hospital,

por no hablar de la primera semana, eran Goldie y Shadow, mis dos increíbles y cariñosos perros, que se habían negado a apartarse de mi lado.

Al menos en el trabajo, era capaz de volcarme en mis responsabilidades durante largas horas y sentirme exhausta todas las noches. Prácticamente todo el mundo me había recordado que se me había concedido un regalo, una segunda oportunidad en la vida. Oí hablar sobre lo cerca que había estado de morir, sobre el cirujano que no solo me había salvado la vida sino también la movilidad de las piernas el mismo día en que abordé a mi pobre hermana.

También averigüé que un ángel de la guarda había estado cuidando de mí aquel día, un buen samaritano que había roto la ventanilla y me había arrastrado a un lugar seguro. De no haberlo hecho, habría muerto en el incendio que consumió a mi pobre Cruze. Yo estaba en estado de shock, pero juraría que recordaba como esa persona me había dicho que todo iría bien.

Él había podido salvarme la vida, un peatón que había dado un paso al frente cuando una cirujana había sido incapaz de salvar dos vidas y una tercera se había perdido por las decisiones tomadas. El karma hizo de las suyas. El malestar que sentía en mi interior no me abandonaba, trataba de procesar esas constantes emociones, pero cada día se me hacía más difícil.

—Vive tu vida —me habían dicho en más de una ocasión.

—Agradece seguir viva —me dijo mi madre.

—No te vengas abajo —me dijeron varios compañeros.

Sí. Sí. Y sí, pero, ¿cómo seguía con mi vida cuando me sentía muerta por dentro?

Lo que me perturbaba aún más era que a la persona que se había muerto en el accidente era considerado casi de la realeza; su familia era dueña de la mitad de Nueva York, incluyendo su gente.

Luciano Giordano había sido considerado como alguien cruel según todos los estándares, su predilección por la violencia igualaba sus oscuras emociones y gustos sádicos. Si ese hombre ponía sus miras en ti, ya te podías dar por muerto. Ni lo conocí nunca, ni le prestaba siquiera atención a las fotos que circulaban en Internet o en cualquier televisión local que pregonase a los cuatro vientos que era el soltero más codiciado de la ciudad. Incluso ahora, me veía incapaz de buscar nada sobre él. Eso solo echaría abajo cualquier progreso que hiciera.

No obstante, su muerte había alegrado a mi padre, cosa que solo hacía que yo me sintiese peor. Mi padre odiaba a la familia Giordano y había jurado destruirla. Tuvo el atrevimiento de darme las gracias antes de caer en lo que estaba haciendo. No le hablaba desde entonces. Mi padre se había criado en la cara peligrosa de la ciudad, aprendió por las malas que el dinero y la influencia, así como la total crueldad, eran la única forma de llegar a ser alguien en Nueva York. Mis abuelos habían sido pobres como ratas y apenas llegaban a fin de mes.

Por el contrario, la familia Giordano destilaba opulencia. Podía entender por qué los odiaba, pero lo de desearles la muerte era algo que yo no podía tolerarlo. Había tomado un juramento que afirmaba que toda vida es sagrada. Pensar en ello solo servía para cabrearme más.

El no obsesionarme con la otra víctima era el consejo que me había dado uno de los especialistas en duelo con el que el director del hospital insistió en que hablase. También se me había sugerido

que me tomase unas vacaciones ya que estaba trabajado más de dieciséis horas al día otra vez. Les había dicho que estaba bien cuando no había nada más lejos de la realidad. Sin embargo, el trabajo era el único momento en el que los demonios no me acechaban y trataban de arrastrarme al infierno. Incluso pasar tiempo con mis perritos se me estaba haciendo cuesta arriba.

Cuando me obligaron a tomarme dos días de descanso bajo amenaza de suspensión, casi me abalanzo sobre el director, pero terminé por aceptar. Igual sí que tenía que poner mi vida en orden.

—Eh, yo me marcho ya, igual voy a dar un paseo —le comenté a Maggie, esforzándome por mantener un talante ligero.

—Eres consciente de que estamos a -11º, ¿verdad? —me preguntó.

—Ya soy mayorcita y el aire frío me vendrá bien.

Se encogió de hombros, murmurando por lo bajo.

—Bueno, tú misma, a ver si eres más fuerte que un resfriado. —Levantó la cabeza de los papeles que estaba mirando de sopetón y se le extendió un rubor rojo chillón por las mejillas—. Ay, Dios, lo sien… Con eso no quería decir que…

—Tranquila, Maggie, ya sé que no iba a malas y voy a ponerme un abrigo. El mismo con el que llegué esta mañana al trabajo, ¿recuerdas?

Estaba segura de que se iba a desmayar. Casi todos en el hospital me habían metido entre algodones en un principio, temiendo que sucumbiese a la depresión. Sin embargo, yo era mucho más fuerte de lo creían. Darme un paseo corto hasta la mejor cafetería del mundo me vendría bien. Además, la cafeína ayudaría después del turno largo que había tenido. Al menos había convencido a Carrie para que se quedara hoy con los cachorros unas horas, así que tenía la certeza de que los sacaría a pasear y estarían bien alimentados. A lo mejor hasta me iba a de compras.

Tras recoger mi abrigo y bolso del vestuario, me encaminé al ascensor y seguí el ritmo de su musiquita con el pie. Carrie incluso me había aconsejado que intentase salir con alguien a una cita de vez en cuando. ¿Quién, yo? ¿Salir con alguien? No lo veía. No desde que el señor «tercera vez» pusiese mi mundo patas arriba.

Tal vez seguía teniendo un admirador secreto, aunque las flores estaban muertas, la tarjeta en la basura y no había vuelto a saber nada de él. Pues bueno. ¿Quién necesitaba a un hombre grande y fornido cuando tenía no uno, sino dos vibradores? Me reí mientras abandonaba el ascensor y me dirigía a la puerta.

El aire me golpeó como un cañonazo, este invierno era mucho más frío que los de los últimos tres años. Me arrebujé en el abrigo y agaché la cabeza para refugiarme del viento. Me había olvidado los guantes en casa, lo cual no era raro. Estaba demasiado inquieta.

Al entrar en la cafetería, el olor a pasteles recién hechos me hizo la boca agua. No recordaba la última vez que había tomado una comida completa, con todos los turnos extra que aceptaba solo para mantenerme ocupada. Pobres Goldie y Shadow, apenas conocían ya a su mamá.

Mientras esperaba en la cola, me debatí entre permitirme o no tomar uno de esos bollos

deliciosos. Estaba intentando ser buena, casi me reí al pensarlo. Cuando llegó mi turno, ojeé el menú mientras mi vista se desviaba continuamente hacia el bollo.

—¿Qué te gustaría tomar? —me preguntó la chica tras la barra.

—Un *mocha latte* de los grandes y… —Desvié la mirada al bollo por tercera vez, mordiéndome el interior de la mejilla.

—¿Señorita? —preguntó la chica después de al menos un minuto entero.

—Eso es todo, nada más.

Mientras ella me preparaba el café, miré afectuosamente a las preciosas delicias horneadas bajo el cristal del mostrador. No, tenía como unas cinco mil calorías. Como mínimo. Acepté mi café con una sonrisa y me giré sin mirar mientras le daba un sorbo. Cuando la tapa salió disparada y el líquido caliente se derramó sobre el hombre alto que estaba detrás de mí, quise que me tragase la tierra.

—Ay, Dios. Lo siento muchísimo. —Madre mía, el tío estaba buenísimo. No era el típico hombre de negocios mono, si no que exudaba *sex-appeal*, como si acabase de salir de la portada de una revista. Estaba apretando la mandíbula y su aroma era embriagador, seductor. No había razón para que el estómago me estuviese dando volteretas, pero así era, y sentía un ligero zumbido en los oídos.

Esperaba que gruñese y me llamase de todo, como me venía pasando últimamente. La gente estaba resentida con la vida. Sin embargo, cuando habló su voz fue profunda y agradable, perfecta para la narración de la parte romántica de una película de acción.

—Sólo es café —dijo él, riéndose suavemente—. No hay problema. —Cuando pasó la mano por detrás de mí para coger unas servilletas de la barra, el ligero roce de su hombro con él mío envió una descarga de electricidad directa a mis piernas; la cosa fue a peor cuando ésta se encaminó lentamente hacia mi entrepierna. Decir que ese hombre era espectacular era quedarse corta. Eso de «alto, moreno y apuesto» venía recogido en el diccionario con una foto de este tío como ejemplo exacto.

—Pero es café caliente, hirviendo, más bien. Te he estropeado la ropa

—Tengo más y puede que me gusten las cosas calientes, cuanto más calientes, mejor.

El profundo sonido de su voz hizo que me sintiese mareada al instante. Hacía mucho que nadie ligaba conmigo y no era capaz de manejar tanta atención. Yo no era de las que se sonrojan por nada, pero no podía pensar en una buena contestación ni aunque mi vida dependiese de ello.

—Bueno, entonces tienes que probar el café *mocha*. Es perfecto para ti.

Tras eso, lo bordeé para alejarme, encaminándome a la única mesita que quedaba libre. Me reí para mis adentros de lo ridículo de mi comportamiento. Pero, ¿qué me pasaba? Eran el cansancio y los meses sin tener una sola cita. Espera, ¿en qué mes estábamos? No, ya hacía más de un año y la última cita había sido… no, no iba a pensar en eso. ¿Y adonde se habían ido mis modales? Debería haber insistido en pagarle yo la tintorería.

Le di unos sorbos al café, esforzándome por no mirar en la dirección del hombre. Medía al

menos uno noventa y su traje costaba más que el nuevo coche por el que finalmente me había decidido. Era la perfección absoluta envuelta en ropa cara. Gracias a Dios, no lo veía.

Me quedé sorprendida cuanto sentí una presencia detrás de mí, y todavía más cuando el bollo que había estado admirando apareció delante de mí.

—Creo que olvidaste parte de tu pedido —dijo, medio susurrando, y los pezones se me pusieron de punta al instante—. Sería un pecado no disfrutar de algo tan placentero.

—Eh… No hacía falta. —Pecado. Pecado en estado puro. Esas palabras me resonaban por la cabeza.

—Te aseguro que nunca hago nada que no quiera hacer.

Miré hacia arriba y conseguí mantener la compostura.

—Eres muy amable. Te pagaré la tintorería. Debería habértelo ofrecido antes, perdóname.

Volvió a reírse, era un sonido seductor que exudaba pasión. ¿Es que de pronto me había convertido en escritora de novelas románticas?

—Por favor, no sigas disculpándote por lo que el karma tiene en mente. Y lo de la tintorería no es necesario.

—¿El destino?

Entrecerró los ojos y un ligero temblor crepitó por mis sentidos.

—Sí, siempre he creído en el destino. De hecho, algunas de las mejores cosas que me han pasado en la vida, sucedieron cuando menos las esperaba, pero eso no quiere decir que no haya que cultivar esos regalos que nos brinda. Así que, en ese sentido, puedes hacerme un favor.

—Dime, a ver qué puedo hacer.

—Parece que ya no queda donde sentarse, ¿te importaría que me sentase contigo?

—Claro que no —dije enseguida, sin pensar.

Cuando tomó asiento, aún no había dejado de sonreír. Ahora que podía tomarme mi tiempo para observar sus facciones, me di cuenta de que me había equivocado en mi análisis previo. Parecía un dios, sus rangos angulosos y la fuerte mandíbula cubierta por una barba de dos días no empezaba ni a hacerle justicia a lo increíble de su aspecto. Eran esos ojos penetrantes, tan negros que tenían un matiz de azul iridiscente. Me los imaginaba brillando en la oscuridad, una locura total. Aunque el abrigo de cachemira ocultaba buena parte de su cuerpo, saltaba a la vista que estaba musculado y tonificado en todos los lugares correctos. Me fijé en su reloj y suspiré. Si tuviese que adivinar, diría que era rico y que su reloj costaba al menos sesenta de los grandes.

Intenté concentrarme en el bollo, pero no estaba más que picoteando de él.

—No era mi intención ponerte nerviosa —murmuró.

No te derritas, no lo hagas.

—Y no lo has hecho. No tengo mucha hambre últimamente. Igual son todos los platos de

microondas que me he estado tomando.

—Una mujer tan preciosa no debería verse jamás obligada a comer platos precocinados. Debería ser un crimen en unas cuantas jurisdicciones.

Su comentario me hizo reír, toda una novedad en estos tiempos. Me tapé la boca con la mano, resoplando por la nariz, era mi rasgo más vergonzoso. La vergüenza me subió a la cara con tanta fuerza que cogí el café para esconderme tras el vaso y casi me atraganto al darle un sorbito.

—Pues déjame decirte que los platos precocinados son la norma, dado mi trabajo.

—¿Que es…? —Se desbotonó el abrigo, apartando ambos laterales y recostándose en su silla. Sus ojos color ébano jamás se apartaron de los míos.

—Soy cirujana.

—Guau.

—¿«Guau» porque se supone que las mujeres no están capacitadas para manejarse en un campo tan exigente? —Eran cosas que ya había oído antes, hasta de boca de mi propio padre, que me había animado a hacerme abogada. O profesora, más tarde; ambas eran profesiones admirables, pero él las había catalogado como «más apropiadas para una mujer de prestigio». Había querido estrangularlo.

Se rio y el sonido me recorrió como si de fuegos artificiales se tratase. Que sensual. Que… seductor.

—No me pareces el tipo de mujer que cargue un peso sobre sus hombros o que necesita demostrar nada.

—Interesante, ¿y qué clase de mujer crees que soy? —Me eché hacia delante, echándole una mirada a su amplio pecho. Lo de quedarme embelesada no era algo habitual en mí, pero era difícil resistirse a su increíble físico o al exótico *aftershave* que se había echado, su olor rico y profundo resulta casi embriagador.

Él también se echó hacia delante, la mesa era lo bastante pequeña para que estuviésemos a menos de diez centímetros del otro. Respiró profundamente antes de bajar también la mirada a mi pecho, un momento de toma y daca que no hacía más que contribuir a la atmosfera de coqueteo.

—Eres la clase de mujer que sabe manejarse en cualquier situación, que mantiene la calma bajo presión mientras consuela a aquellos que más lo necesitan. Sin embargo, te has estado escondiendo detrás de la llamada de Dios, reprimes a la mujer enterrada bajo las capas angelicales.

Podía ser que este hombre me dejase sin aliento, pero no era la clase de mujer que picaba con frases para ligar, por más que pareciese sentir sus palabras.

—Te aseguro que no tengo nada de angelical.

El destello en su mirada captó mi atención y casi podía oírlo pensar.

—Me alegra oírlo. No sabes cuánto.

Se quedó quieto en la misma posición, respirando profundamente unas cuantas veces antes de volver a recostarse en la silla y concentrarse en beber su café.

Traté de comportarme como si su presencia o sus comentarios no me afectasen, pero sentía los pezones hinchados y doloridos, y no dejaban de cruzárseme por la mente pensamientos sucios. Era difícil no imaginarse como sería en la cama. ¿Se mostraría dominante y duro, negándome cualquier tipo de control? Me recorrió un escalofrío al pensarlo.

Pasaron unos segundos, cada uno de ellos cargado de tensión sexual.

—¿Y tú a qué te dedicas? —pregunté al fin.

—Soy corredor de bolsa.

—Estoy segura de que se te da bien, teniendo en cuenta tus dotes de observación.

Me recompensó con otra risa, cuyas vibraciones sentí en mi centro.

—Tiene más que ver con la atención al detalle y jamás venirte abajo ante la presión. He tenido… mi éxito, aunque las horas son matadoras.

—Pues dedícate a otra cosa.

—Puede que te tome la palabra. —Le dio otro trago al café y bajó el vaso a la mesa con lentitud. A continuación, cogió el bollo con una mano y arrancó un trozo con cuidado. Mientras se lo llevaba a los labios, la expresión en su cara era exigente, tal y como sabía que sería en la cama. Madre mía, ¿en qué estaba pensando? Era un total desconocido.

—Tómate un trocito a mi salud. —No había nada en su voz que indicase que era una sugerencia, era una orden. No tenía motivos para obedecerle, aunque todo en él resultaba apremiante. Quería complacerlo. No era para nada propio de mí. No obstante, alcé la barbilla, decidida a desafiarlo.

—No.

Soltó el aire y la expresión de sus ojos se volvió más feroz, como si se estuviese preparando para exigir mi sumisión.

Sin importar lo que tuviese que hacer para lograrlo.

Pues vale, ¿qué más daba?

Fruncí los labios hasta que él entrecerró los ojos. Después abrí la boca como una buena niña y acepté el bocado. El pastel todavía estaba caliente y se me quedó un poco de la cobertura en los labios. Cuando extendió el brazo por encima de la mesa otra vez y barrió el pegote con la yema del dedo índice, contuve el aliento. Y, cuando se llevó el dedo a la boca y cerró los labios a su alrededor, cerrando los ojos, me perdí en el momento, ninguna otra cosa habría captado mi atención.

En el momento en el que un leve gruñido ronco le salió de la garganta, sentí que se me aflojaban las rodillas.

Compórtate, por lo que más quieras.

Hasta a la vocecilla en mi cabeza se le estaba haciendo difícil mantener la compostura. Miré a

propósito a otra parte, tragando saliva varias veces.

—Mmm, qué bueno. Tan dulce cómo me esperaba.

¿Por qué tenía la sensación de que sus palabras iban dirigidas a mí y no al bollo?

—Odio tener que decirlo, pero tengo que acudir a una reunión en breve. Hoy he disfrutado como nunca del café —dijo, poniéndose en pie—. Es extraño encontrar una compañía tan agradable, y tan bonita.

No tuve oportunidad de decir nada antes de que me dedicase un simple gesto y se alejase, echando a la papelera su vaso de café prácticamente lleno. Soltando el aire, me llevé el vaso a los labios de nuevo, notando que me temblaban las manos.

Era un desconocido sexy y nada más, una breve interrupción que me permitía tomarme un respiro de mi angustia mental.

Y ni siquiera sabía cuál era su nombre.

* * *

El desconocido me había inspirado a llevar a cabo mis planes de comprarme un par de cosas monas. Había estado en lo cierto al decir que había relegado a un segundo plano todo lo que disfrutaba. Era hora de cambiar eso. Fui a mi tienda de ropa favorita, un local donde la ropa era demasiado cara y cada prendaba dejaba constancia de su lujo, pero podía permitírmelo. Apenas gastaba dinero en nada más que en juguetes para los perros.

Miré vestido tras vestido, intentando decidirme por uno, pero pensé: ¿qué demonios?, me probaré cuatro de ellos y decidiré cual me gusta. Tras poner el abrigo en una de las dos sillas de cuero enfrente del espejo triple, cogí las prendas y me fui al probador. Me sorprendió tener la tienda casi para mí sola, aunque no me molestaba el silencio y la selección de música era relajante. Cerré las cortinas, colgué las prendas y después paseé los dedos por cada vestido. Por una vez, el ir de compras me ponía contenta.

Tal vez me estaba sintiendo más como una mujer que como una adicta al trabajo.

Me miré en el espejo antes de escoger el primer vestido, de un tejido de seda negro que contrastaba a la perfección con mi pelo rubio. Al quitarme mi atuendo habitual, el uniforme y los zapatos deportivos, me alegré de al menos haberme puesto ropa interior decente que conjuntaba. Sonreí con malicia al pensarlo, me metí en la suave tela y alisé el frente con las manos antes de mirarme.

No estaba mal, no estaba nada mal.

El vestido abrazaba cada curva, acentuando mis pechos generosos y mi cintura estrecha. Puede que me quedase un poco apretado en el culo, pero no tanto como para que se me subiese la falda al caminar. Me mordí el labio inferior, mirándome desde todos los ángulos. No había motivo para que un escalofrío me recorriese por la espalda, pero, en cuanto pasó, se me detuvo la respiración.

Y entonces ahí estaba, el desconocido, abriendo y cerrando la cortina, a solo unos centímetros de

distancia. El calor que sentí de inmediato me resultó sofocante, cada uno de mis pensamientos era tan obsceno como la sonrisa que había esbozado antes.

—Estás preciosa, pero el color es demasiado oscuro —habló en el mismo tono ronco que había usado antes—. Pruébate el verde.

No encontraba las palabras, otra característica impropia de mí.

—Para eso tienes que irte. —Mi voz no sonaba para la nada como la mía.

Él se limitó a sacudir la cabeza mientras sus ojos danzaban con el mismo fuego que había visto en ellos antes. Se quitó tanto el abrigo como la chaqueta y se remangó las mangas, dejando a la vista un tatuaje magnífico en el brazo. Su reflejo en el espejo se me antojaba enorme y su expresión, carnal.

Como si estuviese preparado para comerme viva.

Nunca me había sentido hechizada por un hombre por más guapo o poderoso que fuera, pero el estar cerca de este hombre sacaba a mi chica mala interior, necesidad de desinhibirme era muy grande. Me descubrí obedeciéndole, algo que iba en contra de todos mis principios. Al pasarme el vestido por la cabeza para quitármelo, aumentó la temperatura y su cercanía se me hizo casi sofocante. Se apoyó contra la pared, se cruzó de brazos y no parpadeó en ningún momento mientras me miraba desde la cabeza hasta los pies desnudos. No pude evitar sentirme agradecida de haberme hecho la pedicura la noche anterior, uno de los pocos lujos que me seguía permitiendo.

Él respiró profundamente y contuvo el aire mientras ladeaba la cabeza. Yo estaba más nerviosa de lo que jamás había estado en la vida, pero conseguí pasarme el vestido por los hombros y atar el fino lazo que mantenía la prenda en su sitio.

El corazón me empezó a galopar en el pecho cuando se acercó más. Dejó escapar un largo gruñido que me recorrió entera, igualando los rápidos latidos de mi corazón.

—No, el morado —Recorrió mi brazo con la punta de su dedo índice y me vi incapaz de contener los temblores.

Una vez más, lo obedecí, aunque en esta ocasión fui incapaz de mirar su reflejo mientras me cambiaba. El vestido morado era apretado, demasiado, y, en cuanto le eché un vistazo al espejo, percibí su desagrado.

—Ahora el rojo. El escarlata es el color perfecto para una mujer tan deslumbrante como tú.

La oscuridad de su tono y las profundas vibraciones que continuaban colándose en mi centro acalorado eran intensas, tenía la ropa interior empapada. Habría jurado que el olor de mi deseo creciente flotaba en el aire. Para cuando terminé de ponerme el último de los vestidos, tenía la cara casi tan roja como su preciosa tela. No hizo falta que él me dijera que era perfecto en todos los sentidos, que abrazaba mis curvas sin acentuarlo todo.

Sus ruiditos guturales fueron más que suficientes y la expresión de su mirada consiguió que cayese aún más profundamente en sus redes. Cuando acabó con la distancia, presionando su cuerpo enorme contra el mío, fui incapaz de contener ese único gemido. Con la mayor de las delicadezas, me retiró la goma del pelo, dejando que mi larga melena me cayese más abajo de los

hombros.

—Mucho mejor.

Debía tener el pelo hecho un desastre, la coleta era el único peinado que me molestaba en hacerme y, aun así, se le iluminaron los ojos con la misma intensidad que un cohete listo para despegar. La expresión de su cara me robó el aliento.

Se tomó su tiemplo, pasándome los dedos sobre ambos hombros y haciéndome cosquillas en el cuello con su cálido aliento. Jamás me había sentido más absorbida por el momento, incapaz de ponerle freno a lo que estaba sucediendo entre los dos. Nunca había tenido un rollo de una noche. Nunca me había permitido dejarme llevar por una pasión desenfrenada, en especial si no sabía nada sobre el hombre o sobre sus intenciones.

En ese momento, ninguna de mis costumbres más puritanas importaba. Ansiaba la dureza de la caricia de un hombre, deseaba dejarme llevar, aunque fuera por unos segundos. Cuando bajó la cabeza, cerré los ojos y la anticipación por lo que haría a continuación me agitó por dentro.

—Creía que tenías una reunión —susurré, los nervios me estaban provocando un nudo en el estómago.

—Y la tuve. Soy muy eficiente.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque no había terminado contigo. —Me acarició el cuello con la nariz y arrastró la lengua de arriba abajo por mi piel.

—¿Qué haces?

—Tomar lo que quiero.

No había manera de negar nuestra atracción, la química que fluía entre los dos era como lava fundida. Me rodeó con uno de sus brazos, envolviéndome el cuello con una mano y echándome la cabeza hacia atrás. Cuando me mordió el cuello, unos gemidos se me escaparon entre los labios. Me sentía mareada, estrellas de varios colores flotaban ante mis ojos.

Echó las caderas hacia delante, restregándose de arriba abajo. Estaba duro como una piedra, la polla le palpitaba contra mi culo. En algún rincón de mi interior, sabía que esto era una muy mala idea, pero no podía frenar la inercia.

Aunque hubiera querido.

Mientras me lamía la zona donde me había mordido, deslizó su otra mano alrededor de mi cintura para tomando y apretando mi pecho. Yo pasé las manos por la parte exterior de sus muslos, sin aliento y todavía temblando, mientras el fuego del deseo nos consumía.

Sus caricias hablaban de posesividad a gritos, sus necesidades eran evidentes. Y sabía que no me dejaría escapar.

Me bajó los tirantes del vestido por los hombros con cuidado, dejando al descubierto el fino encaje de mi sujetador. Parpadeé, incapaz de apartar la vista de él y arqueando la espalda mientras me pellizcaba el pezón con los dedos. El dolor fue instantáneo, la aguda incomodidad

despertó mis sentidos. La forma en que él me tocaba era un despertar, como si estuviese naciendo en ese mismo instante, desnuda y abierto al mundo.

Cuando coló un dedo bajo la copa del sujetador, paseando la yema sobre mi pezón hinchado una y otra vez, lo sentí en las profundidades de mi alma. Ya había penetrado los gruesos muros que yo había alzado a mi alrededor, una coraza diseñada para evitar volver a preocuparme por nadie nunca más.

El momento me trajo unas imágenes extrañas a la mente, que se volvieron tan profundas que me costaba respirar. Era como si él hubiese liberado mi alma, rompiendo las cadenas que me rodeaban. Era evidente que no estaba en mis cabales porque, cuando empujó el vestido hasta el suelo, di un paso a un lado para salirme de él sin que tuviera que pedírmelo.

Prosiguió repartiéndome besos por el cuello y gruñendo cada pocos segundos como si fuese una bestia acechando a su presa. Fui vagamente consciente de que me desabrochaba el sujetador y me bajaba los tirantes por los brazos.

Yo no ofrecí resistencia ninguna, la parte racional de mi cerebro ya no tenía posibilidades de detener la locura que estaba sucediendo. Yo era médico, por el amor de Cristo; sabía los riesgos que conllevaba el sexo sin protección, y él podría tener intenciones aún más oscuras. No me importaba. Necesitaba sentir algo otra vez, celebrar el hecho de que seguía viva.

—Mírame —me ordenó, era una orden que no podía ignorar.

Como antes, obedecí, mirando como me pellizcaba y retorcía ambos pezones y cómo su expresión apreciaba los gemidos de agonía que se me escapaban. El fuego me consumía, la necesidad que flotaba hacia la superficie se estaba volviendo insaciable. Ansiaba tocarlo, recorrer su pecho con mis dedos y después envolverlos en su polla gruesa.

Pero él no permitía tal cosa, tenía el control absoluto de mi cuerpo y mi mente.

Bajó las manos lentamente, separándome el tanga de la cadera y empujándolo al suelo. No había nada semejante a la sensación de estar totalmente desnuda delante de un extraño, de permitirle deleitarse con mi deseo. Parecía complacido, ensanchó las fosas nasales mientras su respiración se volvía más trabajosa.

—Eres una chica muy mala, ¿verdad que sí?

La pregunta me habría parecido rara tan solo una hora antes, pero ahora me parecía que encajaba perfectamente con la situación. Me resultó fácil susurrar la respuesta:

—Sí. —Seguía teniendo las bragas enrolladas en los tobillos, un grillete del que no podría escapar.

Cuando me retorció el pezón de forma dolorosa, su expresión se tornó oscura; era evidente que mi contestación no le había gustado.

—Pero a mí vas a respetarme.

Parpadeé y se me formó un nudo en la garganta, la buena chica dentro de mí intentaba recuperar el control. Pero fue la chica mala quien ganó.

—Sí, señor.

—Eso está mejor. —Me golpeó en el culo con la mano con la fuerza suficiente para ponerme de puntillas—. Te enseñaré a someterte. —A continuación, bajó la mano varias veces, moviéndola de un cachete a otro.

El dolor era terrible, al menos al principio, tenía la mente hecha un lío ante el hecho de que me estuviera azotando. Era una locura. En lo o único que podía pensar era en el ruido de su mano chocando con mi piel desnuda. Contuve la respiración mientras él proseguía, dándome cuenta al instante de que sentía calor por todas partes y de que me cosquilleaba la piel. En cuestión de segundos, estaba mojada y tenía los muslos húmedos.

Gruñendo, me acarició el culo con el pecho agitado.

—Sí, eres una chica muy mala que necesita mano firme, ¿verdad que sí?

No tenía ni idea de si debía responder. Tenía la boca seca y sentía los latidos de mi corazón en los oídos.

—Sí, señor. —Ay, Dios, ¿qué estaba haciendo? ¿Estaba perdiendo la cabeza? De ser así, no estaba segura de que me importase.

Cuando bajó la mano unas cuantas veces más, arqueé la espalda, jadeando, mientras veía las estrellas. Sentía una extraña sensación de placer, las reacciones de mi cuerpo eran traicioneras.

Después de unas cuantas más, se me acercó y sentí su aliento caliente bajándome por los hombros.

Me agarró el pelo en un puño desde la raíz, echándose hacia atrás mientras tomaba total posesión de mí. Después deslizó la palma de la mano por mi barriga, metiendo los dedos entre mis piernas.

—¿Estás mojada para mí?

—Sí, señor.

—¿Te arden los muslos de la necesidad de que te toque, está tu dulce coño hambriento de mi polla?

Me pasé la lengua por los labios mientras se me nublaba la vista.

—Sí. Sí, señor.

Me rodeó el clítoris con el dedo y se me escapó otro gemido.

—Sí, te has mojado muchísimo para mí, tienes el coño rosa e hinchado. Imagina lo que puedo hacerte en este momento. Lo que te haré.

Su voz me tenía cautivada, me mantenía prisionera como si le perteneciera a él. Era extraño lo deseable que era ese momento pecaminoso, como ponía mi mundo patas arriba temporalmente. No me importaban las responsabilidades ni las repercusiones.

Apartó el tanga a un lado, me abrió las piernas y deslizó un dedo de arriba abajo por mis labios vaginales.

—Me muero por metértela dentro. Naciste para ser una sumisa. Imagínate de rodillas, rogando por mi polla.

Cuando no le respondí, me pellizcó el pezón otra vez. La presión fue tan intensa que respiré entre dientes y me tragué un gemido ahogado.

—Pero necesitas entrenamiento. —Mantuvo la presión en mi sensible capullo, el pinchazo de dolor se estaba volviendo insoportable.

Estaba cegada por la lujuria, me era imposible pensar con claridad, pero sus palabras obscenas echaban más leña a un fuego ya candente. Metió un solo dedo en mi apretado canal y no hubo manera de quedarme callada, el placer era demasiado embriagador. Gimoteé mientras lo metía bien hondo, añadiendo un segundo y tercer dedo tras unos segundos. Me puse de puntillas y planté las manos al espejo en busca de apoyo. Todo lo referente a esto era un sucio pecado, pero nada me había parecido nunca tan excitante.

—Eres una zorrita, ¿verdad que sí? Necesitas disciplina estricta. —Como para demostrar que estaba en lo cierto, retiró sus dedos resbaladizos y bajó la mano hasta mi culo unas cuantas veces. Me agité contra esa agonía retorcida, dando me cuenta de que quería más.

No tenía ningún sentido. Nadie me había azotado nunca antes, pero el aditivo de su dominación total encendía mi mundo en llamas.

Jadeante, restregué las nalgas contra su miembro y la sensación de cosquilleo de su polla me recorrió entera. Me golpeó cuatro veces más y después volvió a llevar sus dedos a mi centro, bombeándolos de forma rápida y dura; su ritmo igualaba el del rápido latido de mi corazón. Presionó el pulgar contra mi clítoris, moviéndolo de un lado a otro, y sentí que mi cuerpo estaba ya casi al límite.

Me estaba retorciendo en su brazo y mi mente era un completo borrón. Me giró la cabeza, el hombre era tan alto que podía doblarse sobre mí hombro. En el momento en el capturó mis labios, colando su lengua dentro al instante, empujé contra él con fuerza, cabalgando sus dedos. De pronto, me vi catapultada a un dulce vacío, a un orgasmo que me subió por las piernas, acabando con el último de mis reparos. Nuestros labios siguieron unidos en un abrazo volátil, ese hombre intentaba devorarme con su boca. Hacía uso de su lengua como otra muestra de dominación, de satisfacer un ansia desesperada.

En cuestión de segundos, desapareció todo el oxígeno, dejándome mareada y un tanto atontada. Su hambre permanecía insaciable, su lengua profundizaba en cada rincón de mi boca, buscando la satisfacción.

Yo me estremecía ante sus caricias, me costaba respirar o pensar con claridad, la pasión del momento me consumía por completo.

Siguió besándome de forma dura, dominando mi lengua mientras me corría en sus dedos y el olor impregnaba el espacio entre nosotros. Tenía los músculos tensos y me dolían las piernas de estar de puntillas, yendo al encuentro de sus dedos. Mientras me succionaba la lengua, me sobrevino otro orgasmo, una oleada que me arrebató el aliento. Vi otra ráfaga de estrellas por el rabillo del ojo, que me catapultó al éxtasis más absoluto. Jamás había sentido nada tan explosivo, capaz de borrar todos los pensamientos de mi cabeza.

Él continúo a lo suyo, metiendo los dedos bien hondo, mientras su pulgar me provocaba una delicada mezcla de dolor y placer. Cuando el clímax por fin empezó a remitir, arañé el cristal con los dedos y me derrumbé contra él.

Un parte de mí esperaba que él se esfumase, pero aún no había terminado conmigo. Yo todavía seguía en las nubes, en ese estado orgásmico, cuando me dio cuatro azotes más en rápida sucesión.

—Agonía o éxtasis, tú decides.

—Ambos, señor. —Ya no era yo misma. La mujer con estudios que se había sacado la carrera de medicina el año anterior se había esfumado. No era más que la chica mala que haría cualquiera cosa que ese desconocido le pidiese. Me sentía excitada y avergonzada al mismo tiempo, pero no había vuelta atrás. Se había abierto la veda y mis sentidos habían despertado.

Soltó una carcajada oscura y, cuando oí cómo se bajaba la cremallera, contuve el aliento, tratando de concentrarme en el hombre que llevaba las riendas. Nada de esto tenía sentido, pero estaba decidida a dejar de buscárselo.

No se quitó la camisa ni la corbata, ni se molestó en bajarse los pantalones. Se limitó a liberar su polla y colarla entre mis muslos. Después empujó su miembro al completo dentro de mí mientras mis músculos protestaban por su salvajismo.

—Oh, Dios. Sí, sí.

—Joder, qué apretada está mi zorrita. —A continuación, me empujó contra el cristal con la fuerza suficiente para mantenerme pegada a la superficie.

Arqueé la espalda, jadeando, y el movimiento sirvió para que él llegase aún más hondo. Pasó el peso de su cuerpo a los talones, embistiéndome largo y tendido, cada arremetida más salvaje que la anterior.

—Imagínate si alguien nos viera, si fuese testigo de nuestro pecado carnal. —Su voz ronca alimentaba mis sentidos aún más, la mente me iba a mil pensando en ello. Me recorrió la vergüenza, pero solo de manera temporal, la necesidad carnal que sentíamos podía con todo lo demás.

—Sí.

—¿Te gustaría? —Me envolvió la garganta con el puño otra vez, acercándome para morderme el hombro; el ramalazo de dolor me dejó claro que me quedaría marca. Y no me importaba. Quería recordar ese momento.

Ronroneé mi respuesta, algo que solo sirvió para ponerlo más cachondo y que la bestia dentro de él saliese a la superficie. Nadie me había follado nunca tan fuerte, tomando lo que quería sin asomo de duda. Estaba sin aliento, jadeando para intentar retener el aire porque él lo absorbía todo, remplazándolo por su aroma exótico.

La niebla permanecía, cada centímetro de mi cuerpo ardía ante su tacto. Su polla golpeó el lugar perfecto, mi coño palpitaba mientras otro orgasmo amenazaba con sacar a la luz mi necesidad creciente. No me importaba lo que me hiciese o lo duro que me follase. Deseaba más. Y le daría cualquier cosa que me pidiese.

Me penetró larga y duramente hasta que por fin me apartó del espejo, obligándome a contemplar como fornicábamos. Con una mano envuelta en mi garganta y otra en mi cintura, me levantó del suelo, follándome como a una muñeca, un objeto de su posesión con el que jugaría y haría suyo cuando así lo decidiese.

Me veía incapaz de escapar, sería suya por cuanto tiempo él desease. Su aguante no tenía rival, y me sentía exhausta del salvajismo con el que me follaba. Cuando sus músculos por fin se tensaron, me acarició la oreja con la nariz y su murmullo oscuro fue otra orden que no pude ignorar.

—Córrete conmigo.

—No pue…

—Hazlo. Ahora mismo.

Su voz era hipnótica y mi cuerpo me traicionó, otro poderoso clímax arrasó con mi organismo. Sucumbí ante él, sus órdenes y necesidades sin hacer preguntas. Era como si tuviese control total sobre mí. Cuando su polla alcanzó la parte más profunda de mí, solté un grito agudo.

No importaba lo humillante del momento ni cuánta gente hubiese fuera, escuchando cómo follábamos como salvajes. Lo único que me importaba era la intensidad de mi orgasmo, como flotaba mi cuerpo mientras esa dulce oleada me sobrevenía.

Gruñó contra mí oído mientras explotaba dentro de mí, levantándome en el aire y empujando sus las caderas contra mí.

—Cena conmigo esta noche —susurró con voz ronca.

—Sí, vale —respondí sin dudar.

—Buena chica. Prepárate para ser obediente del todo. Y, recuerda, nadie más puede volver a ponerte una mano encima nunca más.

Cuando salió de mí, me desplomé contra el cristal, esforzándome por darle sentido a lo que acababa de ocurrir.

—¿Dónde vives? —preguntó.

Murmuré la dirección, todavía incapaz de procesar nada. Pero cuando se volvió a meter la polla en los pantalones y se pasó los dedos por el pelo, seguí sin parpadear mientras le miraba.

Deslizó los dedos por mi espalda, bajándolos con lentitud hasta la abertura de mi trasero. Entonces, arqueó el labio superior.

—Estate preparada, zorrita mía. Esta noche haré mío tu culo.

CAPÍTULO 5

Capítulo cinco

Gabriel

Cerré la mano en un puño al pensar en ella, el hormigueo de tener su garganta entre mis dedos no era algo que fuese a olvidar pronto. Durante unos segundos, la idea de tener su vida entre mis manos había sido más poderosa que nada que hubiese experimentado antes. La parte retorcida de mí había querido aplastarle la laringe, extinguir la luz de sus ojos. La parte cuerda había querido follarla como un animal, y no permitir que me diese un no por respuesta.

¿Era alguna parte de mí mejor que la otra o no era más que un cabrón retorcido, igualito a mi padre? En las semanas que habían pasado desde que acepté el cargo como cabeza de familia, me había visto obligado a ver la luz, como diría mi madre. En otras palabras, había aprendido que todos los años que había invertido fingiendo que no formaba parte de la familia Giordano no fueron más que una puta mentira.

Ya lo había demostrado antes y lo volvería a hacer, solo que esta vez sería alimentando mi sed de sangre. Se había convertido en una droga para mí, similar al efecto que ella tenía en mí, esa necesidad me carcomía hasta que no me quedaba más remedio que buscarle un alivio. Por suerte, había conseguido mantenerlo bajo control en su mayor parte, tratando de mantener el orden establecido con los soldados y demás empleados.

Había permitido que ese pseudo-acuerdo con los Moretti siguiese en marcha, no llegué a averiguar qué era eso que Luciano había descubierto y que había muerto tratando de rectificar, pero era cuestión de tiempo. Cuando se corrió la voz de que yo tomaría el mando, fue como si nuestros enemigos se tomasen un descanso, aguardando a ver de qué pasta estaba hecho. Lo que no podía permitirme en estos momentos era bajar la guardia. Había problemas, pero hasta ahora me había encargado de ellos. Aun así, era solo una cuestión de tiempo. Lo que no podía seguir tolerando era que se hubiese usado contra nosotros cierta información privada. Eso implicaba la existencia de al menos un traidor en la organización.

La parte empresarial no había supuesto ningún problema, nuestros negocios legítimos funcionaban como una máquina bien engrasada. Tenía que concederle el crédito a Luciano. Había logrado que la empresa pasase a formar parte del top 100 de *Fortune* en apenas unos años. Y lo había conseguido con integridad y ganándose su respeto.

También se lo había ganado con los hombres despiadados que trabajaban a sus órdenes, controlando los otros aspectos de nuestro mundo. Estaba descubriendo que no era tan fácil como me había creído, sobre todo teniendo en cuenta que uno de los hombres de mayor confianza de Luciano no dejaba de desafiarme.

Se lo había permitido por la muerte de mi hermano, pero eso se había acabado. Tenía que enviar un mensaje que todos en la organización entendiesen.

Atrévete a vacilarme y enfréntate a mi ira.

Pese a todo, al entrar en Club Rio, la joya de la corona de nuestros negocios, me fue difícil apartar a Sarah de mi mente. Había sido algo completamente inesperado, en especial, la atracción que sentí al instante. Había esperado odiarla y usar ese sentimiento vil y odioso para desprenderla de sus defensas. En cambio, me la había follado como un animal en celo en mitad de una boutique de una calle concurrida.

Desde entonces, deseaba más.

Puede que lo más sorprendente de todo fuese que ella disfrutara cada segundo de que la follase un desconocido, un hombre malvado. No tenía ni idea de a lo que se enfrentaba.

Siseé mientras estudiaba la amplia pista de baile a la luz del día. El club había sido invención de mi padre, un lugar donde la depravación y la lujuria se daban un festín con los clientes desprevenidos pero poderosos, que podían participar en cuanto deseasen para saciar sus inclinaciones.

No importaba lo depravadas que fueran.

Era mitad casino mitad club sexual, todo envuelto en un restaurante de cinco estrellas y un bar especializado en vodka. La cantidad de dinero que se ganaba y perdía en este establecimiento era impresionante.

Una lección que mi padre nos había enseñado tanto a mi hermano como a mí era que no había momento en que un hombre fuese más débil que cuando se le obligaba a doblegarse al sacar a la luz sus secretos sexuales. Mi hermano había llevado más allá esa idea, expandiendo el club y haciéndolo accesible solo por invitación. Ahora, hombres de cada estrato social rogaban para estar en la lista de espera de un año. El local también se usaba para fines empresariales, los miembros de pago tenían derecho a traer un número de invitados a cenar y beber, darles a probar el sabor de lo prohibido para tentarlos a firmar un contrato.

Por todo lo que ofrecíamos, el negocio iba en alza y ya estábamos preparándonos para abrir un segundo club. Mi invención. Pronto tendría que enfrentarme a la continua animosidad y sutiles pero constantes interferencias de los Moretti.

Pero no hasta que pasase tiempo con Sarah.

En setenta y dos horas, la vida simple que llevaba empezaría a derrumbarse. Pronto se

encontraría bajo mi yugo.

Me palpitaba la polla solo de pensarlo.

Me pasé el pulgar por los labios, aún podía saborear su dulce coño. Sarah había despertado a la bestia dentro de mí, algo que no estaba seguro de que pudiese pasar. Suspirando, consulté el reloj, molesto de que los hombres a los que había ordenado que se reuniesen aquí conmigo no estuviesen por ninguna parte.

Las puertas abrían a mediodía, así que tenía que liquidar pronto los asuntos que requerían mi presencia. Pensando en cómo me enfrentaría a la flagrante actitud de mis hombres, me encaminé a la cocina en penumbra y encendí la luz. El impresionante mobiliario de acero inoxidable sería la envidia de todo chef. Mi hermano no había reparado en gastos a la hora de las renovaciones.

Tras abrir unos cuantos cajones, encontré justo lo que estaba buscando. Observé el cuchillo afilado bajo la luz, le saqué el protector y disfruté de cómo brillaba el acero. Después me lo metí en el bolsillo de la chaqueta, me importaba una mierda si me rajaba la tela.

Encontré al grupo de hombres en una de las salas de conferencia, los cuatros se comportaban como si estuviesen aburridos. Tardaron en reparar en mí mientras entraba a la sala, uno de ellos estaba apurando una bebida alcohólica. Aunque la mayoría de las reglas de nuestra organización eran implícitas, la acción me parecía atrevida teniendo en cuenta que el imbécil sabía que yo estaba al caer.

Tal vez había sido demasiado blando. Eso iba a cambiar hoy.

Dillon fue el primero en verme, de pronto sacó pecho y respiró hondo. Había sido de ayuda para ponerme al día, era un hombre al que conocía desde hacía tiempo. Le dio en el brazo a Demarco, quien apenas me dirigió una mirada por encima del hombro. Entonces, Demarco bajó su copa con fuerza contra la mesa de centro, derramando la bebida en el proceso. El personal de limpieza ya se había ido, cosa que el imbécil sabía.

Ambos hombres habían sido capos de mi hermano, ninguno tenía familia. Pero a Demarco se le consideraba despiadado desde cualquier punto de vista.

Había escuchado que era leal, pero me estaba empezando a cuestionar su comportamiento. Y mi instinto nunca fallaba.

Nos habíamos enfrentado dos veces y le había permitido conservar su mando.

Fallo mío.

—Decidme una cosa —dije, acercándome y cogiendo la copa de la mesa. Le lancé a Demarco lo que quedaba a la cara, mirándolo directamente a los ojos cuando casi se atrevió a abalanzarse sobre mí por encima de la mesa.

Cuando estrellé la copa contra la pared, los otros dos soldados se apartaron, no estaban acostumbrados a verme así. El cristal se hizo añicos y el sonido me hizo gracia.

—Ahora que tengo vuestra puta atención, vais a responderme a una simple pregunta. ¿Os gusta trabajar en *mi* organización? —Recalqué el posesivo para darle énfasis mientras miraba de un hombre a otro.

Tres de los cuatro hombres se miraron entre sí, sin saber dónde quería llegar. Solo Demarco tuvo los cojones o la estupidez de permitir que una sonrisilla le cruzase el rostro.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó Dillon.

Apenas le eché un vistazo, tenía la mirada intensa puesta en el hombre que había venido a castigar.

—Lo que pasa es que parece que está habiendo alguna mierda en mi organización Se rumorea que alguien le está pasando información de esta organización a uno de nuestros enemigos. Me habría costado creérmelo de no venir de una fuente de confianza. También ha llegado a mis oídos que ese mismo individuo ha manchado nuestra buena reputación lo bastante como para que varios de los negocios se estén resintiendo. Siento curiosidad por saber si habéis oído algo similar.

Cuando me metí las manos en los bolsillos, no me sorprendió ver que hasta Dillon se apartaba de Demarco. Rodeé la mesa, quedándome a unos centímetros de distancia. Agarré al grandullón por la nuca y le estrellé la cara contra la mesa.

—Te has metido con el hombre equivocado, Demarco.

El muy cabronazo echó mano a su pistola y yo se la quité, deslizándola por la mesa. Cuando le presioné la cara contra la madera, se puso a maldecir como un carretero, esforzándose por soltarse. No tenían ni idea de lo fuerte que era yo ni de lo que era capaz de hacer.

Cuando los tres soldados dieron un paso atrás, entorné los ojos, mirando concretamente a Dillon.

—Agárralo.

—Sí, jefe. —Dillon se apresuró a obedecerme, pero no sin dudar. Tomé nota de ello.

—¿Qué cojones crees que haces? —rugió Demarco.

—Eso mismo venía a preguntarte yo a ti, Demarco. Parece que te has olvidado de para quien trabajas.

—No me vengas con mierdas. —Demarco era un hombre fuerte, conseguía levantar la cabeza unos milímetros de la mesa, aunque los soldados lo estuviesen sujetando.

—¿Es él? —preguntó Dillon, verdaderamente sorprendido de mi acusación—. ¿Él es el puto traidor? —No me sorprendía su furia. Nuestro padre lo había rescatado de las calles, el único acto redentor que papá había hecho jamás.

—Eso parece. Sujétale la muñeca.

—Eres un loco hijo de puta —rugió Demarco. No hacía más que cavarse su propia tumba.

—Puede ser, pero no es eso lo que importa. Se te exige que cumplas órdenes, no que te vayas de lengua. —El hecho de que hubiese mostrado cualquier tipo de desacuerdo por el cambio de líder era suficiente para meterle una bala en el cerebro. Que se pusiese a rajar dentro del Club Rio era más escandaloso, pero si lo que había oído sobre él era cierto y le había estado pasando información a los Moretti, su castigo tenía que ser acorde a su delito.

Cuando saqué el cuchillo, resultó evidente lo que tenía planeado y Demarco redobló sus fuerzas.

—Puto enfermo hijo de puta. No te atrevas a intentar eso conmigo.

—¿Que no me atreva? —repetí—. Creo que te has hecho una idea equivocada de quien trabaja para quien. Yo propongo que rectifiquemos ese error ahora mismo. Separadle los dedos. —Esperé. Ninguno de los soldados dudó antes de apretarle la mano a Demarco con tanta fuerza que no pudo moverla.

—Que me soltéis, joder. —El llanto de Demarco no obtendría respuesta. Siempre había encontrado interesante como los hombres más grandes y despiadados eran los primeros en derrumbarse—. Si me tocas, te mato.

No tenía ni idea de lo mucho que me encendían las amenazas.

—Yo no te voy a tocar ni un pelo, Demarco. Lo cierto es que no me hará falta. —Me acerqué a Dillon y le pasé el cuchillo.

Se le abrieron los ojos como platos, pero percibí que era consciente de que estaba poniendo a prueba su lealtad. Los dos eran amigos, compañeros de juergas. Si superaba la prueba, les permitiría vivir a ambos, Demarco solo se quedaría manco por su actitud insultante. Pero de aquí en adelante, vigilaría a Demarco como un halcón. Necesitaba saber cuánto había cantado antes de decidir qué hacer con los Moretti.

Si Dillon fracasaba, a los dos soldados les llevaría más tiempo limpiar este desastre.

Alcé una ceja, permitiendo que una sonrisa me cruzase la cara.

—Cuando termines, aseguraos de que la habitación quede impoluta. —En cuanto Dillon aceptó el cuchillo, me di la vuelta para marcharme.

—Espera. —Dillon se me puso delante—. ¿Cuántos?

—Eso lo dejo a tu juicio. —Al ver su expresión confusa, le di unos golpecitos en el hombro—. Dejaré que decidas acorde a lo horribles y dañinas que creas que han sido sus acciones. —Tras darle un apretón en el brazo, me alejé.

Sabía que tomaría la decisión acertada.

* * *

Sarah

Estate preparada, zorrita mía. Esta noche haré mío tu culo.

Había sido incapaz de quitarme esas palabras obscenas de la cabeza en todo el día. Habían sido toscas comparadas con cómo había hablado conmigo antes, pero solo de pensarlo me excitaba. Debía de ser una chalada para desear más. ¿Hacer suyo mi culo? Nunca había ocurrido.

Y jamás ocurriría.

Tenía mis escrúpulos, después de todo.

—¿Va en serio? —preguntó mi hermana.

¿Y en qué momento me empezó a poner cachonda que un hombre misterioso me llamase su zorra?

Porque nunca has estado con un hombre que te excitase de esa manera.

Cállate, vocecita. Ya podía averiguar las cosas yo solita.

—Lo sé, una locura, ¿verdad? —pregunté mientras tiraba el vestido a la cama,

Shadow enseguida saltó encima de la funda nórdica, meneando su culo peludo mientras se arrastraba. Le dediqué una mirada reprobatoria que solo sirvió para que se acostase de espaldas, esperando a que le rascase la barriguita. Siempre les había dicho a mis amigos que, una vez que tienes un perro, ya puedes estar preparado para encontrarte pelos en todas partes. Si no estaban conformes, no estaban invitados a mi casa.

Ahora me estaba esforzando por ahuyentarlo, cogí la percha y la colgué en la puerta. Goldie había entrado contoneándose a la habitación para mirarme con su mirada suplicante habitual. Odiaba cuando mamá tenía que salir, aunque ya estaba acostumbrada a mi extraño horario laboral.

Carrie soltó el aire.

—Me alegro mucho de que vayas a hacer esto. ¿A qué hora pasa a recogerte?

—A las siete. En punto. O eso dijo.

—Un hombre meticuloso.

—Mucho. —Temblé al pensar en él, aún me cosquilleaba todo después de nuestro intenso y apasionado encuentro.

Estaba como una cabra por aceptar su invitación, sobre todo teniendo en cuenta que aún no me sabía su nombre. No se me había ocurrido preguntarle por lo rápido que había ocurrido todo, la sorpresa de que me siguiera se vio superada por sus sofocantes acciones y la atracción que había sentido desde que posé los ojos en él.

Había oído hablar con anterioridad de que le pasasen este tipo de cosas a los supervivientes, por supuesto, pero no a este nivel. O igual estaba analizando la situación en exceso. Llegados a este punto, ya no importaba.

Pero debería. ¿Quién era él?

La voz nerviosa de mi cabeza me había estado preguntado lo mismo desde que él desapareció, no sin antes pagar por el vestido que había escogido para mí. Era todo muy repentino, su actitud me resultaba emocionante y aterradora a partes iguales.

—¿Tienes algo que ponerte?

Me giré para mirar el vestido, soltando el aire mientras las mariposas se formaban en mi estómago.

—Sí, se aseguró de ello.

—¿Y eso que quiere decir?

Me sentía demasiado avergonzada como para contarle a mi hermana que me lo había follado en el probador. No era una conversación apropiada.

—Digamos que me ayudó a escoger algo.

—Ah, así que pasasteis casi toda la tarde juntos.

Quince minutos en la cafetería, treinta en la boutique. Se podría considerar una tarde.

—Más o menos.

—¿Cómo es?

—Alto, moreno y apuesto con una pizca de peligro y un toque de arrogancia.

—Claro —se burló—. Suena demasiado perfecto para ser verdad y sabes que los hombres perfectos no existen.

Pues se le acercaba bastante, venía con el pack completo y envuelto en un traje caro.

—Lo digo en serio. —Me acerqué al vestidor, abrí la puerta y encendí la luz. Tenía dos pares de tacones y unos estaban demasiado desgastados para llevarlos, Gracias a Dios los negros estaban en buenas condiciones, aunque no me parecían lo bastante sexis para el vestido—. Ya estás de camino, ¿verdad?

—Cuando mi hermanita tiene una cita después de un trillón de años de celibato, puedes estar segura de que llegaré a tiempo.

—Gracias por el recordatorio. —Bueno, resulta que no había metido a un hombre en mi cama desde… Joder, ya ni lo recordaba; el tiempo suficiente para que fuera evidente porqué había renunciado a mi colección de vibradores por semejante galán. Me reí por lo bajo, algo que tampoco era propio de mí, pero que me hizo sentir muy bien.

Carrie se rio.

—¿Para qué están las hermanas? Estaré ahí en diez minutos.

Finalicé la llamada y lancé el móvil a la cama. Todo esto seguía siendo una locura. Por lo que sabía, ese hombre podía ser un asesino en serie y yo su próxima víctima. La ropa y el reloj caro podían ser de atrezo. Madre mía, se los podía haber robado a su última víctima.

—¿Te estás pasando de dramática? —Le pregunté a la otra versión de mí antes de dejarme caer en la cama y dejando que los perritos me saltasen encima y me cubriesen de besos y lametones. Habían sido unos amigos constantes durante años. Cuando empezaron a ponerse revoltosos, por fin me los quité de encima, riéndome mientras les rascaba detrás de las orejas primero a uno y luego a otro—. Hora de vestirse. —Después de darme una ducha rápida.

Me di toda la prisa que pude y aún estaba intentando meterme en el vestido cuando llamaron a la puerta. Cuando eché a correr hacia el salón con el sonido de patitas siguiéndome, empecé a

ponerme nerviosa. No sabía cómo tener una cita. No tenía ni idea de cómo comportarme. ¿Qué sabía yo que pudiera interesarle a un corredor de bolsa, y mucho menos a un hombre? Gruñí mientras abría la puerta, encogiéndome por dentro al ver la reacción de mi hermana.

—Menudo vestidazo. ¿Y fue tu cita quien lo escogió? Guau. —Se abanicó la cara con la mano antes de entrar a casa.

—¿Es demasiado?

—Por Dios, es perfecto. Lo que daría por tener tu cuerpo. Qué curioso, no te he visto con nada que destacase tu figura de reloj de arena en dos años.

—Eso es porque siempre estoy trabajando.

—¿Y quién dice que una cirujana no pueda estar sexy?

La miré con dureza y cerré la puerta. Tenía diez minutos para estar lista.

—Ya sabes cómo va la cosa. Sírvete vino, comida y lo que quiera que tenga por casa.

Alzó una bolsa que no me había dado cuenta de que traía con ella.

—¿De verdad te pensabas que encontraría algo comestible en tu cocina que no sea comida de perro? Y que conste que he llegado a estar a punto de comérmela.

—Qué graciosa. —Pero tenía razón. Al igual que mi hombre misterioso. Había comido más ultracongelados baratos en los últimos dos años de los que podía contar. Me apresuré hacia el baño de nuevo, maquillándome y peinándome lo mejor que sabía.

No me había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado hasta que Carrie vino hasta el baño y se apoyó en el marco de la puerta.

—Eh, hermanita. Tu cita está aquí.

Me dejó sin palabras. ¿Los perros no habían ladrado? Le ladraban a prácticamente todo el mundo menos a Carrie. Igual es que se le daban bien los animales, eso sumaba puntos a su favor.

—Creo que ha venido hasta aquí en un Maserati. Hay uno aparcado enfrente. —Señaló la ventana y me pudo la curiosidad. Eché un vistazo hacia la oscuridad de la noche y vi cómo brillaba un elegante coche deportivo aparcado bajo la farola.

—¿Cómo sabes que es un Maserati?

—Me conozco los coches caros —dijo, provocativa—. Ese de ahí cuesta unos cuatrocientos mil dólares.

—Y no sabemos si es de él.

—Tengo la corazonada de que sí.

Después de volver al baño y coger mi barra de labios rojo fuego, me miré en el espejo y vi el reflejo de mi hermana.

—¿Algún problema?

—Oh, no, ningún problema, solo me preguntaba si tendrá un hermano. Lo de estar buenísimo se le queda corto. ¿Y has visto sus músculos? —Se me acercó mientras echaba un vistazo por encima del hombro para comprobar que no la hubiese seguido—. Sé que queda muy bruto decir esto a mi hermana sobre su novio, pero apuesto a que tiene el culo bonito y una polla grande.

Carrie nunca se había cortado a la hora de decir lo que le pasaba por la cabeza. Eso había hecho que llegase lejos en el mundo empresarial, pero le iría de pena en política si se veía obligada como quería mi padre a.

—Primero de todo, no es mi novio. Y segundo… —*Tiene la polla más gruesa y dura que ningún hombre con el que haya estado*. Ah, sí, como si pudiera confesar eso—. Segundo, no planeo averiguarlo. Es solo una cita.

—Ajá. Recuerda lo que hablamos de dejarte llevar. Esta noche es la noche, el fin de semana entero, más bien. Y estás alucinante.

Respiré hondo y me alejé del espejo.

—Todo va bien y no puedo dejarme llevar un finde entero.

—Sí que puedes. Tú misma me dijiste que la administración del hospital te está obligando a que lo hagas. Por Dios, tía, necesitas echar un polvo.

—Dilo más alto para que él te oiga.

—Y, ¿cómo se llama? Podría llamarlo «pastelito cachas».

Pasé por su lado, me peleé con los tacones y cogí el bolso. «Pastelito cachas» ya era más que lo que yo podía decir, al menos el nombre le pegaba.

—No me has respondido. No tengas secretos con tu hermana.

Suspiré y levanté la cabeza al fin, dedicándole una sonrisa perversa.

—No tengo ni la más remota idea.

Entrecerró los ojos para luego soltar una carcajada.

—Igual aún tienes tiempo de soltarte el pelo antes de convertirte en un vejestorio.

—Cuando vuelva, voy a pegarte un puñetazo en toda la cara. —Me estabilicé sobre los tacones y respiré hondo antes de echar a andar hacia el salón.

Había oído decir a varias personas que, cuando encontrabas a la persona correcta, la parte perdida de tu corazón que no sabías ni que había desaparecido se aparecía de pronto y así sabías que era cosa del destino. Me había reído, siendo yo una de los muchos escépticos. No existía tal cosa como el amor a primera vista ni encontrar al «indicado», a esa única persona con la que estabas destinado a estar.

Pero mientras caminaba hacia el hombre vestido con unos vaqueros negros, una camisa blanca y suave, una chaqueta *bomber* de cuero y una mirada abrasadora, casi me lo creo. Iba mucho más informal que antes, pero estaba igual de irresistible que con el traje. De repente, me pareció que iba demasiado arreglada, que era exactamente lo que él quería.

Se le ensancharon las fosas nasales y, mientras me miraba con los ojos turbios, no me cupo duda de que me estaba desvistiendo con los ojos. Odiaba el hecho de que pudiese ver con facilidad cómo su mirada apasionada despertaba mi deseo y se me erguían los pezones contra la delgada tela del vestido. Juraría que había escogido a propósito un vestido con el que no podía llevar sujetador.

La dinámica entre los dos era tan potente que, incluso sin la pasión, el aire crepitaba de la electricidad que nos bailaba por el cuerpo. Desprendía confianza, poseía un conocimiento de la manera en que su presencia era un poder en sí mismo que yo apreciaba, pero eso no le restaba arrogancia, como si supiera lo poderoso que era. Podía verlo en la forma en que me miraba, como si fuese de su posesión, un objeto con el que jugar y colocar en una balda.

Reparé en los destellos dorados de sus ojos y en la manera ardiente en la que me miraba, que bien podría haber conseguido que me fundiese con el suelo si hubiera querido. Poseía cierta rudeza que difería con lo que esperaba de un corredor de bolsa, musculoso sin que resultase abrumador. Tenía una mandíbula cincelada y unos pómulos altos que acentuaban sus largas pestañas de obsidiana. Me sorprendió lo atractivo que era, me sentí agradecida de que la neblina de antes no hubiera regresado.

Había algo extraño, casi siniestro, en la forma en que me miraba. Había una oscuridad en su interior que amenazaba con consumir todo a su paso, un deseo inminente que le enturbiaba los lagrimales. No sabría decir porqué era ese el primero pensamiento que me venía a la mente. No había hecho nada destacable que evidenciase que pretendía hacerme nada malo, más que si alguien amenazaba con interponerse entre nosotros, él los aplastaría con sus botas de piel de serpiente.

La habitación estaba en completo silencio, a excepción del mismo latido galopante que ya había experimentado antes. Fue entonces cuando parpadeé y miré a propósito hacia los perros para ocultar el rubor que sentía subiéndome por la mandíbula.

Goldie era una mezcla de Sheltie con Golden Retriever y Shadow un labrador negro con Setter irlandés. En otras palabras, era unos perros hiperprotectores a los que les encantaba recibir atención.

Se quedaron quietos y sentaditos, mirando al misterioso invitado como si fuese un dios, o puede que un encantador de perros. No podía dejarlo pasar. Una cosa que tenía clara era que, si alguien pasaba la prueba del perro, era buena persona. Al menos eso me consolaba un poco.

Evidentemente, notó mi mirada intensa y se rio con suavidad.

—Son muy bonitos.

—Les gustas. —Alcé la cabeza, estudiando su mirada.

—Lo dices como si no debieran.

—No te conocen y yo tampoco.

Se acercó más a mí, tomándose mis palabras como un desafío. Cuando acortó la distancia, ladeó la cabeza y respiró hondo unas cuantas veces.

—Pues habrá que rectificar eso, ¿no crees? —Me agarró por el mentón y me acarició con el

pulgar con tanta delicadeza de un lado a otro que fruncí los labios, temerosa de haber expresado los pensamientos centelleantes que me rondaban por la cabeza.

—Sí que lo creo.

Bajó la cabeza y estaba convencida de que iba a besarme, pero entonces me susurró al oído:

—Te tengo una sorpresa.

—¿Otro bollo?

—Algo mucho mejor. Deberíamos ir yendo. ¿Se queda tu hermana con los perros? —preguntó. Otra sorpresa, se preocupaba por el bienestar de los perros.

—¿Cómo sabes que es mi hermana? —Me acerqué al armario, cogí el abrigo y luché para ponérmelo mientras miraba la forma en que él contemplaba la estancia. ¿Estaba buscando algo en concreto o solo reparando en que vivía como una indigente?

—Estoy aquí mismo y soy Carrie, la hermana de Sarah. Y sí, me quedaré yo con ellos toda la noche si hace falta.

—Me alegre oírlo, Carrie. No te preocupes, tu hermana estará en buenas manos. —Con eso, se movió para colocarse detrás de mí, puso la mano en la parte baja de mi espalda y me guio hasta la puerta—. No la esperes despierta, Carrie. —Su tono era tan autoritario como el que había usado conmigo.

Mientras me llevaba hasta el rellano, se asentó en mi mente una extraña sensación, como si ya lo conociese de antes.

Fuera verdad o no, había una cosa que tenía tan clara que negarlo sería un sinsentido.

Lo que quiera que fuese esto que había entre nosotros estaba a punto de cambiarme la vida.

Pero lo que me sorprendió de ese hecho fue que no estaba segura de si sería para mejor.

O de si sobreviviría.

CAPÍTULO 6

Capítulo seis

Gabriel

No era usual que me quedase impactado por la presencia de una mujer. Simplemente no funcionaba así, ni había querido nunca verme consumido por la lujuria ni ninguna otra emoción asociada a un acto de pasión. La dura coraza en la que me había embutido para estudiar, construir mi imagen y, finalmente, dirigir una compañía multimillonaria con mano de hierro me habían imposibilitado el romanticismo. Pero con Sarah todo era diferente.

Tampoco es que fuese a admitir nunca que mi cuerpo era capaz de tales deseos.

Pero con ella, lo único en lo que podía pensar era en quitarle ese bonito vestido suyo y dejar al descubierto sus pezones duros como piedras. Quería tomarme el tiempo de chuparlos y agarrarlos entre mis afilados dientes para luego morderlos hasta que gimiese de dolor. Después, solo deseaba que me rogase que la follase y que gritase mi nombre cuando lo hiciera.

Se había puesto tensa desde el segundo mismo en el que entró en el salón, entrecerrando los ojos mientras me miraba. Tal vez había recordado a su salvador, el único hombre que había dado un paso al frente para salvarle la vida.

El mismo hombre que había jurado arrebatársela con sus propias manos.

Le había dicho que haría mío su culo y eso no era más que el principio de lo que tenía planeado.

Clavó sus ojos azul cerúleo en los míos en busca de respuestas. Me parecía curioso que no me hubiese preguntado mi nombre, como si no importase. Igual temía averiguarlo. Fuera como fuese, estaba disfrutando demasiado jugando con ella.

Se quedó quieta en la acera, mirando mi Maserati para a continuación alzar la vista hasta la ventana de su habitación. Extendí la mano para abrirle la puerta.

—Sube, Sarah. Tenemos una agenda a la que ajustarnos.

—Te refieres a una reserva —me corrigió.

—Algo así.

Tras cerrar su puerta, rodeé el coche por delante, escaneando ambos lados de la calle. Después de que Dillon probase su lealtad, tenía la sensación de que Demarco les había ido llorando a los Moretti. No descartaría que intentasen planear un golpe contra mí o mi padre. Había ignorado a propósito las dos llamadas de Joseph, con la esperanza de que le entrasen los sudores. Aunque mi padre estaba intentando encauzarme hacia una tregua, insistiendo con la boda entre Nico y Theodora, yo no era partidario de tener ningún tipo de relación con ese hijo de puta. Jamás llegaría a confiar en él.

Cuando me subí a mi asiento, Sarah miró en mi dirección y no necesité la luz de las farolas para saber que estaba cuestionándose su confianza en mí. Debería. No tenía ni idea de que estaba sentada al lado de un salvaje despiadado. Literalmente me había dejado sin aliento con ese vestido. Aunque había gozado de el privilegio de verlo en el cambiador, tenía un aspecto muy distinto con el pelo rizado y maquillada. Era preciosa al natural, no le hacía falta el maquillaje, pero cuando iba con vestido y tacones, no costaba ver lo impresionante que era.

Su sabor me había acompañado todo el día, haciendo que tuviese las pelotas tensas como cuerdas y que la cabeza me echase humo pensado en lo que le haría. Alejarse de Nueva York era arriesgado, pero me vendría bien pasar un rato sin la molestia de los negocios.

Y ella no tendría modo de escaparse.

—¿Adónde vamos? —preguntó tras unos minutos.

—Ya lo verás. —Notaba que estaba debatiendo si negarse a venir conmigo

—Deberías saber que no soy la clase de chica a la que le gustan las sorpresas ni el secretismo, ya que estamos.

—Lo tendré en mente.

—Pero sigues sin tener intención de compartir conmigo donde vamos a cenar. Me supongo que no me has mentido.

Alcé una ceja, sorprendido por su cambio de tono. Su actitud desafiante era refrescante. Ya me había dado cuenta de lo inteligente que era, pero también apreciaba su lado rebelde. Eso haría que destruirla resultara más dulce.

—Deberías saber que no tengo por costumbre mentir. No es algo que encaje ni con mi vida personal ni en los negocios.

—Supongo que no es aceptable mentir en el mundo de la bolsa.

Me estaba poniendo a prueba, intentado sonsacarme información con disimulo.

—¿Qué es lo que quieres saber, Sarah?

—Tú sabes mi nombre, yo debería saberme el tuyo.

—Muy bien, es Gabriel. En cuanto a apellidos, ¿qué tal si tenemos una cita con un toque de misterio? —Al principio, había pensado en darle un nombre falso, pero averiguar si sabía o no quién la rescató aquel día era algo valioso

—Misterio no es la palabra. Es imprudente, más bien.

—¿Y qué es la vida si no se arriesga un poco?

—Podrías ser un delincuente, un asesino.

No tenía ni idea de lo acertada que estaba.

—Podría serlo. —Este juego se estaba volviendo más complicado a cada minuto que pasaba. Ahora, sentía un anhelo desesperado en las pelotas hasta el punto de doler.

—Gabriel —repitió ella—. Te pega. —Cuando me detuve en un semáforo, Sarah giró la cabeza para estudiarme, estrechando los ojos.

Alcé una ceja, disfrutaba de la silenciosa tensión que iba creciendo entre nosotros. Me miró de arriba abajo, continuando con su inspección. Se produjo un repiqueteo de electricidad más intenso que el anterior, el aire del coche estaba impregnado de esa corriente vibrante.

Mientras nos alejaba de la ciudad, ella se fue tensando todavía más, y percibí que no estaba segura sobre si había tomado la decisión correcta.

—Puedes relajarte, Sarah. No voy a hacerte daño, al menos no de la forma en que estás pensando. Vamos rumbo a mi avión privado.

—Guau, ¿un avión privado? ¿Para ir adónde?

—Eso forma parte de la sorpresa. ¿Te he dejado impresionada?

—No me impresiono con facilidad, Gabriel. Aunque aprecio la atención y química que hemos compartido, no me siento cómoda subiéndome a un avión contigo. Espero que lo entiendas.

Tenía que pensar en cómo responderle con la verdad.

—Evidentemente, ya te habrás dado cuenta de que soy alguien muy exitoso. Normalmente no presumo de ello porque, ¿para qué? Pero, cuando me apetece disfrutar de pasar tiempo con una mujer preciosa lejos de la suciedad de Nueva York, me alegro de tener la oportunidad de hacerlo. Si eso implica ir en avión a otro lugar, que así sea. Y no es algo por lo que me vaya a sentir culpable.

Pensó en lo que acababa de decir, conteniendo la respiración durante unos segundos.

—Muy bien.

Con eso, giró la cabeza y se dedicó a mirar las luces que dejábamos atrás. La tensión seguía presente, pero estaba más intrigada que tensa.

—Siento curiosidad por descubrir más de ti —habló, después de que pasaron dos minutos de reloj.

—¿Estás segura de que quieres destruir el espejismo o solo quieres desfrutar de una velada

apasionante?

Su risa ligera era diferente, como lo era todo con ella.

—Esta tarde ha sido increíble, yo tampoco voy a mentirte. Sin embargo, no soy la clase de mujer que se acuesta con un desconocido.

—No creo que sigamos siendo desconocidos, ¿tú sí?

Su sonrisa fue una pequeña recompensa, y también provocó que me palpitase la polla mientras aumentaba mi necesidad por sumergirme en su dulzura. Igual era un idiota por disfrutar del tiempo que compartíamos, hambriento de más, pero en cuanto la tuviese completamente bajo mi yugo, podría eliminar tal distracción de mi mente. Entonces, podría encargarme de los negocios sin pensar en follármela cada segundo del día.

Golpeé los dedos contra el volante, dirigiéndome a la salida que llevaba a la pista de aterrizaje privada. Me preguntaba si se hacía alguna idea de que acababa de caer en las garras de un monstruo.

Había planeado cada detalle sin dejar nada a la suerte. Toda la hostilidad que me había esperado sentir no había hecho acto de presencia. Ella era todo lo que siempre había deseado y poseerla era ahora una necesidad.

Estuviese ella de acuerdo o no.

Mientras la guiaba hacia el avión, me aseguré de que nadie nos hubiese seguido, sin apartar la mano de mi Glock por si acaso nos interrumpían. Si Sarah notó que lo hacía, no dijo nada, aunque tenía la sensación de que era una mujer muy observadora. Incluso astuta. El poseerla valdría cada esfuerzo invertido.

Sarah se detuvo en la entrada, permitiendo a su mirada pasearse por la escena de opulencia.

—Esto es…increíble.

Me reí mientras le ponía una mano en la espalda baja.

—Mi hermano mandó que renovaran el interior solo unos meses antes de… —Me frené a mí mismo antes de mencionar su muerte. Sus recuerdos podían volver en cualquier momento, y eso aceleraría mis planes. Estaba disfrutando de esto demasiado como para permitir que tal cosa pasase en los próximos dos días.

—¿Antes de…?

—Antes de que encargase otro. Como es natural, me ofrecí a quedarme yo con este.

Entrecerró los ojos, mirando por encima de su hombro.

— Las tribulaciones de los ricos y famosos.

—Rico, sí. Famoso, espero que no. Mira todo cuanto quieras, aún nos quedan unos minutos antes de despegar. —No podía apartar la vista de sus piernas largas y torneadas mientras se movía por la cabina, encaminándose hacia el dormitorio.

Continuaba manteniendo mi promesa de no mentirle; Luciano había empezado las renovaciones.

Yo me había limitado a apresurarlas estas últimas semanas. Me dirigí al mueble bar, decidiéndome por una botella de champán Krug y riéndome al verla negar con la cabeza cuando vio el tamaño de la cama de matrimonio.

Entonces cerró la puerta abruptamente y respiró hondo antes de darse la vuelta para mirarme a la cara.

—Lo decía en serio. No me van los rollos de una noche.

—¿Y quién ha dicho nada de un rollo de una noche? Si ese fuese el caso, no te habría invitado a cenar. —Mientras abría la botella, el ligero ruido de descorche me arrancó una sonrisa. Después de llenar dos copas, caminé despacio hacia ella. Sentía un hambre casi fuera de lo común.

—Eres un hombre lleno de sorpresas.

—Puedo serlo. —Alcé mi copa para brindar.

—¿Qué pasa cuando la gente no acepta tu forma particular de ser hospitalario?

—Te refieres a mi actitud avasalladora.

—Sí.

Esperé a que tomase un sorbo, las pestañas le cosquillearon contra el brillo de sus mejillas. Maldita sea, seguía teniendo la polla tan dura como una piedra.

—Digamos que siempre es mejor para la otra persona hacer lo que le digo.

—¿Por qué suena eso un poco a amenaza?

—Yo no hago amenazas, Sarah, no lo necesito. Yo hago promesas.

—Para ser corredor de bolsa, suena inquietante.

Fui hasta uno de los dos sofás de cuero, esperando que me siguiera. Debería haber saber sabido, por su personalidad, que continuaría haciendo las cosas a su manera. Eso cambiaría pronto. Tomé asiento, recostándome hacia atrás y cruzándome de piernas.

—¿Dudas de mi profesión?

—No, sí que creo que podrías ser corredor, pero los pocos que conozco solo piensan en exprimir los números, son unos genios a la hora de anticipar las tendencias, no presionan a los clientes a tomar una decisión.

—Todo se basa en leer al cliente. Hay los que están empeñados en desafiar al sistema. Y hay otros que necesitan que los persuadas. A lo largo de los años, he hecho muy ricos a docenas de hombre y mujeres. —Era todo verdad. No estaba listo para decirle que también era un genio a la hora de manipular el mercado, algo que debería ser toda una señal de alarma de que era exactamente como mi padre y mi hermano.

Alzó la barbilla, dejando su largo cuello a la vista, y yo me imaginé un grueso collar de cuero. Sí, estaría preciosa con un collar, tacones y nada más. Me estaba adelantando a los acontecimientos. Cuando por fin se sentó, parecía decidida a guardar las distancias.

Unos segundos más tarde, apareció el piloto, algo impropio de él.

—Disculpe, señor, pero quería dejarles saber que es posible que experimentemos turbulencias debido a la tormenta inminente.

Suspiré, recorriendo el borde de la flauta de champán con el dedo.

—¿Podrás completar el vuelo?

—Por supuesto, señor. He volado en mucho peores circunstancias. Intenten disfrutar del vuelo

Sarah frunció el ceño y miró hacia la ventana.

—¿Significa eso que volamos hacia el norte? Hay una corriente ártica viniendo desde Canadá.

—Tus deducciones son correctas. Ven aquí y te diré adónde vamos. —Me limité a lanzarle una mirada severa. No había necesidad de ningún otro gesto. Se mordió el labio inferior, debatiéndose entre obedecerme o no, pero sus pezones duros señalaban su deseo de obedecer mis órdenes.

Se levantó con lentitud y se aproximó un poco, aunque seguía estando demasiado lejos. Cuando envolví una mano alrededor de su brazo y la arrastré cerca, enseguida me puso una mano en el pecho.

—No tan rápido. No eres mi dueño.

Le agarré el pelo en puño desde la raíz, ignorando sus palabras. No tenía ni idea de lo que me provocaba cuando se resistía. Solo echaba leña al fuego, prendiendo los rescoldos de unas brasas que había creído que estaban heladas.

—Puede que no sea tu dueño todavía, pero lo seré. Muy pronto. —Estrellé mi boca contra la suya, curioso por ver cuál sería su reacción.

Se puso tensa, presionando más la mano y empujándome con todas sus fuerzas. Pero poco a poco abrió los labios y yo me aproveché, colando la lengua dentro. No cabía duda de que la devoraría unas cuantas veces, empujándola hasta los límites del éxtasis que no sabía que existían. Pero empezaría a entender mis reglas.

Me llegaron sus gemidos a través del beso y ahora se estaba aferrando a mi camisa con los dedos. Seguí agarrándola con firmeza mientras mi lengua barría su boca, explorando cada milímetro, cada rincón oculto. La explosión de champán incrementaba mi deseo, y aun así era incapaz de saciar mi ansia. A medida que dominaba su lengua, la acerqué todavía más a mí, preparado para arrastrarla a mi regazo. Había despertado al salvaje dentro de mí, tirando de los infames deseos que parecían imposibles de saciar.

Cuando rompí el beso, teníamos la respiración trabajosa y le mordí el labio inferior hasta que tembló entre mis brazos. Nuestra química no conocía límites, los ramalazos de electricidad amenazaban con desbaratar parte de mis planes. El viaje en avión era demasiado corto como para satisfacer o saciar mis necesidades.

Sarah arrastró la lengua por su labio y un rubor cálido le subió a las mejillas.

—¿Eres así con todas las mujeres?

—Te confesaré un secreto. He estado demasiado ocupado como para disfrutar de la compañía de una mujer desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué yo, entonces?

Era una pregunta valida, y la primera para la que necesitaría mentirle en parte para poder ofrecerle una respuesta.

—La atracción que siento hacia ti es cautivadora. No soportaba la idea de no llegar a conocerte.

—Mmm… Eres un hombre encantador, rico y apuesto. ¿Por qué no estás casado? —Se alejó, pero solo unos centímetros, dedicándome una sonrisa maliciosa.

—El matrimonio nunca me ha parecido propicio, al menos hasta ahora.

—Solo para dejarlo claro, nunca me voy a casar.

—Mmm… Qué pena. —Mientras el piloto conducía el avión a lo largo de la pista, reprimí una sonrisa. Cuando las ruedas abandonaron el asfalto, todos los pensamientos obscenos de lo que le haría continuaron reproduciéndose en mi mente. Casi me eché a reír al notar que el corazón me iba a mil, latiéndome en los oídos—. Vamos a Vermont, a una bonita cabaña que tengo en el bosque. No te preocupes, mi preciosa criatura, vamos a cenar. —Giré la cabeza hacia ella, inhalando su perfume exótico—. Y tú vas a ser el postre.

* * *

Sarah

Va a hacer suyo tu culo.

Contraje tanto los músculos de mi centro como del culo al pensarlo. Tenía que dejar de pensar en eso, claro que teniendo en cuenta como habíamos empezado este… rollo, era casi lo único en lo que podía pensar.

Casi.

No podía más que desear que esa sensación de inquietud que sentía estando a su alrededor se disipase.

Mi madre siempre me había dicho que, cuando me gustase un chico, debía analizar siempre su mirada porque los ojos eran el verdadero reflejo del hombre en el que se convertiría. Había seguido sus consejos, cosa que me había evitado salir con el capitán del equipo de fútbol en el instituto. Años más tarde, me enteré de que había ido a la cárcel por violación. Había visto la expresión cruel y oscura en su mirada en el momento en el que rechacé su invitación al baile. Había percibido las palabras que nunca dijo, pero pude sentir la temperatura extrema que emitía su cuerpo. Había percibido que quería amenazarme. En cambio, había sonreído, pero desde ese día hice cuanto pude por mantenerme alejada de él.

Ahora, al mirar a los ojos al hombre con el que ya había intimado, una extraña sensación se me

asentó en el estómago. Sus ojos oscuros no estaban cargados de rabia u odio, pero había algo subyacente al reluciente dorado que bordeaba sus iris que me perturbaba.

O era por la forma en que dijo que yo era el postre. O tal vez era porque estaba sentada en un avión rumbo a otro estado y a él no se le había ocurrido mencionar que me ausentaría por más de unas pocas horas. Lo que reducía el miedo era el hecho de que aún me hormigueaba el cuerpo tras el beso apasionado y la forma en que me estaba mirando.

A lo mejor estaba siendo cauta, o a lo mejor me estaba castigando a mí misma por haberme desinhibido con un desconocido. Fuera lo que fuese, la mezcla de aprensión y emoción era poderosa.

No intentó imponerse de nuevo, pero notaba que la furiosa bestia seguía cerca de la superficie. Estaba preparado para devorarme y, siendo sincera, no me importaría. Agradecí que hablásemos de temas triviales y nos riéramos a costa de nuestras respectivas películas favoritas. Ahora percibía una luz en su mirada que no había visto antes.

Y pude respirar con más facilidad.

Cuando el motor comenzó a reducir la marcha, me quitó la copa de la mano, se puso en pie y me la rellenó por tercera vez.

—Diría que estamos a punto de aterrizar —dijo de manera informal, mientras me pasaba la copa por encima del hombro y me rozaba la mejilla con la parte externa de su muñeca. Hasta la más leve de las caricias bastaba para que unos temblores me bailaran por el cuerpo—. Deberías llamar a tu hermana antes de que aterricemos y preguntarle si se puede quedar con los perros un par de días.

—Perdón, ¿qué acabas de decir?

Se me acercó más, deteniéndose un segundo para recorrerme la mandíbula con un dedo.

—Te dije que te tenía una sorpresa.

—Espera un momento. No tengo nada de ropa y, desde luego, no voy vestida para las temperaturas extremas del invierno y también tengo dos perros de lo que cuidar. No puedo dejarlos solos sin más. Igual tú nunca has tenido mascota antes, pero los perros necesitan a sus humanos para sobrevivir, ¿sabes? Para ir al baño, comer, beber… —Lo mucho que estaba hablando por los codos era una señal clara de lo nerviosa que me había puesto de pronto. ¿Quién se pensaba él que era para asumir que podía pasarme varios días con él?

La expresión de sus ojos era ilegible, pero podía jurar que le molestaba que no hubiese accedido de inmediato.

—Me tomé la libertad de preguntarle a tu hermana si podía quedarse y pareció estar muy contenta con la idea. —Su confesión fue otra sorpresa, una que no estaba segura de que me gustara. Lo había planeado todo, sus ansias de control se negaban a recibir una negativa.

—¿Y por qué no me dijo nada ella misma?

—Porque le dije que iba a darte una sorpresa. Si no me crees, llámala, pero tendrá que ser antes de que aterricemos. Casi no hay cobertura donde vamos a quedarnos.

Podía sentir que me estaba desafiando. Alcancé mi bolso, lista para hacer la llamada, cuando dudé.

—No confías en mí —dijo.

—No te conozco.

—Y eso es lo que espero cambiar.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió él.

—¿Por qué tomarte tantas molestias? Podrías llegar a conocerme cenando una pizza y una copa de vino.

Soltó una carcajada, completamente divertido.

—Sí, tienes razón, pero a mí no me parece que eso sea divertido. Llámala.

Se produjo un cambio en él que continuaba perturbándome. Era como si, después de probarme una vez, me hubiese convertido en su posesión. Las sensaciones que rodeaban ese pensamiento eran las responsables de las mariposas de excitación que flotaban en mi estómago mientras que mi parte racional seguía intentando procesarlo.

—¿Por qué hay una conexión tan fuerte entre los dos? —pregunté, al parecer pillándole desprevenido.

—¿Te has hecho a ti misma esa pregunta?

—Varias veces.

—¿Has llegado a alguna conclusión?

Sacudí la cabeza, aunque no estaba siendo sincera ni con él ni conmigo misma.

—Sí, yo creo que sí lo sabes. Es por la oscuridad —dijo con voz ronca.

Cuando me pasé la lengua por los labios, sintiendo la garganta seca de pronto, él entrecerró los ojos.

—¿Te refieres a que es de noche?

Por supuesto que no se refería a eso.

Gabriel ladeó la cabeza, la espiral dorada de sus ojos era hipnótica.

—Me refiero a la necesidad agonizante que continúa creciendo en las catacumbas más oscuras de tu mente, la criatura hambrienta de alimentos que no le dan.

Saqué el móvil y marqué el número. Mientras sonaba el teléfono, me fulminó con la mirada. ¿Por qué tenía la sensación de que le estaba decepcionado? Empecé a hablar tan pronto Carrie contestó al teléfono, la conexión ya empezaba a fallar.

—Carrie, ¿te ha pedido Gabriel que te quedes con los bebés un par de días?

—Sí, me dijo que era una sorpresa… y… Así que… —En cuanto la comunicación murió, respiré hondo y fulminé mi móvil con la mirada—. La he perdido.

—¿Y qué te respondió?

—Sí, dijo que sí. —Esa extraña sensación en el estómago no me abandonaba—. Como te he dicho, también tengo un trabajo.

—No tienes que reincorporarte a tu turno hasta dentro de casi tres días.

Me sobresalté, irguiendo la cabeza y entrecerrando los ojos.

—¿Has planeado todo esto? ¿Llamaste a mi trabajo?

—Es lo que hacen los hombres cuando preparan una sorpresa.

Miré por la ventanilla justo cuando el avión se sacudió. Un suave gemido se me escapó de los labios. ¿Era algún loco asesino que planeaba deshacerse de mi cuerpo en su cabaña?

No seas dramática. Entonces, no te llevaría allí en avión privado.

Cierto, pero dado que la única «sorpresa» que mi único novio de verdad me había hecho era darme una imagen vívida de las dos mujeres con las que me engañaba, me mostraba más que escéptica. Resultaba gracioso lo sola que me había sentido los últimos años, a pesar de la increíble compañía de Goldie y Shadow. Había creído que la muerte era lo peor que lo podía pasar a uno. Esa era una de las razones por las que me partía el lomo para salvar cada vida posible, guardando la esperanza de que equilibrase la balanza del pavor de enfrentarme a las noches en soledad.

Estaba equivocada. Sentirte completamente vacía sin compartir tu tiempo con alguien especial era demoledor, ese peso solo aumentaba con cada semana y mes que pasaba. Últimamente, me había sentido fatigada, pero no por falta de sueño o nutrientes, sino por falta de contacto humano. Era una locura pensarlo ahora, en vez de en lo viva que me sentí horas antes.

—Una cabaña alejada —pronuncié esas tres palabras como si necesitase confirmar lo que me había dicho. Seguía teniendo el móvil en la mano.

—Sí, no hablo de ir de acampada, Sarah. Salta a la vista que disfruto de las comodidades. Como he dicho, sí que disfruto de alejarme de la ciudad de vez en cuando, aunque me he pasado tan poco a lo largo de los años que es un milagro que no haya vendido la casa. Espero que el guarda se haya estado ocupando del mantenimiento o el chef que he contratado estará de morros. Y, sí, me he tomado la libertad de comprarte un par de cosas.

—¿Cosas? O sea, ¿ropa? ¿Cómo sabías mi talla?

Alzó una de esas cejas suyas tan sexis.

—Bueno, resulta que pasé bastante tiempo contigo en un probador y se dio la casualidad de que me fijé en qué talla te iba a la perfección.

—Es verdad —dije, casi susurrando. ¿Podía confiar en este hombre?—. ¿Has contratado a un chef? —No sabía por qué me sorprendía esa información en concreto. Casi nada de lo que hiciese este tío me sorprendía ya.

Rio y volvió a su asiento, estaba más relajado que al comienzo del vuelo.

—Dudo que quisieses que intentase cocinar para ti, sobre todo teniendo en cuenta que no quedaban más que unas pocas latas de comida en los armarios.

—Creía que podías hacer de todo. —Me removí en el sofá y se me pusieron los pelos de punta mientras el avión se mecía de lado a lado. Cuando lo busqué de forma instintiva, me acercó tanto a él que prácticamente quedé sentada en su regazo. Me envolvió entre sus brazos y me movió los últimos centímetros que faltaban para estarlo de verdad.

Noté que tenía la polla dura como una piedra, presionándole contra los pantalones. Me sentí mareada por unos instantes, el cerebro se me sumió en una neblina mientras una descarga de deseo me recorría todas las células.

—No te preocupes, mi pequeña criatura. Yo siempre cuidaré de ti. Siempre.

Un escalofrío leve y frío me bajó por la espalda hasta las piernas.

Por más que sus palabras intentasen ser reconfortantes, tenía la sensación de que había algo más agazapado tras ellas.

Algo… malvado.

CAPÍTULO 7

Capítulo siete

«Todo lo que quieres está al otro lado del miedo».
—Jack Canfield

Sarah

La fealdad de mis pensamientos durante el viaje en avión se desvaneció en el coche. Aunque siempre me había encantado cómo caía la nieve fresca sobre las vistas panorámicas de Nueva York, siempre parecía que la suciedad y la mugre de la vida cotidiana corrompía esa belleza exquisita a los minutos de que parase de nevar.

Una todoterreno nos había estado esperando al aterrizar y, mientras él la conducía lejos del pequeño aeropuerto, las vistas me recordaron lo que era la belleza de verdad.

Incluso en la oscuridad.

Había empezado a nevar, los cristales de hielo golpeaban contra el parabrisas. Gabriel no le tenía ningún miedo a la tormenta que se avecinaba, se comportaba como si pudiese conducir en cualquier circunstancia. Por raro que fuese, no tenía ningún miedo de que nos estrellásemos, su control total sobre todo era una de sus mayores fortalezas.

Disfruté del paseo, pero, cuando se adentró en una larga carretera cubierta de nieve, gruñí pensando en mis tacones.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Siento decirlo, pero dudo mucho que pueda caminar por la nieve en tacones. —Había unas cuantas luces encendidas dentro de la cabaña, pero a la luz de los faros del coche, solo podía decir que parecía rústica, con sus enormes tablones de madera recubriendo la fachada.

—No te preocupes por eso. —Se negó a explicar nada más, aparcó, apagó el motor y se puso a silbar mientras se apeaba. Tras rodear el coche hasta mi lado y abrir la puerta, me cogió en brazos.

—¿Qué haces?

—Cuidar de la dama a la que he invitado a cenar. —No dijo nada más hasta que abrió la puerta y entró en la cabaña.

—Guau —dije con voz queda—. Esto es increíble. —La cabaña seguía siendo rustica, pero solo para los estándares de alguien con una cuenta bancaria tan abultada como la de Gabriel. El techo, alto como el de una catedral, estaba cubierto con gruesos tablones de madera y daba a paso a ventanas de ocho metros y una chimenea de piedra igual de enorme. Aunque los suelos eran de parqué, el color era profundo y rico, como si hubiesen teñido los suelos de roble con vino de cabernet. Los muebles me recordaban a los del avión, opulentos a la vez que acogedores. La alfombra de piel de oso frente al fuego era grande, lo que contribuía al calor que desprendían las llamas chisporroteantes.

Y el aroma que flotaba en el aire hizo que me gruñese el estómago. Estaba impaciente por ver la estancia a la luz del día y admirar su belleza.

—He pensado varias veces en trasladarme aquí, pero como corredor de bolsa no me sería nada práctico que la conexión a Internet fuera lenta, en el mejor de los casos.

—No, desde luego que no. —Cuando me puso en el suelo, me tambaleé sobre mi calzado lo suficiente como para que tuviera que mantener sus largos dedos envueltos en mis brazos.

—Ten cuidado, mi criaturita especial. No me gustaría que te pasase nada. Voy a avivar el fuego y servirnos una copa a los dos. Tú puedes ir a refrescarte si quieres. La habitación y el baño están al final de las escaleras; aunque preferiría que no te quitases el vestido todavía.

—¿Siempre eres así de dominante?

Permaneció en silencio mientras se quitaba la chaqueta y me retiraba la mía de los hombros de inmediato.

—Como era el niño que más papeletas tenía para llevarme una paliza, tuve que aprender muy rápido que solo gana el perro más grande. Así que, me convertí en el perro más grande. Sobrevive el más fuerte.

—Interesante. El abusado se convierte en abusón.

—No hace falta convertirse en abusón para estar al mando, aunque la violencia hace falta a veces cuando falla el diálogo. Pero nunca con una mujer.

—¿Por qué parece que preferirías que te tuviese miedo?

—Deberías tenérmelo. —Me dio la espalda, se acercó al fuego y yo contuve la respiración unos segundos. Lo decía en serio, quería que le tuviera miedo.

¿Por qué?

Me encaminé hacia las escaleras, tomándome mi tiempo para subir al segundo piso. Gabriel

estaba tan seguro de sí mismo, se comportaba como si ya fuese suya. Aunque había una parte de mí que se sentía halagada por sus atenciones, el dinero invertido en combustible para el avión y contratar un chef, la ropa que había comprado solo para que yo estuviese cómoda aquí, todo me parecía que era demasiado posesivo. Al entrar en la habitación y encender la luz, vi al instante la cantidad de bolsas, no todas de la boutique en la que había comprado, y me vinieron a la mente las rosas y la tarjeta.

¿Era posible que fuera la misma persona? Si ese era el caso, ¿había estado Gabriel acosándome desde hacía meses? ¿Era alguna especie de fan loco de mi trabajo quirúrgico? Había oído hablar de ello antes, pero, de haber operado a un ejemplar tan magnífico, lo recordaría.

Apreté los dientes, echando a un lado esta nueva ronda de pensamientos escabrosos. Yo no pintaba nada comportándome como una adolescente.

¿Y por qué no? ¿Y si esto era exactamente lo que te había recetado el médico?

Sí, mi vocecita podía irse al infierno.

¿Por qué estaba mirando por encima del hombro, con un nudo de tensión y nervios en el estómago? ¿Por qué pensaba que estaría de pie detrás de mí? ¿Me molestaría si lo estuviese? Sí, la verdad es que sí. Esto era demasiado, como si seducirme no hubiese sido bastante.

Solo poseerme lo sería.

Abrí un par de bolsas, acariciando los jerséis suaves y dos pares de vaqueros. Incluso había pensado en comprarme botas para la nieve, y eran de mi número exacto. ¿Era posible que hubiera llegado a límites inimaginables para aprender más de mí de lo que quería hacerme creer? Gracias a internet y los motores de búsqueda todo era posible, y yo compraba la mayor parte de mi ropa online y a altas horas de la noche. Un buen hacker podía averiguar con facilidad hasta el último detalle de lo que me gustaba, incluida la comida que pedía a domicilio.

¿Con qué propósito?

Era demencial que no hubiese exigido saber su apellido. Hoy en día, saberte el nombre de una persona y comprobar todas sus redes sociales antes de aceptar una cita era lo responsable.

Yo había sido una imprudente, hasta había tenido sexo sin protección.

Aparté las bolsas a un lado, me sentía incapaz de curiosear ninguna más. Aunque sí que quería cambiarme el vestido.

El mismo que él había escogido para mí.

El mismo que él me había exigido ponerme.

¿Qué estás haciendo, tía? Has perdido la chaveta.

Estudié el dormitorio unos segundos, con su enorme cama de matrimonio cubierta de cojines. Giré bruscamente y me encaminé al baño, donde vi que habían colocado estratégicamente unas velas a lo largo de la bañera de hidromasaje y sobre el mueble del lavabo. Retrocedí, moviéndome hacia la otra habitación de esa planta. La puerta estaba cerrada con llave, cosa que hizo que sintiera curiosidad por lo que estaría ocultando. Cuando me apoyé contra la pared y

cerré los ojos, pude jurar que lo había visto antes en algún sitio. No era un paciente, lo recordaría. Tal vez había estado más veces en la cafetería.

No, mi cuerpo habría experimentado la misma sensación.

¿Por qué demonios no podía recordarlo?

Me temblaba todo el cuerpo, en parte debido a la adrenalina. Cuando me pasaba eso, normalmente era porque mi cerebro se estaba esforzando por encontrar una respuesta al problema con el que me estuviera enfrentando. Y, la mayoría de las veces de repente recordaba la respuesta o tenía una epifanía sobre cómo resolver la situación. Cuando bajé las escaleras, Gabriel no estaba por ninguna parte. Presté atención, en busca de algún sonido, pero no se escuchaba más que el ir y venir del viento, que empezaba a rugir con fuerza fuera. Eso solo bastó para ponerme los pelos de punta. Me asomé por la esquina y fui a la entrada de otra habitación.

La cocina era casi tan amplia como el salón, lo bastante grande como para considerarla una cocina industrial y, para rematar, estaba surtida con electrodomésticos Viking. El hombre no escatimaba en gastos. Había una botella de vino y dos copas medio llenas en la encimera, pero ni rastro de él.

Él.

¿Ahora tenía problemas repentinos a la hora de pronunciar su nombre en mi cabeza?

¿Por qué me resultas tan familiar? ¿Por qué?

Sentí una presencia solo unos segundos antes de que una mano se envolviese alrededor de mi garganta, llevándome a rastras hacia atrás hasta chocar con un cuerpo duro. Reaccioné al instante e intenté retorcerme para clavarle el talón en el pie. Era una reacción que había practicado en caso de que alguna vez me atacasen. Aunque sabía quién me había capturado, mi instinto natural me instaba a luchar. ¿Decía eso algo de mi desconfianza o de mi inquietud respecto a dejarme llevar? Se rio contra mi oído, acercándome aún más a él y restregándome la polla contra el culo.

—Mi precioso pajarillo, no estarías intentando hacerme daño, ¿verdad? —me preguntó, aunque la ronquera de su voz hacía que sus palabras sonasen distorsionadas.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Tomar lo que me pertenece.

—Yo no te pertenezco. —Me retorcí de nuevo, para evitar que me sujetara. Su expresión divertida indicaba que había contado con que me apartase.

—Sí, sí que me perteneces.

Me reí, echando una mirada rápida por encima de su hombro. Siguió la dirección de mi mirada y se le ensancharon las fosas nasales.

—Si de verdad crees que vas a encontrarte a salvo más allá de esa puerta, te equivocas. Hay depredadores por todas partes.

Este jueguecito nuestro tenía algo de tentador, pero tenía la sensación de que sus palabras iban en serio. De verdad pensaba que yo le pertenecía. Cuando dio un paso adelante, yo di dos hacia

atrás. Después, repetimos el paso de baile. Paseé la mirada por su figura, admirando cada centímetro de su cuerpo musculoso. El tío estaba como un tren.

—¿Te gusta lo que ves, Sarah?

—Sí.

—Entonces tienes que confiar en mí.

—¿Cómo puedo hacer tal cosa cuando básicamente me has secuestrado y arrastrado a otro estado?

—Eres libre de irte cuando quieras. —Su sonrisilla era demasiado cautivadora. Sabía bien lo que provocaba en mí.

—Puede que lo haga. —Pasé por su lado dejando distancia entre nosotros, sabiendo perfectamente lo que iba a hacer. Cuando me agarró del brazo, me dio la vuelta y cerró un puño alrededor de mi pelo, vi como unas estrellas me flotaban por delante de los ojos.

—Pero nunca podrás escapar de mí, aunque quieras.

Por algún motivo, le creía. Me echó hacia atrás, rodeándome con el brazo y bajando la cabeza. Cuando me lamió la oreja, me pasé la lengua por los labios. Su aliento caliente por sí solo era casi suficiente para llevarme al orgasmo. Le toqueteé el brazo con los dedos, parpadeando mientras estudiaba el colorido diseño. La rosa roja era preciosa, pero la daga negra que la atravesaba era muy reveladora. Ojalá supiera la traducción de las palabras en italiano que tenía debajo. Tenía la corazonada de que eran importantes.

—¿Y eso por qué?

Movió las caderas, generándome una oleada de calor entre las piernas. Me vi sobrecogida por el deseo que rugía a través de mí cuando debería estar intentándolo todo para apartarlo, al menos hasta que lo averiguase todo sobre él. ¿Por qué tenía semejante efecto sobre mí?

—Porque soy el único hombre que puede darte lo que necesitas.

—¿Qué crees que necesito?

—Que te liberen de las cadenas con las que tú misma te has atado, tener la libertad de desinhibirte. Solo yo comprendo la oscuridad que te supura por dentro, los deseos que te vuelven loca, los anhelos que no puedes explicar a nadie. Puedo oler tu miedo, pero no es a mí a quien deberías temer. Deberías temer vivir el resto de tu vida incapaz de volver a sentir, de explorar tus deseos, de satisfacer el hambre que te consume día a día.

—¿Quién eres?

—Un hombre cortado por el mismo patrón, que anhela la misma satisfacción. Y empieza hoy mismo. Quítate la ropa.

—No a menos que me digas tu apellido —exigí saber.

—Creí que disfrutabas de nuestro juego de los desconocidos.

—No soy ninguna estúpida, Gabriel. Recuerda que vivo en Nueva York.

—Pero podría contarte una mentira fácilmente.

—Sí, podrías, pero no lo vas a hacer. Tienes un sentido de la integridad que nunca te permitiría mentir sobre quién y qué eres.

—Muy interesante. Cualquiera diría que mi arrebatadora invitada ha asistido a unas cuantas clases de psicología.

—Son parte del plan de estudios. Sabré si me mientes.

Se rio.

—Vale, me llamo Gabriel Riccardo. Ahora que sabes mi nombre, lo apropiado es que yo sepa el tuyo.

Respiré hondo. Por fin me lo había dicho y su tono era sincero. Se me daba de lujo leer a las personas. Era algo que siempre me había ayudado en mi práctica médica.

—Washington.

—Sarah Washington. Un nombre perfectamente americano.

—Sí, y el tuyo es maravillosamente italiano.

—Ojalá pasase más tiempo en Sicilia. Mis abuelos aún viven allí. ¿Satisface eso tu curiosidad o preferirías echarle un vistazo a mi carné de conducir?

Me permití reírme, aunque seguía sintiendo un escalofrío.

—No, te creo.

—Me alegra oírlo. Ahora, desvístete. Y, ¿Sarah? No me hagas pedírtelo de nuevo —Levantó una sola ceja con expresión autoritaria.

—Eh… —Parpadeé, no estaba segura de por qué se me habían llenado los ojos de lágrimas. ¿Eran a causa de la frustración, el miedo o el hecho de que había dado en el clavo con su análisis sobre mí? ¿Tan transparente era?—. Espera un momento. ¿Cómo puedes saber lo que necesito? —.Jamás había permitido que un hombre me dominase, amigo o enemigo. De hecho, normalmente me los merendaba si se comportaban como si fuesen mejores, más rápidos. Todas las extrañas sensaciones que Gabriel me había hecho sentir estaban alcanzando su punto álgido.

No solo me estaba seduciendo. Se estaba preparando para dominarme, para asumir el control total.

—Qué desafiante. No tienes ni idea de lo mucho que me pone. Respondiendo a tu pregunta, porque alguien tan virtuosa no puede soportar la posibilidad constante de perder una vida. Como si viviendo como una santa y no una pecadora, jamás fueses a perder tu capacidad de salvar vidas, de permitir que familias prosperen y crezcan. Pero no eres Dios, Sarah. Eres una mujer con necesidades y deseos que te queman por dentro. Dime que me equivoco y me retiraré.

Pues claro que no se equivocaba. El hecho de que estuviese en lo cierto era la razón de que estuviese aterrada.

Me seguía agarrando del cuello con fuerza mientras deslizaba los dedos de su otra mano a lo largo de mi brazo y del costado.

—Me he pasado demasiados años creyendo que no había nadie que pudiese entenderme nunca ni a mí ni a la oscuridad que albergo dentro. Desde el momento en que te puse los ojos encima, supe que podrías con el hombre sádico. ¿Significa eso que puede que te haga daño? Sí, pero nunca te heriría a propósito. ¿Entiendes la diferencia?

—Sí —susurré. El tono sumiso de mi voz me sorprendió casi tanto como las sensaciones que me abrasaban los muslos y cómo se me contrajo la barriga.

—Si no te desvistes, lo haré yo por ti. Y, después te daré un castigo severo por desobedecerme que no olvidarás pronto.

Me recorrió un escalofrío, otro momento chocante. ¿Era posible que estuviese excitada ante la idea de que me castigase de nuevo, igual que hizo antes? La respuesta me asqueaba.

Me soltó, se echó hacia atrás y, por unos segundos, me quedé paralizada, no sabía qué hacer. Si hubiese querido herirme, podría haberlo hecho en cualquier momento de camino aquí desde el aeropuerto. No era esa su intención. ¿Debería dejarlo estar o seguir presionándolo?

—Cierra los ojos, Sarah.

La forma en que pronunciaba mi nombre me provocaba una sensación extraña, un deseo que hacía que me latiese el corazón y me subiese la presión. Pero cerré los ojos, dejándome caer en ese dulce abismo que había deseado desde que tenía memoria, pero que nunca pensé que pudiese alcanzar. Él había despertado algo dentro de mí que me costaba comprender, pero no se equivocaba al decir que no jamás podría compartirlo con nadie más. Respiré profundo unas cuantas veces y procedí a deshacer la lazada de la cintura. Mantuve una respiración regular mientras me bajaba una manga por el hombro con lentitud y pasaba a la otra.

—Joder, qué preciosa, y toda mía.

En ese momento, su naturaleza posesiva me excitó y me sentí hermosa. En cuanto dejé que el vestido cayese al suelo, sentí de nuevo su presencia y temblé.

—Tranquila. Confianza, ¿recuerdas?

Me agarró con ambas manos, y no pude evitar pensar en lo grandes que eran, sus dedos eran largos y anchos y sus brazos musculosos. Era una tontería ponerse a pensar en eso, pero me ayudaba a soltar un poco de tensión. Cuando empezó a frotarme los brazos de arriba abajo, empecé a relajarme, más de lo que podía soportar la poca capacidad de razonamiento que me quedaba. Entonces me acercó a él otra vez, envolviéndome el cuello con una mano. No era una acción pensada para asustarme, hasta ahí lo tenía claro, era para reconfortarme diciéndome que mantendría su promesa.

Me pareció extraño estar diseccionando el momento, pero el motivo era evidente. Necesitaba una excusa para ser capaz de dejarme llevar, necesitaba perder el último rastro de miedo antes de tirarme de cabeza a la oscuridad de la que había hablado. Si él era un sádico, ¿era yo una masoquista? No estaba segura de estar preparada para la verdad de la respuesta. Yo jamás había sido así. Nunca había visto porno ni ido a ningún club de BDSM. Nunca le había pedido a

ningún novio que me azotase por portarme mal.

Pero con él, parecía que anhelaba explorar algo diferente, algo… más profundo. Fuese imprudente o no, me relajé por completo y respiré con normalidad.

—Voy a vendarte los ojos. Te permitirá experimentar un placer más intenso.

—No sé…

—Te la quitaré si me dices que estás incomoda. —Su voz seguía teniendo esa misma ronquera, pero le daba un plus a la excitación.

No esperó a mi respuesta, me deslizo un antifaz de seda por los ojos y lo ató de tal manera que no pudiese ver ni un rayo de luz. Después bajo las manos por mis hombros y se apoderó de mis pechos desnudos. Cuando me los apretó, intenté mantener la calma, sabiendo que estaba a punto de explorar cada centímetro de mi cuerpo.

—El chef ha preparado unas cuantas cosas, pero disfruto tomándome antes el postre.

Una sensación de cosquilleo me bajó lentamente por piernas y brazos, manteniéndome la adrenalina a tope. No tenía ni idea de lo que tenía planeado, pero intuía que no había hecho más que empezar a hacerse con el control. Me pellizcó los pezones con la suficiente presión para que me estremeciese en voz alta, un escalofrío gélido y repentino me penetró los músculos.

—Cuando te folle esta noche, gritarás mi nombre.

Me retorció las yemas endurecidas, pero el dolor duró poco, un instante de gozo me barrió el sistema. Apenas podía respirar y mi mente era un borrón, pero, como no podía ver, cada ruido que emitía Gabriel, incluyendo su respiración entrecortada, lo percibía amplificado. Al igual que los escalofríos que me recorrían cada centímetro del cuerpo. Entonces bajó aún más las manos, colándolas dentro de mi tanga. Tenía la sensación de que me la arrancaría del cuerpo, pero la bajó por las caderas y resultó ser un acto muchísimo más íntimo.

Lo de la mañana parecía haber pasado hacía días, pero seguía siendo el mismo. Estaba desnuda delante de un completo desconocido, uno que tenía el cuerpo más arrebatador del planeta entero. La única diferencia era que no me sentía tan avergonzada como antes. De hecho, me sentía eufórica, más viva que… esta mañana.

La forma en que sus dedos me acariciaban la piel y su aliento caliente me besaba la nuca, hacía que no parara de cosquillearme todo el cuerpo. Su dominio era un poderoso afrodisiaco, me mantenía al límite mientras una pequeña parte de mí intentaba localizar mi cordura. A lo mejor todos lo que me habían dado consejos tenían razón.

Tenía que dejarme llevar.

Era evidente que la oscuridad ayudaba con lo que debería ser otro momento humillante. Podía respirar con más facilidad y librar a mi mente de la ansiedad. Cuando di un paso a un lado para salirme del tanga, presionó su miembro contra mí de nuevo, la leve fricción era estimulante. Me recorrió el pelo con los dedos y después los deslizó por mi nuca. Solo cuando me dio la vuelta para ponerme frente a él me sentí en completa desventaja. Quería deleitarme en su masculinidad, captar cada matiz de la forma en que me miraba.

Me acunó ambos lados de la cara, frotando los pulgares contra mis labios de un lado a otro. Hacía tiempo que me había comido el pintalabios, pero no creía que a él le importase. Capturó mi boca, pero esta vez el beso no fue bruto y controlador; me abrió los labios con los suyos con delicadeza, deslizando su lengua dentro con ternura. Su olor era diferente y no estaba segura de porqué. Tenía el mismo toque a especias, esa fragancia amaderada que era demasiado masculina, pero tenía una mayor profundidad que no había notado antes. Me colmó las fosas nasales y me flotó por las venas. Este hombre emanaba poder y control, pero ya no hacía sonar mis alarmas.

Continuó besándome con suavidad, abriéndome y cerrándome los labios. Cuando se apartó, se me escapó un pequeño gemido.

—Pon las manos delante de ti.

—¿Por qué?

—De ahora en adelante, no me cuestionarás, solo seguirás mis órdenes, ¿entendido?

—Sí.

Su gruñido llenó unos segundos de silencio.

—Sí, señor.

—Mejor —dijo con tono ronco.

Me encontré colocando las manos delante de mí, cerradas en puño y con las muñecas juntas. Sabía exactamente lo que iba a hacer. Cuando sentí el primer indicio de que me las estaba enrollando con una cuerda, me puse tensa. Mi lista de «nuncas» incluía que me atasen o encadenasen de cualquier forma.

Me las ató con rapidez y tiró de ellas para comprobar la fuerza del nudo. A continuación, me deslizó un dedo por un brazo y luego por el otro.

—Brazos por encima de la cabeza.

Luché contra las ataduras, la aprensión me llevaba al límite y tenía la respiración más agitada que antes.

—Cuanto más tires, más se aprietan. No querría que te irritases esas muñecas tan adorables.

El sonido de su voz era tranquilizador, pero había un tono oculto que intensificaba mis sentidos, provocándome un nudo de nervios en el estómago. Me encontré siguiendo sus órdenes, con la boca y la garganta secas de la anticipación.

Me dio la vuelta, me subió a la mesa de la cocina y me abrió las piernas de par en par de inmediato.

—¿Sabías que hay todo un arte dedicado a provocar el dolor justo para causar placer?

—No, señor. —No había llamado «señor» a nadie en la vida, ni siquiera a mi padre. No tenía ni idea de porqué ahora no se me hacía extraño, pero me intrigaba. Me presionó la parte baja de la espalda con una mano y usó los dedos de su otra mano para provocarme, deslizándolos por el interior de mis muslos.

Estaba mojada, tanto que podía oler mi propio deseo. Mientras él continuaba acariciándome, unos pensamientos perturbadores se me pasaron por la cabeza. ¿Y si me dejaba así? ¿Y si nunca me permitía marcharme?

Cuanto más absurdos se volvían mis pensamientos, mayor era la corriente que me pasaba por los músculos. No podía dejar de temblar mientras me frotaba prácticamente cada centímetro de la espalda y las piernas con los dedos.

—Puede que algún día lleves mi marca de forma permanente. Por ahora, empezaremos con tus lecciones sobre obediencia.

¿Su marca? Ansiaba ver su cuerpo desnudo, tocar su piel caliente. Lo poco que me había permitido hacer horas antes no era suficiente. Necesitaba explorar todo de él. Después de pasear los dedos de ambas manos por mi columna, me acunó ambas nalgas, me clavó los dedos en ellas y me levantó la pelvis de la mesa. A continuación, soltó un gruñido y, en cuestión de segundos, restregó la lengua contra mi clítoris, rodeándome la punta en círculos.

—Oh… —El ángulo de la posición en la que estaba, me presionaba la cara contra la madera fría, la sensación de cosquilleo era increíble.

Me abrió las piernas de par en par, para tener acceso completo. En segundos, me encontraba en un dulce momento de dicha, jadeando a causa de las vibraciones danzarinas.

Cada ruido que Gabriel emitía era gutural, sonaban más amplificados de lo que deberían. Prosiguió durante unos cuantos segundos hasta que mi coño se contrajo y se relajó. Entonces se apartó del todo.

Levanté la cabeza jadeando, anhelante de que continuara.

—Todavía no —murmuró, como si supiera que estaba prepara para rogar. Noté que se echaba un paso más atrás. Entonces escuché otro ruido y se me escapó un gemido.

Se estaba aflojando el cinturón.

—¿Qué es lo que oyes? —preguntó.

—El ruido de la ropa.

—Sé más específica.

—Tu cinturón.

—Sí. ¿Y qué voy a hacer con él?

Temblé al darme cuenta.

—Azotarme.

—Nunca usaría un látigo contra tu piel preciosa, pero sí que te voy a dar unos azotes tan a menudo como haga falta, tanto para disciplinarte como para aumentar tu placer. Esta noche vamos a centrarnos en lo último, pero sospecho que usaré el cinto a menudo teniendo en cuenta que eres muy desobediente.

—No es verdad. Me he preparado para seguir las reglas.

—Me gusta mucho oír eso. Tu sumisión lo hará todo mucho más fácil.

Su elección de palabras era extraña, lo bastante como para que el corazón me latiera con fuerza unas cuantas veces.

—¿Más fácil?

—Que aceptes que hay una línea fina donde el dolor y el placer se vuelven tan intensos que ya no se distinguen. Yo te haré alcanzar ambos. Aceptar esas reglas, hará más intensa la experiencia. —Estrelló el cinturón contra mi culo con esa misma intensidad de la que hablaba.

—Ay, Dios. —Me vi catapultada de inmediato hacia un cataclismo de fuego y electricidad, la angustia no tenía ni principio ni final. Cuando me golpeó otra vez en el mismo sitio, mi cuerpo se levantó de la mesa con una sacudida.

Gabriel me volvió a bajar de inmediato, apretándome otra vez la espalda baja con una mano y acariciándome de arriba abajo con lo que me parecía que era su pulgar.

—Respira, mi dulce Sarah. Permite que la incomodidad vibre por tus músculos.

No me quedaba más opción, mi cuerpo entero sufría espasmos.

—Pronto sentirás placer.

Escuché el chasquido de su muñeca y se me pusieron los pelos de punta, preparándome para otra serie de azotes. Llegaron en cuestión de segundos, pero las sensaciones fueron completamente diferentes. Tres más y estaba más mojada que antes, los jugos me goteaban entre los muslos.

Me acarició otra vez y entonces su pelo me cosquilleó la piel cuando bajó la cabeza, metiendo la lengua en mi coño.

—Oh, sí. Sí… —Una sonrisa me cruzó la cara mientras lamía mi néctar y gruñía como una bestia depredadora. Me metió al menos dos dedos dentro y el movimiento orquestado casi me lleva al orgasmo, la angustia de antes había pasado al olvido. Como hizo antes, me acercó al clímax y después volvió a azotarme otra vez.

Estaba sin aliento y no tenía ni idea de cuánto tiempo duró aquello ni cuantas veces estuve cerca del orgasmo, pero me había visto catapultada hacia un éxtasis en bruto debido a ambas experiencias. Exhausta, cuando se enrolló mi pelo alrededor del puño y bajó la cabeza para estrellar su boca contra la mía, me quedé con los ojos cerrados, incapaz de mover un solo músculo. Se mostraba tan contundente con cada cosa que hacía, adueñándose de cuanto quería. No tenía otra opción, pero ya no deseaba ninguna libertad física. Solo la dulce escapatoria que él le daba a mi cerebro.

Tras succionarme la lengua unos cuantos segundos, soltó una risita oscura y me dio la vuelta. Plantó las manos a ambos lados de mí, se recostó sobre mí y arrastró la lengua con una lentitud agonizante más allá de mi estómago, soplando aire caliente contra mi clítoris.

—Ahora, voy a darme un festín y darte placer. Has sido una chica muy buena. —Oí como arrastraba las patas de una silla por el suelo y supuse que se había sentado. No dijo nada, casi parecía que se había largado.

Me mordí el labio inferior, haciendo movimientos ondulantes hacia atrás y hacia delante sobre la mesa.

Entonces escuché otro gruñido bajo, con un tono tan cargado de emoción que me derribó. Estaba famélico.

Mientras recogía mis piernas entre sus brazos, me negué a pestañear, anhelando poder contemplar cada segundo de cómo ese hombre me devoraba. Cerré las manos en puños, esforzándome por no mover los brazos de su sitio. También quería tocarlo, enredar los dedos en su cabello abundante.

Paseó los dedos a lo largo de la entrada a mis nalgas, provocándome al presionar la yema de un solo dedo contra mi agujero prohibido. Me estaba comunicando sin palabras lo que pensaba hacer. Estaba decidido a reclamarme de todas las formas.

Provocándome.

Saboreándome.

Follándome.

La idea me volvía loca de excitación.

Cada movimiento suyo era posesivo, pero en lo único en lo que podía concentrarme era en lo intenso de las sensaciones, en el calor incandescente que me corría por las venas. Succionó mi clítoris hinchado y después me lamió de arriba abajo unas cuantas veces.

Se tomó su tiempo, saboreando cada centímetro de mí y usando el dedo al mismo tiempo que la lengua. No podía contener los temblores mientras me mantenía las piernas bien abiertas. Había dado en el clavo al decir que cada sensación, cada leve caricia, se veían amplificadas, acelerándome el corazón y emborronándome la mente. Él sabía muy bien lo que estaba provocando, el éxtasis hacia el que me estaba arrastrando.

Eché la cabeza a un lado, tratando de recuperar el aliento a la vez que él me acercaba a esa dulce liberación y estaba segura de que me dejaría colgando tal y como había hecho antes.

Tras cubrirme de besos un muslo y luego el otro, me pellizcó el clítoris.

—Ahora, vas a correrte para mí cuando yo te lo diga.

—No creo… —No era capaz de correrme a petición. Sería imposible.

—Sí que vas a hacerlo.

Enterró la cara en mi entrepierna y sus sonidos animales me llegaron a los oídos. Me sentía más mareada que antes y jadeaba como un animal enloquecido. Lo único que podía hacer era concentrarme en mi respiración a medida que me acercaba más. Y más…

—Córrete para mí. Córrete. ¡Ahora!

Me impactó que mi cuerpo respondiera a su orden. Los fuegos artificiales del nirvana me arrebataron la voz. Meneé la cabeza de un lado a otro, sacudiéndome con fuerza mientras me penetraba con su lengua. Los sonidos que emitía al lamer mi néctar eran vulgares y obscenos,

intensificando ese éxtasis puro. Me sentía sobrecogida por lo intenso del momento, la corriente de electricidad se disparaba de un lado de mi cuerpo al otro.

Cuando un solo orgasmo se convirtió en una ola gigante, dejé escapar al fin un gemido desgarrador que se escuchó por toda la cocina. Pero no hubo tiempo para relajarse y recuperarse, no había descanso para los cansados.

El depredador tenía hambre de más.

Y no había nada que yo pudiera hacer.

CAPÍTULO 8

Capítulo ocho

Gabriel

Sarah mantenía su actitud rebelde, decidida a no permitirme tener el control. Aunque adoraba esa parte de ella, y el limitado juego del gato y el ratón al que ya habíamos jugado era estimulante, intuía que se estaba acercando a descubrir quién era yo. Era la clase de mujer que no se rendía hasta averiguar la respuesta a todas sus preguntas.

Me había visto obligado a mentirle dándole solo mi segundo nombre y no mi apellido. Si bien me había planteado a mí mismo porqué me molestaba en jugar con ella, parte de la razón era para tenerla completamente bajo mi hechizo. Podía encerrarla bajo llave y solo permitirle salir cuando se portase bien, pero prefería su sumisión total, que sus deseos se tornasen insaciables. Entonces podría controlarla de verdad, usarla como un instrumento contra su padre y otros enemigos.

Había cosas peores que estar casado con la hija del alcalde. Podía imaginarme lo que se diría en las calles, el miedo que infundiría en otras organizaciones criminales. Eso ofrecería un poder ilimitado a nuestra organización, nos proveería de unas cuantas oportunidades.

Después acabara de cosechar todo lo que quería, podría decidirme por hacer muchas cosas con Sarah.

¿Y ahora mismo? Lo único que quería hacer era enterrar la polla bien dentro de su coño apretado. Había estado salivando desde el momento en que nos subimos al avión. Había adivinado que estaba dudando en cuanto entró en la cocina. Mi intención había sido esperar para follármela, pero mi necesidad de obligarla a someterse había podido conmigo.

Cada gemido que había soltado mientras la devoraba solo había añadido más leña al fuego. Cada vistazo a su cuerpo sensual me había empujado cada vez más cerca de perder el control. Incluso ahora, mientras arrastraba su culo hasta el borde la mesa y la abría totalmente, podía sentir como una parte de mí se deshilachaba. No era algo propio de mí, pero nunca había experimentado esta

necesidad insolente antes de esto.

En los últimos años, las mujeres no habían sido nada especial, solo un método para obtener satisfacción. En unas pocas horas, Sarah había puesto mi mundo patas arriba. Quería reírme, regañarme a mí mismo por ir a por la fruta prohibida tan fácilmente, pero no era la clase de hombre que duda de sus decisiones. A pesar de que mi padre nunca aprobaría la decisión que había tomado, yo estaba encantando con cómo se estaba desarrollando todo.

Sarah ya no se resistía, pero notaba que su desacuerdo iba en aumento. Era evidente que verse despojada de la percepción sensorial le resultaba aterrador. Sin embargo, a mí me gustaba llevarla al límite mismo, empujarla fuera de su zona de confort. Mientras me desabrochaba los vaqueros, el tic nervioso en la comisura de su boca era todo en lo que me podía concentrar. Quería besarla durante horas, probar cada centímetro de ella.

Lo que tenía que considerar de ahora en adelante era que sería vista como mi mayor debilidad. Lo que no podía era permitir que mis enemigos interfirieran en mi plan, por lo que debería tenerla protegida las veinticuatro horas del día una vez regresásemos. Así también podría tenerla vigilada. No podía descartar que ya supusiese quien era yo y solo estuviese haciéndose la tonta. De ser ese el caso, Sarah tendría que preocuparse de mucho más que de mi capacidad para seducirla.

Respiré hondo y le levanté las piernas, colocándoselas en una posición incómoda. Ella ronroneó en respuesta, meneando la cabeza de un lado a otro. Yo tenía tanto de hombre amable como de romántico. Quería ponerme duro con ella en todos los sentidos, empujar sus límites hasta el punto de rotura.

Estaba tan caliente, sus músculos se contrajeron sobre mi gruesa polla de inmediato. Usé contra ella el enfado y tristeza que sentía desde hacía semanas, arrastrándola de arriba abajo por la mesa. Cada sonido que emitía alimentaba el fuego hasta que las llamas amenazaron con consumirme por completo.

Eché la cabeza hacia atrás, jadeando, buscando la salvación cuando lo único que podía sentir era odio hacia mí mismo. Hacia mi padre. Joder, hacia mi propio hermano por morirse. Había querido que ella sufriera y ahora lo único que quería era hacerla mía.

—Oh. Oh. Oh. Oh… —Sus gemidos subieron de volumen y se sacudió contra la mesa, tratando de mantener la postura a pesar de que los labios se le retorcieron con su fastidio creciente.

Tenía algo de catártico follarla como el animal salvaje que era, penetrándola tan profundamente que tenía que resultarle incómodo. Pero los únicos sonidos que emitía eran los propios de estar a las puertas del éxtasis. Me hacían desear más, embestirla más fuerte, adueñarme de todo lo que ansiaba. Esto no era suficiente.

Salí de ella respirando entrecortadamente, me pasé la camisa por la cabeza y la tiré a un lado. Me peleé con las botas para quitármelas antes de lanzarlas al otro lado de la habitación. Una vez desnudo, solté un gruñido ronco que hizo que se dibujara una sonrisa en su cara. Meció sus caderas, moviéndolas hacia detrás y hacia delante. El brillo de su coño a la luz me hizo volverme loco de nuevo.

Le bajé los brazos, luchando con el nudo que se había apretado tras sus esfuerzos. Cuando por

fin conseguí liberarle los brazos, la alcé contra mí, arrancándole el antifaz en el proceso.

Me envolvió con sus piernas y parpadeó unas cuantas veces mientras esbozaba una sonrisa.

—Te gusta duro —dije entre dientes.

—Sí.

—Dime qué quieres.

Dudó solo un momento; la expresión de su mirada era de un anhelo descarado.

—Quiero que me folles mucho tiempo y muy duro. Cuanto más duro, mejor.

Maldita sea, esta mujer sabía cómo ponerme a mil. Cuando se atrevió a pasarse la lengua por los labios, creí que perdería la cabeza. La pegué contra la pared, estrellando todo el peso de mi cuerpo contra el de ella.

—Sí, Dios… —Se rio Sarah, todavía pestañeando con furia mientras me miraba a los ojos. Pero cuando deslizó las manos por mis hombros, arañándome la piel con las uñas, ese atisbo de dolor fue exactamente lo que estaba esperando.

Desplacé mi peso a la punta de los pies, proyectando las caderas hacia delante, y la empalé otra vez.

Sus sonidos guturales me complacían como nada. Salí casi del todo y la embestí de nuevo. El ángulo era completamente diferente y llegaba aún más hondo. La forma en que los músculos de su coño se tensaban contra mi polla, me hacían temer eyacular demasiado pronto. Quería que esto durase.

—Sí, te gusta, mi zorrita. ¿Verdad que sí?

Costaba creer que la excitasen mis palabras obscenas, pero podía sentir que su lado oscuro había ansiado salir de la cueva durante años. Esperaba una mujer fuerte por su profesión, pero era toda una potencia en sí misma, cosa que solo aumentaba la excitación.

—Muchísimo —susurró sin aliento, para después enredar los dedos en mi pelo y dedicarme una sonrisa traviesa.

—Aún no has visto nada. —Arremetí contra ella sin descanso. En cuestión de segundos, empezaron a formarse gotas de sudor en mi frente. Me clavó las rodillas, intentando acudir al encuentro de cada una de mis salvajes embestidas. Cada sonido que emitíamos era primitivo, éramos bestias y nada más.

Jadeando, ladeó la cabeza en busca de aire y no pude resistirme a morderle el cuello. Me arañó la espalda con tanta fuerza que supe que me había hecho sangre. ¿De dónde había salido este pequeño demonio?

Por la forma en que tenía los párpados a medio cerrar podía asegurar que estaba cerca del orgasmo. No hacía falta ordenárselo, pero lo haría solo para asegurarme de que sabía quién era su dueño.

Aunque no fuese a comprender la totalidad de lo que eso implicaba hasta dentro de unos días.

—Córrete para mí, Sarah.

—No sé —murmuró, dejando caer la cabeza contra mi hombro.

Le empujé las caderas contra la pared y aproveché para rodearle la garganta con la mano.

Se le abrieron totalmente los ojos y frunció los labios cuando apreté.

—Harás lo que yo te diga. Córrete para mí. —Mi voz era oscura, el profundo tono de barítono estaba cargado de una lujuria que apenas podía contener. Respiró superficialmente un par de veces, actuando como si fuese a atreverse a desafiarme y entonces sus músculos convulsionaron.

—Oh, sí. Sí. Sí. ¡Sí! —Su grito era agudo, pero su cadencia era increíble y una gozada de escuchar.

Cuando no retiré la mano, su mirada dura regresó, negándose a rendirse ante el miedo o mi dominio. Cada parte de mí quería derribar sus defensas. Me negué a parar, necesitaba que se corriese de nuevo.

—Eso es, mi dulce Sarah. Necesito más. —Ya no podía reconocer el sonido de mi propia voz debido a la tensión.

—Es imposible que…

—Hazlo —la interrumpí, ladrando la orden.

Aunque clavó la mirada en mí durante unos segundos, mientras otro orgasmo la recorría, le susurré en el oído:

—Di mi nombre. Dilo, Sarah.

—Gabriel. Sí, ¡fóllame! Más duro.

La mayoría de las mujeres no entendían lo que eso significaba, pero mientras la follaba muy duramente, entendí que ella se hacía una mejor idea.

Cuando reduje la velocidad, ella jadeó. Tenía los ojos dilatados.

Aún no había terminado con ella. Haría mío su culo esta noche.

En el momento que saqué la polla, se echó a reír, dejando que su mirada recorriera mi pecho. Después levantó un solo dedo para trazar círculos alrededor de uno de mis tatuajes.

De alguna forma, presentía que me la follaría otra vez, y no se resistió cuando le di la vuelta para que se quedara frente a la pared. Cuando me doblé sobre ella, giró la cabeza y miró por encima de su hombro.

—Ahora voy a follarte el culo.

Yo no era un hombre paciente, y pronto aprendería cómo de cierta era esa frase. Presioné la punta de la polla contra su abertura y respiré hondo antes de meterla dentro con lentitud.

—Oh —gimió, respirando entrecortadamente.

Dios, qué apretada estaba. Podría jurar que era una virgen anal. El pensamiento se abrió paso a

través de mí como un fuego incontrolable. Me enloquecía la idea de ser el único en poseer su agujero prohibido

Cuando le agarré el pelo en puño, moviendo su cabeza hacia atrás en un ángulo extraño, gimoteó.

—Ningún otro hombre te ha follado el culo jamás. Dime la verdad.

—No. Nunca.

Fue como si el sol hubiese iluminado el cielo nocturno. Me encontraba eufórico mientras, con una mano envuelta en su pelo y la otra en su cadera, la aparté de la pared. Ahora por fin podía encontrar alivio. Las gotas de sudor caían de mi cara a su espalda y tenía la vista enturbiada.

Lo único en lo que podía pensar era en follarla, en hacerla mía.

Se contoneaba entre mis brazos mientras la follaba, las pelotas me dolían tanto que apenas veía . La penetré con más fuerza, empujándola contra la pared.

—Nunca vas a follar con otro hombre. Sólo conmigo, ¿entendido?

—Sí.

Le di un azote en el culo con la mano.

—¿Sí?

—Sí, señor. —Había más rebeldía en su tono.

—Eres mía. Nunca lo olvides —resoplé, intentando aguantar unos segundos más—. Si alguien se atreve a tocarte, morirá. —Mis palabras iban en serio. Ella no dijo nada, todavía jadeando mientras yo me volvía cada vez más salvaje.

Cuando estuve listo para liberarme, eché la cabeza hacia atrás y rugí, llenándola de mi semen.

Ese fue el momento en el que supe que Sarah Washington no se había convertido solo en mi debilidad.

Se había convertido en el arma que usarían para intentar destruirme.

* * *

Tres días más tarde

La hermandad.

Luciano me había contado lo bastante respecto a la iniciación y el voto como para saber qué esperar. Sin embargo, no entendí del todo por qué se había conformado ese grupo de hombres despiadados para empezar. Había oído un par de historias, pero mi hermano había mantenido la boca cerrada, un requisito de las normas que habían establecido.

Como no podía ser otra mi suerte, había sido el turno de mi hermano de ejercer como anfitrión en la reunión trimestral. Escogí el Club Rio. Me había apoderado del despacho de Luciano, prefería ese espacio en la décima planta que el bloque de oficinas corporativas que alojaban la sede central. Las maderas oscuras me calmaban.

También había aprendido rápidamente que era vital estar presente en el club. Con cada traspaso de poder, siempre había algún empleado dispuesto a aprovecharse del caos. Me negaba a permitir tal cosa. Luciano rara vez ponía un pie dentro, pasaba la mayor parte de su tiempo en reuniones, pero cuando lo hacía, los ánimos decaían.

No me importaba que los empleados me tuvieran miedo. Por el momento, eso podía funcionar a mi favor. Al repasar los libros de cuentas había notado unas discrepancias que serían lo primero en mi agenda una vez que hubiera asegurado a Sarah. Si Demarco era o no el responsable todavía tenía que probarse, pero tenía acceso cero a los archivos informáticos.

Sonreí, se me contrajeron los testículos al pensar en ella. Aunque ella lo ignoraba, le había concedido el regalo de mantener su vida inalterada durante unos días más.

Después pasaría a ser mía de forma permanente.

Ya había ordenado a Dillon y otro soldado que mantuviesen un ojo sobre ella, que la vigilasen de cerca sin invadir su espacio. También le había ordenado desempolvar todos los trapos sucios del alcalde Washington. Había habido conjeturas a lo largo de los años, había recibido pagos cuestionables de grandes sumas, pero nada concreto. Necesitaba tener todo lo posible contra él en su batalla contra nosotros.

A pesar de que la aparición de Sarah en mi vida todavía no era de conocimiento público, tenía el presentimiento de que Moretti me estaba vigilando de cerca, preparándose para atacar ante la primera señal de debilidad. Cuanto antes el alcalde se retirase o jugara sus cartas, mejor.

Sobre todo, desde que le había hecho saber que Theodora jamás se casaría con Nico. Eso sacaría a Joseph de quicio y me permitiría averiguar por qué Luciano estaba tan empeñado en matarlo. Tenía que estar en guardia en todo momento a partir de ahora.

La hermandad había recibido instrucciones de usar la entrada privada a la suite ejecutiva, pero yo había elegido entrar por puerta principal y ambos porteros se tensaron de inmediato.

—¿Algún problema? —pregunté a Bruno. No solo era el jefe de seguridad del club, también se le consideraba el director general. Era despiadado, carecía totalmente de conciencia y no tenía ningún problema en seguir órdenes. También era excelente con los números, así como el trato al cliente, algo sorprendente dado su comportamiento habitual.

—Ninguno, estamos llenos. Hay algunos clientes especiales, don Giordano —respondió, sonriendo. Eso significaba que algunos de los miembros de élite estaban apostando o satisfaciendo cualquiera de las inclinaciones que les apeteciese. Aprovecharía al máximo la ventaja de poder tomar notas de todo, para usar sus indiscreciones contra ellos de ser necesario.

Me sorprendía lo mucho que había cambiado en apenas cuatro semanas. La tragedia era la razón. Había descubierto que disfrutaba de mi papel como Don más de lo que pensé que lo haría. ¿Qué decía eso de mí?

Nada más adentrarme en el local, noté ojos clavados en mí. Cada empleado me dedicó un gesto de respeto al pasar por su lado, pero podía oler su miedo.

Para ser un martes por la noche, el club estaba muy concurrido. Reparé en unos cuantos políticos mientras recorría la planta principal del club. Antes de dirigirme al ascensor, me pasé por el casino y me sorprendió gratamente lo que me encontré.

El alcalde Washington estaba sentado a una mesa con amigos, disfrutando de puros y coñac. No tenía nada de ilegal, el estado de Nueva York agradecía los ingresos que suponían las casas de juegos como este club, pero teniendo en cuenta su odio por la familia Giordano, su presencia era una sorpresa. ¿O se trataba de una sutil pero clara amenaza? Lo averiguaría muy pronto.

Agarré a una camarera del brazo y la aparté a un lado.

—Envía una botella de cortesía de nuestro mejor coñac a mis invitados especiales. —Señalé hacia su mesa, observándolos con detenimiento.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Esperé mientras se alejaba, estudiando la sala. Por qué Luciano no había pasado más tiempo aquí era algo que se me escapaba. Yo disfrutaría consolidando unas cuantas… relaciones. Esperé unos segundos, estudiando sus acciones. Sabía con total seguridad que el alcalde no era miembro, por lo que alguien lo había traído como su invitado. Ayer mismo, en una de sus frecuentes ruedas de prensa, había condenado toda organización criminal y reiterado su compromiso de limpiar las calles. Había oído que recibió amenazas hace poco y, como es natural, supuso que yo era el culpable.

Ese no era mi estilo, al menos no en respecto a los métodos tradicionales. Solté una carcajada y me desbotoné la chaqueta antes de dirigirme a su mesa. Otro de los hombres que estaba en la mesa me vio primero y su postura se volvió tensa.

Ninguno se puso de pie, prefirieron actuar como si mi llegada no significase nada, pero podía ver la inquietud en varios pares de ojos.

—Buenas noches, caballeros. Confío en que estén disfrutando de nuestros servicios —dije de manera informal, mirando de uno a otro.

El alcalde Washington esbozó una sonrisita, echando el humo del puro en mi dirección a propósito.

—Es un club interesante, Giordano.

Nunca había saludado a ningún miembro de mi familia con un gesto formal, algo que había molestado de cojones a Luciano. Para mí, resultaba tan revelador como el ligero tic en la comisura de su boca.

Como tantos otros, no tenía ni idea de cómo manejaría la posición de liderazgo. Era divertido dejar que todos siguiesen haciendo conjeturas. Cuando la camarera se acercó a la mesa, guardé silencio.

—Cortesía de la casa —dijo ella, colocando la botella en el centro.

—No me gustaría reducir sus ganancias —comentó el senador Thompson.

Era un hombre corpulento de sesenta y tantos, que antaño había sido una fuerza a la que temer. Ahora pasaba sus últimos dos años en el Congreso discutiendo con cualquiera que no estuviese de acuerdo con él. También sentía predilección por las niñas menores de edad, las fotos que había adquirido estaban guardadas en un lugar seguro. No era ninguna amenaza, pero si se atrevía a traicionarme, averiguaría lo que se sentía al enfrentarse a mi ira.

—No diga tonterías —dije sin variar el tono—. Cualquier cosa por nuestros estimados miembros. Quiero asegurarme de que disfrutan de todo lo que el Club Rio tiene para ofrecerles. Pero cuídense de no caer en arenas movedizas, normalmente no hay ningún sistema de rescate. —Sonreí, paseando la mirada de un hombre a otro.

—Eso me suena a amenaza, Giordano —dijo el alcalde Washington—. No me gusta que me amenacen.

—Recuerde que está usted aquí como invitado, alcalde. Y, como tal, podría revocar su invitación en un abrir y cerrar de ojos y no creo que sea eso lo que quiere. —Lo fulminé con la mirada, desafiándolo a seguir hablando.

Viendo la expresión de su mirada, no me cupo duda de que estaba tramando algo. Dependía de mí averiguar qué era antes de que saltase la liebre y las noticias sobre su hija pusieran su mundo patas arriba. Por suerte, aún no había ninguna foto con mi cara en la prensa, tan solo una instantánea de mi familia abandonando el funeral y conjeturas sobre el hermano menor que tomaría el relevo.

—Además —añadí—, yo nunca hago amenazas.

Esperar al momento propicio era importante. Desde luego, no quería ir a la caza de mi pajarita en caso de que decidiese huir muerta de miedo.

Pero lo haría.

Y después, la encerraría dentro de su jaula de oro.

—Disfruten de la velada —les dije antes de encaminarme hacia el ascensor privado. Estaba seguro de que le había dejado mal sabor de boca. Volvería a pasar.

Al meter la tarjeta en la ranura, me vinieron a la mente imágenes del rostro de Sarah. Se había convertido en una distracción, que era algo que no me convenía. Pronto la verían como mi debilidad. Tenía que prepararme para que me empujasen a la línea de fuego. Ya estaba redoblando la seguridad en mi casa de los Hamptons, así como en mi piso de la ciudad. Continuaría usando ambas propiedades por el momento.

Caminé a grandes zancadas por el pasillo que conducía a mi despacho, escuchando las voces antes de entrar. Cuando abrí la puerta, me tomé mi tiempo estudiando a cada uno de los hombres. Todos provenían de familias poderosas a lo largo y ancho de Estados Unidos, cada organización gobernaba sobre varios estados próximos a su base de operaciones. El hecho de que hubiesen recibido unas cuantas peticiones para ocupar el asiento que la muerte de mi hermano había dejado vacante, era un claro indicativo de lo poderosa que se había vuelto la hermandad. No podía tomarme mi admisión a la ligera.

No obstante, los hombres se encontraban de pie y mirándome de una manera que me cabreó al instante. Yo no estaba aquí para pasearme como un mono de feria. Si eso es lo que querían, podían meterse su invitación por el culo.

Constantine sonrió cuando cerré la puerta, acercándose con una copa ya en la mano.

—Espero que no te importe que nos hayamos puesto cómodos.

—Por supuesto que no, es un placer. —¿De verdad lo era?

El ruso, conocido como el Carnicero, tenía una mirada gélida. Maxim Nikitin era formidable. El hecho de que fuese adoptado, y por tanto hubiese recibido su puesto, era algo que le echaban en cara muy a menudo y que hacía que quisiese sobresalir en todo. Diego Santos estaba próximo a ocupar el puesto de su padre convaleciente, su cártel no se parecía a ninguno con el que hubiese tenido contacto. Su familia era sofisticada, eran dueños de un enorme porcentaje de las productoras cinematográficas y discográficas de Los Ángeles. Se habían abierto hueco más allá del tráfico de drogas, un hecho impresionante. Había invertido tiempo en investigar a cada uno de los miembros y aprender sobre sus distintas actividades. Eran todos unos salvajes.

Medio sonreí mientras me dirigía al bar para servirme un whisky escocés en un vaso alto.

A pesar de que Phoenix Diamondis era el más jovial del grupo, o al menos eso había oído, hoy tenía el ceño fruncido. Mandar sobre Filadelfia era duro en cualquier circunstancia. Con los albanos respirándole en la nuca, tenía las manos ocupadas en proteger su amplio territorio.

Brogan Callahan era el más interesante. Se había licenciado como psiquiatra, su posición en la familia probablemente nunca lo llevaría a ocupar el trono. Tenía sangre irlandesa pura, aunque su acento era mínimo, pero había oído que tenía un carácter vengativo. A lo mejor hasta nos llevábamos bien.

—Déjame que haga las presentaciones —comentó Constantine.

Me apoyé contra el borde de mi escritorio, sintiendo curiosidad por lo que diría de cada hombre, por lo que me pilló por sorpresa cuando no hizo ningún resumen brillante de sus logros, solo un par de frases simples y pragmáticas sobre cada uno. Era la misma información que yo mismo había conseguido.

—Caballeros, mi hermano os tenía en muy alta estima —dije, aunque Maxim fue el primero en percibir el tono tenso de mi voz.

—Pero tú no lo apruebas —terció él.

—No me corresponde a mi aprobar o no —declaré, girando la cabeza en su dirección.

—¿Entonces qué cojones haces aquí? —prosiguió.

—Está aquí porque yo lo invité —anunció Constantine. Su voz poseía el mismo tipo de control que la de mi hermano, pero se percibía el enfado en su tono—. Luciano era un miembro valioso de la hermandad. Conocíais sus deseos igual que conocemos los de todos nosotros. Tenía claro quien quería que fuese su sucesor en caso de muerte, y no podéis tomaros eso a la ligera.

Las noticias fueron una sorpresa para mí. No tenía ni idea de que Luciano me tuviese en tal alta

estima. Luciano y Constantine había ido a la misma universidad y Brogan a una rival y, aun así, los tres hombres habían formado un vínculo, creando cada uno un imperio propio que se extendían entre las dos escuelas. Se les consideraba malas hierbas, hombres con los que uno no debía meterse. Habían invitado a los otros dos tras una búsqueda extensiva y la decisión de que, por lo que tenían para ofrecer, era mejor mantenerlos como «amigos». Me preguntaba hasta donde llegaría la lealtad si las cosas se ponían feas.

—Constantine tiene razón —comentó Brogan—. No vamos a inmiscuirnos en eso. Ahora Gabriel es el líder de la Cosa Nostra. La familia es importante para todos nosotros, lo sabéis.

—Eso depende de si pretendes hacer cambios —intervino Phoenix.

—Siempre hay margen para hacer cambios, pero las reglas y los estándares de mi familia seguirán siendo los mismos. —¿De qué iba este tío?

Soltó el aire y asintió para dar su aprobación tras unos segundos.

—Entonces, que así sea. Estoy listo para votar.

—Sí, yo también. Tengo otros asuntos de los que ocuparme —dijo Brogan de pasada.

—Muy bien, pues emitid vuestro voto. Deberías saber, Gabriel, que necesitas el cien por cien de los votos para convertirte en miembro.

Miré de reojo a Constantine, ya no me sorprendía su nivel de formalidad. En un juego donde nosotros seis éramos los reyes de nuestro propio imperio, rivales en un peligroso juego de poder, eran necesarias unas reglas estrictas para evitar que nos aprovecháramos unos de otros. Eso no significaba que no fuésemos depredadores y usábamos todos los métodos a nuestro alcance para proteger lo que nos pertenece, pero sí que nos facilitaba unos límites que no podían cruzarse.

Apenas podía imaginar cuál sería el castigo si uno de nosotros los cruzaba.

—A Gabriel Giordano se le ha ofrecido un asiento en la hermandad. ¿Cuál es vuestro voto? —preguntó Constantine.

Se hizo el silencio en la sala durante al menos un minuto entero. En ese momento cuando me vi obligado a aceptar que, aunque por separado fuéramos formidables, si trabajábamos juntos seríamos una fuerza indestructible.

Suspirando, le di un trago a mi copa y observé el proceso ceremonial con curiosidad. Uno por uno los hombres asintieron, a excepción de Maxim.

Se me acercó e inmediatamente me puse en tensión. No era más que una víbora, un hombre que no tenía más emociones que la furia.

—Tu hermano no era la clase de hombre que debería haber estado en la hermandad. Era débil. He oído que tú eres indiferente, cosa que te convierte en otro eslabón débil que no necesitamos. —Con eso, se dio la vuelta. Su falta de confianza me cabreaba, pero no tanto como lo que acababa de decir de mi propia sangre. Nadie hablaba de mi familia, estuvieran vivos o muertos, con tan poco respeto.

Sin dudarlo, dejé la copa sobre el mueble bar con un golpe y rodeé su cuello con el brazo

mientras sacaba la navaja con la otra mano, presionando la punta afilada contra su yugular.

—Me importa una puta mierda quién eres o las reglas de este grupo, si vuelves a faltarle el respeto a algún miembro de mi familia otra vez, primero te cortaré los cojones y se los daré de comer a los pájaros. Y después continuaré con el resto.

La tensión en la habitación era palpable. Entonces, los cinco hombres empezaron a reírse.

—Bien hecho —dijo Diego entre risas—. Luciano dijo que eras un verdadero salvaje.

Hostia puta, esta mierda había sido una farsa para ver de qué pasta estaba hecho. A modo de respuesta, hundí más la punta contra el cuello de Maxim, solo lo suficiente para que brotase una gota de sangre. Entonces me retiré, esperando a que se diera la vuelta y se llevase las manos a la herida leve. La expresión de su cara no tenía precio, dura que el acero, el pecho le subía y bajaba de la rabia.

Entonces esbozó una sonrisa.

—Tienes pelotas, mi nuevo amigo —dijo, su acento era sorprendentemente pronunciado para alguien que había vivido buena parte de su vida en Estados Unidos.

—No me jodas y yo no te joderé a ti —dije como respuesta.

—Creo que todos necesitamos un trago —dijo Diego.

—Más de uno —añadió Brogan.

Mientras ellos se rellenaban las copas, respiré hondo. Había muchísimas cosas que ignoraba sobre mi hermano. Todavía me preguntaba qué era lo que le había provocado y conducido hasta el trágico evento. Tristemente, era algo que podía que nunca llegase a esclarecer.

—Lamento lo de antes. Necesitábamos que saber lo comprometido que estabas —dijo Constantine, parándose a mi lado.

—No puedo asegurarte hasta dónde lo estoy en estos momentos. Tengo otros asuntos de los que preocuparme.

—Los Moretti.

—Sí.

—Se han trasladado a Jersey. Se dice por las calles que no están contentos con ser dueños del «estado jardín». Todo apunta a que Filadelfia se encuentra también en su punto de mira.

Phoenix se acercó asintiendo al escuchar la conversación.

—Si los albanos los liquidasen no me importaría una mierda, pero parece que están trabajando juntos.

Suspiré al darme cuenta de que era hora de hacerle una visita a Joseph Moretti, aunque fuese solo para averiguar porqué mi hermano perdió la cabeza.

—Sí, mi hermano estaba decidido a ponerle fin al reinado de Joseph antes de morir.

Constantine resopló.

—Todo un reto. Tiene un sistema de seguridad que no se parece a nada que haya visto antes.

—Bueno, yo tengo algo que él quiere —dije mientras miraba de un hombre a otro—. A mi hermana para su hijo.

—Matrimonios concertados —dijo Brogan, a caballo de una risa—. Son la huella de una civilización antigua que se niega a morir.

—Dímelo a mí. Papá está empeñado en que me case y tenga al menos un heredero —dijo Constantine con una risa escandalosa—. Sobre mi cadáver.

—Bueno, si utilizas a la mujer en tu beneficio y tiene los contactos adecuados, puede resultar provechoso —No pude evitar sonreír.

—Creo que oigo campanas de boda, caballeros. —Constantine alzó su copa—. Si necesitas ayuda con los Moretti, llámanos a alguno de nosotros.

—¿Cuáles son las reglas de esta hermandad?

Me miró, no le sorprendía que no las conociera.

—No nos jodemos los unos a los otros y la identidad de los miembros y nuestras conversaciones son privadas. Si haces caso omiso de esas reglas, no tendrás que preocuparte de verte desterrado.

—Entendido.

—Acabemos con esto. Luciano era un hombre ceremonioso —dijo Diego, más para mis oídos que para los demás.

—Y continuaremos honrando las tradiciones que él y yo establecimos años atrás.

La intención de Constantine quedaba clara. La hermandad era como su hijo, y era otra cosa con la que uno no debía meterse. Observé cómo se sacaba una navaja del bolsillo y después agarraba un cuenco y lo que parecía ser alcohol etílico. Tras verter un chorro sobre la hoja, alzó las cejas.

—Juramento de sangre.

Ya no me pillaba por sorpresa el nivel de seriedad. El compromiso que Luciano tenía para con la familia y la hermandad era evidente. Me aproximé aún más, dejando mi bebida en el escritorio.

—Levanta la mano derecha —me instruyó.

Aunque nunca me habían ido lo que una vez había llamado chorradas ceremoniosas, me recorría cierto sentido del orgullo porque me hubiesen escogido. Tal vez me parecía más a Luciano de lo que quería creer.

—¿Honrarás a esta hermandad hasta el día que respires tu último aliento? —me preguntó.

—Sí, la honraré.

—¿Y acudirás al auxilio de cada miembro de ser necesario?

—Sí.

Sonrió mientras posaba el filo de la hoja contra mi palma.

—Entonces eres ya un miembro a pleno derecho al entregarnos tu palabra y tu sangre. No traiciones a la hermandad o sabrás lo que es vivir en el infierno.

Después de que la hoja me rasgase la mano, apreté los dedos en un puño y dejé que la sangre gotease dentro del cuenco. Un sentimiento extraño contradecía todo en lo que había creído en el pasado. Me sentía parte de una fuerza poderosa.

A menudo, la fortaleza de la familia dependía por completo de la sangre, pero con frecuencia se convertía en una maldición, una debilidad toxica que podía llevarte a perder el control. Sin embargo, la sangre que surgía de un vínculo, de un juramento que no se podía romper, era sagrada.

Había una cosa que había aprendido de Luciano que nunca olvidaría.

El amor podía convertirte en una fuerza tenaz, pero solo la lealtad podía hacerte invencible.

CAPÍTULO 9

Capítulo nueve

Sarah

—Madre mía, ¿quién es el admirador secreto? —preguntó Maggie mientras el mismo repartidor del día anterior colocaba un precioso jarrón de cristal en el mostrador de enfermería—. ¿Y por qué no las llevas a tu despacho?

Miré por encima de mi hombro al florero del día anterior, sacudiendo la cabeza.

—Un tío especial que conozco. —Especial. No estaba segura de que ese fuese el término apropiado. Siendo sincera, no había palabras adecuadas para Gabriel más que peligroso y poderoso. Y dominante, no podía olvidarme de esa parte. El fin de semana se había pasado volando y no todo lo pasamos en la cama. Había nevado a primerísima hora de la mañana, dejando a su paso unos cuantos centímetros de altura de la nieve más bonita que hubiese visto nunca.

Gabriel había mantenido el fuego encendido todo el tiempo. Habíamos disfrutado de una comida y vino fabulosos, hablando de nada en concreto. Y la pasión había sido de película, me dolía todo el cuerpo por nuestras sesiones de juego duro. Había sido un fin de semana inolvidable. Me cosquilleó todo el cuerpo, deseando poder repetirlo.

—Y sabes que mi despacho es diminuto. No podría encargarme del papeleo si las pusiese en mi escritorio.

—Eso es cierto, la glamurosa vida de una cirujana. Bueno, a mí no me importa mirarlas y fingir ser tú.

Me froté los labios con los dedos, incapaz de apartarlo a él de mi mente o a las imágenes de su cuerpo impresionante. Creía firmemente que lo habían esculpido en todos los lugares correctos, pero estaba duro como una roca, cincelado hasta el punto de que había tenido que parpadear un

par de veces para creerme lo que estaban viendo mis ojos.

Y sus besos habían sido para morirse.

Al acercarme a las rosas, esta vez blancas, su fragancia me resultó casi abrumadora. Los pétalos eran perfectos, ninguno de ellos tenía un solo defecto. Al coger la tarjeta, los pantalones del uniforme me rozaron el culo, y me recordaron al instante los azotes que él me había dado.

Todavía me costaba creer que hubiese disfrutado de ser castigada como una niña mala. Me parecía una locura; dada mi personalidad, había pensado que odiaba a los hombres controladores, pero Gabriel hacía que someterse resultase deseable y seguro, lo que me resultaba contradictorio.

—Cielo, eso no es de parte de alguien a quien puedas llamar especial. No puedes dejar que se te escape. He salido con tantos sapos últimamente que empiezo a pensar que nunca conoceré a mi príncipe azul.

—Los príncipes azules no existen, Mags. Hace falta entrenar a los hombres.

—Ajá. ¿Es eso lo que hiciste tú con el que conociste en la cafetería? ¿Puedes preguntarle si tiene un hermano?

Me reí mientras sacaba la tarjeta del sobre. Había una sola palabra escrita en el centro, en negrita y con tinta negra.

Pronto…

Era igual que la tarjeta del día anterior. No llevaba firma. Ni prometía llamar más tarde. Nada. No habíamos hecho ningún plan después de que me llevase en coche de vuelta a mi piso. Pero sabía que volvería a ponerse en contacto conmigo. Toda la situación en sí era extraña, nuestra relación era de perfil bajo. No estaba segura de querer cambiarlo, me gustaba eso de tener un secretillo guardado.

Carrie me había sometido al tercer grado cuando volví, pero casi no dije nada. Incluso Maggie sabía sólo que era corredor de bolsa y que le iba muy bien.

Su pregunta me hizo darme cuenta de que no tenía ni la más remota idea sobre su familia.

—Se lo preguntaré si es que nos vemos otra vez.

—Ahora te haces la modesta. Si no sales con él otra vez, empezaré a llamarte loca —Negó con la cabeza antes de dirigirse al ordenador y ponerse a teclear con ímpetu—. No te olvides de que me voy a tomar un par de días libres.

—Es que estoy loca, ¿aún no te has dado cuenta? Espero que sea para hacer algo pervertido. —No podía creerme que acabase de pronunciar esas palabras.

Me fulminó con la mirada y puso los ojos en blanco.

—Lo más pervertido que voy a hacer es ir de mercadillos con mi hermana. Es lo que pidió para

su cumple.

—Aj.

—Ya.

Me acerqué a otro terminal para comprobar la agenda para el resto del día. Las dos cirugías que había realizado al principio del día habían ido bien, pero había otras dos programadas, por lo que podía terminar siendo un día largo.

—¿Qué ha pasado con la segunda cirugía? —pregunté, confundida porque nadie me hubiese notificado el cambio en la programación.

Cuando Maggie permaneció callada, levanté la cabeza. ¿Qué demonios estaba mirando?

—¿Maggie? —Pareció tensarse y después me hizo una seña para que me acercase. Caminé hasta ella, entrecerrando los ojos—. ¿Qué pasa?

—Baja la voz y mira ese tío. —Su voz era poco más que un murmullo áspero.

Miré hacia la pequeña sala de espera, reparando en una pareja mayor y en un hombre vestido con vaqueros negros y una chaqueta oscura.

—¿Qué tiene de raro? Está en una sala de espera.

—Estuvo aquí ayer, prácticamente todo el día.

Medio entre risas, giré la cabeza para mirarla.

—Hay gente que se pasa aquí horas esperando por sus seres queridos. Estamos en un hospital, ¿recuerdas?

—No —dijo, y se dio la vuelta—. Ayer, estando aquí, me choqué con él por accidente y juraría que le vi una pistola en el bolsillo. Después estuve ocupada y, para cuando me acordé, ya se había ido. Te habría dicho algo, pero ya se había terminado tu turno y no estabas.

No había motivo para que de pronto me entrasen unos escalofríos espeluznantes, pero se me pusieron los pelos de punta en la nuca y contuve la respiración.

—A lo mejor te equivocas.

—Soy bastante observadora, ya me conoces. Hay algo que no encaja en que ese tío esté aquí.

Aunque no estaba mirando en nuestra dirección, sí que encontré curioso que no estuviese ojeando su móvil ni una revista. Nada. Estaba ahí sentado mirando a la nada. Claro que había visto y vivido lo que la pérdida le hacía a uno, así que no podía sacar conclusiones precipitadas.

—Mira, tú estate atenta. Si hace algo raro, avísame, y acuérdate de que tenemos una cirugía en una hora.

—Ya lo sé. Y, sobre la segunda cirugía, creía que ya lo sabías.

—¿Que sabía qué?

—El hombre murió anoche.

La garganta se me cerró durante unos segundos. Aunque solo había hablado con ese hombre y su familia durante unos segundos para informarles sobre la próxima cirugía, no había ninguna señal de que su salud estuviese empeorando o de que se encontrase en estado crítico.

—No me había enterado.

—Fue algo repentino. Una parada cardíaca. Lo siento, te lo habría dicho si no.

—No, no pasa nada. Me voy al despacho.

—Eh, ¿cómo has dicho que se llamaba el tío bueno? —preguntó, volviendo a su forma de ser jovial.

Le dediqué una mirada severa antes de reírme.

—¿Prometes no irte de la lengua por ahí?

Hizo como si se cerrase la boca con cremallera y tirase la llave.

—Palabra de *Girl Scout*.

Cuando levantó cuatro dedos en alto, no pude evitar que me entrase la risa.

—Sé que me estás mintiendo, nunca fuiste *Girl Scout*. Se llama Gabriel Riccardo.

—Un nombre sexy. ¿Qué aspecto tiene?

—Ponte a trabajar —Empecé a andar antes de echar la vista atrás—. Digamos que podría ser el próximo Zorro.

—Madre mía, necesito uno para mí.

Ambas nos echamos a reír, pero vi que el hombre misterioso se había puesto en pie y ahora estaba mirando la pared que tenía enfrente. Vale, sí que actuaba raro. Me encaminé al ascensor y agradecí que las puertas se abriesen nada más pulsar el botón. Estaba vacío y, en cuanto puse un pie dentro, me di la vuelta. Justo unos segundos antes de que las puertas se cerrasen, el tío pasó cerca sin mirar en mi dirección.

Me sorprendí soltando un suspiro de alivio. Me pasé por la sala de descanso para coger un refresco light antes de ir a mi despacho. Aunque tenía sola ventana, no se podía abrir y no ayudaba a aliviar esa apariencia sofocante. Tenía la sensación de que esta habitación había sido un cuarto de la limpieza en algún momento. Al menos podía cerrar la puerta y bloquear la mayoría de los ruidos propios de un hospital.

En cuanto me senté, consulté mis archivos, buscando al hombre fallecido. Nada más encontrar su historial, vi que se mencionaba que tenía un soplo en el corazón. No estaba segura de recordarlo . Me recosté en la silla, negando con la cabeza. A lo mejor aún no me había recuperado del todo, al menos en el plano mental. Si seguía dudando de mí misma, terminaría derivando en complicaciones serias y tendría que cogerme una baja. No podía permitirme dejarme caer en la desesperación. No me haría ningún bien.

Aunque me sepulté baja una pila de papeleo, abrí la puerta un par de veces para espiar el pasillo. ¿Por qué? ¿De verdad creía en las inquietudes de Maggie? No había razón para ello. Ninguna.

Tras la segunda vez, me reí y cogí un par de cosas para llevar a la trituradora. En el momento que abrí la puerta, apareció Maggie. Ambas pegamos un salto.

Yo me reí.

Ella no.

—¿Qué pasa? —pregunté. Estaba más pálida que un fantasma.

—Tienes que venir conmigo.

—¿Qué ha pasado? ¿Es otro paciente?

Cuando me agarró del brazo, me sobresalté.

—No. He visto algo y creo que tú también deberías verlo. —Me arrastró hasta la sala de descanso y sólo me soltó para encender la televisión.

—¿Qué está pasando?

—Ahora lo verás. Espero poder encontrarlo otra vez. Tu padre está dando otra rueda de prensa.

—Maggie, ya sabes cómo me siento respecto a la carrera política de mi padre. —Me había pillado quejándome después de una llamada con mi queridísimo papá, que me había puesto la cabeza como un bombo para que fuera a cenar. Odiaba la pompa y circunstancia de esas veladas, por eso la última vez que había estado en casa fue por Navidad. Esas cuatro horas habían sido insoportables. No me parecía en nada a mi padre y daba gracias por ello. Carrie era una maestra a la hora de soportar su ostentosidad y a sus amigos. Incluso el día de Navidad, había invitado a dos de sus compinches a tomarse unas copas.

—Shh. Deja que lo encuentre.

En el momento en el que puso el canal con las noticias de la tarde y apareció en pantalla su cara y la de los fanáticos que lo rodeaban, me di la vuelta.

—No pienso mirar esto.

—Sarah, ven aquí.

Gruñendo, me di la vuelta justo mientras ella subía el volumen.

—Y os prometo que, para este verano, las preciosas calles de Nueva York estarán libres de organizaciones monstruosas tales como la familia Giordano, el clan de los Moretti, y la *bratva* de los Pavlov. Todos aquellos que tratan a esta querida ciudad nuestra como su propia galería de tiro.

La voz de mi padre resonaba por los altavoces, la multitud de varios centenares de personas lo vitoreaban como si fuese un dios. Hacía que se me revolviese el estómago. El hecho de que hubiese mencionado a las familias por su nombre no me sorprendía. Nada que hiciese mi padre me sorprendía ya; creía que podía caminar sobre el agua y que estaba por encima de la ley.

—Apágalo.

—Espera, escucha.

Reparé en que era una grabación, por lo tanto, Maggie había escuchado el discurso entero antes. Me crucé de brazos e hice lo que me pedía.

—Y ahora tenemos a Gabriel Giordano a cargo de la Cosa Nostra. —Mi padre se detuvo para reírse y mirar a las caras de la muchedumbre que lo observaba con adoración. Aunque el nombre encendía mis alarmas, la ciudad estaba llena de italianos. El nombre de Gabriel no tenía nada de especial.

Cuando solté un suspiro, Maggie me lanzó una mirada de ánimo para que me quedara.

—Ese… crío tuvo el descaro de amenazarme anoche, ¿os lo podéis creer? A mí, al hombre que va a asegurarse de que pase el resto de su vida entre rejas.

—Maggie, ¿esto va sobre mi cita?

Antes de que tuviera oportunidad de responder, mi padre miró directamente a cámara.

—Sé que a este chico su predecesor le dejó el listón muy alto**,** pero el antiguo corredor de bolsa debería haber venido a por mí con algo mejor que una amenaza verbal.

El tiempo pareció detenerse, la voz de mi padre se volvió lenta, sus palabras se distorsionaron durante unos segundos. ¿Era remotamente posible que…? No, de ninguna manera. Ni por asomo. Pero de ser el caso, entonces el tío al que… me había follado era el hermano de la persona que había muerto. No. No. No podía pensar así. Había cero posibilidades de que eso fuese posible. Cero. El karma no podía ser tan hijo de puta.

—Gabriel es un nombre corriente. —La voz me temblaba.

—Lo sé, pero tienes que ver esto. Están a punto de conectar con el plató.

Estaba temblando y me hormigueaba toda la piel mientras la escena delante del despacho de mi padre se desvanecía para dar paso al plató. Me acerqué aún más, observando como la presentadora estaba de pie junto a varias imágenes de la familia Giordano, incluida una foto del hombre involucrado en el accidente.

Y… de su hermano, Gabriel Riccardo Giordano.

Mientras toda luz desaparecía de mi vista, una extraña imagen se coló en mi mente: un hombre que me llevaba en brazos y me protegía de una explosión. Su cara se inclinaba sobre mí, diciéndome que todo iría bien.

Tenía rasgos cincelados, ojos penetrantes, una barba de dos días que le aportaba sensualidad y una mandíbula bien definida.

Era el hombre que me había traído un bollo.

El hombre que me había comprado cosas bonitas.

El hombre que me había metido en un jet privado para volar hasta una cabaña increíble.

Mi amante.

Mi amo.

Y el hombre que había asegurado ser mi dueño.

Mientras otra serie de sensaciones extrañas me cosquilleaban por la espalda, se abrió la puerta, captando mi atención.

Todo seguía sucediendo a cámara lenta cuando giré la cabeza y parpadeé al ver entrar a una enfermera a la sala. Pero antes de que se cerrase la puerta, vi al hombre de antes de pie en el pasillo.

No me cabía duda de que estaba esperando por mí.

Para llevarme a Gabriel.

Para cumplir la promesa realizada.

* * *

Gabriel

La familia.

Había pensado más en la familia desde la reunión con la hermandad de lo que lo había hecho desde hacía tiempo. Contemplé el anillo en mi dedo y cerré la mano en un puño. Sentaba bien tener uno propio. Luciano me llevaba siete años, los suficientes para convertirme en el hermanito pesado que insistía en seguirlo a todas partes. Cuando se marchó a la universidad, me había volcado en mis propios estudios, jamás había sido lo bastante atlético ni un abusón como mi hermano.

Luciano terminó la carrera y dos años más tarde un máster. Para cuando solicitaron su presencia en casa para trabajar con nuestro padre, éramos personas diferentes. Se había refinado, aunque albergaba más oscuridad que antes y presumía del grupo que había formado en la universidad, el pequeño centro enfocado a los hijos de los ricos y famosos, hijos e hijas de políticos y organizaciones criminales incluidos. El lugar había sido explosivo, al menos según Luciano.

Pero él y su grupo de tíos perversos se habían hecho con el control total, utilizando su educación previa para convertirse en monstruos contra aquellos que se atreviesen a cruzarse en sus caminos. Papá nunca había tenido intenciones de que yo acudiese a la misma universidad, lo consideraba una pérdida de tiempo.

Ahora me preguntaba si yo habría un hombre diferente.

Desvié la vista a mi otra mano y me pregunté si el corte dejaría cicatriz. Mi hermano las llamaba heridas de guerra. Yo tenía unas cuantas más, la mayoría las había recibido antes de terminar el instituto, que fue cuando crecí quince centímetros y gané casi cuarenta kilos de músculo.

Tomé una curva, dirigiéndome hacia el club cuando me sonó el móvil. No me esperaba el nombre en la pantalla: Maria. Mi hermana nunca me llamaba. El que se quedase en Nueva York, aceptando un trabajo de modelo cerca de casa, había ayudado a mi madre con su duelo. Aunque mamá era una persona fuerte, como ella misma me había dicho en una ocasión, un padre nunca

debía enterrar a su hijo. Desde la muerte de Luciano, había intentado que fuese de visita más a menudo, algo que todavía no había hecho.

La cosa siempre acababa igual, con mi padre diciéndome todo lo que estaba haciendo mal. Después, mientras seguía empinando el codo, la conversación siempre se ponía fea. Ahora que había roto el acuerdo verbal provisional respecto a Theodora y Nico, estaba seguro de que mi padre estaba furioso de que hubiese anulado una de sus decisiones. No ayudaría en las reuniones familiares, eso desde luego.

—Maria, ¿qué puedo hacer por ti?

—No tienes ni idea de lo que has hecho. ¿Por qué? ¿Por qué cojones tienes que meter las narices en todo? ¿Por qué?

Nunca la había oído tan disgustada, su lenguaje me sorprendió. Ella era la comedida, era Theodora la que sacaba las garras.

—¿De qué hablas?

—Tenías que empeorarlo aún más todo para Theodora, ¿verdad? ¡Simplemente tenías que hacerlo!

Estaba histérica.

—Tranquilízate, joder. ¿Qué está pasando?

—¡No me digas que me tranquilice! No te has comportado como nuestro hermano en años, ¡años! Te necesitaba en Italia y te negaste a ayudarme. Y ahora la has condenado a ella, la próxima vez la matará.

—Guau, espera, ¿qué? —Rechiné los dientes y aceleré el Maserati hasta ciento treinta, desplazándome entre los seis carriles para tomar la salida de la autopista. Nunca había expresado tanto odio, mis padres solían bromear con que me adoraba.

—Está herida. ¡Él le ha hecho daño!

—¿De quién hablas?

—Nico. Le ha pegado. Esto es culpa tuya. No habría pasado si no hubieras suspendido la boda.

Pero ¿qué cojones?

—¿Dónde está?

—Aquí. Vino a casa llorando y se encerró en su habitación. Tuve que colarme dentro. —A Maria le tembló la voz cuando empezó a sollozar.

—Estoy de camino. Cierra todas las puertas con llave.

—Vale, vale. Date prisa.

Casi lanzo el móvil por la ventanilla. Si ese hijo de puta era el responsable, estaría muerto al anochecer. Tenía que centrarme en Theodora. Pero era hora de traer a Sarah a casa. Si Joseph y Nico iban a por mí hermana, era sólo una cuestión de tiempo.

Mientras aceleraba por las calles, comprobaba el espejo retrovisor todo el rato. Tampoco descartaba que los Moretti planeasen un ataque a mayor escala. ¿Qué cojones se pensaba que iba a conseguir ese cabrón dándole una paliza a mi hermana? Cogí el teléfono y marqué el número de Dillon.

—Tráela —le dije en cuanto respondió.

—Está en mitad de una cirugía. ¿Quiere que interrumpa?

Mierda, joder. Aporreé el volante con las manos.

—No, pero en cuanto salga, llévala a mi piso por el momento.

—A sus órdenes, Sr. Giordano.

—Y asegúrate que la seguridad esté a punto en la casa de mis padres.

—¿Ha pasado algo?

—Sí. Esta noche nos vamos de caza. Prepárate.

Dillon resopló.

—Yo siempre estoy preparado.

Una vez más, terminé la llamada, echando humo por todo lo que había pasado. Lo único en lo que podía pensar era en partirle el cuello a Nico con las manos. Disfrutaría pasando tiempo con él, partiéndole hueso tras hueso.

El corazón me latía con fuerza contra el pecho. Atravesé un cruce a toda velocidad y evité chocar con un coche que se aproximaba por los pelos.

Tranquilízate. Piensa

No me había cabreado tanto desde…

Joder. El karma se manifestaba como maldad pura. A lo mejor era eso lo que merecía la familia. Bueno, pues el destino o cualquier chorrada espiritual podían irse a la mierda.

Mientras entraba en la zona residencial privada, continué escaneando la calle. Mis padres habían vivido en la misma casa durante treinta años y sólo recientemente habían renovado todas las habitaciones. Aunque la zona era segura, no había un solo enemigo que no supiera donde vivían. También había brechas de fácil acceso, que permitían a los soldados entrar a pie sin ser vistos. Tendría que rectificarlo.

De inmediato.

Me metí en el camino de acceso, aun yendo a treinta kilómetros por hora, pisé los pedales y apenas apagué el motor antes de saltar fuera. No me moleste en golpear la puerta, me abalancé dentro, asustando a dos empleadas domésticas.

—¡Sr. Giordano! —chilló una de las mujeres.

—Perdóname, Vanessa.

—Sus padres no están aquí.

—Mejor. —Subí las escaleras de dos en dos, apresurándome por el pasillo hacia el cuarto de Theodora. Me había dicho hacía poco que odiaba verse obligada a vivir en casa, pero cuando amenazó con hacer las maletas y marcharse, nuestro padre la abofeteó. No era para nada propio de él. Nunca le había puesto la mano encima a una mujer. Me había dicho en innumerables ocasiones que las mujeres eran la verdadera bendición de este planeta y que merecían que las tratasen con amabilidad.

Era uno de los pocos Dones jamás había tenido una amante. Se había mi ganado mi respeto por eso y no por otra razón.

Intenté abrir la puerta y me di cuenta de que se había encerrado dentro. La golpeé con los puños.

—Theo, déjame entrar. Abre esta puerta ya mismo.

—¡Lárgate! —gritó Theodora.

Inspiré hondo y me froté la mandíbula. Entonces apreté la mano contra la pared, tratando de calmar mi furia.

—Cielo, abre la puerta, por favor.

—No quiere verte —dijo Maria.

—No me importa. Tiraré la puerta abajo si hace falta.

Escuché sus voces y finalmente pasos, además cómo arrastraban algo contra el suelo. Maria abrió la puerta e intentó bloquearme el paso. Entonces me apuntó a la cara con el dedo.

Había crecido desde que se marchó a Italia, se había convertido en una mujer poderosa por derecho propio. Tenía razón. Había ignorado sus ruegos de ir a Italia con ella. Había estado aterrada de ir a vivir a un país que no conocía, por más que sus abuelos estuviesen a una sola llamada de distancia.

—No te atrevas a disgustarla más de lo que ya está, ¿me oyes? —siseó.

—No tengo pensado disgustarla. —No, lo que pensaba hacer era partirle el cuello a Nico.

—Bien, te estaré vigilando —Dio un paso atrás, abriendo más la puerta.

Theodora estaba de pie junto a la ventana, mirando el jardín. Le encantaba estar fuera y mancharse las manos de tierra plantando flores. Era algo que adoraba de ella. Era su forma de ignorar las imposiciones familiares y a los soldados patrullando los alrededores. Ella también se había convertido en una joven preciosa, fuerte y protectora. Ahora necesitaba protección contra los mismos monstruos con los que mi padre había pretendido que pasase el resto de su vida

Me acerqué, con Maria siguiéndome de cerca. Cuando me detuve a unos pocos centímetros, se le hundieron los hombros.

—¿Qué ha pasado? —Aunque me esforzaba por mantener el enfado alejado de mi voz, era una tarea casi imposible dada la adrenalina que me corría por las venas.

Nos habíamos dicho unas cuantas cosas muy poco agradables desde la muerte de Luciano, cosas

de las que me arrepentía.

—¿Y a ti qué te importa? —dijo con brusquedad, pero se le quebró la voz.

—*È nostro fratello* —soltó Maria. Es nuestro hermano.

Se había acostumbrado a hablar más en italiano desde su estancia en el país.

—*È proprio come nostro padre* —replicó Theodora. Es igualito que nuestro padre.

Era toda una monada que creyesen que nos las entendía.

—Nuestro padre se pondría como un basilisco y ya estaría prendiéndole fuego a la ciudad para dar con Nico. Yo quiero escuchar de tu boca que te pegó. Y necesito ver lo que ha hecho. —Lo último que necesitaba era tomar una decisión sin saber la verdad. La vida de Nico podía depender de ello.

Respiró hondo y Maria le dio un apretón en el brazo. Entonces, se dio la vuelta.

Había sentido sed de sangre suficientes veces como para saber cuándo era algo que podría superar con el tiempo.

Esto no lo era.

Ver la bonita cara de Theodora hinchada y con moratones era algo que jamás sería tolerable. No mientras yo viviese.

—¿Fue Nico quien te hizo esto? —gruñí, con ambas manos en puños.

Sacudió la cabeza.

—Sabes que él nunca se mancharía las manos, envió a uno de sus esbirros a hacer el trabajo. Me dieron un mensaje para ti: o me caso con él o atente a las consecuencias.

Hijo de puta. Respiré hondo, resistiéndome a tocarla. Entonces, caminé hacia la ventana. No pude controlar mi ira y golpeé el cristal con los puños.

—Morirá.

Mis dos hermanas saltaron en el aire y soltaron un chillido al escuchar el ruido de la ventana agrietándose debido a mi fuerza.

—Por Dios, Gabriel. No puedes hacer esto. —Maria se dirigió a mí de inmediato y cogió mi mano entre las suyas. Era la misma en la que me habían hecho el corte.

El dolor era refrescante, evitaba que mi enfado se saliese de control.

Por ahora.

Pero no podía permitir que esto no tuviese consecuencias. Era una prueba y estaban usando a mi hermana para ello. Maldecía a mi padre por entregar su mano en matrimonio.

—Déjalo estar —susurró Theodora—. Sólo estaba enfadado.

—¿Enfadado? —repetí yo—. Él no sabe lo que significa esa palabra.

—Estás sangrando —dijo Maria—. Voy a por una toalla.

—Estoy bien.

—Y una mierda. —Echó a andar hacia el baño y Theodora me hizo frente.

—¿Qué vas a hacer?

—Ya me has oído. No vas a casarte con ese pirado, si a eso te refieres.

—Pero tengo que hacerlo.

—Y una puta mierda. No vivimos en la puta Edad Media.

—Tú no lo entiendes —estalló.

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Que nuestro padre quiere que te cases con un monstruo para forjar algún tipo de alianza? ¿Que Nico no es más que un primate? ¿Que te hará esto mismo cada vez que le apetezca? Sobre mi cadáver.

—Entonces obligarán a Maria a casarse con él. No puedo permitirlo, ¡no voy a hacerlo!

Respiré profundamente, mirándola a los ojos.

—Es admirable, pero ninguna de vosotras va a formar parte de esa familia.

Las lágrimas le bañaban la cara cuando frunció los labios.

—No va a parar. Tú no le conoces como yo porque no estabas aquí, pero es… —Miró a otro lado, mordiéndose el labio.

—Sé que no he estado presente y lo siento.

Bajó la mirada por mi torso y reparó en el anillo.

—Te has quedado con su anillo.

Levanté la otra mano, sacudiendo la cabeza.

—No, nunca haría tal cosa.

Se le abrieron totalmente los ojos debido a la impresión.

—Ahora eres miembro de la hermandad. Te han pedido que te hagas miembro.

—¿Cómo sabes lo de la hermandad?

—Luciano me confiaba algunos de sus asuntos. Me trataba como a una igual y no como a su hermana pequeña, algo que tu no entenderías.

Había tanta animosidad entre nosotros que sentí dolor en el corazón.

—¿Cuántas veces puedo disculparme? No puedo borrar el pasado. Lo único que puedo hacer es prometerte que el futuro será diferente.

Cuando Maria volvió y me envolvió la mano con una toalla húmeda, acepté el hecho de que

había sido un hermano de mierda. Eso no hacía que la situación mejorase ni que fuese más fácil de aceptar. Tenía que destruir a la familia Moretti primero, después trabajaría en nuestra relación.

—Tú limítate a mantener tu palabra, hermano. Esta familia no puede resistir otra tragedia; mamá llora hasta que se queda dormida todas las noches —resopló Maria.

—Y tengo pensado hacer algo al respecto.

—¿Haciéndole daño a la mujer del accidente? —contraatacó.

No había secretos en esta casa.

—No tengo intención de hacerle daño.

Esbozó una sonrisa sarcástica.

—Deja que lo adivine: piensas casarte con ella. Sé que es la hija del alcalde, el hombre que te ha acusado en la televisión nacional esta misma mañana.

—¿De qué hablas? —¿Qué cojones había hecho el alcalde?

—¿L Lo amenazaste? Pues él te ha nombrado enemigo público número uno con foto y todo.

Contuve la respiración. Había más de una posibilidad remota de que Sarah hubiese visto las noticias. Tenía muchísimo que hacer en muy poco tiempo.

—Quiero que me escuchéis atentamente. No iréis a ninguna parte sin que alguno de mis hombres os acompañe, ¿queda claro?

—No eres nuestro padre, Gabriel. Apenas eres nuestro hermano —replicó Theodora.

Esa era la clase de puñalada que tan bien se le daba; admiraba su lengua afilada. Se negaba a interpretar el papel de princesa, algo que llevaba en los genes. No obstante, tampoco tenía un concepto real del peligro ya que la habían resguardado de los dramas familiares durante la mayor parte de su vida.

—No, pero ahora yo soy el cabeza de familia y haréis lo que yo diga.

Maria se rio.

—Jamás debí haberme quedado.

—Puede que no, pero mientras permanezcas en este país, seguirás las reglas. —Deslicé la mirada de la una a la otra—. Mis reglas.

—Los Moretti contraatacaran —dijo Theodora.

—Y yo estaré preparado. —Me sonó el teléfono, era un mal momento para una interrupción. Cuando lo saqué del bolsillo, tuve la corazonada de que Dillon no me llamaba para contarme que Sarah estaba lista e impaciente por aceptar su destino—. ¿Qué pasa?

—La doctora despareció del hospital. He comprobado su piso, no está ahí.

Dillon me había vuelto a fallar. No pasaría una tercera vez.

—Si la has perdido y pasa algo, serás tú quien pague el precio.

—Sí, señor. Siento haberle fallado.

—Sigue buscando. Hay que dar con Sarah. —Nada más terminar la llamada, eché a andar hacia la puerta—. Os encerraré a las dos en vuestras habitaciones si desobedecéis mis órdenes.

—De tal palo, tal astilla —gruñó Theodora—. Te crees que ahora eres el rey, ¿no es así?

Un rey. Así es como se llamaban a sí mismos los miembros de la hermandad. Tal vez fuese como tenía que empezar a comportarme.

—Haré lo que haga falta para manteneros a salvo. —Miré de la una a la otra, tratando de regular el ritmo de mi respiración.

—Cuéntale eso a la mujer cuya vida estás a punto de destruir, *hermano*.

Aunque abrí la puerta decidido a encontrar a Sarah, dediqué unos segundos a reflexionar sobre las palabras de mis hermanas. El peso de mis decisiones era demoledor, pero este no era el momento de empezar a dudar. Una guerra estaba a punto de comenzar.

Entonces pintaría las calles con la sangre de los Moretti.

CAPÍTULO 10

Capítulo diez

Sarah

—Carrie, escúchame, ¿puedo llevar a los perros a tu casa? —Jadeaba tratando de coger aire, mi voz sonaba irreconocible.

—¿Qué pasa? —exigió saber.

—Ahora mismo no puedo hablar. Sólo dime si puedo.

—Mira, tengo que…

—¡Escúchame! —espeté, tenía los nervios a flor de piel.

—Joder. ¿Qué cojones pasa?

—Me están acosando.

—¿Quién?

—Un monstruo, no tengo tiempo para explayarme. ¿Puedo llevar los perros a tu casa?

—Sí, claro, pero necesito saber qué está pasando. —Era evidente que Carrie estaba alterada, le temblaba la voz.

Me retorcí en el asiento, girándome para ver el tráfico a mis espaldas.

—No tengo tiempo. —Me había arriesgado a que me pillasen al coger mi coche, pero al menos se encontraba en un lugar seguro que ese cabrón no podía encontrar. A lo mejor ese hijo de puta no sabía qué vehículo conducía yo, pero tenía la sensación de que Gabriel me había investigado y lo había averiguado todo sobre mi vida, incluido mi coche. Aun así, Carrie vivía lo bastante lejos de mi piso como para que no pudiera ir hasta allí andando con los perros. Ay, Dios. ¿Qué

estaba pasando? ¿Por qué? Yo no había hecho nada malo.

Pero tú creías que habías matado a su hermano.

Que le diesen a la vocecita. Sí, sentía la culpa propia del síndrome del superviviente, pero fue un accidente. Desde luego, no había planeado perder el control del coche y que éste empezase a dar vueltas.

—Estoy saliendo ahora del trabajo, nos vemos allí. Sea lo que sea lo que está pasando, ten cuidado, hermanita. —También tenía que preocuparme por la seguridad de Carrie. No había forma de predecir lo que haría Gabriel. Lo que sí sabía era que era un tío poderoso, además de peligroso.

Finalicé la llamada y me metí el móvil en bolsillo mientras entraba en el garaje. Me costaba respirar.

Un acosador.

Gabriel me estaba siguiendo, acechando a su presa. No había otra explicación para lo que había sucedido entre nosotros. Me había librado de la operación tras rogarle a otro cirujano que se encargase del sencillo procedimiento. Después de ver las noticias, había intentado calmar mis nervios, a pesar de que el miedo me paralizaba. El hombre del pasillo había permanecido cerca, rondándome como un buitre. Al fin había logrado echarle un vistazo a su arma y no me cupo duda de que estaba ahí para capturarme.

¿La razón?

La muerte de Luciano Giordano.

¿Me culpaba su hermano por el accidente? ¿Era yo un peón en medio de una batalla entre el gobierno de mi padre y una poderosa organización? Fuera cual fuese la razón, sería yo la que pagase las consecuencias en este juego peligroso y vil.

Con mi vida.

No había sucumbido a interpretar el papel de víctima en toda mi vida. Ni de niña cuando me habían acosado ni tras la agresión en el metro años atrás. Había peleado en ambas ocasiones, una de ellas me había dejado moratones y huesos rotos. Y volvería a hacerlo otra vez.

Miraba por encima del hombro continuamente, calculando cuanto tiempo quedaba para que terminase la cirugía. En cuanto el otro cirujano abandonase el quirófano, tanto mi treta como el tiempo del que disponía llegarían a su fin. Al encaminarme al ascensor, una sensación horripilante me barrió entera. Apenas podía respirar, el miedo me asfixiaba. Golpeé el botón y bailoteé, cambiando mi peso de un pie a otro. Por más que tuviera un espray de pimienta en el bolso, no era estúpida. No me serviría para ganar ni dos segundos de ventaja.

Sobre todo, contra una pistola grande y pesada.

¿En qué había estado pensando al no hacer mis propias averiguaciones sobre Gabriel antes de acceder a una cita? Era más lista que eso y no solo porque vivía en Nueva York. Había locos por todas partes. Él me había cortejado y seducido, y yo había estado más que dispuesta. Y pensar que había sido mi héroe, el hombre que me salvó la vida. Todo era una locura. ¿Para qué

salvarme si pensaba matarme después?

Eso era lo que hacían los mafiosos, ¿verdad?

Ahora sí que estaba pensando disparates, pero al menos me funcionaba el cerebro.

El ascensor se sacudió, un indicativo de la antigüedad del edificio. Cuando al fin hizo ping, indicando que había llegado a mi piso, casi sufro un ataque de pánico.

No puedes hacer esto.

Ahí estaba mi vocecita otra vez. Será zorra.

Cuando puse un pie en el rellano apenas iluminado, contuve la respiración, escudriñando ambos lados. Teniendo en cuenta las horas que eran, ni había nadie ni se escuchaba ningún ruido. La mayoría tenían trabajos normales, por lo que el edificio estaba casi vacío.

Nadie te escuchará gritar.

Eso era cierto.

Cogería unos cuantos cuchillos de la cocina y me los llevaría conmigo. Sólo tenía que coger unas pocas cosas, a los perros y largarme de aquí. Con suerte, las cosas serían así de sencillas. Me temblaban las manos cuando metí las llaves, fijándome en que no hubiera ninguna señal de que habían forzado la cerradura. Antes de abrir la puerta, comprobé la hora en mi reloj. Tenía al menos otros treinta minutos, pero eso era todo.

Al entrar, me quedé donde estaba, escuchando…

Lo único que oí fueron unas patitas correteando y los ladridos de Goldie y Shadow siempre que alguien llegaba a casa. Casi me caigo al suelo del alivio al cerrar la puerta y dejar que me lamiesen la cara mientras se me empezaban a empañar los ojos.

No, no iba a ir por ahí. Era hora de hacer tripas corazón y salir por patas. ¿Debería llamar a mi padre? ¿Y decirle qué? ¿Que un hombre extraño estaba rondando el hospital? ¿Que había cometido el error de salir y follar con el mismo hombre al que pretendía destruir? Sí, seguro que me salía bien la jugada. Además, si estaba equivocada y me convertía en la razón de que mandasen a Gabriel a la cárcel, que era algo que mi padre haría que sucediese, no sería capaz de vivir conmigo misma.

—Vale, bebés. Vamos a irnos de aventura, ¿vale?

¡Guau! ¡Guau!

Al menos ellos no tenían ni idea de lo que pasaba, aunque Shadow me estaba mirando de forma extraña, como si supiera que estaba temblando de miedo por dentro.

—Voy a por un par de cosas y unos juguetes. —Casi me atraganto con las palabras, se me estaba formando una neblina en el cerebro. Dejé caer el bolso al suelo y fui hacia mi habitación, con Goldie pegado a mí. Casi arranco la estantería de la pared por la fuerza con la que cogí la bolsa de viaje.

Entonces metí a presión unas cuantas cosas antes de ir hasta el baúl de juguetes y coger un par

para mantenerlos entretenidos. Ya compraría otra bolsa de comida para perros después. Perfecto. Tenía todo lo que necesitaba.

Tiré la bolsa a la cama y cogí unos vaqueros y un jersey, peleándome con ellos para ponérmelos. Me corría hielo por las venas, e hice lo que pude por sacar la ira de lo más profundo de mi ser a la superficie. Si estaba furiosa, me movería más rápido. Goldie se quedó a mi lado y en el momento en que la acaricié detrás de la oreja, me recorrió una sensación horrible.

Shadow nunca se quedaba atrás. Nunca. Sobre todo, cuando yo llegaba a casa. Eran una compañía constante, se negaban a apartarse de mí durante al menos treinta minutos.

Tragando saliva, continué acariciando a Goldie y parpadeando para contener las lágrimas.

—¿Shadow? Ven aquí, chico.

No escuché nada. Ni lloriqueos. Ni ladridos.

—¡Shadow!

Ay, Dios. ¿Qué estaba pasando? Hasta mi puñetero móvil estaba en la otra habitación.

—Quédate aquí, chica. —En cuanto la acaricié una vez más, se largó al salón, ladró tres veces y después paró.

Ahora el miedo era incontrolable y el corazón me latía como loco. Miré alrededor del cuarto y al final arranqué una lámpara de la mesita de noche. Sosteniéndola en ambas manos, me acerqué lentamente hacia la puerta, asomando la cabeza por la esquina.

—¿Bebés? Venid con mamá.

Cuando oí un suave lloriqueo, tenía la mente demasiado hecha polvo como para saber de dónde venía. ¿De la cocina? ¿De mi pequeño estudio al otro lado del salón? Respiré de forma superficial unas cuantas veces y seguí avanzando hacia delante, barriendo el espacio de un lado a otro con la vista. Entonces, me acerqué más a la cocina. No había nadie dentro, por lo que solo me quedaba un cuarto.

Madre mía. La puerta principal quedaba entre el estudio y yo. Podía salir pitando e intentar buscar ayuda.

Pero ¿qué le haría ese hijo de puta a mis bebés? No. Los protegería con mi vida. Agarré con más fuerza la base de la lámpara y después avancé a grandes pasos hacia la habitación. Cuando me encontré a un par de metros, no vi nada.

Me habían dicho que tenía la valentía de un santo. Era hora de ponerlo a prueba.

Entré en la habitación, preparándome para lo que me pudiera encontrar.

Mis ojos localizaron de inmediato a mis bebés peludos, que estaban acostados cómodamente junto al sofá, ambos con huesos nuevos y relucientes en sus bocas.

Y el intruso que estaba sentado en el centro, con una bebida en una mano y un arma en la otra, era el hombre con el que había creído tener una conexión increíble, del que había esperado que nuestra relación en ciernes derivase a más.

Estaba tan imponente como siempre, la barba incipiente que le cubría su mandíbula fuerte le hacía parecer aún más peligroso y ese destello en su mirada indicaba tanto lujuria como diversión. La misma electricidad crepitaba en el aire, dificultándome la respiración. Parecía estar a gusto en mi casa, rascándole la cabeza a Shadow mientras me miraba, con las piernas cruzadas y la chaqueta desabrochada.

Lo único que deseaba hacer era envolverle la garganta con las manos y estrangularlo hasta quitarle la vida.

Pero sabía que jamás tendría oportunidad.

—Hola, Sarah. Creo que es hora de que tú y yo nos conozcamos aún mejor.

—¿Quién coño eres? —Cambié el peso de un pie a otro, sentía los músculos tensos, pero no dudaría en usar la lámpara y estrellársela contra la cabeza. No podía más que depositar mis esperanzas en partirle el cráneo.

Bajó la vista a mis manos y se le ensanchó aún más la sonrisa. Y todo sin dejar de rascar a Shadow, que no podría estar más contento.

—¿Y qué le has hecho a mis perros? —El enfado por fin estaba saliendo a la luz y escapando de mi boca.

—No les he hecho nada. He descubierto que, con las cosas valiosas, solo hace falta echar mano de dar órdenes oscuras mientras se proporciona refuerzo. ¿No estás de acuerdo, mi preciosa sumisa?

—Que te jodan. Me has estado acosando. Me has usado.

—Sí, y volvería a hacerlo.

Sus palabras ya no me sorprendían, su arrogancia era justo lo que cabría esperarse. Pero eran sus intenciones lo que me horrorizaba.

—Márchate de mi piso o llamo a la policía —le espeté.

—¿Y qué vas a decirles, exactamente? ¿Que he allanado tu piso? No hay nada que indique tal cosa. ¿Que no me conoces? Bueno, tengo un par de cosillas que podría enseñarles como prueba del tiempo que hemos pasado juntos. —Cuando se sacó unas braguitas del bolsillo y se las llevó a la nariz, tuve que contenerme para que no se me escapase un gemido.

—Eres un puto enfermo.

—Una vez me llamaste apuesto, ¿y yo qué te dije?

—Que eras un monstruo.

—¿Lo ves? No te mentí. Soy un monstruo, un hombre creado para tus pesadillas. —Su voz profunda penetró en la habitación y envió un aluvión de sensaciones chisporroteantes a mi centro. Cada emoción sacudía tanto mi mente como mi corazón, pero era la sensación caliente y húmeda acumulándose entre mis piernas lo que me horrorizaba.

¿Cómo podía sentirme atraída por un asesino?

¿Debería creerme todas las cosas horribles que mi padre había dicho, sus insinuaciones de que en la familia Giordano eran asesinos despiadados? No sabía qué creer y no podía confiar en mis instintos en ese momento. Esas mismas sensaciones arrebatadoras seguían presentes a pesar de la angustia que sentía en el estómago.

Le dio un trago a su bebida como si nada y después puso el vaso sobre la mesa frente a él. Mi vaso. Mi alcohol. Mi casa.

Había invadido mi espacio, como si tuviese derecho a hacerlo.

—Márchate —repetí, como si creyese que fuese a obedecerme.

Riendo, se puso en pie y su metro noventa de estatura lo hizo parecer más amenazador que antes.

—Me temo que eso no va a pasar, al menos no sin ti a mi lado.

—Estás loco si crees que iría a ninguna parte contigo. —Alcé la lámpara, atreviéndome a dar un paso adelante.

Irguió una ceja en respuesta, más divertido que nunca.

—Adelante, Sarah. Pégame si te hace sentir mejor, pero te aseguro que, si fallas, te arrepentirás.

—¿Me estás amenazando?

—No, como le he dicho a unas cuantas personas últimamente —dijo con voz ronca, rodeando la mesa y mirando a mis perritos con adoración—, yo no hago amenazas, solo promesas.

—No me importa porque estás aquí, pero no quiero que sigas estándolo.

—Oh, pero a mí me parece que sí quieres. De hecho, creo que estás hambrienta por lo que solo yo puedo darte.

—Imbécil.

—¿No te está doliendo el coño por el deseo de tener mi polla dentro? ¿No sientes los pezones duros e hinchados al pensar en todas las cosas obscenas que te haría? ¿No te late el corazón y te corre la sangre por las venas del deseo de sucumbir a mis necesidades?

—Ni por un segundo.

—Te estás mintiendo a ti misma. Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Si me veo obligado a llevarte conmigo, no te gustará el castigo que vas a recibir. Pero si vienes conmigo por voluntad propia, disfrutarás del comienzo de tu nueva vida.

Este tío había perdido la puta cabeza.

—Como ya te he dicho, no me voy a ninguna parte contigo. —Me negué a echarme atrás cuando él dio un paso al frente y resistí el impulsó de echarme a llorar. No. Eso no iba a pasar.

—Por las malas, entonces. —Dio dos pasos, me agarró del brazo e intentó hacerme dar la vuelta.

Reaccioné al instante, estrellando la lámpara contra un lado de su cara y consiguiendo soltarme. Eché a correr hacia la puerta.

—¡Bebés, venid! —Gracias a Dios que me escucharon, apresurándose a seguirme mientras Gabriel gruñía al fondo.

Estaba girando el pomo de la puerta cuando alguien le dio una patada a la misma. La fuerza me empujó hacia atrás y caí contra el brazo del sofá. Con respiración trabajosa, observé cómo entraba el hombre del hospital, cerrando la puerta con fuerza tras él y andando en mi dirección.

Consiguió agarrarme del brazo y empujarme contra él para envolver el brazo alrededor de mi cuello tras darme la vuelta. Se quedó quieto como una puta estatua mientras yo me resistía, pero me apretaba con la suficiente fuerza para que cada sonido que yo emitía no fuese más que un jadeo estrangulado.

—Suél…ta…me.

Los perros estaban ladrando, encarándose con el hombre. Cuando hizo el amago de darle una patada a Shadow, le clavé el codo en la barriga.

—¡No te… atrevas! —Continué peleando contra él hasta que escuché unos pasos que se aproximaban.

El ver a Gabriel entrando en la habitación me dejó petrificada. Le goteaba la sangre por la sien y tenía los rasgos contorsionados por la rabia que lo recorría. Alzó el brazo y me apuntó con la pistola a la cara.

—No deberías haber hecho eso, Sarah. Ahora tendré que castigarte. —Gabriel ladeó la cabeza y se pasó la lengua por los labios, y yo tuve que contenerme para no vomitar delante de él. Cuando alzó la vista hacia el hombre que me retenía, regresó su enfado.

—La perdiste, joder —bramó Gabriel antes de pasar a apuntarlo a él con el arma—. Será la última vez que pase.

—Lo siento, jefe. Creía que estaba en el quirófano —explicó el hombre. No había ningún ruego en su tono, sólo un vacío apático, como si ya supiese que su vida se había terminado y lo hubiese aceptado. Era demencial. Sin embargo, aflojó el brazo, tal vez preparándose para echarme a un lado cuando la bala atravesase su cerebro.

—No te atrevas a matarlo. Fue mi culpa. Le pedí a un compañero que realizase la operación por mí. —¿Qué cojones hacía defendiendo a ese cabrón? ¿Qué tenía de malo que hubiese un delincuente menos campando a sus anchas por el mundo?

Lo que pasa es que no eres una asesina. Tú salvas vidas.

Ese pensamiento fue a la vez catártico y molesto.

Muy lentamente, Gabriel volvió a clavar su mirada en la mía. De entre todas las veces en las que me había mirado, estudiado y deseado, jamás había tenido una expresión tan intensa en su mirada. Estaba observando mi alma, desgarrándola para luego volver a unirla. Lo siguiente sería mi cuerpo.

Y se atrevería a intentarlo con mi corazón.

Que le den por culo a Gabriel.

—Yo aceptaré su castigo —añadí, pillando por sorpresa al hombre por el que antes creía sentir algo.

Una sonrisa se fue extendiendo lentamente por su cara angulosa.

—¿Aceptarías un castigo por un hombre al que ni siquiera conoces?

—Sí —dije sin dudar.

—Eso te convierte en una mártir o en una mujer con cargo de conciencia. Me pregunto cuál será… —Sopesó mi oferta, respiró hondo y bajó el arma—. Pues que así sea, mi precioso pajarillo, pero recuerda el trato que has hecho a cambio de su vida.

Ya no era capaz de tragar saliva, el cuerpo me temblaba mientras su secuaz me sujetaba.

Gabriel se guardó la pistola en la chaqueta y se acercó. Me sujetó la barbilla haciéndome daño y frotó el pulgar contra mis labios.

—Sí que sabes quién soy.

—Sí. Me has mentido.

—No, no es verdad. Simplemente no te dije mi apellido, pero llevo usando Riccardo durante años.

—¿Por qué? ¿Por qué ocultar quién eres?

Consideró mi pregunta.

—Porque era necesario. Ahora bien, esto es lo que va a pasar: tú te vienes conmigo.

—¿Por qué?

—Una vida por otra. Tú le quitaste la vida a mi hermano y ahora yo te quito a ti la tuya.

—Pues hazlo ya y mátame.

Sin dejar de sujetarme, le hizo un gesto al hombre a mis espaldas y éste me soltó al instante. Gabriel me asió del pelo desde la raíz, obligándome a ponerme de puntillas y arrastrándome contra él. Me sentí asqueada y golpeé ambos puños contra su pecho.

—Si te quisiera muerta, tu familia estaría llorando junto a tu tumba —declaró con total dominio en su voz.

—Serás cabrón. No maté a tu hermano a propósito, ya lo sabes. Y, ¿para qué me salvaste la vida? ¿Por qué? ¿Para poder torturarme?

Se le abrieron los ojos de par en par durante un par de segundos, los suficientes para darme cuenta de que le sorprendía que lo hubiese reconocido.

—Porque él me lo pidió.

No había motivo para que esa información me impactase tanto, pero así fue. Todavía me encontraba mal y tenía la mente borrosa al recordar los acontecimientos de aquel día. De pronto, me sentí débil y asqueada de mí misma, a pesar de que sabía que no tenía razones para ello.

Gabriel bajó la cabeza, respirando profundamente un par de veces.

—He esperado pacientemente a que llegase este día, a tener lo que me pertenece desde el día en que murió.

—Esto es una locura, no quiero nada de esto.

—Lo que tú quieras ya no importa.

—¿Qué vas a hacer? —¿Por qué me molestaba en preguntar?

—Es fácil, vas a hacer exactamente lo que yo te ordene. Y después vas a convertirte en mi esposa.

Su esposa. ¿Qué? Espera un momento. ¿Era algún tipo de broma retorcida?

—No, no lo haré.

—No tienes elección.

Cuando sus labios rozaron los míos, la misma sensación de cosquilleo me recorrió cada célula y músculo de mi cuerpo como había pasado antes. Quería sentir asco, pero el deseo me rugía por dentro, anulando el miedo y el odio. ¿Cómo era posible?

Estrelló su boca contra la mía, juntando nuestros labios durante unos segundos antes de colar su lengua dentro. Sabía a bourbon y canela, su olor penetraba en cada una de mis células. Me sentía mareada y notaba mariposas en el estómago, el cuerpo me traicionaba mientras él exploraba los rincones más oscuros de mi boca.

Cerré los ojos con fuerza, incapaz de apartar esos colores vibrantes que bailaban a medida que el hambre se intensificaba. Aunque me sentía enferma por dentro, sabía que lo realmente enfermo era lo mucho que me seguía atrayendo. Nos habíamos adentrado en una relación tóxica que terminaría de mala manera. Aun así, mis manos se cerraron en torno a su camisa y arqueé la espalda mientras el beso se convertía en un rugido pasional.

No lograba controlarme, mi mente era un borrón incluso mientras la electricidad chisporroteaba entre nosotros. ¿Cómo podía estar pasando esto? ¿Cómo podía haber caído en un abismo tan oscuro?

Cuando rompió el beso, me acarició el cuello con la nariz y me mordió el lóbulo de la oreja.

—Si me desobedeces bajo cualquier circunstancia, te castigaré. Si intentas escapar, te encontraré. —Se echó hacia atrás para que pudiera mirarlo a los ojos—. Y, cuando lo haga, el castigo que te impondré se quedará contigo durante mucho, mucho tiempo.

El nudo que sentía en la garganta no se iba y, por algún motivo, busqué en él cualquier señal de humanidad. Lo único que atisbé fue el velo tenebroso que había reemplazado el brillo de sus ojos, algo malvado y peligroso. Había caído en la trampa de su seducción flagrante, entregándole tanto mi cuerpo como mi confianza.

Y me había dejado encandilar por el hombre en sí.

—Llévala a tu coche. Y asegúrate de que no pueda escapar —le ordenó a su esbirro.

—Y, ¿qué pasa con mis bebés? No me iré sin ellos. Y no vas a hacerles daño, o te mataré. Encontraré la forma. —Estaba casi histérica, las lágrimas se deslizaban entre mis pestañas.

Gabriel los observó, mirando por encima de su hombro, y suspiró.

—Puede que los humanos me consideren un monstruo, Sarah, pero nunca le haría daño a un animal. Cambio de planes. Llévate a los perros contigo, Dillon. Asegúrate de que tengan agua y comida.

—¿En tu casa o en el piso, don Giordano? —preguntó Dillon.

¿Don Giordano? Jadeé, consciente de que estaba perdiendo la cabeza.

—La casa. Creo que necesitaremos privacidad absoluta —respondió Gabriel, riendo roncamente —. Me ocuparé de la doctora Washington yo mismo.

Con eso, las órdenes quedaron claras, y mi mundo se puso patas arriba. No podía adivinar lo que pasaría de aquí en adelante.

Pero sabía que él tenía razón.

Sería digno del material del que están hechas las pesadillas.

* * *

Gabriel

Esperé a que Dillon se marchase con los perros, de pie junto a la ventana de su estudio. Me había visto obligado a presenciar su llanto mientras se despedía de ellos con un abrazo, insistiendo en que Dillon se llevase con él la bolsa que había preparado. A su favor, debía decir que no me había dedicado insultos ni amenazas. Era como si estuviese acepando su destino.

Un hombre mejor se sentiría culpable de destrozarle la vida. Pero yo no era ese hombre. Cuanto más tiempo pasaba aceptando mi posición, menos humano me volvía. En eso había depositado sus esperanzas mi padre todo este tiempo. Le di un trago a mi bebida, extrañándome de que ahora supiera amargo. Cuando me giré para mirarla, pude oler su miedo constante, ahora era más fuerte que el deseo que habíamos compartido antes.

Se frotó los ojos para secárselos, se giró para encararme y su expresión rebelde reapareció.

—Que conste que nunca volveré a entregarme a ti voluntariamente. Ni una sola vez.

—Puede que sea verdad, pero eso no cambia nada.

—No, claro que no. Estás acostumbrado a conseguir lo que quieres. Siempre serás un criminal, un asesino.

El hecho de que todavía no hubiera cometido un asesinato de ningún tipo no le importaba. A sus ojos, yo me había convertido en el enemigo.

—Sí, Sarah. Cojo lo que quiero.

—No tienes derecho.

—Igual que tu padre no tiene derecho a hostigarnos. —¿Iba a invertir tiempo en defender a mi familia? Menuda chorrada, jamás había hecho tal cosa con nadie.

Me sonrió, sacudiendo la cabeza muy lentamente.

—Estás loco de remate.

—Tal vez.

—Te odio. Y eso nunca cambiará, no importa lo que le hagas a mi cuerpo.

Era mejor que me odiase, al menos por ahora.

—Pues que así sea. Quítate los vaqueros.

Me respondió cruzándose de brazos sin dejar de fulminarme con la mirada.

—¿Recuerdas el trato que has hecho, el castigo que te ofreciste a aceptar a cambio de la vida de Dillon? ¿O ya te has olvidado tan rápido?

Cuando le tembló el labio inferior, pude decir que le estaba costando mantener esa gruesa armadura con la que se había rodeado. Desvió la mirada y parpadeó unas cuantas veces. La mujer que tenía delante de mí era fuerte como un toro, más que nadie que hubiese conocido. Era algo que admiraba de ella.

También hacía que se me tensasen las pelotas. No quería follármela aquí. Puede que fuese un imbécil depositando sus esperanzas en un cuento de hadas enfermo, deseando que se sometiese a mí por voluntad propia. Era posible que eso jamás volviese a ocurrir. A pesar de todo, mantenerla a salvo me resultaba tan importante como usarla para derrocar a su padre. Esa dicotomía estaba abriendo una brecha importante en mi modo habitual de ocuparme de las cosas.

—¿O preferirías observar cómo castigo a Dillon?

—No te atrevas. Ni se te ocurra, joder. No sé por qué te crees Dios, pero no eres más que un hombrecito esperando alimentar su ego a base de ostentar tu poder sobre toda persona que conoces. Todo lo que creas que hizo son chorradas.

—Y, ¿cómo sabes tú eso, Sarah? Dímelo. Ese hombre podría ser la razón por la que mi hermana recibió una paliza por parte del hombre con el que se suponía que se iba a casar. Ese hombre podría ser el responsable de poner en peligro tu vida y la de tus preciados perros. Ni permito ni permitiré que le pasen tales cosas a la gente que me importa. —Había ido alzando la voz y el veneno que había en ella la sorprendió, en especial teniendo en cuenta lo que acababa de admitir.

Mierda.

Sí, ella me importaba, cosa que ya era bastante mala de por sí.

Abrió la boca y, a continuación, se la tapó con los dedos, conteniendo otro lamento.

—Siento mucho lo de tu hermana. ¿Se encuentra bien?

Asentí una sola vez, girando la cabeza.

—Hay ciertos peligros en mi mundo que no entenderías, gente mucho más abominable que yo.

—Tú escogiste esta vida.

—Ahí es donde te equivocas. Lo que yo escogí fue alejarme de esta vida, pero entonces mataron a mi hermano.

Ahora la carga pesaba sobre sus hombros. Ese destello brillante que había visto en su mirada tantas veces se desvaneció de pronto. Había absorbido toda la alegría y vida que había en ella con unas pocas palabras dichas por despecho. Tras unos segundos, bajó la cabeza y se giró para darme la espalda. Entonces, se desabrochó los vaqueros, se quitó los zapatos y se bajó la tela pesada por las caderas.

Entonces se detuvo, negando con la cabeza.

—Hazlo. Ya.

Temblando, Sarah murmuró unas palabras de odio una vez más.

Era evidente que estaba llorando otra vez, pero sabía que en el instante en que se girase para mirarme, sus lágrimas se detendrían. Estaba decidida a no volver a llorar por mi culpa.

Mientras ella terminaba de quitarse los vaqueros, yo me fui aflojando el cinturón lentamente. Hacía unas semanas, había deseado desbaratar su vida. Había anhelado causarle el mismo tipo de dolor que ella había causado a mi familia. Al sacar la gruesa tira de las trabillas, me di cuenta de que ya no era eso lo que quería. El tiempo que había pasado con ella lo había cambiado todo. Se había convertido en algo más que una posesión, que un modo de impartir venganza.

Había pasado a ser… importante, más que el aire que respiraba o que la sangre que me corría por las venas. Me perturbaba de cojones lo cerca que me sentía de ella, más que de ninguna otra persona. Lo único en lo que podía pensar era en saborearla.

Enterrar la cara en su dulce coño.

Conducir mi polla a las profundidades de su canal apretado.

Aplastarla con mi peso.

Y besarla durante horas, joder. En vez de eso, la estaba tratando como la prisionera en la que acababa de convertirse.

Por Dios bendito. ¿Cuántas horas me había pasado imaginándome su boca exquisita envolviendo mi polla, dejándome seco?

—Recuéstate sobre el sofá —le dije.

Su acto final de rebeldía fue dedicarme un saludo militar. Rígida, fue hasta el sofá e hizo exactamente lo que le había ordenado. Quería terminar ya con esto y llevarla a un lugar seguro. Las acciones de Nico implicaban que los Moretti estaban dispuestos a cruzar cualquier límite.

Sin embargo, era casi imposible no fijar la vista en ese culo tan magnífico; mi cerebro empezó a conjurar imágenes de cómo me la había follado como un animal solo un par de días antes. Tenía

que haber un lugar reservado en el infierno para hombres como yo, que podían tener a cualquiera que deseasen y aun así me había obcecado en mancillar a una mujer perfectamente normal.

En cuanto me acerqué, se puso rígida. Cuando le froté los dedos a lo largo de su espalda, tembló. Las marcas anteriores había desaparecido y empecé a salivar solo de pensar en hacerle más. Yo era un hombre enfermo por pensar que dominar a una mujer era la única forma de hallar la felicidad. ¿Por qué el tiempo pasado con ella había hecho que empezase a cuestionármelo todo sobre mí mismo?

Eso en sí mismo era peligroso, algo que no me podía permitir. Di un paso atrás, doblando el cinturón a la mitad.

—El castigo que estoy a punto de impartirte es solo por haber intentado huir de mí. Ya me encargaré de tu penitencia por el trato que has hecho en otro momento.

Sarah no dijo palabra, ni tampoco se movió ni un pelo. Pero podía notar que se le tensó el cuerpo entero, la anticipación hacía que respirase de forma irregular. Estrellé el cinturón contra su redondo culo, contendiendo la respiración en el proceso. Después la golpeé cuatro veces en rápida sucesión. Hoy solo serían veinte. Era sólo una degustación, un recordatorio de mi poder.

Me detuve a acariciarle la piel, su calor se traspasaba a las rugosas yemas de mis dedos. Tras unos segundos, empuñé la mano y mi vista se desvió a su coño reluciente. Sarah seguía disfrutando de esto, la conexión entre nosotros era más fuerte que nunca. Sin embargo, se sobresaltó cuando deslicé la mano entre sus piernas.

—Estás mojada, mi dulce Sarah. Me parece que esto te gusta incluso más que antes.

—Cabrón —susurró.

—Ya. ¿A quién intentas convencer? ¿A mí o a ti misma? —Le rodeé el clítoris con la punta del dedo, esperando que se apartara. Aguantó en su postura, pero en el momento en que deslizó las caderas de un lado a otro, supe que estaba perdiendo rápidamente su capacidad para luchar contra lo que se había iniciado desde el instante en que nuestras miradas se cruzaron.

Eso me convertiría en un romántico, cosa que no era. Además, ella sabía que todo había sido un ardid y nunca olvidaría como me las apañé para jugar con ella.

—Acaba de una vez —me dijo, apretando los dientes.

Riéndome por lo bajo, no pude resistirme a deslizar un dedo en su interior, penetrándola unas cuantas veces. Se puso rígida una vez más, impulsándose para levantarse del sofá. Le planté una mano en la espalda y volvía a empujarla hacia abajo.

—No me hagas volver a empezar. Haré lo que quiera contigo.

—¿Cuántas veces me lo vas a recordar?

—Hasta que te quede claro. —Di un paso atrás y me llevé el dedo empapado a la boca. Su sabor era tan dulce, que la polla me presionaba contra los pantalones. Tendría que echar mano de cada ápice de control para no follarla.

Le suministré seis azotes más y sólo paré cuando escuché su gemido. Por fin me había abierto

camino a través de otra capa. Después de cerrar los ojos brevemente, me di cuenta de que una sola gota de sudor me caía por la frente. Esto era lo que ella provocaba en mí, aparte de otras cosas que no podía explicar. Tras secarme, continué con la ronda de castigo, conteniendo la respiración con cada crujido del cinturón.

Ella gimoteó, moviéndose de un lado a otro y encendiendo todavía más ese fuego intenso.

Para cuando terminé, me costaba respirar. Miré hacia abajo, hacia su figura de reloj de arena y sacudí la cabeza. Esta era la razón misma por la que terminaría en el infierno.

Que era justamente lo que me merecía.

CAPÍTULO 11

Capítulo once

Gabriel

—No te saldrás de rositas —dijo Sarah, la convicción en su voz me seguía resultando divertida. Era evidente que no tenía ni idea de lo que yo era capaz.

Al adentrarme en el vecindario, desvié la mirada, mirando cómo se retorcía las manos. Había usado cuerda para atarle las muñecas, pero ella no se había molestado en resistirse. Eso no quería decir que no estuviese planeando huir. El antifaz era tanto una medida de precaución como un recordatorio del rato que habíamos compartido. Al menos mi casa quedaba bien alejada de la fealdad de la ciudad, vallada y rodeada de árboles espesos. La seguridad adicional estaba casi instalada, pero la mantendría encerrada bajo llave, al menos al principio.

—¿Crees que papaíto acudirá en tu defensa y tirará mi puerta abajo para recuperar a su hijita?

Se rio a medias.

—Supongo que no entiendes lo importante que es la familia. —Nada más decir esas palabras, escuché su larga exhalación. Sus palabras eran mordaces, pero no había sido esa su intención, al menos no en lo referente a Luciano. Había notado lo mucho que le había afectado mi acusación, se le habían llenado los ojos de lágrimas reales.

Su confesión de inocencia no importaba lo más mínimo. Su secuestro iba más allá de la tragedia. Su utilidad sería aún mayor dada la descarada y explícita amenaza de su padre. A veces, la arrogancia de William Washington me pillaba desprevenido, con esas promesas que hacía a sus votantes, que adoraban su brío y sus fanfarronadas extremas. Casi me hacía reír, sobre todo teniendo en cuenta los trapos sucios que conocía de él.

Había cuidado de esa paciencia mía que no hacía más que menguar hasta que llegase el momento oportuno.

—Y supongo que tú subestimas a la mía. —Giró la cabeza y, a pesar del antifaz, pude notar que tenía los ojos fijos en mí y cómo el veneno se arrastraba por su cuerpo. Me encantan las mujeres peleonas. Romper el espíritu de los débiles no tenía ningún atractivo.

Y ella se rompería, se doblegaría ante cada una de mis necesidades.

Cuando llegué al camino de entrada y reduje la velocidad, ella se tensó. Su respiración era agitada y su inquietud iba en aumento. Abrí la ventanilla lo justo para que el sistema reconociese mi cara. Las verjas se abrieron casi al instante y los dos soldados a los que había ordenado que se apostaran al frente asintieron en señal de respeto. Dillon ya había llegado y los perros se encontraban en su nueva casa.

Siempre había querido un perro, una mascota que fuese solo mía, una compañía que no me juzgase ni quisiese nada más que amor y sustento. Mi padre se había negado, me recordó que querer a cualquier criatura era una debilidad y que debía escoger con cuidado. Encontraba fascinante que los perros de Sarah pareciesen adorarme, disfrutando de las golosinas que les traía sin reticencias. Igual la mejor manera de vencer sus defensas era que sus queridos animales se encariñasen conmigo.

—¿Prometes que no vas a hacerle daño a mis cachorritos? —preguntó, su voz ya no sonaba tan mordaz como antes. A lo mejor percibía que estaba pensando en ellos.

—No serviría para nada más que aislarte todavía más. Esa no es mi intención.

—Entonces, ¿cuál es, *Gabriel*? —Usó mi nombre impulsada por el rencor. No se hacía una idea del momento de excitación que provocó en mi cuerpo—. ¿Usarme para destrozar a mi padre? ¿De eso va todo esto? Pues te daré una pista, no es que yo le importe demasiado. Lo que sea que creas tener contra él no será suficiente. Jamás se detendrá hasta no haber destrozado tu imperio trocito a trocito. —Se rio como si todo esto fuese un juego.

En algún momento su rebeldía se convertiría en una molestia. Por ahora, la utilizaría para mis propios fines. Aparqué el coche, apagué el motor y me bajé. La tarde ya estaba llegando a su ocaso, este día de enero se volvería gélido en unas horas. Cuando me dirigí a la puerta del copiloto, Dillon salió de la casa y vino en mi dirección.

Sarah había salvado su vida, aunque era probable que por poco tiempo. Cumpliría mi promesa de castigarla por sus infracciones más de lo que ya lo había hecho. Pero eso tendría que esperar, aún tenía asuntos de los que ocuparme antes de poder dar por terminado el día y relajarme.

—Una vez más, lo siento, Sr. Giordano —dijo Dillon.

La paliza que recibió Theodora seguía pesando sobre mi mente. Había alguien que seguía yéndose de la lengua y revelando mis movimientos. Llegados a este punto, no podía descartar ni confiar en nadie. No obstante, había formas de dar con la rata. Era muy posible que hubiese más de una. No dudé en llevar mi mano a su garganta. Dillon era un hombre grande, pesaba sus buenos quince kilos más que yo, pero yo contaba con la habilidad de poder partirle el cuello a cualquier hombre, sin importar lo fuerte que estuviera.

Se le abrieron los ojos como platos, pero, a su favor hay que decir que no se inmutó.

—Me has fallado. Se te ha concedido un indulto, pero no por decisión mía. Si vuelve a pasar,

nadie podrá salvarte. —Hundí los dedos y esperé mientras tosía. Entonces, asintió. Cuando lo solté, su expresión se tornó avergonzada. Lo cierto era que él era el único en el que podía depositar algo de confianza en este momento. Hasta que encontrase al topo, no descansaría tranquilo.

Ya había cumplido mis órdenes anteriores, ahora Demarco tenía que aprender a vivir sin dos de sus dedos. Sin embargo, si me veía en la necesidad de enviarles otra advertencia a los hombres que trabajaban para mí, no me supondría ningún problema. Lo último que necesitaba era un lastre.

—Haz un par de llamadas, encuentra a Nico Moretti. No me importa debajo de qué piedra tengas que ir a buscarlo. Encuéntralo. Él y yo necesitamos tener unas palabras.

—Sí, señor. —Le lanzó una mirada al coche—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, sí que ha pasado. ¿Están los soldados en sus puestos?

—Sí, señor. Por todo el terreno. Nadie podrá sobrepasar el sistema de seguridad, se lo prometo.

Lo miré a los ojos durante diez segundos y después aparté la mirada.

—Tienes veinte minutos para dar con él. Envía a dos soldados a reunirse conmigo en ese momento. En mi ausencia, protegerás a la Srta. Washington con tu vida. Puede recorrer toda la casa, menos mi despacho. Si le pasa cualquier cosa, tu muerte no será rápida. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor. Nadie le tocará un pelo. —Se las apañó para mantener la mirada firme y apretar la mandíbula. Había conseguido infundirle miedo con mi presencia—. Hay algo que debería saber, hay una testigo.

—¿Qué quieres decir con que hay una testigo?

—Una enfermera. Las dos estuvieron viendo las noticias en la televisión. Su foto apareció en pantalla y tanto la doctora Washington como la enfermera se quedaron mirándola.

Jodidamente fantástico. Si Sarah le había contado a la chica lo ocurrido entre nosotros, la policía no tardaría en ponerse en contacto.

—En cuanto vuelva, tendrás que encontrarla.

—¿Y hacer qué?

Me froté la mandíbula.

—Asegúrate de que no hable, pero no la quiero muerta. Tendremos que contenerla hasta que tenga una charla con el alcalde.

Exhaló y después asintió.

—Sé un lugar a donde puedo llevarla.

—Bien. Si la mujer ya ha contactado con la policía, estarán aquí en menos de una hora. Tendrás que encerrar a la buena de la doctora en su habitación si eso ocurre.

—También me ocuparé de eso. Puede contar conmigo, Sr. Giordano.

—Procura que así sea. —El asunto estaba pasando a mayores—. ¿Alguna novedad sobre nuestro ilustre alcalde?

—Tiene una cuenta en un paraíso fiscal con varios millones de dólares. Me ha llevado un rato dar con ella.

—Interesante.

—Aún no puedo acceder a ella, pero lo haré.

—En cuanto lo hagas, hazme saber de dónde ha salido todo ese dinero.

—Sí, señor. —Cuando se sacó el móvil del bolsillo, me sentí más confiado en que no le quitaría a Sarah el ojo de encima. A lo mejor lo estaba poniendo a prueba de nuevo. O a lo mejor yo era un idiota redomado.

Solo después de que rodease la casa, teléfono en mano, fui hasta la puerta del copiloto a sacarla.

—Ven conmigo, cuidado al salir

Sarah alzó la cabeza y respiró hondo.

—Puedo oler el mar.

—Estoy seguro de que sí.

—¿No vas a quitarme el antifaz?

—Todavía tienes que ganarte cualquier privilegio, Sarah. Yo de ti lo tendría en cuenta. Cuando aprendas a respetarme a mí y a mis reglas, podrás disfrutar del tiempo que pasas conmigo.

Se rio con ese tono cantarín que era como un coro de vibraciones sutiles pero hermosas, solo que esta vez su sonido me puso tenso. La conduje hacia las escaleras, guiándola con cada escalón delante de ella. Una vez dentro, le retiré el antifaz y aguardé mientras parpadeaba unas cuantas veces.

—¿Dónde están? ¿Dónde están mis bebés? —exigió saber una vez más.

—Están aquí.

—Necesito verlos ya mismos.

—No estás en posición de pedir nada.

Se mordió la mejilla por dentro antes de girar la cara hacia otra parte. Por el ligero ruidito que hizo, no me quedo claro si estaba impresionada son la casa o si odiaba su falsa opulencia.

—Ven conmigo.

—No voy a cooperar hasta saber que los cachorritos están bien. Y punto. Puedes pegarme cuanto quieras.

Pegarle.

Nunca había maltratado a una mujer en mi vida, y no pensaba empezar ahora. Por desgracia, eso ella no lo sabía y esta noche necesitaba que se mostrase lo más complaciente posible mientras yo me encargaba de Nico. Las cosas cambiarían mañana. La empujé contra la pared y me quedé a unos centímetros de distancia.

—Tienes que recordar dónde estás y quién soy yo. No te he traído a una prisión, Sarah. Te he traído a mi casa. Si no te gusta haré reformas para que quede a tu gusto y contrataremos decoradores para que combinen los colores. Compraré cualquier mueble que te guste, pero este es el único lugar que se te va a permitir en un futuro impredecible.

Entrecerró los ojos. Una ligera sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Pues sí que estás preocupado. ¿Enemigos? Estoy segura de que los tienes por docenas.

—Mi familia ha tenido unos cuantos enemigos a lo largo de los años. Esto no es diferente.

—Excepto que tú no eras el hijo elegido para liderar ni lo deseaste nunca. Ahora tú también tienes una debilidad. Yo. Eres vulnerable, sobre todo con mi padre respirándote en la nuca.

Esta mujer era demasiado lista para su propio bien. Puse cada mano en uno de sus costados, sus muñecas maniatadas eran ahora un obstáculo. La fulminé con la mirada desde mi altura, embriagándome de su esencia. Pensé en el hecho de que era un ángel misericordioso, capaz de elegir la vida sobre la muerte si lo deseaba. Lo encontré irónico dada la situación.

—Todo el mundo tiene debilidades, así como pecados. Lo que importa es como proteges aquello más valioso para ti. En cuestiones de vida o muerte, a menudo se necesita tomar decisiones; eso es algo que estoy seguro de que comprendes.

Apretó la mandíbula, el fuego en su mirada abrió un agujero en mi pecho; su odio era tan intenso que quemaba.

—A menudo, la muerte es la única paz.

—Pero eso nunca servirá de consuelo para aquellos que siguen vivos.

—No. —Al fin apartó la mirada. ¿Por qué me estaba metiendo con la angustia que cargaba como una medalla de honor?

—Te llevaré junto a tus perros. Debéis permanecer dentro de la casa en todo momento.

—¿Durante cuánto tiempo? Van a tener que hacer sus necesidades.

—No puedo asumir ningún riesgo esta noche, no cuando… —No estaba listo para explicarle nada más.

—Cuando, ¿qué?

—Nada. Hay agua y comida para ellos. Si ensucian algo, uno de mis hombres lo limpiará. ¿Entendido?

Asintió, negándose a echarse atrás.

—Bien. —Mi cabeza seguía cerniéndose sobre la suya y a nuestros labios los separaban unos centímetros. Respiré hondo repetidas veces y después la guie a las escaleras.

Sólo intentó escaparse de entre mis brazos una vez, lanzándome una mirada dura. Cuando la impulsé hacia delante, casi se resbala en las escaleras.

—Deja de resistirte, Sarah. No quiero que te hagas daño.

—¿No es eso precisamente lo que quieres? ¿No tiene esto que ver con la culpa que sientes por no haber podido salvar a tu hermano, pero sí haberme salvado a mí? Después averiguaste quien era mi padre y creíste que lo hice a propósito, ¿no es así?

Permití que una sonrisa me cruzase la cara. Sin decir palabra, tiré de ella por el tramo de escaleras restante y la conduje a la habitación que había preparado específicamente para ella. La puerta estaba cerrada y la cerradura a plena vista, aunque sólo la usaría en caso necesario. Sarah no tenía ni idea de la montaña de culpa que me carcomía y que a menudo resultaba sofocante.

Tragó saliva con fuerza y después negó con la cabeza.

—Una prisión, esa es mi sentencia por intentar salvar a una mujer moribunda en una mañana helada. Para tu información, murió porque no pude salvarla.

No sabía la razón por la que estaba en la carretera. ¿Cambiaba eso algo? No a estas alturas.

—Puede ser tu prisión si tú escoges que así sea.

—Siempre será mi prisión. Hasta el día que me muera.

Nada más abrir la puerta, los perros vinieron corriendo y ella profirió un gritito de alegría y se puso de rodillas.

—Mis bebés, creía que os había perdido.

Yo me quedé donde estaba, escaneando la habitación. Sabía que ella se esperaba una habitación inhóspita, vacía de cualquier mueble salvo la jaula que pondría justo en el centro. Nada más lejos de la realidad.

—Deja que te desate. No voy a encerrarte con llave, pero Dillon estará contigo en todo momento.

—¿De verdad soy yo el motivo de que siga vivo? Por alguna extraña razón, te es leal.

La pregunta iba cargada de implicaciones.

—Tú lograste evitar que hiciera algo de lo que acabaría arrepintiéndome. —Me sorprendió admitirlo delante de ella.

Pareció complacida con mi respuesta y algo del brillo anterior regresó a su mirada.

Se puso de pie, se giró para quedar de cara a mí y extendió los brazos por delante de ella. Sólo entonces contempló lo que la rodeaba. Le había dado el dormitorio principal, un lugar en el que había decidido no alojarme las pocas veces que estuve en la casa. Había pensado en darle otro uso, aunque mi padre la había escogido para mí como regalo por mi graduación universitaria. Había demasiados malos recuerdos asociados a ella, incluida una tragedia personal que nunca me permitiría disfrutar de la casa ni del terreno que la rodeaba.

Me palpitó la cabeza, un recordatorio más de que Sarah haría lo que fuese por obtener la libertad.

Mientras le desataba las muñecas, percibí un cambio en su mirada, la tristeza que me esperaba. Cuando tuvo las manos libres, se echó atrás y se cruzó de brazos.

—Esto… no es lo que me esperaba —reconoció.

—Es toda tuya. Evidentemente, tendré que conseguirte unas cuantas prendas de ropa más. Me aseguraré de comprar la comida para perros que necesites. Por ahora, esto tendrá que valer; tengo asuntos de los que ocuparme. —Dillon ya se había cerciorado de que tuvieran cuencos con agua y comida en el cuarto, hasta había sacado los juguetes de la bolsa que ella preparó.

—Es preciosa. —Tuve la sensación de que odiaba admitirlo.

—Te servirá hasta que la hagas tuya.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Ocuparme del hijo de puta que agredió a mi hermana.

Se atrevió a acercarse más a mí.

—Ojo por ojo.

—Siempre ha resultado efectivo.

—¿Cuánta sangre tienes en las manos?

—No hagas preguntas para las que no quieres saber la respuesta.

—Quiero saber la respuesta. Esas manos me tocaron con pasión. Ahora mismo, me siento sucia, como si estuviera mancillada por la sangre de muchos otros. Hace que me sienta enferma por dentro.

—Siéntete libre de darte una ducha. La puerta está ahí mismo. —Escuché la aspereza en mi voz y ella también. No había sido mi intención que esto derivase en una discusión. Sarah obedecería mis puñeteras reglas o se enfrentaría a las consecuencias.

Mientras los perros continuaban saltándole a las piernas, negó con la cabeza y frunció el ceño.

—¿Cómo puedes vivir contigo mismo?

—Porque es lo que se me pide que haga.

—Pues qué triste. El hombre que yo conocí era decente y maravilloso, con una risa increíble y un sentido del humor magnífico.

—Ese hombre no existe.

—Y una mierda. Sólo cuando te des cuenta de que nunca serás feliz, te permitirás cambiar. Si es que es posible; a lo mejor tienes ya el alma demasiado negra para que eso pase.

Felicidad. Sabía que no me convenía desearla . La tensión era palpable.

—No debería retrasarme. Dillon estará abajo. —Ya me encontraba en el umbral de la puerta

antes de que ella pudiera decir nada más.

—No hagas esto, Gabriel. Tú no eres así. Eres corredor de bolsa, no un monstruo.

—No, Sarah, siempre he sido un monstruo. Para eso me criaron. Simplemente lograba ocultarlo con éxito bajo trajes de cinco mil dólares y coches deportivos caros. Nada de eso representa quién soy ni lo que soy. Cuanto antes lo aceptes, mejor.

Al cerrar la puerta, me di cuenta de que, probablemente, jamás había dicho nada más cierto.

* * *

Sarah

Una prisionera.

Nunca pensé que me convertiría en una en ninguna circunstancia. Me enorgullecía de haber seguido las reglas a rajatabla durante toda la vida. Jamás había tenido ni una multa de aparcamiento. Ahora era un pajarito en una jaula de oro, y me aterraba.

Me giré dando una vuelta completa, con el pulso acelerado. La habitación era lujosa sin ninguna duda, la enorme cama de matrimonio estaba adornada con un edredón de un lila intenso y unos cuantos cojines encima del mismo. Los suelos de madera eran de un tono caoba intenso. Había un sofá de cuero y un sillón a juego situado junto a un ventanal de suelo a techo, justo detrás había una librería llena de libros de ficción y no ficción.

Hasta las lámparas eran increíbles, al menos una de ellas era de Tiffany y dudaba que fuese una réplica. La chimenea de piedra situada en una pared era inmensa y atrajo mi atención. Podía imaginarme noches románticas junto a ella, no que mis muñecas estuvieran encadenadas a la cama. Bajé la vista a mis brazos y reparé en las leves rozaduras que la cuerda me había dejado en uno. Me había resistido y hecho cuanto podía para escapar de las garras de Gabriel.

Los nervios me habían podido, dejándome exhausta y con náuseas. Me acerqué a una de las ventanas y observé los terrenos. Había estado en lo cierto. La casa daba a un hermoso paisaje de agua, un muelle de gran tamaño perfecto para amarrar un bote. Había un helipuerto y una piscina gigantesca, aunque permanecía tapada al ser invierno. Mis padres vivían en una casa preciosa, pero ni se acercaba a esta tan impresionante en la que me habían encerrado.

Todo era surrealista, mi mente era un torbellino por todo lo que había aprendido.

¿Por qué me retenía, en realidad? ¿Iba en serio con lo de casarse? No podía obligarme a hacerlo, ¿verdad? Había oído hablar de matrimonios concertados, pero ambas partes tenían que estar de acuerdo, sobre todo teniendo en cuenta que yo no era menor de edad y estábamos en los Estados Unidos, por el amor de Dios. Este tipo de mierdas no pasaban. Pero sabía que no me convenía hacerme ilusiones. Tenía la sensación acuciante de que me obligaría a firmar la licencia matrimonial bajo amenaza de hacerle algo horrible a mi padre.

Suspirando, me senté en el suelo y crucé las piernas, dejando que los perritos se me subiesen

encima. Gabriel era un hombre despiadado. Había empezado a atisbarlo, pero había cierta ternura en su interior que le permitía preocuparse por mis perros. No tenía ningún motivo para hacerlo, a menos que estuviese intentado evitar que me escapase. Sabía bien como amenazarme con un cuchillo invisible al cuello. Yo nunca haría nada que pudiese causarles daño.

Por lo tanto, los tres éramos sus rehenes.

Estaba tan agotada que no podía ni llorar, ni sentía ningún deseo de ponerme a gritar porque nadie me oiría. ¿Había algo que yo pudiese hacer? Mi bolso, ¿había traído mi bolso consigo? Le eché un vistazo a la bolsa que Dillon había tirado sobre la cama y me alejé de los perros a gatas. Para cuando me puse en pie, me temblaban las manos al levantar la bolsa. No había rastro del bolso. A los soldados de Gabriel no se les escapaba una. No tenía forma de ponerme en contacto con nadie. Aparte de mi hermana, que me esperaba en su casa, nadie sabía que algo iba mal.

Y había sido lo bastante estúpida o descuidada para no contarle lo que estaba pasando. Espera un momento, Maggie. Ella lo sabía. A lo mejor ya se había puesto en contacto con la policía. ¿Qué podía decirles? Mi única esperanza radicaba en que se le hubiese ocurrido hablar con mi padre. Entonces recordé que Maggie se iba de vacaciones. Mierda. Carrie era a la única persona a la que le llamaría la atención mi ausencia, pero no sabía nada. Ay, Dios, ¿qué había hecho?

Retrocedí, mirando una vez más a los perritos.

—Quedaos aquí un ratito. Ahora vuelvo, ¿vale? —Llevaba hablándoles como si fuesen humanos desde el día en que los recogí de dos protectoras distintas. Entendieron lo suficiente como para no lanzarse a la puerta.

Salí de la habitación a tientas, cerrando la puerta tras de mí y dejando a los perros dentro. La casa estaba demasiado silenciosa, como si nunca hubiese habido amor en su interior. Había observado muchas emociones en los ojos de Gabriel, desde odio a tristeza. Era un hombre en una encrucijada que estaba haciendo lo que se esperaba de él. ¿Era posible que se preocupase por mí?

No vayas por ese camino. ¿Acaso importa si se preocupa?

No, no importaba.

O al menos, no debería.

De alguna manera, supe que mi vida había cambiado para siempre por las malas decisiones que yo misma había tomado.

Bajé las escaleras en silencio, atenta a cualquier sonido. No estaba segura de si esperaba que Gabriel aún estuviera en la casa. Pensar en lo que había planeado me revolvía el estómago. Matar era parte de su mundo, algo tan innato que era como otro día en la oficina. Para mí, había sido mental y emocionalmente destructivo, capaz de arrastrarme a los rincones más sombríos de mi interior.

No había nadie a la vista cuando llegué al final de las escaleras, ninguna pista de que Dillon anduviese cerca. Continué con el mayor sigilo posible mientras me movía de habitación en habitación. El salón era espectacular, ofrecía unas vistas panorámicas que eran para morirse. El espacio era enorme, con capacidad para acomodar a al menos veinticinco personas sin problema, pero el ambiente era acogedor, con esa chimenea que te invitaba a acurrucarte junto a ella en un

día tranquilo de invierno. Aunque el fuego no estaba encendido, percibí un ligero aroma a nogal americano.

Deslicé las manos por la suave piel de color camel mientras me dirigía a las puertas traseras, con vistas sobre el océano. Atisbé una bañera de hidromasaje y una cabaña, también lo bastante grande como para acomodar una fiesta, el lugar perfecto para una banda de música.

Era todo tan bonito que me robó el aliento, pero no podía hacer a un lado la verdad oculta, loque la casa y sus terrenos representaban en el fondo. La muerte y la sangre habían hecho posible estos lujosos parajes. Sí, era consciente de que la familia Giordano tenía unos cuantos negocios lucrativos legales, pero la sombra de aquellos envueltos en actividades criminales era la que prevalecía. Varias generaciones de su familia habían amasado una fortuna a base de destruir a otros.

Ahora era mi familia la que estaba en su punto de mira. Era solo cuestión de tiempo que el dardo envenenado infestase mi pequeño mundo.

Me encaminé a la cocina, pensando en cómo mi padre había llegado al poder. Sí, lo había logrado con años de trabajo duro y servidumbre, pero yo no era tonta. Sabía que también había recurrido a la extorsión, caminando en la cuerda floja entre el bien y el mal. Había oído cómo le decía a mi madre que era la única forma de tomar la delantera en una ciudad plagada de buitres carroñeros. Quizás yo pecaba de inocente al intentar creer que, en el fondo, era un hombre bueno.

La cruda realidad era que no era muy diferente a Gabriel, sólo que ignoraba si había matado a alguien sin contar sus años de servicio como agente de policía. Tenía la impresión de que ocultaba unos cuantos secretos espantosos que Gabriel encontraría y usaría en su contra. A estas alturas, no solucionaría nada preocupándome.

La cocina era igual de impresionante, pero tan fría que me pregunté si se habría cocinado un solo plato en sus columnas de hornos. No pude resistirme a abrir la nevera. Debería habérmelo esperado; estaba completamente llena de fruta, verdura, pollo y carne de ternera y cerdo. Sin embargo, o bien las especias no las habían abierto jamás o las había repuesto hacía poco.

Pasé por el arco que llevaba al comedor, fijándome en una puerta que no podía conducir al exterior. Tras abrirla y encender la luz, bajé las escaleras con cuidado. Los escalones estaban hechos con la mejor de las maderas. Aun así, tenía la sensación de que me encontraría una mazmorra ahí abajo. Me lleve una grata sorpresa al ver que era una bodega completamente equipada. Había una zona de degustación con un mueble bellamente tallado lleno de copas de vino.

Cada botella de vino estaba perfectamente colocada, solo reconocía unos pocos de los viñedos de origen, pero sabía que eran caras. Sólo lo mejor para el hijo de la familia Giordano.

El único hijo.

El que había sobrevivido.

Yo había matado al otro.

Un escalofrío me recorrió entera, tan gélido que me temblaron las piernas. Quería que me

sintiese culpable, el muy cabrón. Yo no había matado a su hermano. Si Luciano no hubiese sobrepasado el límite de velocidad, tal vez no habría habido accidente alguno.

Si no hubieras estado pensando en otra cosa, sí que no habría habido accidente.

—¡Para! ¡Para ya! —Un único sollozo se me escapó de la garganta, la fealdad dentro de mi mente amenazaba con apoderarse de mí. No podía hacerme esto a mí misma. No lo haría.

De pronto, sentí que me ahogaba. Necesitaba aire fresco. Me di la vuelta con rapidez, girando en la esquina para dirigirme a las escaleras.

Entonces me estrellé contra un cuerpo duro.

Unas manos me agarraron de los brazos, manteniéndome en el sitio.

—Suéltame —dije sin pensar, luchando contra quienquiera que me hubiese agarrado.

—Doctora Washington, ¿se encuentra bien? ¿Ha pasado algo? —gruñó Dillon e inmediatamente se puso a escanear el área, acercándome más a él.

Contuve la respiración, calmando mis nervios. Entonces, me aparté hacia atrás.

—Estoy bien, Dillon. Hoy no me siento como una doctora, sólo Sarah. Puedes llamarme así.

—Ni de broma, doctora. Don Giordano no lo aprobaría.

—¿Te refieres al rey? ¿De verdad crees que podría pasar algo dentro de esta fortaleza?

Me fulminó con la mirada con recelo, pero se abrió la chaqueta, permitiéndome ver su pistola. Me apostaba a que llevaba al menos dos más encima.

—Se sorprendería, doctora Washington. Siempre hay formas de infiltrarse hasta en las instalaciones más seguras.

Me reí a medias, alejándome aún más y clavando la mirada en él. Era un hombre muy atractivo, aunque su cara atestiguaba las cicatrices de la profesión que había elegido. Lo que me perturbaba era la falta de humanidad en sus ojos.

—¿Cómo puedes hacer esto? ¿Cómo puedes trabajar para semejante… monstruo?

Ya está. Lo había dicho.

Respiró hondo, sin dejar de analizarme como si fuese algún tipo de espécimen, o al menos una distracción de sus deberes habituales.

El Sr. Giordano es un hombre poderoso con una fuerte carga sobre sus hombros. Sin embargo, le aseguro que no es ningún monstruo.

—¿Después de lo que te ha hecho? ¿Después de lo que *casi* te hace? —Me conmocionaba que siguiese sintiendo ese tipo de lealtad. ¿Lo habían adoctrinado para ello a base de palizas desde una edad temprana?

—No entiende cómo es esta vida, o los peligros que supone.

—No, y no quiero hacerlo. Es demencial, inhumano.

—En su mundo, ¿no se enfrenta a asuntos difíciles todos los días? ¿Al temor de haber tomado la decisión equivocada?

—Ser una cirujana y un asesino son dos cosas completamente distintas.

Una leve sonrisa le curvó el labio superior.

—Pero tiene la oportunidad de decidir. El trabajo que hace la familia no va sobre asesinar gente. Va sobre operaciones empresariales, doctora Washington.

—Por favor, llámame Sarah.

—Como ya le he dicho, no puedo hacerlo por una cuestión de respeto.

—Más bien por miedo a que Gabriel te dé una paliza. Fabuloso.

Negó con la cabeza.

—El Sr. Giordano tiene buen corazón, y un alma todavía mejor, pero tiene unas responsabilidades para con la Cosa Nostra que debe aceptar o enfrentarse a la muerte.

—¿De qué hablas?

Echó un vistazo por encima de su hombro como si fuese a contar un secreto de estado y fuesen a ejecutarlo si lo pillasen.

—Su padre lo mandaría matar.

—Hostia puta. —La noticia me golpeó de lleno—. Eso es una puta locura. —No me importaba estar diciendo palabrotas. *Las niñas buenas no dicen tacos.* Llegados a este punto, yo ya no era la misma mujer que había sido hacía seis horas.

—Así es la organización y así ha sido durante siglos.

—Eso era en Italia —insistí yo.

—Sí, pero las tradiciones nunca mueren.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para la familia?

—Mucho. Yo era un crío de la calle sin ningún futuro más que la muerte o la cárcel. Anthony Giordano me acogió, y pasé a formar parte de la familia.

Casi me rio en su cara.

—Pero Gabriel iba a matarte sin dudar.

—Por lo mucho que usted le importa.

Eso era algo retorcido de cojones, pero no se lo dije.

—Pues a mí no me importa él. No quiero estar aquí. No le he hecho nada a ese hombre ni a su familia.

Dillon parecía incómodo y frunció los labios.

—Lo siento, sé que no tengo derecho a decirte nada. Estoy segura de que hablar contigo sólo te hará la vida más difícil. Es sólo que… —No encontré las palabras apropiadas para terminar la frase—. ¿Es cierto que Gabriel nunca quiso este puesto que se ha visto obligado a aceptar?

Asintió sin pronunciar palabra.

—Y sus… hombres están resentidos.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque es un honor convertirse en don de la familia y el Sr. Giordano ignoró las tradiciones, fingiendo no ser parte de la familia.

—Quería labrarse su propia vida; por tanto, ahora tiene que demostrar su valía. —Sabía que Dillon no podía respóndeme a eso. Cerré los ojos un momento, unas imágenes de la cara de Gabriel me flotaron por la mente. Maldita sea, ¿por qué no podía sacarme a ese hombre de la cabeza?

—¿Necesita que te traiga algo para los perros?

—Goldie y Shadow.

—¿Perdón?

—El Golden se llama Goldie, por Goldie Hawn y Shadow porque desde el minuto uno ha parecido mi sombra, siempre a mi lado.

Esbozó una sonrisa de verdad y se le iluminaron los ojos por primera vez.

—Me gustan. Son unos animales muy buenos.

—Para mí son mi familia, Dillon. Te contaré un secretito, con la única con la que tengo una relación cercana es mi hermana, no con mis padres. Tenemos una relación complicada desde hace años.

—Entonces usted y el Sr. Giordano tienen más en común de lo que alcanza a comprender.

Riéndome, sacudí la cabeza.

—Puede que tengas razón.

—La familia es muy importante. Ahora usted es parte de la *famiglia* del Sr. Giordano, lo que significa que la protegerá con su vida, igual que yo.

Solo la forma en que pronunció esas palabras hizo que otro escalofrío me recorriera la espalda.

—Sé cuidarme sola.

—No contra la gente a la que se enfrenta ahora.

Una parte de mí quería preguntar sobre sus experiencias, pero en el fondo sabía que no quería estar al tanto de más historias de terror.

—Me aseguraré de que no le pase nada a sus pequeños. Puede contar conmigo —dijo en voz baja.

—Gracias, Dillon. Significa mucho para mí.

—Estaré arriba si me necesita. —Se dio la vuelta para marcharse y percibí una tristeza en él que me perturbó.

—¿Tú tienes familia, Dillon?

Se detuvo al instante.

—Tenía.

Tenía. No hacía falta que me dijera nada más. Lo había perdido todo por este trabajo.

—Lo siento mucho.

Asintió y se quedó dónde estaba, con la espalda subiéndole y bajándole debido a que le costaba respirar.

—Usted sí que le importa, doctora Washington. Más de lo que usted piensa. Es la única razón de que lo haya visto feliz en mucho tiempo.

Antes de tener ocasión de preguntarle por qué, se largó.

Había muchos secretos oscuros en el núcleo de la familia Giordano. Temía que, cuando saliesen a la luz, acabaría enamorada de un hombre al que quería odiar.

Mi amante.

Mi secuestrador.

CAPÍTULO 12

Capítulo doce

Gabriel

No tenía por costumbre que me llevasen en coche a ninguna parte. Ni era mi estilo ni lo había sido nunca. Mi padre, a pesar de tener el carné de conducir, había conducido pocas veces en su vida, siempre le hacían de chófer uno o más de sus hombres de mayor confianza. Yo odiaba la costumbre, la encontraba egocéntrica, pero había ocasiones en las que tener esa mano de obra extra resultaba necesario.

Y esta era una de ellas.

Tanto Bruno como Gunner se dedicaban a trabajos de fuerza, entre otras cosas. El contar con su respaldo mandaría el aviso al instante de que no convenía meterse conmigo. Y, si Nico tenía soldados con él, podrían intervenir de ser necesario.

Nico Moretti era un bárbaro a mis ojos y siempre lo sería. Era de mi edad, pero más o menos se había criado en las calles, su educación «superior» consistía en ser un soldado de a pie bajo el yugo de su padre, trabajando desde abajo para llegar a ser capo. Ahora se esperaba que tomase las riendas como Don, cosa que podría pasar cualquier día de estos. Aunque a toda vista Joseph Moretti parecía gozar de buena salud, me había tomado mi tiempo para averiguar que le habían diagnosticado cáncer de páncreas hacía unos meses, razón por la cual ejercía tanta presión para que se produjese la unión entre mi hermana y su hijo.

En parte, entendía por qué mi padre creía que era una buena idea. Juntos, nuestra fuerza sería casi impenetrable, pero jamás habría una confianza verdadera entre las familias, hubiese boda o no. Había prestado atención a sus actividades a lo largo de los años, sentía curiosidad por su forma de operar y sus intenciones de cara al futuro. Al final, convencí a Luciano de que los Moretti intentarían destruir a nuestra familia y nuestra organización.

Esa era una razón por la que había empezado a desafiar a Joseph lo que, a su vez, había

conducido a los desafortunados acontecimientos. Nuestras conversaciones habían sido privadas, al menos lo bastante como para que mi padre no tuviese idea de que fui yo quien empujó a Luciano a desafiar a Joseph, negándose a consentir la unión.

Era yo el que debería sentirse culpable. Le había presentado tantas pruebas a mi hermano que ya no había podido ignorar mis averiguaciones. Lo que no anticipé fue hasta donde llegaría su rabia. Nunca se había comportado así. Aún tenía que averiguar quién lo había llamado. Había comprobado el historial de llamadas y el número «desconocido» seguía haciendo sonar las alarmas al fondo de mi mente.

Tenía que encontrar al responsable, pero tenía la sensación de que la persona de la llamada solo se dejaría ver cuando la guerra estuviese a punto de empezar. ¿Pensaba yo que era Moretti? A decir verdad, no. Pero alguien había cabreado a mi hermano.

Suspiré mientras Bruno entraba al aparcamiento de un bar local que Nico frecuentaba, metiendo un nuevo cargador en mi Glock. Confrontarlo en público tenía sus pros y sus contras, pero enviaría un mensaje alto y claro de que nadie debía joder jamás a un miembro de mi familia.

Gunner me abrió la puerta y bajé a la calzada, notando que ya había salido una brillante luna . Quería terminar con esto para regresar con mi preciosa invitada. Incluso mientras pensamientos obscenos me cruzaban la mente, me obligué a centrarme en el asunto entre manos. Nico siempre tenía un hombre con él, pero normalmente eso era todo. Aunque sabía que el muy capullo estaría de un humor de perros. Tenía que estarlo después de lo que había mandado hacer. Me seguía pareciendo algo impropio de él que hubiese dado la orden de hacer algo tan drástico. Sabía que yo iría a por él.

Había demasiadas piezas que no encajaban.

La multitud estaba compuesta por brutos, algunos afiliados con el clan Moretti, pero no montarían ningún numerito ni se atreverían a eliminar a un miembro de la familia Giordano. Ese no era su estilo.

O eso esperaba.

Me había visto envuelto en actividades de esta naturaleza antes, normalmente como segundo de Luciano, cuando llegaba la hora de agarrar la pala y se necesitaba músculo extra de la familia. Después le había puesto fin, negándome a obedecer sus peticiones. Tenía la sensación de que había sido en otra vida. Sin embargo, eché mano de mis habilidades, nunca olvidaría los métodos de entrenamiento que me habían impuesto de adolescente. Mi padre se había asegurado de ello con sus métodos brutales habituales.

Me abotoné la chaqueta y escudriñé la calle antes de pasar dentro, con ambos soldados a la zaga. Aún no había demasiada gente, dadas las horas, por lo que pude ver a Nico con su corte al fondo del local. En cuanto puse un pie dentro, todos los ojos se posaron en nosotros, varios hombres que no buscaban problemas se retiraron, mientras que unos cuantos se atrevieron a sacar pecho y quedarse donde estaban.

Tanto Bruno como Gunner abrieron camino, empujando a varios hombres a un lado. Le eché un vistazo al barman, que enseguida se retiró a la trastienda. Entonces, fui directo a Nico sin perder el tiempo con formalidades.

Lo agarré de la garganta y lo lancé contra la pared. Se escucharon varios gruñidos y copas rompiéndose contra el suelo. Después no se oyó más que el silencio hasta que Nico rugió:

—¿Qué cojones…? —Se apartó de la pared, alzando los puños al momento. Pude ver el instante preciso en que la compresión brilló en su mirada; también había confusión. Después, lanzó un puñetazo.

Le di un revés y después una patada en el estómago. En cuanto llevó la mano a su arma, yo saqué la mía, apretando el cañón contra su sien. Después, lo empujé contra la pared de nuevo, escuchando los ruidos que indicaban que mis dos soldados estaban ocupándose de que los presentes no se metiesen en la refriega.

Presioné el cañón contra un lado de su garganta y siseé a la vez que ladeaba la cabeza:

—Has pegado a Theodora. Debería matarte aquí mismo.

Durante unos segundos, abrió los ojos como platos. Después, gruñó de nuevo:

—Estás pirado, joder. Yo no le he puesto la mano encima, jamás haría algo así.

Casi podía creérmelo.

—No, lo que tú hiciste fue comportarte como un gallina y mandar a tus hombres a hacerlo. —Aplasté aún más el arma contra su piel, el dedo me cosquilleaba por apretar el gatillo.

Lanzó un puñetazo potente contra mi barriga seguido de otro a mi mandíbula. Estrellé la pistola contra su cara, di un paso atrás y empuñé el arma con ambas manos. Cuando vino a por mí con los puños en alto, me metí la pistola en la chaqueta y le devolví unos cuantos golpes. Si el hijo de puta este quería hacer las cosas por las malas, por mí estupendo.

Lo empujé y ambos nos precipitamos al suelo, retorciendo nuestros cuerpos. Por fin conseguí sujetarlo contra el suelo y estrellar el puño contra su cara varias veces.

—¡No lo hagas! —Escuché cómo le rugía Bruno a alguien. La multitud se retiró hacia atrás, dándonos espacio.

—Debería matarte aquí mismo por lo que hiciste —siseé, alzando el brazo para asestarle otro puñetazo.

—Que no fui yo, cerdo. Si quisiera hacerle daño a tu hermana, lo haría yo mismo. Va a ser mi esposa. Yo no le pego a las mujeres. Nunca.

—Ahí es donde te equivocas, el trato se cancela. Vuelve a la ratonera a la que perteneces, pero si te atreves a intentar volver a ponerle una mano encima, no dudaré en meterte una bala en la cabeza. —Le apreté la garganta con las manos hasta que él levantó las suyas propias en gesto de derrota. Sólo entonces me aparté. Había conseguido controlar mi furia.

Po ahora.

Al ponerme en pie, miré de un lado a otro de la sala, retando a cualquiera a venir a por mí. Bruno tenía a un imbécil sujeto por el cuello y Gunner apuntaba con su arma a otro. Satisfecho con haberle dejado las cosas claras al hijo de puta y que le comunicase el mensaje a su padre, comencé a caminar hacia atrás, para darme la vuelta unos metros más adelante. Sabía bien lo que

haría Nico.

Se abalanzó a por mí, pero yo me giré, apuntando el cañón contra su frente.

—Dame una excusa para apretar el gatillo, Nico. Dámela.

Su mirada rebosaba rabia, pero tuve la sensación de que sabía que yo estaba dispuesto a cumplir con mi amenaza. Asintió con la cabeza y retrocedió. Entonces, dijo algo que me sorprendió.

—Descubriré quien le hizo daño a tu hermana. Cuando lo haga, te enviaré sus restos. Nadie se mete con mi esposa.

Su esposa.

Seguía sin enterarse.

Quizás tendría que enviarle otro mensaje en el futuro. Por mí bien. Al abandonar el bar, tuve la sensación de que el día siguiente sería estresante.

Pero había marcado la pauta de mi reinado.

Pronto, la noticia llegaría a las calles, y unas cuantas organizaciones pequeñas comenzarían a tener miedo.

A lo mejor estaba disfrutando de mi nuevo papel más de lo que pensaba.

Ahora era momento de disfrutar de lo que me pertenecía.

* * *

—¿Dónde está? —le pregunté a Dillon tan pronto entré en casa. Su expresión era ilegible, pero podría jurar que había diversión en su mirada. Eso me preocupó de cojones—. Supongo que has seguido mis órdenes.

—Sí, señor, pero la doctora Washington es bastante… formidable. —Saltaba a la vista que había escogido sus palabras con cuidado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que veo por qué le gusta —Dio un paso atrás, bajando la mirada—. No pretendo faltarle al respeto.

—No te preocupes, Dillon. —Comencé a pasar contra él, pero me detuve—. Es posible que los Moretti tomen represalias tras mi visita a Nico. Asegúrate de que los soldados estén alerta. Ahora estás a cargo de ellos.

—¿Sr. Giordano?

—Ya me has oído. Confío en ti, Dillon, pero no te tomes el puesto a la ligera. Y no pienses que por llevar aquí un tiempo no te estaré vigilando.

—Jamás, señor. Recuerdo todo lo que su hermano me contó sobre usted.

—¿Qué es…?

—Que es usted un hombre justo pero despiadado cuando hace falta.

Negué con la cabeza. Sonaba exactamente a algo que diría Luciano. Había observado el cambio en mí, el niño tímido y listo que se transformaba en un hombre agudo y furioso. Esa era una de las razones de haber perdido mi única oportunidad de tener una vida propia. Había sido demasiado violento, disfrutaba siendo el segundo al mando. Luciano me había aconsejado emplear esa rabia por el bien de la familia. Yo me había reído en su cara, llegando a las manos después de haberme dicho unas cuantas palabras bien elegidas . Me había dicho algo similar tras habernos hecho sangrar por la nariz el uno al otro.

—Erais amigos.

—Me gustaba pensar que sí, pero trabajaba para él, Sr. Giordano. Igual que trabajo para usted. Jamás me pasé de la raya entonces y me niego a hacerlo ahora.

Ladeé la cabeza.

—Entendido. Sabes que yo no soy como mi hermano, en absoluto.

—Lo sé, pero eso no cambia nada. Seré leal a esta familia mientras me queráis aquí.

—¿Has dado con el chivato?

—Aún no, pero lo encontraré. Puede contar conmigo.

Por algún motivo, sabía que así era.

—Manda a otro hombre a vigilar la casa. Tú ve a por la testigo.

—No estoy seguro de que eso sea prudente.

—A estas alturas, necesito el factor sorpresa de mi parte. Mañana será un nuevo día. Tenemos que estar preparados para cualquier cosa. Quiero que estés a tope, ¿entendido?

Respiró hondo.

—Entendido. Le cubro las espaldas. —Cuando se detuvo y se giró para mirarme, tuve claro que algo le rondaba la mente.

—¿Qué pasa?

—Una vez más, no es mi intención faltarle al respeto, pero ella es buena para usted.

—¿Cómo sabes lo que es bueno para mí?

—Se olvida de que yo estaba cerca cada vez que hablaba con su hermano. Noto la diferencia. Sé lo mucho que ella le importa.

Importar no era la palabra. Estaba obsesionado con ella, me negaba a dejarla marchar.

—Es mía, Dillon. En cuanto se dé cuenta y lo acepte, jamás volverá a querer a otro hombre. Además, si alguien se atreve a tocarla, lo mataré con mis propias manos.

Sonrió ante mis palabras, arrancándome una carcajada.

En cuanto salió por la puerta, activé el sistema de seguridad y me dirigí al salón. No quería que me molestasen, mis ansias de Sarah eran demasiado intensas. En nada, tendría esos labios impertinentes envolviendo mi polla.

Quedaban ya muy pocas cosas o personas que me sorprendiesen. De hecho, las actividades usuales de la gente me cabreaban. La cosa no había sido diferente cuando me convertí en corredor de bolsa. Enseguida aprendí que la mayoría de la gente tomaba atajos, negándose a trabajar duro para ganar dinero en la profesión. Después, estaban aquellos empeñados en engañar a otros. Respecto a las mujeres, tristemente, la mayoría con las que había pasado tiempo estaban más interesadas en mi apellido y en mi cuenta bancaria que en nada más profundo.

Había establecido un solo vínculo, uno que había alterado mi perspectiva en el momento de mi vida en el que más lo necesitaba. Los pensamientos sobre mi pasado y mi falta de expectativas estaban presentes siempre que ponía un pie en esa casa que había aprendido a odiar.

Por distintas razones, había esperado encontrar silencio, por lo que escuchar música me supuso otra sorpresa. Por lo que podía adivinar, el sonido venía de la cocina. Cuando me acerqué a la puerta, no me esperaba ver a Sarah. Verla así me robó el aliento. Estaba descalza y meneándose de un lado a otro al ritmo de una melodía española. Sus dos perros estaban repantigados junto a la ventana, el más oscuro alzó la cabeza al verme.

Estaba cocinado, preparando una comida. Estaba lo bastante sorprendido como para quedarme donde estaba, admirándola desde la puerta. ¿Pero qué coño…? Esperaba que luchara conmigo. ¿Preparaba la cena? O bien intentaba ganarse mi confianza o era su forma de lidiar con su ansiedad y sus nervios. Cuando el perro negro empezó a mover la cola, se puso tensa antes de darse la vuelta.

La expresión de sus ojos era poderosa. Intentaba escudriñar mi mente, pidiéndome que le diese detalles sin necesidad de preguntar.

Entré en la cocina sin decir nada, sonriendo cuando ambos perros corretearon hacia mí. Jamás había llegado a casa tras un largo día para encontrarme con que me recibieran. Esto era todo demasiado… normal.

¡Guau! ¡Guau!

—¿Cómo dijiste que se llamaban? —pregunté a la vez que me agachaba, riéndome cuando ambos perros me lamieron la cara.

—Shadow y Goldie —dijo con voz queda, como si la hubiese pillado haciendo alguna travesura.

Por más que intentase enmascarar sus emociones, no había forma de ocultar lo mucho que le importaban sus perritos.

—Son toda una monada.

—Creía que solo podías preocuparte de ti mismo. —Nada más pronunciar esa frase tan cortante, murmuró entre dientes—: Eso ha estado fatal por mí parte. No te conozco y no debería asumir nada. —Bajó la vista a mi mano amoratada y contuvo el aliento.

—Es una asunción excelente basada en los hechos. Sin embargo, no es cierta. —Me puse de pie, me quité la chaqueta y la lancé sobre el respaldo de una de las sillas. A continuación, me tomé mi tiempo subiéndome las mangas a medida que me acercaba, sin apartar los ojos de ella ni un solo momento. Parecía incómoda por la forma en que la miraba y dirigió su atención a lo que estaba cocinando en el fogón.

—Estás herido.

—Un mal necesario.

Sarah volvió a murmurar algo, pero cogió uno de los trapos de cocina, abrió el congelador y saco un poco de hielo.

—¿A cuántos has pegado? ¿O solo los mataste con tus propias manos?

—Están vivos, no merecía la pena matarlos.

Volcó los últimos cubitos sobre el trapo y lo doblo para cerrarlo.

—Quieres decir que quien fuese, hombre o mujer, no merecía el esfuerzo.

La sujeté por el brazo y le di la vuelta. Desprevenida, estrelló su otra mano contra mi pecho, casi dejando el paquete de hielo.

—Nunca le haría daño a una mujer de esa forma. Jamás. En cuanto al gilipollas, tuvo lo que se merecía. —Estaba casi cegado por el deseo, mi hambre no conocía límites. Sarah no se hacía una idea de lo cerca que estaba de rasgarle la ropa y follarla en medio de la cocina.

Cuando ladeó la cabeza con rebeldía, nuestros labios casi se tocaron.

—¿El hombre que le hizo daño a tu hermana?

—Sí.

—Pues entonces, recibió su merecido. —Se sorprendió de sus propias palabras lo bastante como para fruncir el ceño, apartarse de mí y cogerme la mano. Cunado posó el hielo con delicadeza sobre mis nudillos, percibí la misma hambre que ambos habíamos sentido antes, pero había algo más. Estaba tan insegura acerca de mí que me cabreé conmigo mismo.

—A mi parecer, no es suficiente, pero aún no puedo matarlo.

—¿Por qué?

—Porque no es un buen protocolo —Me reí nada más pronunciar las palabras—. Sé que suena absurdo.

—No, entiendo que tenías que dar un paso al frente o atenerte a las consecuencias.

¿O atenerme a las consecuencias? Había hablado con Dillon.

—Sí, es lo que se espera, pero a estas alturas ya deberías saber que soy de los que rompen las normas.

Mi comentario me hizo ganarme una sola sonrisa, el rubor le subió a esas mejillas suyas tan

adorables.

—Pues ya somos dos. Déjate el hielo en la mano al menos diez minutos. Necesitarás tomarte alguna aspirina, si es que tienes por casa.

—Estoy seguro de que sí. ¿No necesitas ayuda?

—Sírvete una copa de vino. Yo ya me he servido de una botella de esa bodega que tienes sin usar.

No dijo que esperaba que no me importase ni ofreció ninguna disculpa. Se limitó a volver a centrar su atención a lo que estaba cocinando, removiendo en la cazuela, de la que brotaba un aroma increíble.

Hice lo que me pedía, maravillándome ante su elección de vino, rellenado su copa casi vacía y deslizándola en su dirección.

—Mi padre me regaló esta casa, juntó con la bodega, cuando me gradué en la universidad.

—Oh, guau. Menudo regalazo —añadió con desdén—. Yo recibí una tarjeta regalo de doscientos dólares en Saks.

—¿Y ya está?

—Sí —dijo, lanzándome una mirada—. Por aquel entonces aún no era alcalde, solo capitán de la policía. Además, me dijo que no necesitaría mucha ropa, teniendo en cuenta que había decidido hacerme cirujana y rebajar mis estándares.

—Estás de coña.

—No bromeo con eso. —Cogió su copa, agitando el contenido antes de darle un sorbo—. Por si no lo has descubierto por ti cuenta, te diré que mi padre y yo solemos estar en desacuerdo en todo.

—Eso no es algo que pudiese averiguar.

—Pues ahora ya lo sabes. No estoy segura de por qué crees que a él le importa el hecho de que… insistas en que nos casemos. Lo más probable es que haga algún comentario insensible, como que me lo he buscado yo solita y ahora tengo que revolcarme en la mierda.

Resoplando, me apoyé contra la encimera.

—Eres su hija.

—Mi hermana es la hija favorita. Se suponía que yo iba a ser un niño. Para, ya sabes, preservar los genes familiares. Por lo que escuché más adelante, culpaba a mi madre por no darle un hijo. —Le dio un trago al vino, sin apartar la mirada de mía.

—Menudo imbécil.

—Ponte a la cola, Gabriel. No le cae muy bien a nadie. Siento curiosidad, ¿qué tienes contra él? Sé que vas a usar algo en su contra para que te deje en paz y no es sólo por mí.

Reflexioné sobre su pregunta y, en ese momento, me di cuenta de lo vulnerable que era, ansiando

la aprobación de su padre a la vez que estaba decidida a vivir su vida como quería. Ella y yo nos parecíamos más de lo que había pensado en un principio.

—Voy a apelar a su sentido común.

—Me estás mintiendo. Me dijiste que nunca lo harías.

El vino era rico y delicioso en su totalidad. Le di unos cuantos tragos antes de dejar la copa en la encimera, acercarme más y tirar la bolsa de hielo al fregadero.

—No, Gabriel —susurró mientras interponía una mano entre nosotros—. No te tomes esto como nada romántico. No te conozco. Me has secuestrado. No sabía si ibas a volver o cuándo lo harías y tenía hambre. Ya no podía seguir paseándome por tu casa bonita y fría.

Respiré hondo, ignorando sus deseos.

—¿Qué quieres saber sobre mí?

—¿Que qué quiero saber? Todo.

—Lo que te conté en la cabaña fue todo real, la verdad.

—¿Que te gustan las pelis de acción? ¿Que prefieres la comida italiana al estilo americano? ¿Que te gustaría formar una familia? Son todo chorradas.

—No son chorradas. —Invadí su espació todavía más, con el corazón acelerado. Un rápido chispazo de electricidad pasó entre nosotros y le tembló el labio inferior ante nuestra cercanía.

—Lo que compartimos en la cabaña fue especial.

—Deja de hacer eso. Eres un cabrón.

—Si eso es lo que quieres creer, vale.

Me sorteó, fue hasta la despensa y cogió un paquete de pasta linguini.

—¿Qué le pasó a la familia de Dillon? Murieron, ¿verdad? Los asesinaron por culpa de esta… vida.

Habían estado hablando. Quise enfadarme, pero tenía la impresión de qué aquello de lo que hablaron había ayudado que bajase sus defensas, aunque sea para que estuviese dispuesta a mantener una conversación conmigo. Le daría el gusto por ahora, pero no me rechazaría.

—Sí, Sarah. Se vieron atrapados en fuego cruzado.

—¿Su mujer? ¿E hijos?

—Su mujer y su hijo pequeño.

—Madre mía, ¿y sigue trabajando para ti? —Estrelló el paquete contra la encimera, casi tirando con la copa. Ambos perros dieron la vuelta a la esquina de inmediato, intentando protegerla.

—Mamá está bien. Todo va bien, bebés. Ay, pero qué monos sois. —Escuché la angustia en su tono mientras se doblaba sobre sí misma para acariciarlos a los dos.

—Fue decisión suya seguir trabajando para mi hermano.

—Ya, lo sé. Os considera su familia. No sé cómo demonios puede seguir trabajando para tu familia, pero admiro su lealtad, si es así cómo la llamas.

Deslicé la mano en el bolsillo, sin saber muy bien qué contestar.

—He oído que tu padre pensaba matarte si no ocupabas su lugar como el gran Don de esta Cosa Nostra, ¿es eso cierto?

Su tenacidad resultaba incitante.

—Sí, es cierto. Una tradición que empezó en el siglo XVIII o por ahí. —¿Qué cojones le había quedado a Dillon por contar?

—¿Le harías tú lo mismo a tu propio hijo si no quisiese convertirse en *ti*?

Su pregunta era algo que nunca me había planteado y que me golpeó con fuerza.

—No.

—¿De verdad? —preguntó poniéndose chulita.

—Yo no soy mi padre.

—Podrías haberme engañado. —Dio otro trago antes de poner la copa en la encimera, agarrar el paquete y arrancarle la parte de arriba. Cuando vertió todo el contenido entero dentro del en el agua hirviendo, unas hebras cayeron al suelo y los perros echaron a correr para averiguar qué se le había caído.

—Mierda.

—Ya me ocupo yo. —Me agaché, intentando recoger la pasta antes que los perros. Cuando me puso de pie me estaba mirando, pero casi al instante desvió la mirada.

—Si alguna vez tengo la suerte de tener una familia, estarán resguardados de esta vida.

—Entonces tu forma de vida morirá contigo. Todas las tradiciones. Todos los lujos y ceremonias.

—Pues que así sea. —Saltaba a la vista que la había sorprendido.

—Seguramente nunca hayas estado enamorado. —Se giró, removiendo la salsa vigorosamente.

No tenía motivos para admitir nada sobre mi pasado. Éste ya no importaba, al menos para mí. Todo acerca de esta mujer me tocaba una fibra sensible que hacía tiempo que había enterrado. Jamás había sido mi intención.

—Hubo una mujer que me importó muchísimo hace unos años. Nos conocimos en la universidad y creímos que podríamos construir nuestra propia vida una vez nos graduáramos. Pero entonces descubrió quien era yo y cortó conmigo por teléfono, asegurándome que no podía pasar el resto de su vida con alguien a quien no conocía.

—Bien por ella —Agachó la cabeza y tiró la cuchara de madera a un plato—. Sacas lo peor de

mí. Siento que la cosa entre los dos no funcionase. ¿Intentaste volver a ponerte en contacto con ella?

—Sí, en una ocasión. Pero había muerta. —Había hecho cuanto estaba en mi mano para no pensar en Mary o en las circunstancias que rodearon su muerte. El sentimiento de culpa había sido un impulso a la hora de abandonar los negocios familiares.

—¿Qué? —Se dio la vuelta para mirarme, con el horror grabado en la cara—. ¿La mató un enemigo?

—No lo creo. La atacaron en las calles de Chicago. Eso es cuanto pude averiguar.

—Es terrible.

—Sí que lo es. Sin embargo, si lo que me estás preguntando es si siempre estarás en peligro, la respuesta es sí, hasta cierto punto; pero si hay algo que he aprendido es que la muerte puede llegar en cualquier momento por cualquier motivo. Es algo que tú debes saber ya bien dada tu profesión. —Hice cuanto pude para reprimir los recuerdos, aunque tenía el presentimiento de que continuarían saliendo a flote teniendo en cuenta lo que sentía por Sarah.

—La mayor parte de la gente no tienta a la suerte con tanto gusto ni se enfrenta a los mismos riesgos que tú todos los días.

No pude contener la carcajada.

—¿De verdad te piensas que me voy a pasar el resto de mis días yendo a por los malos? Eso se lo dejo a los polis. Mi padre fundó un negocio de éxito desde el mismo momento en que puso un pie en América. Trabajaba más de dieciocho horas al día para construir el negocio, y pasaba mucho tiempo detrás de un escritorio haciendo llamadas y cerrando tratos.

Sarah sacudió la cabeza con un suspiro.

—No maquilles lo que haces, eres un delincuente.

—¿Si algunos de los negocios sobrepasan la legalidad? Voy a seguir sin mentirte. Sí, pero no la mayoría y Luciano estaba empeñadísimo en que nuestros negocios estuvieran en el lado bueno de la ley.

Tras mirarme durante diez segundos, apartó la mirada y cerró los ojos.

—Quiero, no, necesito odiarte.

—Pero no puedes, ¿no es así? —Volví a acercarme.

—No, y me vuelve loca. Te comportas como si fuese a tirar mi carrera por la borda por ti, a tirar a la basura todo por lo que llevo trabajando toda la vida.

—Nunca he dicho que tuvieras que renunciar a ser médico.

—Cirujana —me corrigió.

—Cirujana —repetí, riéndome por lo bajo. Cuando le toqué la mejilla, no se movió ni intentó apartarse. Aumenté la presión de mi mano, acercándola más a mí.

—No.

—¿Que no te desee o que no te cuente nada de mi vida?

—Ambas. No importará.

—¿Por qué? ¿Porque nunca vas a sentir la misma tentación, esta conexión tan fuerte que no podemos estar lejos el uno del otro?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes. Dime que no es cierto y hallaré la manera de ponerle fin a esto, de devolverte tu vida.

Entrecerró los ojos, respirando de forma superficial.

—¿De verdad lo harías?

Asentí con la cabeza antes de responder.

—Sí.

—Nunca serás capaz de protegerme.

—No tienes ni idea de lo que soy capaz.

Había duda en su voz, pero el deseo iba en aumento en su mirada.

—Quiero creerte, Gabriel. De verdad que sí.

—Pues hazlo —gruñí, bajé la cabeza y estrellé mi boca contra la suya. Presionó las manos contra mí, comportándose como si intentara liberarse.

Después empezó a relajarse, tirando de mi camisa a la vez que arqueaba la espalda. Mi hambre continuaba creciendo, era suficiente para que el deseo de devorarla me cegara. No iba a ser delicado, pero ella no necesitaba romanticismo. Deseaba dominación.

La sostuve por la nuca, restregando mis caderas de delante hacia atrás. Dominé su lengua, sentía el cuerpo entero en llamas cuando Sarah deslizó una mano por mi nuca y enredó los dedos en mi pelo. Se agitó contra mí, gimiendo a través de nuestros labios sellados. Su sabor era explosivo, a vino y salsa de tomate picante, una combinación irresistible. Yo estaba famélico, pero no por esa comida tan suculenta que ella estaba preparando.

Cuando ya no pude aguantar más, me aparté y ambos jadeamos en busca de aliento. Extendí una mano por detrás de ella, apagando el fogón y sacándole el jersey por encima de la cabeza.

Su sonrisa era un indicio de lo excitada que estaba, pero en cuanto vi sus pezones hinchados, se me hizo la boca agua. No deseaba nada más que hundir los dientes en su piel carne, pero a eso ya llegaríamos más tarde. Necesitaba la clase de alivio que sólo ella podía proporcionarme.

Gruñendo, permití que mi vista la recorriera de la cabeza a los pies para luego regresar a sus ojos.

—Quítate los vaqueros y las bragas.

No dudo ni se resistió de manera alguna. Mientras se desabrochaba la cremallera y empujaba la tela por sus caderas, yo me aflojé el cinturón. Me miró con los ojos vidriosos y la boca retorciéndosele de la anticipación por lo que le tenía preparado. Una parte de mí quería marcarla de nuevo, pero la polla me dolía como nunca y sentía las pelotas en llamas.

Cuando completó su tarea, la agarré del mentón y froté el pulgar de un lado a otro de su boca con brutalidad mientras ella jadeaba. Me reí suavemente, notando que mi presión sanguínea iba en aumento. Siempre se las apañaba para destrozarme segundos antes de devorar cada centímetro de ella. Le había prometido la libertad si así lo deseaba. No tenía intención de cumplir dicha promesa. No, Sarah era mía. Toda mía para hacer con ella cuanto desease.

—¿Vas a ser una zorrita buena para mí?

—Sí, señor. —Le faltaba el aliento y le temblaba el cuerpo cuando le envolví las muñecas con el cinturón, inmovilizándole los brazos.

—Buena chica. Ponte de rodillas. —Me froté la mandíbula dando un paso atrás, apenas capaz de quitarle los ojos de encima. A continuación, arrastré una de las sillas de la mesa hasta plantarla en el centro de la estancia—. Sed buenos, bebés. Vuestra mamá y yo vamos a divertirnos con algunas travesuras. —No estaba seguro de si los perros me habían entendido o no, pero parecieron obedecerme sin protestar.

Tomé asiento y ella mantuvo la cabeza erguida mientras los ojos le brillaban de la excitación. Retorcí el cinturón, pensando en todas las cosas para las que lo había usado. Cuando me provocó pasándose la lengua por los labios, casi me echo encima de ella y la follo ahí mismo. Control. Tenía que controlarme.

—Gatea hasta mí. Sé mi chica buena.

Me dedicó una mirada caliente y después obedeció, aunque se lo tomó con calma, revolviéndose el pelo de un lado a otro, perdida en esta lujuria extrema. Yo estaba casi jadeando como un puñetero animal cuando cruzó esos cuatro metros de separación. Cuando estuvo lo bastante cerca, extendí un brazo y la agarré del pelo, arrastrándola el resto del camino hasta que estuvo entre mis piernas.

Me miró con una mezcla de deseo y determinación. Adoraba eso de ella. La sonrisa pícara permaneció en su cara mientras me frotó el interior de las piernas de arriba abajo con sus manos. Cuando se acercó peligrosamente a mi entrepierna, tiré de su cabeza hacia arriba y meneé la mía.

—No tan rápido, mi dulce zorra. No eres tú la que está al mando. —Dejé caer el cinturón sobre su hombro, azotándola ligeramente en el culo.

Se retorció, pero no se movió del sitio, sus ruiditos guturales combinaban con los míos. Joder, la de cosas malas que podría hacerle. No sólo se había convertido en mi debilidad, se había convertido en mi kriptonita.

No podía más que esperar en que no se convirtiese también en mi horca.

Tiró de mis pantalones y le permití bajármelos por las caderas.

—¿Tienes hambre de mi polla?

—Sí —murmuró y se rio con suavidad a continuación. Tenía las mejillas rosadas, en parte por la vergüenza que sentía por desear esto—. No debería, pero sí.

Cuando la golpeé con el cinturón de nuevo, esta vez más fuerte, jadeó en busca de aire. Podía atormentarla todo el día, pero jamás sobreviviría la avalancha de deseo que me quemaba por dentro. Le di tres azotes más mientras unas gotas de líquido preseminal me goteaban desde el glande.

—Los brazos a la espalda —le instruí.

Lo hizo y le empujé la cabeza hacia abajo, permitiéndole lamer las hebras de semen mientras le enrollaba las muñecas con el cinturón. Su aliento caliente haciéndome cosquillas en los testículos fue casi suficiente para hacer que me corriese.

—Abre la boca para mí, princesa, bien abierta.

Mientras ella hacía lo que le ordenaba, hundí los dedos en su cuero cabelludo, tirando para que su cabeza quedase a la altura correcta. Quería que me mirase a la cara mientras le follaba la boca.

—Chúpamela. Rodéame la polla con esos labios tan bonitos. —En cuanto sus labios avariciosos estuvieron sobre mi punta, tuve que esforzarme al máximo para no metérsela hasta la garganta—. Joder, qué boca tan sexy tienes.

No pude evitar mirar fijamente sus grandes ojos azules suyos mientras ella utilizaba los músculos de su mandíbula, chupándome la punta de la polla como si se estuviese muriendo de sed. Algunas mujeres no tenían ni idea de cómo chupársela a un tío, pero esta preciosa criatura entre mis piernas era una experta. Trazó círculos con su lengua adelanta y atrás, dejando que se le escapasen unos ronroneos diminutos, cuyo sonido intensificaba el momento. Ya me estaba costando respirar, la necesidad de estallar en las profundidades de su garganta era prácticamente lo único en lo que podía pensar. Sin embargo, no acabaría de esta manera. Necesitaba llenarle su dulce coño, embestirla con mi polla tan profundo como fuese humanamente posible.

Sarah era lo único que me calmaba, haciendo a un lado la culpa y el enfado, la frustración y la fealdad.

Le di un empujoncito a su cabeza para infundirle ánimos, mi paciencia menguó cuando abarcó un par de centímetros más. Escuchaba los sonidos de su respiración agitada y me ponían cachondo. Jadeando, eché la cabeza hacia atrás mientras mis caderas se alzaban solas, necesitando llenarle la boca por completo. No había nada más dulce que el sonido de su succión combinado con sus suaves gemidos. Podía hacer esto durante horas, cubriéndola con mi semen.

Ya podríamos hacer eso más tarde. Tal vez esta noche.

Me froté la cara, viendo las estrellas y con los músculos más tensos que un tambor. El que no pudiese tocarme resultaba más estimulante de lo que había pensado en un principio. Yo estaba completamente al mando, haciéndome con aquello que deseaba.

—Sí, mi putita perfecta. Esto te gusta, ¿verdad que sí? —Tenía la boca demasiado llena para contestar, pero gimió más alto. Le empujé la cabeza hacia abajo, obligándola a abarcar más. No le entraron arcadas ni una sola vez. Mientras meneaba las caderas, pude percibir que no duraría mucho más si seguía chupándomela así.

Cuando se sentó más sobre las rodillas, el cambio de ángulo provocó que mi polla llegase más lejos y la punta se deslizase por su garganta. En ese momento pensé que definitivamente iba a volverme loco. Estaba perdiendo el control, preparado para derramarme dentro de su boca, pero tenía la intención de follarla, de hacer que se corriese.

Echando mano del autocontrol que me quedaba, la aparté de mí, rompiendo la conexión y medio riéndome mientras me corrían gotas de sudor por ambas sienes.

—Qué bueno. Dios, qué bueno.

La expresión en su rostro era feroz mientras respiraba profundamente, mordiéndose el labio inferior y con los párpados medio cerrados. Me di cuenta de que me temblaba el cuerpo del subidón de adrenalina, la necesidad que sentía de ella derribaba cualquier otro pensamiento en mi cabeza. Sarah era mía.

Mía.

Mía…

Y moriría para mantenerla a salvo.

—Cariño —gruñí—. No hay situación en la que no vaya a ser tu protector. Si el mismísimo diablo se presentase escupiendo fuego, yo crearía una tormenta de fuego.

CAPÍTULO 13

Capítulo trece

Sarah

Las palabras de Gabriel me sacudieron el cerebro, contemplar su necesidad de mí calmaba ciertos miedos, pero, aun así, desearlo como lo deseaba era temerario. Demencial. Pero no podía negar cómo me sentía estando con él. No se equivocaba. Había pensado en él durante horas, paseándome por esta puñetera casa como un animal rabioso, incordiando a Dillon más de una vez para que me dijese donde estaba.

El hombre se había mantenido firme en su papel de buen soldado, sin decirme nada. Se limitó a comprobar cómo estaba unas cuantas veces, hasta el punto de que ya ni pude soportar seguir sintiéndome como una rehén. Ninguno de mis sentimientos tenía ningún sentido, pero no dejaba de cosquillearme todo el cuerpo y el sabor de su líquido preseminal expandía todos mis sentidos.

Ya no me reconocía a mí misma, me avergonzaba de que sus actos brutales me excitaran tanto. Me dolían los pezones, con las puntas hinchadas. Estaba tan mojada que mis jugos ya me manchaban los muslos. Era una locura. Totalmente de locos. Simplemente…

—Ven aquí —me ordenó—. Siéntate en mi polla. Necesito follarte largo y duro.

Tenía la respiración entrecortada y una expresión primitiva en la cara. También se había mostrado así en la cabaña, como una bestia que necesitase que le diesen de comer cada dos horas. Había obedecido entonces tal y como estaba obedeciendo ahora.

Me ponía enferma, pero no lograba contenerme. Él se había convertido en una droga para mí, llevándose lejos la oscuridad. Debería tenerle miedo, pero sabía que nunca me haría daño. La venganza que deseaba se había esfumado, reemplazada por una necesidad de la que nunca podría liberarse.

Que Dios se apiadase de nosotros. Arderíamos en el infierno.

Me acerqué, tratando de regular mi respiración. Él me levantó del suelo, obligándome a ponerme a horcajadas sobre él. Me sostuvo en lo alto, deslizando las yemas de los dedos desde mis caderas a mi vientre de un lado a otro. Después, me tomó ambos pechos, apretándolos hasta hacerme gemir. Sabía cómo mantenerme totalmente excitada, lo suficiente para que mi mente fuese un borrón y no dejase de jadear.

—Eres jodidamente hermosa —susurró y me acercó más a él para poder presionar los labios contra mi estómago. Había algo diferente en él esa noche, todas las pretensiones sobre quién y qué era se habían desvanecido. Eso le concedía la libertad de usarme como le placiese. Era tan excitante que el corazón me golpeó contra el pecho, sus movimientos brutos hicieron a un lado esa vocecita enfadada dentro de mi cabeza.

También tenía algo de pecaminoso que él estuviese vestido del todo y yo desnuda. Y me encantaban sus palabras obscenas. Se me aceleró el pulso y, según me bajaba, fue arrastrando la lengua hasta mis pechos. Con la punta de su miembro presionando contra mis labios y las piernas en tensión, me meneé de arriba abajo hasta conseguir que la cabeza de su polla se deslizara en mi interior.

—Mi zorra insaciable —murmuró antes de empujarme hasta abajo del todo.

—Oh, sí. Sí. —Mi grito sonó rasgado y los perros alzaron las cabezas de inmediato. No pude más que sonreír por contar con público.

Gabriel reparó en que mi atención se había desviado y siguió la dirección de mi mirada.

—Imagínate tener a unas cuantas personas observando cómo te follo.

—Ajá.

—¿Te gustaría?

—Sí. —¿Cómo podía desear semejante cosa? Este tío me volvía loca de remate, logrando que me perdiese a mí misma en algo en lo que no parecía tener ningún tipo de control.

—Quizás —resolló mientras me rodeaba el pezón con la lengua unas cuantas veces—, si eres una chica muy buena, lo haga realidad un día.

Cuando mordió mi endurecido botón, alcé la cabeza hacia el techo, jadeando en busca de aire. Los músculos de mi coño hormigueaban, contrayéndose y estirándose repetidas veces. El ángulo era diferente y su polla llegaba más hondo. Me encontraba perdida en una dulce neblina cuando cambió al otro pezón, emitiendo gemidos bajos y roncos mientras me succionaba la punta.

Gabriel sabía cómo acercarme al orgasmo rápidamente, pero sabía que planeaba acércame a su orilla para luego retirarse como ya había hecho antes. Este hombre tenía mucho aguante, pero percibía que necesitaba correrse dentro de mí. A pesar de todo, contraje los músculos a propósito y me vi recompensada con otro rugido gutural como el de un animal herido.

—Ten cuidado con lo que haces, niña. Me vengaré. —Su risa profunda llenó el aire y se envolvió la mano con mi pelo, tirando de mi cabeza. Después me agarró de la cadera con la otra mano e hizo uso de sus muslos musculosos para levantarme de la silla.

Estaba a su merced, incapacitada para hacer prácticamente nada. Había algo de liberador en que

él poseyese el control total. También tenía algo de aterrador, como si dejarme llevar y confiar en él fuese poner mi vida en sus manos. Y como si, al hacerlo, hubiese puesto las cosas en marcha y ya no pudiese negar que lo que compartíamos era significaba algo.

Lo que le dije iba en serio. Quería odiarlo para sofocar mis sentimientos, pero estando aquí en su mundo, aprendiendo más sobre él, hacía que fuese imposible.

Y él lo sabía.

Había caído en una trampa, aceptando sus exigencias. Lo que quiera que fuese a pasar a continuación se escapaba totalmente a mi control del todo.

Se balanceó hacia delante, estrellándose contra mí con tal ferocidad que la silla se meció. Apreté los muslos contra los suyos y mis gemidos subieron de volumen, igualándose a sus rugidos primitivos. Me relampaguearon unas luces delante de los ojos, obligándome a pestañear, pero no conseguí enfocar la vista.

—Mía. Toda mía —susurró unas cuantas veces, implacable con sus movimientos. Era un hombre tan complicado, en conflicto tanto con su rol tanto como con el mío.

¿Era posible que pudiésemos compartir una vida? ¿Podría haber más que una conexión física o estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba? Me dije a mi misma que yo no era más que un objeto de su posesión, pero había una profundidad en su mirada que sólo podía explicarse con…

Amor.

No. No. Eso no era posible. Él jamás podría sentir esa clase de intimidad. Nunca me querría de esa manera, ¿verdad?

¿En qué estaba pensando?

—Mírame, mi preciosa zorra. No me quites los ojos de encima.

Desplacé la mirada, mordiéndome el labio inferior. Había mucha más luz en su mirada, tanta que me permitió atisbar un destello de su alma. Y cuando la vi, supe que no había otro hombre para mí.

—Eso es, cariño mío. Ahora lo entiendes. Eres mía. Esta noche. Mañana. Y para siempre, joder. Te guste a ti o no.

Otra promesa.

Otra proclama.

Y supe que nunca me dejaría marchar.

Unos segundos más tarde, se le tensó el cuerpo, ahora tenía los ojos entrecerrados. Mientras me embestía con brutalidad, penetrándome fuerte y hondo, me sacudí contra él; esa fricción no se parecía a nada que hubiese sentido antes. La electricidad chisporroteó a nuestro alrededor, con sacudidas que parecían cohetes impactando con cada terminación nerviosa. Nuestros gemidos fueron aumentando, nuestros cuerpos moldeándose juntos y, cuando él empezó a temblar, yo contraje los músculos una última vez.

Justo cuando él estalló, llenándome con su semilla.

Cuando soltó la mano que tenía en mi pelo, permitiéndome dejar caer la cabeza, escuché su susurro ronco y me recorrió un escalofrío.

—Ningún hombre volverá tocarte. Si se atreven, morirán.

* * *

Gabriel

La mañana había llegado demasiado pronto.

Al entrar en la cocina, la imagen de Sarah me robó el aliento. Me quedé en el umbral de la puerta disfrutando de la vista mientras ella contemplaba el mar, con una taza de café en la mano. Tenía el presentimiento de que se avecinaba otro desencuentro, por el que no la culpaba. Necesitaba algo más de mí, algo que no podía darle.

Fui hasta la cafetera Keurig, sorprendido de encontrar una segunda taza esperando por mí. Cuando metí otra cápsula, reparé en que por fin se había dado la vuelta para mirarme y tenía la vista clavada en mi mano herida.

—¿Te tomaste otra aspirina? —preguntó.

—Mi mano está bien.

—Si tuviese que hacer una conjetura, diría que tienes al menos una fractura por sobrecarga, si no más. No estás bien, Gabriel, sólo eres un cabezota.

Soltando una carcajada, doblé los dedos, tratando de contener la mueca de dolor.

—He pasado por cosas peores.

—¿Se supone que eso me tiene que hacer sentir mejor? —Se acercó sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido.

—Para que lo sepas, la mayor pelea en la que he participado ocurrió en mi oficina después de que se desplumase la Bolsa. Terminé con tres costillas rotas y un ojo morado, pero deberías haber visto al otro tío. —Había sido Rick el que había tenido que apartarme de encima de aquel gilipollas, ganándose un ojo morado en el proceso.

Sarah no parecía impresionada.

—¿Estás preparado para morir? —exigió saber.

Por suerte, aun no me había llevado el café a la boca. Tras toser, me di cuenta de que iba en serio.

—No le tengo miedo, si a eso te refieres. Creo firmemente que cuando te llega tu hora, nada puede impedirlo.

—¿Eres religioso?

—No particularmente, aunque sí creo en el destino y el karma.

Medio entre risas, puso los ojos en blanco.

—Pero disfrutas tentando al destino.

Tuve que pararme a pensar detenidamente en su leve acusación.

—No a propósito, no soy un yonqui de la adrenalina, Sarah. Pero haré lo que haga falta, como darle una buena paliza a alguien si resulta necesario. Sabes por qué lo hice y te mostraste de acuerdo.

—Eso no significa que me guste o que no me vaya a preocupar por ti. —Desvió la mirada, mordiéndose el labio.

Había susurrado unas palabras de cariño la noche previa, pero lo mismo había hecho yo. Otra ola de frialdad se interpuso entre nosotros. A lo mejor fuera necesario por el momento.

—Tenemos que hablar de algunas cosas.

—Algo me dice que no me va a gustar lo que me vas a decir.

—Hay unas reglas que debes seguir —declaré.

No había tiempo de andarse con rodeos con las cosas que debían quedar claras, sobre todo en las siguientes semanas. Dillon ya me había llamado, su tono de voz fue suficiente para dejarme claro que en las calles ya corría el rumor de que los Moretti planeaban vengarse. Eso me arrancó una sonrisa. Era hora de terminar lo que mi padre había empezado.

—¿Y eso quiere decir…?

—Creo que es bastante fácil de entender. —Le di otro sorbo al café, reparando en que ella no había tocado el suyo. Habíamos tenido una noche bien cargadita de pasión, pero en cuanto se dio cuenta de que no pensaba pasar la noche con ella, empezó a cerrarse en banda.

Se rio con suavidad y deslizó la taza sobre la encimera, andando hacia la ventana.

—Vale, o si no me azotarás como a una niña mala. ¿Por qué no me dices cuáles son? Espera, déjame adivinar. No salir de casa a menos que tenga permiso y lleve conmigo un guardaespaldas. Nada de llamar a nadie. Desde este mismo instante, estoy de baja y no podré regresar a ese trabajo que adoro más que nada en este mundo hasta nuevo aviso. Ah, y por supuesto, obedeceré todas y cada una de tus órdenes. —Tenía la cara sonrojada y sus pezones duros resaltaban contra el jersey ligero de color crema.

Quería arrancárselo y chuparle esas puntas hinchadas, morderlas y pellizcarlas hasta que gimiese de dolor.

Joder, esta mujer me volvía loco.

Había mucha arrogancia en su tono, pero no había forma de confundir el destello en su mirada. Nuestra conexión la noche anterior había fortalecido nuestra relación.

—Haces que suene horrible.

Resoplando, puso los ojos en blanco.

—Pues porque lo es. ¿Sabes qué es interesante? He notado una nueva adquisición en tu colección de tatuajes, aunque es una marca tosca, como si te hubiesen quemado la piel con un hierro al rojo. ¿Es el escudo de tu familia?

No se le escapaba nada.

—Sí.

—¿Y permitiste que te lo hicieran?

—Es un…

—Requisito de la Cosa Nostra —me interrumpió—. Qué rudimentario. ¿Debo esperar que me hagan a mí tal marca cuando me obligues a casarme contigo?

—Las únicas marcas en tu piel, serán aquellas derivadas de los castigos necesarios. —Se me empezaron a tensar las pelotas, mis pensamientos yéndose por senderos depravados.

—¿Y el anillo?

Alcé la mano, retorciendo la pieza de joyería unas cuantas veces.

—Un gesto de respeto de parte de una organización.

—Vaya, has llegado muy lejos en tu deseo de ser rey.

Tan pronto le envolví la garganta con la mano, acercándola a mí, lo único en lo que pude pensar fue en pasar tiempo con ella.

—Un día lo entenderás.

—Lo dudo. —Mantuvo la mirada fija en la mía a medida que yo bajaba la cabeza, empapándome de su esencia. Cuando le besé la mejilla, se estremeció. Entonces la solté, odiando todo en lo que me había convertido.

—No hay motivo para hacer que esto sea difícil.

—Solo confinamiento, como una prisión, ¿verdad? —Se echó hacia atrás, negando con la cabeza varias veces.

Por más que sabía que Sarah necesitaba respuestas y que debía tener paciencia, ésta iba menguando más y más.

—La mayoría de gente no vería vivir en una casa a pie de mar con personal encargado de darte cuanto quieras como una prisión.

Sarah echó un vistazo por encima de su hombro hacia las aguas turbulentas más allá de la ventana, arrugando la nariz.

—No importa lo bonito que sea el papel que la envuelve, por dentro sigue siendo lo mismo.

—Hago esto para protegerte.

—Eso dices. Yo creo que lo haces porque tienes miedo de que huya tan lejos que nunca me encuentres.

Me terminé el café que me quedaba y dejé la taza en el fregadero. Me metí las manos en los bolsillos al acercarme.

—Sólo para que conste, no hay sitio al que puedas huir ni esconderte donde no te encuentre. Ahí radica la belleza de quién soy y lo qué soy y la gente que obedece cada una de mis peticiones.

—Chantaje y extorsión; pues claro que van a hacer lo que les pidas como buenos chicos. Qué poderoso debe de hacerte sentir.

Aplastó la mano contra el cristal y esa simple acción me resultó excitante, mi polla ya me dolía por las ganas de follarla de nuevo. No importaba cuantas veces estuviese dentro de ella, nunca era suficiente.

—¿Qué significó lo de anoche para ti?

No me cupo duda de que la había sorprendido con mi pregunta.

—¿Que qué significó? Nada. Es sólo sexo. ¿Si me atraes? Evidentemente, ya conoces la respuesta y me odio por ello. —Cerró los ojos, respirando superficialmente—. Y la peor parte de todo es que nunca fue mi intención que me importaras.

Se le escapó una sola lágrima y, cuando la recogí con el dedo, se retiró, abriendo los ojos y mirándome fijamente. Contempló con atención cómo me llevaba la gota salada a la boca. Su sabor era como todo lo demás, dulce y pecaminoso.

Y prohibido.

—Puedo darte una buena vida, Sarah. Puedo darte todo lo que siempre has querido.

—Déjame adivinar, ¿viajes a lugares exóticos?

—Sí, si eso es lo que quieres.

—¿Un Maserati nuevecito y reluciente?

Asentí, riéndome.

—¿Qué me dices de pieles y diamantes?

—No te veo como ese tipo de mujer, pero si eso es lo que disfrutarías teniendo, el cielo es límite.

—Aviones, coches, casas, diamantes. ¿No lo entiendes? Eso son objetos, posesiones. Igual que yo. Vives en una casa preciosa con vistas al océano Atlántico. Conduces un coche de alta gama y el precio de uno solo de tus trajes bastaría para alimentar a una familia entera durante seis meses. Y aun así no eres feliz; de hecho, eres desdichado. ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

Su pregunta estaba justificada. Cuando no le respondí, prosiguió:

—No necesito cosas materiales, Gabriel. Has visto mi piso, vivo con lo básico. Podría perder

toda mi ropa, libros y muebles mañana y estaría perfectamente. Lo que me destrozaría durante el resto de mi vida sería si perdiera a mis cachorritos. Lo son todo para mí. Eso se llama amor, un amor especial e indestructible. ¿Has visto la forma en que me miran? ¿O la forma en que yo los miro a ellos? Eso no se puede comprar por más dinero que tengas. El amor no tiene precio. El amor es esa emoción que sientes dentro, que hace que se te retuerza el estómago y se te acelere el corazón solo de pensar en ver a quien quieres con todo tu ser. Es ese momento en el que entras a una habitación y ves a esa persona o a tu bebé peludo y todo lo demás desaparece. Y es lo último en lo que piensas por la noche y lo primero en lo que piensas por la mañana. Eso es… amor. No tiene precio.

Sus palabras eran cautivadoras y preciosas, y yo quería darle eso y más.

—¿Sabes en qué pensaba el día que murió mi hermano y conseguí salvarte la vida?

Tras unos segundos, giró la cabeza en mi dirección.

—¿Cómo puedo saberlo? Sólo has expresado tu furia porque yo sobreviviese y tu hermano no.

Sus palabras me cortaron como un cuchillo.

—Pensaba en que hasta un hombre malo podía hacer algo decente y que era el hombre más afortunado del planeta porque se me había concedido el regalo de salvarle la vida a la criatura más hermosa de este mundo. Esa fue la verdadera razón por la que te encontré y, cuando lo hice, no podía dejar de pensar en ti. Pensar en ti bloqueaba todo lo demás. Se me aceleraba el corazón cada vez que aparecías en mi mente. Cuando sonreías, cuando reías, mi mundo se volvía un poco más luminoso. Sé que no me merezco semejante bondad, pero ese es el regalo más preciado que se me ha hecho en toda la vida. No sé cómo llamarías tú a eso, Sarah. Ni yo lo sé. Pero creo que, es el sentimiento más poderoso que jamás he sentido. Soy un hombre mejor porque te salvé la vida.

No reaccionó de primeras, pero entonces sus rasgos se suavizaron y se le iluminó la mirada. Con mano temblorosa, me rozó la mejilla con la yema de los dedos. La agarré de la muñeca y le planté un beso en la palma y, durante esos breves segundos, disfruté de perderme en su esencia.

—Siento interrumpir, Sr. Giordano, pero su padre está aquí e insiste en verlo.

El sonido de la voz de Dillon me sacó de quicio, pero el pensar en mi padre presentándose en mi casa sin avisar me puso de mala hostia. Sostuve su mano contra mi cara durante unos segundos más y luego la solté.

—Ahora vuelvo.

Reculó, el momento especial se había roto. Ahora yo estaba furioso.

—Gracias, Dillon. Condúcelo a mi despacho.

—Ya se ha ido allí él solo, señor.

Sacudí la cabeza y le acaricié el brazo antes de abandonar la cocina. La llegada de mi padre solo podía significar una cosa. Se había enterado de mi intercambio con Nico. Al entrar en mi despacho, no me pilló por sorpresa que mi padre hubiese tomado asiento en mi sillón de piel y estuviese ya inhalando el humo de un puro que había cogido de mi caja.

—Esas cosas terminarán por matarte. —Me acerqué a mi mesa y me apoyé contra el borde externo, enrollando los dedos entorno a su suave madera. Este era mi despacho. También había llegado la hora de que se diese cuenta de que, al iniciarme en esta vida, había perdido su autoridad sobre mi persona.

—Estoy seguro de que una bala me matará primero, hijo. Tal vez hasta venga de mi propia sangre.

—¿Por qué estás aquí?

—Porque tenemos que hablar. —Le dio otra calada antes de fulminarme con la mirada—. ¿Qué cojones hacías con Nico?

—Creía que era bastante obvio. Mandó que pegaran a Theodora. Eso no se permite.

—Por lo que tengo entendido, ella se muestra difícil y se niega a aceptar las inminentes nupcias.

Respiré hondo, esforzándome por no explotar.

—Espera un momento, joder. ¿Estás insinuando que Theodora se merecía una paliza?

—Una mujer necesita que la mantengan a raya.

Oh, joder, Dios mío.

—¿Eso hacías tú con nuestra madre cuando no obedecía tus reglas, mandabas a uno de tus soldados a darle una paliza para que aprendiera la lección?

—¡No te atrevas a levantarme la voz! —Apagó el puro y se levantó de la silla para enfrentarse a mí.

Por primera vez, noté lo mucho que había envejecido. Siempre me había parecido invencible, más imponente que la vida misma. Hoy parecía frágil.

—No te atrevas tú.

—Tu madre recibió un castigo dos veces en su vida. Después, aprendió a obedecerme, que es lo que tú necesitas hacer con esa mujer que tan empeñado estás en quedarte.

Reírme fue cuanto pude hacer.

—Me das asco. Esa mujer es… —¿Por qué me molestaba en explicarme?

—¿Alguien que te importa? —Se rio—. Entonces eres un estúpido.

—¿Tú no quieres a mamá?

—Mucho, pero la cosa no empezó así.

—Sí, lo sé, fue todo concertado. Pero ahora estamos en Estados Unidos, papá, por si no lo habías notado. Los matrimonios concertados son cosa del pasado. Tu hija se merece conocer a alguien de quien pueda enamorarse, un hombre que la haga feliz. No un matón con carácter. El trato que hiciste se cancela, y punto.

Se acercó aún más, agitando el puño. Cuando lo echó hacia atrás y me dio un revés, tuve que

hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no lanzarlo al otro lado de la habitación. Cerré los ojos y opté por concentrarme en su respiración pesada.

Pasaron siete tensos segundos.

—Tú no eres mi hijo —dijo con rabia en la voz.

—No quiero serlo. —Lo miré fijamente a los ojos, retándolo a continuar con sus gilipolleces—. Me he enterado de que los Moretti jamás tuvieron la intención de mantener el acuerdo de paz entre las familias, hubiese boda o no. Tienen a un topo entre los nuestros, papá. ¿Lo sabías? ¿Tenías constancia siquiera de que tenían planes de ir a por nosotros uno por uno? —Sentía curiosidad por ver su reacción. Su expresión de suficiencia indicaba que sí, y aun así lo había ignorado. ¿Por qué?

—¿Es por eso por lo que crees que esa mujer de la que estás tan enamorado tuvo algo que ver con la muerte de tu hermano? —Se rio nada más formular la pregunta.

—Esa mujer tiene nombre, papá, se llama Sarah. Sí, al principio, creí que su padre podría haber tenido sobre ella la misma influencia tóxica que tú has tenido sobre toda nuestra familia durante años. Sin embargo, pronto averigüé que es una mujer que se niega a tragarse embustes, que es lo que yo pretendía hacer. Me llamaste débil porque no podías controlarme. Por desgracia, no tiene ni idea de lo que su padre ha hecho ni la razón por la que está empeñado en acabar con nuestra familia.

—¿Y cuál es?

Interesante. De esto sí que no tenía ni idea.

—Lo dejaré a tu imaginación. —Lo que Dillon había logrado averiguar ya era suficiente para confirmar mis sospechas. Ese hombre era un corrupto de cojones. Lo que me preocupaba era que estaba recibiendo sobornos de alguien. La incógnita seguía siendo de quién. Mi padre negó con la cabeza y sacó pecho, pero podía ver por la pregunta en sus ojos que sabía que le había ganado en un juego del que no quería formar parte.

—¿Le comías el tarro con estas mierdas a tu hermano? ¿Por eso estaba tan enfadado? De ser cierto, tú fuiste el responsable de su muerte.

Me quedé congelado, tratando de aceptar una vez más que jamás le había importado a mi padre. Por alguna razón, me dolió más esta vez. El único motivo por el que me había exigido que tomase las riendas era asegurarse de pasar sus años de jubilación tan rico y poderoso como siempre.

—No te preocupes, papá, ya cargo con el peso de su muerte como una soga al cuello y lo haré lo que me queda de vida.

A eso le siguieron otros segundos de silencio incómodo.

—Ya veo que esa mujer ya te ha engatusado. Y, sí, siempre fuiste un hombre débil, y ahora más que nunca. También eres un idiota consumado. Úsala, fóllatela, enciérrala bajo llave, cásate con ella, pero, por el amor de Dios, no la ames durante esta etapa de transición. Te tacharán de bobo y perderás todo el respeto. ¿Es eso lo que quieres, ser un patético intento de líder? Tu hermano nunca fue así, él sabía lo que era importante.

En ese momento quise matarlo y eso me perturbó. ¿No se suponía que ser familia iba de amor, respeto y apoyo? Al menos, eso me había enseñado mi madre. Ningún hijo mío se criaría sin saber cuánto se le quería.

—Yo no soy mi hermano —rugí—. Es hora de que lo asimiles. Amaré a quien yo quiera y me niego a permitir que le pase nada a ella o ningún otro miembro de mi familia. Eso te incluye ti. Pero, metete esto en la cabeza, viejo, mis hermanas nunca se verán obligadas a casarse con alguien a quien no quieran en ninguna circunstancia. Y, respecto a Moretti, puede irse a tomar por culo. Si viene a por mí, lo destrozaré trocito a trocito.

Se quedó sorprendido de que le hablase de una forma tan irrespetuosa, pero me sentó de maravilla. Ya iba siendo hora de que asumiese el control de mi vida, incluyendo amar a quién me diese la gana.

Cuando la revelación de que ya estaba enamorado de ella se asentó en mi cerebro, me quedé sin respiración por unos instantes. Todo lo que Sarah había descrito era exactamente como me sentía yo.

Como un puto animal enjaulado.

Nunca más.

—Lárgate, papá. Tengo asuntos de los que ocuparme.

Llevaba años viendo su sonrisa de suficiencia, era la expresión que ponía cuando le decepcionaba cualquier decisión que yo hubiese tomado. Jamás había conseguido complacerle, no importaba lo mucho que lo intentara ni lo que hiciese. Se me consideraba la oveja negra.

Ahora iba a descubrir lo *malo* que podía ser realmente.

Le gustase a él o no.

Respiró hondo mientras yo me cruzaba de brazos y observé cada uno de sus movimientos. Había amenazado con matarme y seguía sin poder descartarlo por su parte. Le importaba un carajo que nos corriese la misma sangre por las venas.

Dio grandes zancadas hacia la puerta, actuando todavía como si esto fuese decisión suya. Cuando se detuvo de pronto y se giró para poder mirarme a los ojos, la diversión casi vencía a la fea rabia.

—¿Cuándo es la boda?

—Aún está por decidirse.

—Dado que estás tan ocupado empezando una guerra que no vas a ganar, me he tomado la libertad de encomendar a tus hermanas la tarea de ayudar a tu… futura mujer con la boda. Deberían estar aquí en unos minutos. Hazme saber qué día es para poder comprobar y despejar mi agenda.

Mi padre, un hombre tierno y cariñoso. No me molesté en responder, por mí podía irse al infierno. Bajé la cabeza, medio riendo a causa de la confrontación. Cuando la levanté de nuevo, vi a Sarah de pie en el umbral. Lo había escuchado todo y sus ojos relejaban compasión, algo que

nunca había querido ni recibido en la vida.

Se acercó, con esa expresión pensativa todavía en la cara, hasta detenerse a menos de medio metro de mí.

—¿Ibas en serio cuándo me dijiste que yo te importaba?

Extendí la mano, entrelacé nuestros dedos y tiré de ella para situarla entre mis piernas.

—A estas alturas ya deberías saber que todo lo que digo va en serio. ¿Cambia eso quién soy y lo que soy? No, para nada. Ni esta vida es sencilla ni yo soy un hombre paciente.

—¿Qué quieres decir?

—Que ni soy perfecto ni soy un buen hombre. Es algo que tú ya intuiste desde el primer segundo. Eres una cirujana brillante y tus instintos casi siempre dan en el clavo. Pero no te tomes lo que te estoy ofreciendo como una elección; ahora me perteneces tanto si te lo crees como si no. Lo que acabas de oír es un poquito diferente a lo que sucede en otras familias. Todos tenemos secretos y nos contamos mentiras entre nosotros. La diferencia entre mi familia y la tuya es que nosotros aceptamos que caminamos sobre esa delgada línea entre el bien y el mal, usando los errores de los otros en nuestro beneficio. Nosotros no mentimos acerca de quiénes somos mientras que tu padre finge se la salvación de la ciudad.

—¿Qué es lo que tienes contra él? Te he oído, Gabriel. Crees que es un corrupto.

—¿Y tú no?

Apartó la mirada un instante.

—Ya no lo tengo claro.

—Yo creo que sí, por eso te enfrentas a él y a sus deseos.

—Entonces dime la verdad.

Medité acerca de la información que había reunido, junto con lo que tanto mi hermano como mi padre habían averiguado a lo largo de los años, y suspiré.

—A menudo, la verdad no te hace libre. Sólo arrasará con la poca fe que te quedaba por creer en un cuento de hadas. Además, no hay razón para reventarte la burbuja. Si quieres creer que tu padre sigue siendo un ser humano decente, que así sea.

—No soy ninguna idiota, Gabriel, que es algo que también has averiguado sobre mí. Y por eso no voy a permitir que se me use como un peón. Haz lo que tengas que hacer, pero a mí mantenme al margen de ello.

—Ojalá pudiera. —Envolví los dedos en torno a su cuello en un acto posesivo. Sarah quería dejar caer sus últimas defensas, pero se negaba a confiar en mí. Y, ¿cómo podía culparla?—. Por desgracia, el karma te ha hecho parte de este juego cruel.

—Uno al que me vas a hacer jugar a la fuerza.

—Como ya te he dicho, cuido de mi familia y usaré los medios que hagan falta para ello. Ahora, tú formas parte de mi familia y me importas muchísimo, que también es algo que puedes decidir

creerte o no.

—Sr. Giordano —Dillon nos interrumpió de nuevo—. Le interesa ver esto. Creo que he encontrado lo que andaba buscando. —Dillon me extendió su móvil. En esta ocasión, su expresión era de furia.

Era la prueba de que teníamos un topo. Las cosas se ponían feas.

Después de dedicarle un asentimiento, se retiró, dándome privacidad.

—Siento que nos hayan vuelto a interrumpir —dije con voz queda.

—¿Qué era eso de ir de compras?

Ladeé la cabeza irguiendo una ceja.

—Tenía razón, lo has escuchado todo.

—Sí, necesito respuestas y, cuando oí voces enfadadas, creí que igual averiguaba algo.

—Y yo te he dado todas las respuestas que me siento cómodo dándote. Mi padre cree que puede controlar mi vida a través de ti. Es una pena, pero hoy no vas a salir. Ya te llevaré yo más tarde.

—Eso no es justo. Estaré con tu familia.

Estaba poniéndome a prueba, como le gustaba hacer.

—Corres demasiado peligro en estos momentos, pero me lo pensaré en un futuro.

—Seguro que sí.

—Continuaremos con esta conversación más tarde —le dije.

—No hace falta, tienes razón. No quiero oír nada que pueda desprestigiar a mi padre, ya socavó nuestra relación hace mucho. Y tampoco hace falta hablar contigo de nada.

—Lo siento, Sarah. La vida no es siempre lo que esperabas que fuera.

—Sabes lo que quiero, y da la casualidad de que yo sé exactamente lo que necesitas. Espero que algún día lo encuentres.

Contigo, lo encontraré. No podía decir eso en voz alta. Lo único que podía hacer era asentir.

Empezó a darse la vuelta, pero luego se detuvo, invadiendo mi espacio. Cuando posó una mano sobre mi corazón, una parte importante de la cólera que sentía hacia mi padre se desvaneció.

—Ninguno de nosotros tiene la culpa de la muerte de tu hermano. He aprendido una lección importante más de una vez siendo cirujana. Creía que podía recomponer a todo el mundo con las habilidades correctas. Durante mi segunda cirugía me di cuenta de lo equivocada que estaba. Un joven que tenía toda la vida por delante tuvo un accidente extraño, yo estaba convencida de que podía salvarle, pero me equivocaba. Desde ese día, tuve que aceptar el hecho de que no soy Dios. Y tú tampoco lo eres. Vive tu vida a tope, Gabriel. Eres un hombre maravilloso que hizo cuanto pudo para escapar de esta vida de oscuridad. Ese es el único consejo que voy a darte. Gracias por salvarme la vida. Has sido mi salvador, mi héroe.

Tan pronto abandonó la habitación, me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Entonces, sentí un dolor aplastante en el pecho. Sarah había despertado mi alma, así como mi corazón.

No había manera de que alguna vez pudiese dejarla marchar.

Eso confirmó el hecho de que yo siempre había sido un monstruo.

CAPÍTULO 14

Capítulo catorce

Sarah

Amor frente a odio.

¿Cómo era ese viejo refrán de que entre los dos sólo había un paso? En mi mente, ambos eran intercambiables

Susurré palabras de odio contra Gabriel repetidas veces sólo para gemir sumida en la pasión, gritando su nombre de pura euforia al segundo siguiente. Estas idas y venidas me estaban matando.

Incluso ahora, no podía quitármelo de la cabeza, por mucho que me esforzase. Se había marchado sin decirme adonde iba.

Negación.

Siempre supe que se me daba muy bien negar lo evidente. Empezó cuando era pequeña, al negar que mi padre le estuviese poniendo los cuernos a mi madre. Fingían ser la pareja perfecta, siempre dejando que yo fuese testigo de su beso de despedida. Sin embargo, había encontrado sus revistas pornográficas primero, para después descubrir las notitas de una tal Ann que escondía en lugar especial del garaje. Había pensado que mis padres tenían escondidos los regalos de Navidad.

La cosa había continuado a lo largo de los años, hasta llegué a toparme unas fotos bastante repulsivas con otra mujer. No recordaba su nombre, para entonces era ya una más entre tantas. En ese momento, era capitán de policía y mi madre podía desahogar su tristeza comprándose ropa nueva y joyas.

Para entonces yo había decidido hacerme la ciega. No obstante, era evidente que había ido archivando la información, acrecentando la animosidad que mi padre y yo compartíamos. Una

vez me había pillado mirando entre sus cosas y me castigó quedándome en casa durante dos semanas por curiosear. Eso marcó la pauta de nuestra relación. ¿Creía que era capaz de algo peor? Sí, así de simple. No tenía sentido mentirme a mí misma. Su venganza contra la familia Giordano había surgido de la nada. Al menos eso me había dicho mi madre hacía mucho tiempo. Hasta aquel momento, se había quejado en raras ocasiones, así que, cuando se quejó de este reciente odio por parte de mi padre, la había preguntado.

No sé por qué recordé esa conversación de pronto. Ella tenía miedo, pero de la familia Giordano. Mmm… Me paré junto a las puertas cristaleras del salón, observando cómo Dillon jugaba con los perros. Era muy bueno con ellos, saltaba a la vista que estaba disfrutando de lo lindo lanzándoles tres pelotas distintas. Y a mis cachorritos les encantaba. No tenían ni idea de que su mamá no podía unirse a ellos. Aunque me sentía más bien como un pájaro en cautividad, la conversación que había oído y lo que Gabriel me había dicho me había confundido muchísimo.

O a lo mejor, no.

Igual se trataba sólo de otra fase de negación.

Nunca había creído que una atracción instantánea pudiese o debiese derivar en algo sólido. Mi madre me había hecho creer que llevaba tiempo conocerse como para poder sentir algo verdadero. Me reía al pensarlo ahora. A pesar de todos sus consejos, me preguntaba si, de haber sabido la clase de hombre que era mi padre, ¿se habría casado con él? Era gracioso, siempre me había preguntado por qué nunca tuvieron otro hijo. Quizá ella se negaba a dejar que él la tocara.

Apreté la mano contra el cristal, permitiéndome fantasear con cómo sería vivir en la casa bajo otras circunstancias. Cuando Dillon encendió la chimenea porque se negó a dejar que lo hiciera yo misma, seguí sintiendo un escalofrío tremendo que intuía que no desaparecería pronto.

Hasta que me encontrase bajo el cuerpo perfecto de Gabriel.

Me froté los labios con los dedos, hambrienta de sus besos cuando debería estar pensando en conseguir salir de aquí. Sus besos me habían provocado un delicioso mareo, su lengua se había retorcido en un perfecto vals de dominación que había ganado cada vez. La forma en que me tocaba, brusca al principio, había pasado a ser tierna y dulce, pero su boca me había reclamado tantas veces, que era como si necesitase el aire mismo que yo respiraba.

Solo pensar en él bastaba para impedirme reflexionar sobre lo que sentía por él de verdad. No era sólo algo físico, aunque nadie me había hecho sentir una pasión tan intensa que estaba segura de que me ardía la piel.

Todo se veía sumido en una intensa neblina, algo impropio de mí. El yin y yang de cómo me había tratado en estas pasadas veinticuatro horas me volvía loca. Un instante me trataba como si fuese una preciosa muñeca que pudiese poner en cualquier rincón, esperando su llegada para que me utilizara a su antojo. Al segundo siguiente se comportaba como si necesitase devorarme entera. Aunque había habido una chispa, sus emociones resultaban perturbadoras en muchos sentidos. Hasta había contemplado cómo cambiaba la expresión de su mirada mientras profesaba su remordimiento y culpa por la mujer que le había importado. Pero seguía habiendo algo que me ocultaba, una fealdad que, de sacarla a la luz, lo destrozaría.

La clase de amor que yo llevaba buscando toda mi vida no era algo que él me pudiese dar. Por

más que adorase lo mucho que le importaban sus hermanas, que estuviera dispuesto a protegerlas con su vida, ese era todo el amor del que era capaz. Yo ansiaba más que ese lado físico que compartíamos, aunque nuestra química fuese extraordinaria. Yo anhelaba algo especial, ser capaz de confiar y respetar a la persona con la que estuviese.

¿Era eso posible siquiera con un hombre despiadado como Gabriel?

Mi vocecita interior continuaba incordiándome, recordándome que seguía siendo humano y había atisbado una parte de su corazón. ¿Volvería a pasar tal cosa?

También había sido testigo de la ternura que había en su interior durante la noche, pero nunca se dejaría llevar ni le importaría lo suficiente como para bajar la guardia. Había puesto un candado a sus emociones, tratándome como si solo fuera una rehén, una mujer a la que usar. Al menos así me había sentido cuando abandonó el dormitorio.

¿Qué te estás haciendo a ti misma? ¿Por qué?

Porque quería…

Cerré los ojos, más furiosa conmigo misma que con él. Había bajado la guardia.

Tristemente, eso provocaba él en mí, pero no tenía nada que ver con que me amase. Al menos no de la forma que yo estaba hablando.

Matrimonio.

Amor.

Hijos.

Con un gruñido, aparté todo eso a un lado. No iba a tener la boda perfecta, aunque me diese todo lo que mi corazón deseaba.

Cuando escuché unas risas, supuse que se trataba de las hermanas de Gabriel. A lo mejor había cambiado de parecer respeto a dejarme salir de casa. Qué sorpresa tan agradable. *¿Se te ha ido la olla? ¿Es que empieza a parecerte bien este trato?*

Aunque una parte de mí estaba entusiasmada como una puñetera colegiala, era consciente de que esta podía ser mi única ocasión de escaparme. Ya, claro. ¿A quién quería engañar? Suponía que tendríamos al menos a diez hombres siguiéndonos. ¿Se suponía que tenía que actuar como si su hermano me importase y me muriese de ganas de estar casada con él? Le eché un vistazo a lo que llevaba puesto y suspiré. Pensaba a que irían vestidas como princesas italianas y yo sólo había metido en la bolsa de viaje unas camisetas y un solo par de vaqueros. Por lo menos tenía zapatos.

En cuanto escuché sus pasos, me giré. Ambas chicas se detuvieron para mirarme. ¿Por qué cada vez que alguien que formaba parte de la vida de Gabriel me conocía por primera vez era como si fuese un animal del circo enjaulado? Me había hablado de ellas en la cabaña. Ahora me preguntaba si lo que me había contado era verdad.

Ambas eran preciosas, una más alta que la otra por unos cuantos centímetros; su cuerpo esbelto, largo pelo oscuro y esos impresionantes ojos azules decían a gritos que estaba hecha para ser modelo, tal y como él había mencionado. La otra era igual de imponente, su cuerpo de reloj de

arena se asemejaba más al mío. Aunque había ocultado sus moratones con maquillaje bastante bien, la imagen de su labio roto me encolerizó, y ni siquiera la conocía. Por suerte, ambas llevaban vaqueros, como cualquier mujer normal. ¿Existiría tal cosa en esta familia? La más baja se acercó primero y yo por fin extendí la mano para darle un apretón.

Pareció confundirla e inmediatamente dio unos gritos y me agarró de los brazos para darme un abrazo.

—Ay, Dios. Nunca creía que nuestro hermano mayor llegase a casarse.

No tenía ni idea, pero en absoluto.

—Eh. Pasó todo muy rápido.

—Está claro —dijo la otra chica, contoneándose al acercarse y con una sonrisa igual de cálida y acogedora—. Ah, yo soy Maria y esta es Theodora.

—Hola. —Guau, esto era muy raro. Di un paso atrás, buscando las palabras correctas—. Yo soy Sarah.

—Eso he oído. Eres cirujana. Impresionante, muy impresionante. —dijo Theodora mirándome de arriba abajo una vez más—. Yo me alegro de trabajar en un banco de inversión.

—Gabriel debe de adorarte —añadió Maria.

—Chicas, no sé cómo deciros esto, pero la boda no es… digamos que no ha sido por elección propia. —Por lo menos Dillon no se encontraba en el cuarto. Seguramente se chivaría de mí en cuanto Gabriel regresase. Daba igual, a esas alturas ya no me importaba.

Theodora miró hacia la puerta y frunció el ceño.

—No nacimos ayer, Sarah. Además, nuestro padre lo desembuchó todo sobre quien eras y por qué os conocisteis.

—Entonces sabéis que esto no es lo que yo quiero que pase. Y a vuestro hermano no le gustó mucho. —*Sólo quiere follarme como a un animal en celo.* No podía decirles eso a ellas, claro. Aunque era probable que me castigase más tarde por contarles la verdad, me negaba a actuar como una víctima. Tampoco sería tan estúpida como para intentar pedirles ayuda.

¿De verdad quieres dejarlo?

La vocecita ya había cambiado de bando. La respuesta era un claro: no tengo ni idea.

Maria se rio.

—No conoces muy bien a nuestro hermano. Déjame que te cuente un par de secretos sobre él. Uno. Gabriel siempre ha sido un cabezota que se negaba a seguir los mandatos de la familia. Dos. No ha tocado a otra mujer desde que asesinaron a su ex-prometida. Daría igual que fueses la hija del presidente. Si no te adorase, encontraría otra forma de destruir a su objetivo.

—Llamé a mi hermano para cantarle las cuarenta en cuanto nuestro padre nos lo contó. Pude oír en la voz de Gabriel lo mucho que le importas.

Miré a Theodora, pero me estaba concentrando en lo que Maria acababa de decir.

—¿Prometida? —pregunté. Esa parte no me la había contado. No me extrañaba que fuese tan posesivo.

—Fue una tragedia, estaba tan enamorado... Apenas faltaban un par de semanas para la boda cuando la asaltaron. —Maria frunció el ceño.

—Fue un robo, ¿verdad?

Ambas mujeres se miraron, a Theodora se le daba fatal mentir.

—No se sabe seguro. Como es evidente, él ya lo ha superado. Nos alegramos por él.

—Durante mucho tiempo, fue difícil tratar con él, estaba gruñón todo el tiempo —murmuró Maria.

—Supongo que tenía sus razones —dije ausente.

Escuché a Maria, pero me pregunté por qué Gabriel me había mentido sobre esto en concreto. ¿Porque no quería que me preocupase por mi seguridad? Era una buena suposición, pero ahí no acababa la cosa, estaba segura de ello.

—Se suponía que iba a traerla a Italia para verme —dijo Maria medio suspirando y con tristeza en la voz.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Casi cinco años —respondió.

Había algo en la cronología de los sucesos que me inquietaba, pero ya no es que le diera importancia.

—La has puesto triste, Maria. No estamos aquí para eso. —Theodora se encargó de romper la tensión—. Mira, entendemos lo que está pasando aquí mejor de lo que puedas pensar; nos creas o no, nuestras cadenas no son mucho más largas que las tuyas. La gloria de ser una princesa de la familia Giordano no es tan estupendo como se cree. Nuestro padre aún tiene que dejar atrás el medievo.

—Tiene razón —intervino Maria—. Hay dos soldados esperándonos fuera sólo para llevarnos a casa. Siempre estaba rodeada de guardaespaldas cuando vivía en Italia, no podía ir a ninguna parte sin que hubiese al menos un soldado conmigo en todo momento. ¿Por qué no disfrutamos de la limusina que nuestro querido padre pidió para nosotras y pasamos el día juntas? Compraremos un par de cosas, comeremos algo rico y así igual ves que no estamos tan mal. Creo que entiendes la posición en la que nos encontramos todos.

—¿Alguna vez os han amenazado a alguna? —pregunté mientras observaba cómo Dillon se dirigía a la puerta.

Volvieron a mirarse la una a la otra. Eso era respuesta suficiente para todo lo que no quería preguntar.

—Unas cuantas veces. —Theodora se tocó la cara.

—Siento lo de ese tal Nico. Si te hace sentir mejor, Gabriel le dio una buena paliza.

Sus ojos reflejaron una cólera furiosa por un instante. Entonces, desvió la mirada.

—Gabriel no lo entiende y tampoco hay forma de explicárselo.

—Eso se acerca peligrosamente a admitir que te gusta ese tío, por más que te haya pegado —le dije.

—De eso se trata, no creo que fuera él. Me llamó anoche y…

—¡Theodora! —saltó Maria—. ¿Estás loca? ¿Hablaste con ese cabrón?

Tan pronto se abrió la puerta, los perros se apresuraron a entrar y yo di un paso atrás, observando cómo los cachorritos se acercaban a ellas. Entonces, noté cómo se le iluminó la mirada a Dillon al ver a Maria.

—Pero qué monada —dijo Theodora con voz cantarina. Se dejó caer al suelo para cruzarse de piernas. Los perros estaban locos de contento.

Maria prácticamente estaba babeando por ellos, pero permaneció de pie, incapaz de quitarle los ojos de encima al taciturno guardaespaldas. La atracción entre los dos era parecida a la que yo sentía por Gabriel. Era interesante poder verlo desde fuera.

—Dillon, no sabía que seguías aquí. Yo… —Maria no pudo terminar.

—Maria, estás increíble —murmuró Dillon, pero reculó tras echarme un vistazo—. Quiero decir, Srta. Giordano.

—Dillon, yo no voy a decir nada —le aseguré—. Tomaos vuestro tiempo para poneros al día. Después, nos vamos. —La interacción entre ellos me arrancó una sonrisa auténtica. Era agradable ver a dos personas tan obviamente enamoradas. Me senté junto a Theodora, acariciando a Goldie.

Ella soltó un suspiró.

—Llevan sintiendo cosas el uno por el otro desde hace años. Creo que ella tenía dieciséis cuando se enamoraron, ya te puedes imaginar lo bien que terminó eso. Mucho después se besaron y nuestro padre lo descubrió. Creí que iba a matar a Dillon a golpes, Luciano tuvo que pararlo. Por eso papá permitió que se fuese a Italia. Fue sólo unos meses después de que…

—Asesinaran a su mujer y a su hijo.

—Gabriel te lo ha contado.

—Sí. No sé cómo soportáis vivir así, en peligro constante.

Theodora se rio con amargura.

—Nosotros nacimos en esta vida. Dillon no tiene adónde ir, o al menos eso me dijo.

—Ahora pueden estar juntos.

—No entiendes cómo funciona esto. Mi padre jamás lo permitiría.

—¿Y Gabriel? Él es quién está al mando ahora.

Sonrió tras arrugar la nariz.

—No estoy segura. Se parece más a nuestro padre de lo que quiere admitir.

—No lo sé. —Pensé en la conversación que había escuchado y tuve que reconocer que Gabriel era muy distinto a lo que había pensado sólo un día antes.

Les dejamos pasar un rato a solas y fue Theodora la que los interrumpió.

—Deberíamos ir yendo. No tardaremos mucho, sé que no quieres hacer esto —dijo Theodora lo bastante alto para que Dillon mirase en nuestra dirección.

—Yo cuidaré de los perritos en tu ausencia —me informó Dillon. Sabía que así sería.

Maria se sonrojó antes de apartarse, pero no me cabía duda de la intensidad de lo que sentían el uno por el otro, su reacción inicial era un claro indicio.

Es lo mismo que sientes tú cuando Gabriel entra en una habitación.

Cállate, vocecita. Desde luego, no necesitaba que me recordasen cómo mi cuerpo me había traicionado. Le di un tiró al brazo de Theodora antes de que pudiese levantarse.

—¿A qué te referías con lo de Nico? ¿Por qué no crees que tuviese nada que ver?

Parecía avergonzarse y le lanzó una mirada a su hermana antes de responder. Pareciera que Nico fuese un sucio secretillo.

—Porque llevamos unos meses viéndonos en secreto. No odio la idea de casarme con él. El ataque me pilló por sorpresa y lo que dijo ese gilipollas me asustó. Maria asumió que era Nico y yo dejé que se lo creyera. Por culpa de eso, mi hermano le ha pegado.

—Porque se preocupa por ti.

—Soy consciente, pero va a dar comienzo a una guerra y eso no puede pasar.

—¿Estás segura de que Nico no dio la orden para probar algo?

Sacudió la cabeza.

—El tío que lo hizo no era uno de los hombres de Nico. Los conozco a todos, ¿vale? Por favor, no se lo cuentes a nadie. Por favor. Me desterrarían o algo peor.

Joder, sí que estaba enamorada de ese tío. Supongo que era verdad eso de que todas las familias tienen secretos.

—No voy a decir nada, pero debes tener cuidado. Gabriel está empeñado en vengarse.

—Lo sé. Es un buen hombre, Sarah. Sé que lo que te hizo estuvo mal, muy mal, pero él y Luciano estaban muy unidos. Jamás lo había visto tan devastado, sin contar…

No hacía falta que terminase la frase. Gabriel no se había permitido a sí mismo acercarse a nadie más allá de su familia por lo que le ocurrió a su prometida. Y entonces mataron a su único amigo de verdad.

—Creo que puedo soportar ir hoy de compras. —Cuando me puse en pie, Maria se acercó—.

Tengo una idea —le dije—. Iremos de compras también otro día, pero insistiré en pasar yo a recogeros. —Le lancé una mirada rápida a Dillon y ella enseguida entendió qué insinuaba.

—Creo que voy a disfrutar de tenerte como hermana, a lo mejor hasta más que de mi hermana de verdad.

—¡Oye! —protestó Theodora—. No te pases.

Cuando se echaron a reír, no pude evitar unirme a ellas. Compartían un vínculo especial, igual que Carrie y yo.

Como la gente normal.

Cuando nos encaminamos hacia la salida, me paré para darle a Dillon una palmadita en el brazo.

—Eres un buen hombre. Veré qué puedo hacer.

Una sonrisa burlona le cruzó la cara, y asintió tanto como gesto de respeto como para decirme que guardaría nuestro secretillo.

Conforme nos íbamos, no pude más que preguntarme qué otros secretos oscuros y peligrosos acechaban en las sombras.

En las vidas de ambos.

* * *

Gabriel

—¡Joder! —siseé, encaminadme a la puerta privada que daba al club. Había unos pocos coches en el aparcamiento, algunos no los reconocía, pero los empleados llegarían en nada para abrir. Bruno salió, dedicándome un gesto de asentimiento.

—No está aquí —dijo escaneando los vehículos.

—¿Estás seguro? —Dillon le había pedido a Bruno que revisase las cintas de seguridad del club. Algo más por lo que tenía que reconocerle el mérito.

—Afirmativo. He estado mirando las cámaras desde que llegué aquí tras la llamada de Dillon. Además, el muy gilipollas siempre está presumiendo de ese viejo Trans-Am suyo como si valiese una millonada. Pedazo de mierda.

Entré al local y, sin esperar por el ascensor, subí las escaleras de dos en dos. Irrumpí en mi despacho, echándole la mano al arma. Bruno había sido el que había abierto el club y mandado a Dillon el breve video. Fui hasta el sistema de cámaras y abrí la grabación que había dejado marcada.

—Sabía que era un empleado o un habitual. Debió de esperar dentro hasta que la última persona se marchó —dijo.

Tenía que ser un empleado que trabajase en el club o se habría activado el sistema de seguridad. Sólo unos pocos empleados sabían que había instalado más cámaras en el área privada por si acaso ocurría algo así. Y, aunque nadie tenía la llave de mi despacho, había otras formas de forzar la cerradura. No podía pasar a nadie por alto. Si no me fallaba la memoria, Demarco había sido un ladrón de primera antes de unirse a la familia.

Bruno aguardó a mis espaldas mientras comenzaba a reproducirse el video. El sospechoso se movió hacia el ordenador, asegurándose de que no se le viese la cara, pero no hacía falta.

Le faltaban dos dedos en una mano.

El muy cabrón quiso vengarse. O lo habían contratado hacía meses para robar información pertinente a nuestros negocios. Aunque había actuado clandestinamente, era muy fácil detectarlo como el topo. Yo no creía en coincidencias ni en motivos de conveniencia. Tenía la corazonada de que Demarco había vendido su alma por una buena suma de dinero, o tal vez por la promesa de poder. Dependiendo de lo que hubiese robado, podía significar que todos nuestros negocios ilegítimos podían salir a la luz, lo que permitiría que nos arrebatasen nuestro territorio.

Continué observando cómo Demarco sacaba un lápiz de memoria para insertarlo en mi portátil. Eso era cuanto necesitaba ver. Me desplacé hacia mi ordenador y no me molesté en sentarme mientras navegaba por el sistema de seguridad que había instalado unos días antes. Me permitía ver exactamente qué habían copiado, así como la hora en que sucedió.

El cabronazo había robado la lista de miembros, algo que no me preocupaba. Sin embargo, se había hecho también con parte de la información que almacenaba sobre algunos de nuestros miembros más prominentes para poder usarla de ser necesario.

¿Qué cojones pensaba hacer, extorsionarlos a cambio de dinero? ¿Filtrarle la información a la prensa? No estaba de humor para averiguarlo.

—¿Lo han localizado?

—Sí. Ya le dije al imbécil ese que su coche le metería en problemas algún día. Está en un motel a las afueras. Da la casualidad de que conozco a la tía que lo lleva —dijo con una sonrisa—. Así que, tengo el número de su habitación.

Era un hombre eficiente.

—Si quiere saber mi opinión, jefe, está haciendo algún tipo de entrega —añadió.

No, estaba vendiendo la información en beneficio propio. Si tuviese que adivinarlo, diría que a los Moretti. Joder.

—¿Cómo se llama el motel?

Respiré hondo mientras me daba la dirección.

—¿Quiere que vaya con usted, jefe? —preguntó.

—No, termina con lo que estés haciendo. Ya me ocupo yo. —No perdí el tiempo en dirigirme a mi coche. ¿Cuánto tiempo llevaba pasándoles información? Entre la boda entre Theodora y Nico y los documentos robados, podían limitarse a esperar a que nuestra organización reventase.

Pisé el acelerador, sintiéndome furioso de haber dejado vivir a ese hijo de puta. Lo corregiría ahora mismo. Después, daría comienzo al proceso de aniquilar a los Moretti uno a uno.

El trayecto ocurrió sin incidencias, el Trans-Am de Demarco se encontraba escondido detrás de uno de los edificios. Metí una bala más en el cargador y me dirigí a las escaleras situadas en la parte de atrás, subiéndolas de dos en dos. Presté atención por si escuchaba ruido en alguna de las otras habitaciones. Dada la hora que era, no había casi nadie en ese cuchitril. Mejor, me facilitaba las cosas.

Me acerqué hasta su puerta, espiando con cuidado por en medio de la abertura de un centímetro entre las cortinas. No podía ver a nadie. Sujeté la pistola con las dos manos y miré a ambos lados del pasillo antes de propinarle una patada a la puerta, y cerrarla tras de mí , dándome cuenta de que su arma estaba sobre la cómoda, junto a la puerta que daba a la ducha.

—Pero ¿qué cojones? —Oí su voz ahogada. Me negaba a darle la oportunidad de que cogiese su pistola, así que me hice con ella segundos antes de que abriese la puerta de un empujón y se sorprendiese al verme ahí delante de él.

Lo agarré del cuello, tirando de él para alejarlo del retrete y estrellándole la cabeza contra el espejo. Cuando se partió, él gimió, apoyando las manos sobre el lavabo de golpe, pero fui demasiado rápido para él. Le envolví la garganta con una mano y le presioné el cañón de la pistola contra la sien con la otra.

Él alzó las manos, respirando con dificultad a la vez que intentaba mirarme a través del espejo roto.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Tú que crees? ¿Dónde está?

—¿El qué?

Me reí y le apreté el cuello hasta que resolló.

—El lápiz de memoria.

Reparé en que intentó sonreír y echar la cabeza hacia atrás, preparándose para estamparla de nuevo.

—Llegas demasiado tarde.

—Siento curiosidad, Demarco. ¿Qué te ofrecieron los Moretti para que te vendieras?

Él se rio.

—Irán a por ti. Saben lo de tu zorra. —Volvió a reírse y le estampé la cabeza contra el cristal.

—No estás en posición de amenazarme. —Mierda, no le había dicho a Dillon que no podía salir de casa. Me cago en todo.

—Eres un puto idiota.

—Puede que lo sea, pero al menos yo hoy saldré vivo de aquí. Tú vas a pillar un billete solo de ida al infierno. —Cuando me preparé para disparar, vi que tenía una expresión de lo más

apacible en la cara.

—Dijo que nunca lo averiguarías. Tiene su gracia la traición, viene de donde menos te la esperas.

Quise reírme. ¿Me estaba ofreciendo consejo?

—No te preocupes. Sé exactamente de donde viene.

—Toda jungla tiene una serpiente.

Sus últimas palabras eran interesantes, pero no disuasorias. Apreté el gatillo no una, sino dos veces. Me eché hacia atrás y observé cómo su cuerpo se deslizaba hasta el suelo.

Mientras cogí el móvil para llamar a Dillon, empecé a desvalijar la habitación.

—Dillon, ¿está Sarah a salvo?

—Estoy seguro de que sí, pero sigue fuera con sus hermanas, señor. ¿Por qué?

Me puse recto de golpe, gruñendo al sentir que la sangre abandonaba mi cuerpo.

—¿De qué cojones hablas?

—Theodora dijo que su padre les ordenó llevarla de compras.

¡Joder, joder, joder!

—Se suponía que no podía salir. —Se me había pasado mencionar que iba en contra de las órdenes de mi padre.

—Mierda, no lo sabía, señor —resopló Dillon.

—¿Quién estaba con ellas?

—Un par de los hombres de tu padre a los que no conozco. ¿Ha pasado algo?

—Encuéntralas. Tráelas de vuelta. ¡Ya mismo!

—Sí, señor.

—Envía soldados a que rodeen la casa, y también la de mi padre. Que sea rápido y me importa una mierda lo que diga mi padre, mis órdenes se mantienen. ¿Entendido?

—Totalmente, señor.

¿Por qué demonios me había desobedecido Sarah? ¿Por despecho? ¿Para desafiar aún más mis límites?

—Una cosa más, necesito un equipo de limpieza cuanto antes en un motel en los barrios bajos. —Le di la dirección del motel, sin un ápice de preocupación por si alguien había oído algo. Se avecinaba una guerra, una que podía destruir nuestra forma de vida. No. No podía… No permitiría que eso ocurriera, no importa lo que tuviese que hacer.

Siseando, deslicé la pistola dentro del bolsillo y puse el lugar patas arriba. Cuando por fin encontré el lápiz de memoria pegado con cinta bajo uno de los cajones, no perdí el tiempo. Tenía

que estar viva. Si le pasaba algo, le prendería fuego a toda la ciudad.

Pero solo después de haber descuartizar a los Moretti miembro a miembro.

Nadie le hacía daño a la gente que me importaba.

Nadie volvería a tocar a la mujer que quería.

Si se atrevían a intentarlo, se enfrentarían a la ira de un verdadero monstruo.

CAPÍTULO 15

Capítulo quince

Gabriel

Rabia.

Me recorrió como un incendio. Me paseé de un lado a otro de mi despacho, maldiciendo por lo bajo.

—Ya vienen de vuelta, Sr. Giordano —me informó Dillon, quien percibía que el león enjaulado dentro de mí estaba a punto de escapar, reduciendo a pedazos todo y todos los que se atreviesen a interponerse en su camino.

—Eso mismo dijiste hace treinta minutos, y no te atrevas a decirme que es por el tráfico de Nueva York. —Aunque era parte de la razón.

Hacía al menos dos horas que las chicas se habían ido cuando me enteré. Dos putas horas. Cualquiera podría haberles disparado desde un vehículo o edificio cercano. Aunque Dillon había ordenado que regresaran, estaban tardando mucho en volver. Mi paciencia se había esfumado por completo. Barrí el escritorio con el brazo, sin sentir ningún consuelo en el ruido del cristal al romperse o el golpetazo de mi portátil cuando se estrelló contra el suelo de madera.

Los soldados estaban en posición, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo que intentasen penetrar el sistema de máxima seguridad.

Los perros ladraron durante un minuto entero hasta que Dillon los tranquilizó, susurrándoles unas suaves palabras que no logré captar.

Estampé los puños contra la superficie del escritorio, tratando de regular mi respiración.

—Está en buenas manos, jefe. Me aseguré de ello.

Exhalando, le lancé una mirada asesina a Dillon. No tenía la culpa de que Sarah se fuese estando

bajo mi protección. Le había dicho que no podía salir, le había explicado las normas. Y las había ignorado.

Podría haber perdido la vida.

Era algo inaceptable.

Era algo que no iba a volver a ocurrir.

—Más vale que lo esté —repliqué. Nunca había estado así de tenso ni enfadado.

Él asintió, consciente de que yo estaba casi al límite.

—La enfermera se encuentra fuera de la ciudad.

—¿Qué significa eso?

—Se ha tomado unas cortas vacaciones, así que no tenemos que preocuparnos por ella.

Casi me rio. Al menos algo había salido bien estos últimos días.

Pasaron dos minutos de reloj y la tensión continuó yendo en aumento. Me sonó el teléfono y supe exactamente qué podía esperar.

—¿Qué cojones has hecho, ordenándole a unos putos soldados que rodeen mi casa? Mis hombres ya hacen un buen trabajo.

—¿Sí? Bueno, pues las cosas están a punto de ponerse feas, papá. Ya me lo agradecerás más tarde.

—¿Qué coño está pasando?

Tras explicar la situación, noté que Dillon estaba aún más furioso. Se había acercado dos veces a la ventana, observando al exterior para asegurarse de que los hombres estuviesen guardando la retaguardia.

—Quiero una puta reunión con Joseph Moretti mañana.

—Después de lo que has hecho, tendrás suerte si no te mete una bala entre ceja y ceja.

—Entonces sabremos que es él la persona obcecada con acabar con nosotros —Respire hondo antes de decir nada más—. Cosa que no me trago.

A papá le pillaron desprevenido mis palabras.

—¿En qué estás pensando, hijo?

—Tú organiza la reunión, papá.

—Veré lo que puedo hacer, más vale que no te equivoques —gruñó.

Sí, más me valía.

—Hijo de la gran puta —dijo Dillon por lo bajo.

—Sí, eso vale para todos. También me podrías meter a mí en esa categoría.

Sacudió la cabeza, esbozando una sonrisa.

—No, si quiero seguir viviendo.

Alcé las cejas y sonreí. Era un buen hombre y me alegraba de tenerlo de mi lado.

¡Guau! Unos ladridos de felicidad captaron mi atención.

Goldie y Shadow. Mientras los observaba jugar con los juguetes que se habían trasladado a mi despacho, me recordé a mí mismo que Sarah había tenido una vez una vida con la que disfrutaba. Después la había despojado de ella, creyéndolo mi derecho. Los perros eran prueba de que me había estado perdiendo lo que significaba de verdad vivir. Me había cerrado en banda hacía años, pero me había hecho falta traer a esa mujer precoz a mi vida para ser capaz de reconocerlo.

Aunque no me atrevía a pronunciar las palabras en voz alta.

Debilidad.

El puñetero mundo seguía atormentándome.

Desde que tenía uso de razón, me habían enseñado que exhibir cualquier signo de debilidad precipitaría mi muerte. No sabría cuándo o cómo, pero los enemigos tenían buena memoria. Había aprendido a encerrarme en mí mismo, a no preocuparme por nadie salvo dos excepciones. Ahora ambos se habían ido. Maldita sea. Shadow notó que lo estaba mirando y se lanzó hacia delante, sacudiendo el trasero; los movimientos de su cola me recordaban a un helicóptero. Nunca se me permitió tener mascotas. Nunca llevé a una chica a casa de mis padres. Esas eran cosas simples y cotidianas que sucedían en casi todas las casas. A mí me resultaban un concepto desconocido. Me incliné para rascarle tras las orejas y sus dulces resoplidos me arrancaron una sonrisa.

—Les cae usted bien —dijo Dillon con voz queda.

—Ya, les cae bien todo el mundo.

—Eso no es verdad. Los perros tienen un sentido innato para detectar la maldad.

Levanté la cabeza, riéndome a desgana.

—¿Y tú eres un experto en el tema?

—Cuando era muy joven, tuve un perro. Lo era todo para mí. —Dillon podría ser todo un maestro en enmascarar sus emociones. Había visto más emociones por su parte en dos días que en todo el tiempo que lo había conocido.

Con una única excepción.

Después de perder a su mujer, se había dejado llevar, en su mayor parte con brotes de rabia incontrolable. Luego, lo había envuelto una calma excesiva; su silencio era una clara señal de que podía explotar en cualquier momento. A su favor, debía destacar que aún no había pasado. Pero no era un hombre feliz.

Esa parecía ser la norma en la casa Giordano. Pensé en Demarco y fui incapaz de dar con la razón por el que todo ese intercambio me había molestado tantísimo. ¿Qué estaba pasando por

alto?

Respiré con dificultad un par de veces mientras bajaba la cabeza y unas imágenes de ella barría mi mente. Joder, tenía que recuperar el control de mí mismo. Volvía reproducir en mi cabeza lo que había dicho Demarco y supe que estaba pasando algo por alto. ¿Qué cojones estaba pasando?

Cuando alguien deslizó una copa por mi escritorio, alcé la cabeza de golpe.

—La necesita, Sr. Giordano.

Estaba tan harto de escuchar mi apellido que ya no podía más.

—Puedes tutearme, hace mucho que nos conocemos. Yo no soy mi padre. —Si lo repetía las veces suficientes, a lo mejor terminaba por ser verdad.

—Bébete el whisky, Gabriel. Necesitas tranquilizarte.

Cualquier otro día me habría puesto de mala hostia, pero hoy no. Tenía razón, eso era exactamente lo que necesitaba. ¿Por qué ella se había metido bajo mi piel hasta el punto de no poder pensar claro?

Porque ha atravesado esa barrera de acero que levantaste a tu alrededor. Porque puede manejar a la bestia. Porque desea lo que tú ya no puedes darle.

¿Era eso verdad? ¿Era yo incapaz de ser el hombre que ella necesitaba, no sólo el monstruo horrible que le había dejado ver?

—Ella te importa —comentó. No era una pregunta ni un intento de faltarme al respeto, solo una afirmación que él consideraba la verdad.

—Sí, me importa —admitirlo fue más fácil de lo que pensaba.

—Pues demuéstraselo.

Lo estudié durante unos segundos, asintiendo, porque tenía razón.

—Creo que ya es demasiado tarde para eso.

—No, jefe. Nunca es demasiado tarde. A ella también le importas tú, pero los dos sois demasiado cabezotas como para reconocerlo. Sé por qué fuiste a por ella, pero es evidente que tenéis una fuerte conexión. Eso es la verdad que está bajo lo que ambos compartís, no el negocio en el que te viste obligado a tomar parte.

Joder, ¿cuándo se había vuelto tan listo?

—Puede ser, pero a menudo hay cosas que no se pueden cambiar.

—Eres tú quien manda sobre el imperio Giordano, así que hazlo a tu manera. Cambia las cosas, impón reglas diferentes, reduce el número de enemigos. Tu objetivo debería ser hacer cuanto sea necesario para ser feliz, si no, te arrepentirás.

Jamás se podrían decir unas palabras más ciertas.

—Destruiré a los Moretti.

—¿Estás seguro de que Nico fue el responsable?

Otra verdad era que no estaba seguro. Había visto una expresión en los ojos de mi hermana que me había atormentado. Había estado conmocionada, herida emocionalmente, pero no enfadada. Eso no me gustaba ni un puto pelo.

—Vamos a hacer planes para acorralar a algunos de sus soldados como otro aviso más.

Abrió mucho los ojos y me resultó evidente que quería mostrarse en desacuerdo. Miró a un lado antes de responder:

—Sí, señor. Lo que sea que tú creas es lo correcto. —Fue hasta mi escritorio y recogió mi portátil hecho trizas. A continuación, cogió mi copa vacía y fue hasta el mueble bar para rellenarla.

Lo correcto.

No era una expresión habitual en el vocabulario de los Giordano. Aquí estaba yo, en una casa que estaba decidido a odiar y bebiendo un caro whisky escocés mientras esperaba a que la mujer de la que me había enamorado fuera devuelta a la seguridad de la casa. Llevaba encima la sangre de Demarco como otra insignia de honor, descansando sobre mí desde el momento en que apreté el gatillo.

Yo era un hombre asqueroso y retorcido.

Pero no había duda de que Dillon estaba en lo cierto sobre una cosa, yo lideraba el imperio. Era mío y podía hacer con él lo que me placiese. Haría cambios.

—Sin embargo, debes saber que por la calle se dice que eres vulnerable.

Casi me rio.

—¿Y eso te sorprende?

Era obvio que no quería responder.

—No saben de lo que eres capaz.

—¿Y de qué soy capaz?

Tampoco lo había visto nunca tan incómodo.

—De matar a cualquiera que se interponga en tu camino. —Rellenó el vaso dos tercios y dudó antes de darse la vuelta. No, él no tenía ni idea de qué pasta estaba hecho yo. Todavía tenía que dejarlo claro. Había reaccionado ante los problemas en lugar de elaborar un plan; desde luego, no era una característica de la me enorgulleciera.

Lo que me parecía interesante era que, hasta hacía unos días, nunca había eliminado a nadie. Eso había sido decisión de Luciano. El darme cuenta de que mi reputación había cambiado tan rápidamente debería haber sido atractivo. Por el contrario, era inquietante de cojones.

Tan pronto deslizó la copa rellena sobre la mesa, escuchamos unas risas que venían del vestíbulo. Di la vuelta a la esquina y me encaminé a grandes pasos hacia la puerta principal.

Tanto Maria como Theodora estaban cotorreando y riéndose mientras dejaban unas cuantas bolsas sobre el suelo de granito. Para mi grata sorpresa, Sarah parecía feliz, sonriendo mientras terminaba de narrar la historia que estaba contando. Los perros vinieron corriendo desde mi despacho al oír su voz y las tres chicas se deshicieron en elogios mientras los perritos aullaban y ladraban, contentos de que Sarah estuviese en casa.

Casa.

Como si alguna vez fuese ella a considerar esto su casa.

—Ay, mis bebés. Os he echado de menos. Pude que tenga una chuche o dos dentro de estas bolsas —dijo Sarah, todavía riéndose. Había mucha alegría en su tono, algo que no creí volver a escuchar de nuevo.

—Y la tía Maria y la tía Theodora igual os han comprado unos juguetitos —añadió Theodora.

Ella había sido la que le rogaba a nuestro padre por un perro en cada navidad y en cada cumpleaños. ¿Cuántas lágrimas había derramado porque le dijera que no una y otra vez?

Maria fue la primera en verme, se le iluminaron los ojos cómo le no había visto hacerlo en muchísimo tiempo.

—¡Gabe! Tu prometida es increíble, la adoramos —declaró. Entonces se le abrieron los ojos de par en par al reparar en la sangre en mi camisa. No era nada que no hubiese visto antes, aunque supongo que cuando se marchó a Italia, sólo había sido en nuestro padre. Percibí unos segundos de miedo antes de que disimulara dicha emoción.

—Sí que la adoramos. Está como una cabra, llevamos horas riéndonos —susurró Theodora. Un solo tic nervioso hizo su aparición en la comisura de su boca cuando le echó un vistazo a la mancha en el frontal de mi camisa. Tuve la sensación de que le aterraba que hubiese matado a Nico, pero la conocía y no preguntaría nada delante de Sarah.

Mis dos hermanas parecían ignorar mi enfado en ebullición. Sólo Sarah percibía mi mal humor, girándose hacia mí con expresión pensativa.

—¿Qué cojones os pensabais que estabais haciendo? —estallé, apenas capaz de controlar la respiración—. Sarah, a mi despacho.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —rezongó Maria—. Padre dijo que querías que la llevásemos de compras.

—Eso fue idea suya, no mía. Yo le dije que no podía ir a ninguna parte, pero Sarah decidió desafiarme. —Di dos pasos al frente y Theodora se interpuso entre nosotros.

—Contrólate, hermano. ¿Qué cojones te pasa? No es una prisionera. —Se rio a medias después de decirlo—. Ay, tonta de mí. La secuestraste, ¿verdad? Así que, sí que es tu prisionera. Y esperas que siga tus reglas después de robarle su vida. Eres un asqueroso hijo de puta.

Jamás la había visto tan avivada, sus palabras de odio eran más fuertes que nada que hubiese escupido en años.

—¿Por qué hay guardas fuera? Debe de haber al menos diez —preguntó Sarah, la voz le

temblaba a causa del enfado.

—Hay muchos más, y en casa de mi padre también —le repliqué, pasándome la mano por el pelo. El alivio me producía un malestar casi tan grande como la preocupación.

—¿Por qué? —quiso saber Maria—. ¿Qué está pasando?

—Son negocios, hermana.

—Me cago en todo, Gabriel. No somos niñas —siseó Theodora.

—No, pero sí estáis en peligro y mi trabajo es protegeros. Ve a mi despacho, Sarah. No me hagas pedírtelo otra vez. —Joder, me estaba volviendo loco.

—¡Déjala en paz! —añadió Theodora.

—No pasa nada —intervino Sarah, cortante. Bajó los ojos y vi la preocupación en su mirada. Después sacudió la cabeza, como comprendiendo lo que yo había hecho—. Haré lo que me pide.

Pedir.

¿Aún se me pensaba que se lo estaba pidiendo?

—Sí que pasa. —Se metió Maria.

—Sé cómo tratar con él. —La voz de Sarah estaba cargada de desafío.

—No tendrías porqué —discutió Theodora—. Mi hermano no es así.

Respiré hondo, conteniendo la respiración por unos segundos antes de dirigirme a ella.

—Así *es* como soy. Así es exactamente como debo ser. Las cosas han cambiado, ahora estoy yo al mando y así es cómo va a ser. Vosotras dos tenéis que volver a casa de vuestro padre y quedaros allí.

—¿Cómo que quedarnos allí? —se rebeló Maria.

—Ya me has oído. No saldréis de casa en ninguna circunstancia.

Sarah negó con la cabeza.

—Has empezado una guerra.

—Sí, mi preciosa criatura. Eso he hecho.

Pude ver el fuego en la mirada de Theodora y, cuando se me abalanzó encima para cruzarme la cara, me resistí a reaccionar. Dillon me la quito de encima, sosteniendo su cuerpo que no dejaba de agitarse mientras me escupía palabras de odio.

—Eres un puto capullo, Gabriel. No mandas sobre mi vida, ni sobre la de Maria o la de Sarah. Entérate, no eres Dios.

Exhalando, giré la cara hacia mi hermana.

—Sí que lo soy —enuncié.

La expresión de sus miradas lo decía todo. Nunca lo olvidarían ni me perdonarían. Pues que así fuese si conseguía mantenerlas con vida.

Maria le apretó el brazo a Sarah, susurrándole unas palabras que no alcancé a oír.

—Lo siento mucho.

—Estaré bien —insistió Sarah mientras pasaba por mi lado para adentrarse en el salón, con los cachorritos a la zaga.

—Dillon, asegúrate de que mis hermanas lleguen seguras a casa de su padre. Acompáñalas hasta dentro.

—Sí, señor —respondió él—. Vamos, señoritas.

Theodora se paró antes de que la empujasen hacia la puerta, fulminándome con la mirada como tantas veces antes.

—¿Qué te ha pasado, hermano? Eras una persona diferente. Oh, y la última vez que lo comprobé, también era tu padre.

Mi interior hervía de rabia, nublándome la vista, pero estaba dirigida a mí mismo. Había permitido que la situación se me fuese de las manos. Había caído en la trampa de mi padre de usar la fuerza para conseguir lo que quería. Cuando la puerta se cerró con un portazo, cerré los ojos y me rasqué la mandíbula, pensando en qué decirle a Sarah.

Me recorrió una avalancha de emociones, la mayoría con unos bordes puntiagudos que me cortaban la piel. Me merecía sentir toda la furia y el odio, pero mis hermanas no tenían ni idea de lo mucho que me despreciaba a mí mismo.

De vuelta a mi despacho, noté lo aséptica que parecía la atmosfera. Mi preciosa cirujana se encontraba de pie con los brazos cruzados, observando el desastre que había armado en mi arranque de ira.

—¿A quién has matado? —preguntó con tanta calma que me pilló desprevenido.

—A un traidor.

—Dice el juez y el jurado.

—Lo pillé con la cámara de uno de mis clubs.

Eso la sorprendió. Cuando alzó la mirada para encontrarse con la mía, se apoderó de ella otra oleada de tristeza.

—¿Estás herido?

Le eché un vistazo a mi camisa y suspiré.

—No, pero sí que estoy preocupado. Me han robado una información que podría resultar perjudicial.

—De verdad crees que estamos todos en peligro.

Me acerqué más a ella, solo deseando envolverla en mis brazos, mantenerla pegada a mí.

Y a salvo.

¿Tenía yo lo que hacía falta para lograrlo?

—Así es. Y creo que tú te has convertido en un objetivo.

—Porque yo te importo. —Sus palabras era tan frías, tan indiferentes…

—Sí, mi preciosa Sarah, me importas. El que se sepa se usará contra mí.

—Así funciona tu vida.

—Así funciona nuestra vida.

Se rio antes de recoger unos cuantos papeles, ahuyentado a los perros para que se alejasen de los cristales rotos. A continuación, cogió mi copa y se la terminó de un solo trago.

—¿Sabes de qué me di cuenta hoy después de pasar el rato con tus hermanas?

—¿De qué?

—De lo normales que parecían. Ajenas a todo. Como ellas podían reírse, también pude yo. He disfrutado pasando el rato con ellas. Y después pasa esto. No sé por qué pensé que a lo mejor estabas cambiando. ¿Verdad que es ridículo?

—A mí me parece asombroso —dije sinceramente.

Ella me estudió durante unos segundos antes de volver a hablar.

—No puedo casarme contigo, Gabriel. Aunque pronunciase las palabras y firmase el certificado de matrimonio, cosa que podrías obligarme a hacer, eso no haría que estuviésemos casados, ni ante los ojos de Dios ni ante los míos.

—Te aseguro que haré que te merezca la pena. Tendrás tu propia cuenta bancaria, tarjetas de crédito, lo que necesites. Y, como te prometí, puedes volver a ejercer tu profesión, con ciertos límites, claro. Puedes tener la boda de tus sueños, con todo lo que quieras y donde quieras. —Me fascinaba que estuviese dispuesto a hacer cualquier cosa para hacerla feliz.

—Dios mío, antes no me escuchaste. Que le den al dinero. Que les den a las cosas bonitas. No puedo casarme contigo porque tengo miedo de perderme en ti. —Estaba exasperada y cerró los ojos con fuerza.

—Eres importante para mí, Sarah. No puedo poner en riesgo tu seguridad en ninguna circunstancia. En estos momentos, hay muy pocos que no sepan que me perteneces.

—O sea, que me usarán contra ti.

—Sí.

Sí que la había escuchado antes, pero lo cierto era que me aterraban más de lo que quería admitir. Tenía razón. Comprarle cosas nunca sería algo que le importase.

Se notaba que sentía tanto sus palabras que me dejó descolocado. Tan pronto brilló el amor en

sus ojos azules, esa emoción profunda se vio reemplazada por incertidumbre y enfado hacia sí misma por haber admitido otra cosa más.

—Además, necesito sinceridad y alguien que comparta su vida conmigo, y que no sólo intente mantenerme protegida como si fuese demasiado frágil como para afrontar la verdad.

—Eres de todo menos frágil, Sarah. Eres la mujer más fuerte que he conocido nunca.

—Entonces no me ocultes nada de tu vida.

—Hay cosas que no querrás oír.

Soltó una carcajada.

—Te aseguro que he oído cosas peores. Solo sé sincero conmigo.

—¿Acaso te he mentido? Te dije desde el principio que no intentaba ser un buen hombre. Tal vez ni siquiera me sea posible serlo. Pero, te lo creas o no, sí que puedo comprender y sí que soy capaz de amar. Puede que tú no lo veas, pero es así. No soy inhumano del todo. Tristemente, ciertas decisiones que he tomado nos han situado a mi familia y a mí en una posición precaria, pero lo que no entiendes o no aceptas es que no tuve opción a la hora de entrar en esta vida. Tomar el relevo era obligatorio.

—Tuviste la oportunidad de largarte y la aprovechaste. Hay que tener agallas para eso.

Agallas. No tenía ni idea de lo mucho que me había afectado el marcharme.

—Pero me vi obligado a volver.

—Por mi culpa.

—No, Sarah. Estuvo mal de mi parte decir eso. Tú no causaste nada, fue el destino el que intervino. Estaba demasiado ciego para verlo antes. Estaba demasiado cabreado para pensar con claridad.

Sarah aportó la vista por un instante.

—Me has pregunta si creo que me has mentido alguna vez y la respuesta es sí, me has mentido. Acerca de tu prometida. Ella era el amor de tu vida y, desde entonces, te encerraste totalmente en ti mismo. No solo dejaste que ganara tu familia, sino también quien quiera que la matara. ¿Es que no lo ves?

Me cago en la puta.

Otro cuchillo me atravesó las entrañas.

—Tienes razón, Sarah. Sí que me encerré en mí mismo. No tienes ni idea de lo que es pensar que alguien ha muerto por tu culpa. —Mis palabras nos golpearon a ambos con la total comprensión de lo que compartíamos y todo lo que necesitábamos.

El uno al otro.

Hice una mueca, respirando hondo varias veces.

—Joder, lo siento, Sarah. Eso ha sido cruel de mi parte.

Ella negó con la cabeza unas cuantas veces.

—Sí que lo ha sido, pero no era tu intención.

Pero ¿qué cojones me pasaba?

—Por cierto, ¿alguna vez te has parado a pensar que a lo mejor quería saber más de ti? Puedo que esto sea un juego para ti, Gabriel, pero para mí es algo inimaginable, sobre todo las cosas tan fuertes que siento por ti. —Se rio amargamente y se le escapó una única lágrima. Cuando intenté secársela, dio un paso atrás, negándose a dejarme tocarla.

Joder, odiaba que hubiese esta tensión entre nosotros.

—Sabes lo suficiente como para odiarme y quizás sea así como debe ser. —El vacío de mi voz era la verdadera medida del intenso dolor de mi corazón.

—El problema es que no puedo odiarte. —Inspiró profundamente y apartó la mirada—. Ella te pidió que te distanciaras de tu familia, ¿no es así?

Reflexionar sobre el pasado no serviría de nada a estas alturas, pero era difícil no dedicar unos segundos a recordar.

—Sí, Mary insistió en ello. Al principio le dije que no porque disfrutaba de ser el hijo de un poderoso don de la mafia en la universidad. Lo que te dije antes era la verdad, simplemente omití el motivo final por el que rompimos.

—Más tarde le preguntaste si volvería contigo si denunciabas a tu familia.

—Sí.

—¿Sabes quién la mató?

Sarah no iba a dejarlo correr.

—Creo que lo sé.

—La familia de Nico.

Le aparté un mechón de pelo de la cara, tomándome unos segundos para acariciarle la piel. El mero hecho de tocarla me calmaba, como si formase una burbuja a nuestro alrededor hecha de un material impenetrable. ¿A quién quería engañar? La burbuja podía explotar en cualquier momento.

—Sí.

—Por eso los odias tanto.

—No es esa la única razón. Aunque me empiezo a preguntar si alguna de mis acusaciones es correcta.

—Pues entonces no continues con la violencia.

Sacudí la cabeza, resoplando.

—Ojalá fuera así tan fácil.

—Solo para que conste, yo nunca te pediría que renunciases a aspectos importantes de tu vida. —Se sopló el mismo mechón de pelo para apartárselo de la cara, arrancándome una sonrisa. La envolví entre mis brazos y respiré su perfume, ansiando devorar cada milímetro de su cuerpo.

Posó las manos en mi pecho, clavando su mirada en la mía.

—Solo para que conste, encontraría una forma de dejar mi vida por ti —le confesé.

Se le abrieron mucho los ojos y su expresión se relajó.

—Serías un tonto.

—Me han llamado cosas peores —bromeé.

Bajé la cabeza y le mordisqueé el lóbulo de la oreja varias veces, disfrutando de la forma en que su cuerpo temblaba entre mis brazos. Al apartarme, por la forma tan intensa que tenía de mirarme daba la sensación de que podía ver mi alma. Desde el minuto uno había sentido que podía ver lo que había debajo de la máscara.

—Y estoy segura de que no será la última vez.

—Y tú participarás en ello. Ahora tenemos que solventar unos asuntos. Me has desobedecido.

—Creí que habías cambiado de parecer cuando se presentaron tus hermanas.

—Cuando te doy una orden directa, la sigues.

—Dice Dios reencarnado.

La apreté contra mí, negándome a soltarla.

—Tengo mis razones, Sarah. ¿Todavía no lo ves?

—Lo que creo es que no tienes ni idea de lo que pasa a tu alrededor. Nico no dio la orden de que pegaran a tu hermana. —Nada más terminar la frase, contuvo el aliento.

—¿Por qué lo sabes?

—Simplemente lo sé, ¿vale? A ella le gusta él.

Entrecerré los ojos, medio riendo.

—Sí, lo sé. —¿Me estaba ocultando algo? En este momento no la presionaría, pero podría resultar necesario—. Igual que sé que Maria y Dillon están enamorados.

Profirió un grito ahogado y regresó un poco de brillo a sus ojos.

—¿Lo sabías?

—No quería tener nada que ver con los negocios familiares, Sarah, pero eso no significa que estuviese ciego. Pues claro que lo sabía. Dillon la lleva queriendo desde antes de casarse con una muy buena chica después de que Maria se fuese a Italia. Nuestro padre se negó a permitir su unión.

—Por eso se marchó Maria.

—Técnicamente, por eso la desterraron.

—Por Dios —medio susurró—, ¿qué le pasa a tu padre? ¿Y qué hay de tu madre? ¿Cómo puede consentir que traten a sus hijos de esa manera?

—Mi madre sabía bien en dónde se metía cuando se vio obligada a casarse con él. Así son las viejas costumbres, eran las de mi abuelo y las de su padre antes que él. La verdad es que mi madre ha conseguido suavizar a mi padre a lo largo de los años.

—No me quiero ni imaginar cómo sería antes. Lo siento si mis palabras te disgustan. Jamás permitiría que nadie tratase a mis hijos de esa forma.

—Esa es otra de las razones por las que te adoro —dije.

Un ligero sonrojo le subió por los pómulos.

—Pues, para que lo sepas, Maria odia a tu padre por lo que hizo y te odiará a ti si no rompes esa regla.

No tenía ni idea de que decirle. Me había visto obligado a enfrentarme al hecho de que me había ido de boca al hablar de modificar la organización de mi padre. Ahora me comportaba como si ese método fuese el único que funcionase.

—A su debido tiempo.

—Bueno, igual todavía hay esperanza para ti después de todo. No era mi intención alarmarte.

—Pues eso hiciste, y también preocupaste a tus cachorros.

Se permitió sonreír antes de mirarlos.

—Amor incondicional.

Le acuné ambas mejillas, acercándola a mí.

—Podría haberte perdido. Eso me carcomía por dentro, dejar libre a la bestia que mora en el interior de cada miembro de esta familia.

—No me has perdido. Estoy aquí mismo.

—No lo entiendes.

—Si de verdad lo crees, entonces ayúdame a entenderlo. No lo del peligro, eso lo pillo. En tu mundo, la violencia puede darse en cualquier momento, por eso siempre llevas un arma contigo. Necesito saber sobre ti. ¿Por qué te importa lo que me pase?

Sabía exactamente qué era lo que estaba buscando. Al bajar la cabeza hasta que nuestros labios casi se rozaron, el ansia dentro de mí continuó creciendo. Quería negar cómo me sentía, aunque fuese sólo para protegerla, pero, joder, no soportaba la idea de dejarla ir.

—Te quiero, Sarah. No sé si eso es suficiente, pero es como me siento.

Me agarró la camisa con ambas manos y alzó la barbilla mientras yo la sujetaba con fuerza . La

expresión en su mirada bastaba para desmontarme, para separar todas las partes feas que habían ido enmarcando mi ser. Ella tenía la capacidad de ver por dentro al hombre que llevaba años ocultándose, negándose a aceptar al monstruo. En cierto modo, había creado un refugio a mi alrededor, su mera sonrisa era un recordatorio de que no todo debía ocultarse de la desdicha real.

Cuando por fin capturé su boca, le abrí los labios, respirando el aire de sus pulmones y rezando porque la luz de su alma pudiese hacer a un lado el enfado y el odio. Mientras ella se aferraba a mí, me dejé atrapar en una red de anhelo, ignorando el dolor y la presión, la ansiedad que me atormentaba. Puede que yo le hubiese salvado la vida, pero ella era la única que podía salvar mi alma.

Mientras el beso se convertía en una manifestación de nuestro intenso deseo, se puso de puntillas y me envolvió la nuca con sus largos dedos. Se produjo una explosión de sensaciones, de un hambre más pronunciada que antes. No podía imaginarme mi vida sin ella, a pesar de saber que había una posibilidad de que yo destruyese todo lo bueno dentro de mí. Ya no me importaba. Era mía. La había reclamado desde el instante mismo en que le puse los ojos encima. Ahora no había nada ni nadie que se atreviera a separarnos.

Cuando le deslicé la lengua dentro de la boca, adueñándome de ella, gimió entre mis brazos. Su cuerpo tembló y sus dulces ruiditos eran combustible para el fuego voraz que ardía en mi interior. Cada sonido quedaba en segundo plano, lo que prevalecía eran los latidos irregulares de nuestros corazones. Su sabor resultaba agridulce, un recordatorio de que nuestra conexión era frágil.

Cuando al fin interrumpí el momento de intimidad, ella cerró los ojos y se relamió los labios.

—Lo siento.

—¿Qué? —murmuré.

—No haber confiado en ti antes.

Parpadeó unas cuantas veces y ver lágrimas en sus ojos fue como una puñalada en el corazón. ¿Cómo cojones podía protegerla? Soltando el aire, me aparté unos centímetros, sin retirar la mano con la que le acunaba la mandíbula.

—Tienes que saber que sólo quiero lo mejor para ti.

—Por algún loco motivo, te creo.

—Me alegro. —Puede que eso le salvase la vida algún día.

Bajó la mirada y se mordió el labio.

—Entonces, castígame.

Solo el sonido de su voz fue suficiente para que la bestia que vivía dentro de mí saliese a la superficie. Dejé que una ráfaga de aire caliente le barriese la cara antes de apartarme del todo. En cuanto vio que terminaba de despejar mi escritorio, no hizo falta que le dijese qué hacer. Sin apartar su mirada en ningún momento de la mía, se desabrochó los vaqueros y se los bajó por las caderas. Ojalá entendiese lo mucho que deseaba meterle la polla profundamente y satisfacer cada una de sus fantasías.

Lo haría pronto. No obstante, ahora necesitaba aprender una valiosa lección. Todavía tenía que comprender de verdad lo inestable que era mi posición o lo mucho que su presencia me había cambiado. Mis instintos no dejaban de guiarme hacia una conclusión completamente distinta de la que me había esperado al tomar las riendas.

Había otro enemigo esperando entre bastidores.

Podía hacer una lista con posibles candidatos, incluidos agentes de la ley, pero quien quiera que fuese había aguardado su momento para atacar como una serpiente. La muerte de Luciano había acelerado sus planes. A mi modo de ver, solo había una forma de hacerlos salir de su escondite.

Utilizar a Sarah como cebo.

Tendría que aprender a confiar en mí para poder mantenerla a salvo. Que siguiese mis órdenes sin dudar era la única forma de protegerla.

Apenas podía quitarle los ojos de encima, mi sistema al completo estaba sobrecargado por la adrenalina que me recorría. Nunca había querido acercarme a nadie aparte de mi familia tras la muerte de Mary. Supe, desde el segundo en que me enteré de su asesinato, que se había visto envuelta en los asuntos familiares, que me la habían arrebatado para dejarme algo en claro. Hasta este día, la persona responsable nunca había dado la cara para fanfarronear de ello como era habitual. Era como si la historia se estuviese repitiendo.

Con el cuerpo tenso, volví a centrar mi atención en Sarah. Se había quitado la ropa y la imagen de su cuerpo desnudo me robó el aliento. Ella no me estaba mirando a mí, sino a la ventana, como si allí fuese a encontrar la respuesta a por qué seguía sintiéndose atraída por mí.

—Quédate dónde estás —le dije antes de abandonar la habitación e ir a por una escoba y un recogedor. Era hora de que aprendiese a limpiar mis propios desastres. Había entrado en muchas habitaciones donde mujeres despampanantes eran las protagonistas, paseándose con vestidos de a saber qué diseñador para atraer la atención sobre ellas. Jamás había prestado suficiente atención como para recordar un solo nombre.

Entrar en mi despacho tuvo un efecto completamente distinto. Sarah me robaba el aliento bajo cualquier circunstancia, pero hoy hasta su piel parecía brillar. Podía notar que estaba nerviosa, aunque no fuese la primera vez que iba a recibir un castigo. Hoy todo era diferente.

Se quedó delante de la ventana mientras yo limpiaba los restos y vaciaba el recogedor en la papelera. Cuando le indiqué que se acercase con un dedo, respiré hondo; la cabeza me daba vueltas. Mientras se aproximaba, pensé una vez más en lo mucho que me parecía a mi padre.

Frío.

Despiadado.

Inclemente.

Incapaz de dar la clase de amor que alguien tan especial como Sarah necesitaba. Le había dicho que la quería e iba en serio, pero había una diferencia entre decir algo y demostrarlo.

—Túmbate sobre el escritorio —le indiqué.

Me miró durante unos segundos antes de hacer lo que le pedía. Este era un momento de inflexión que no me había visto venir. No le había contado que quería tener una familia y un hogar que no fuese la fría representación de la vida en que me había visto obligado a criarme.

Mientras me aflojaba el cinturón, lo único en lo que podía pensar era en encontrar una casa en otro estado, en un lugar donde no hubiese demostraciones de violencia en la calle ni gente atemorizada. Un lugar donde los vecinos hablasen los unos con los otros de forma habitual y disfrutasen de barbacoas al aire libre en verano. Un precioso paraje donde la hierba estuviese siempre verde y las flores floreciesen trescientos días al año.

El lugar perfecto para formar una familia, que se completara con dos perritos adorables.

Donde las fiestas fueran importantes.

Donde las risas llenasen el ambiente.

Y donde los niños estuviesen a salvo sin temor a que los secuestrasen en plena calle.

Un hermoso lugar llamado serenidad.

Ojalá existiese de verdad, y no solo oculto en los rincones más oscuros de mi mente.

Por Sarah, caminaría sobre fuego para encontrar un hogar digno de ella.

Incluso aunque significase atravesar ríos de sangre.

—Para que lo sepas, Mary no era el amor de mi vida.

—¿Entonces, quien? —preguntó, saltándose una inspiración.

—Tú.

CAPÍTULO 16



Capítulo dieciséis

Sarah

Amor.

La convicción en su voz me mantenía entumecida, sufriendo por dentro. Ya no me podía importar menos lo que me hiciese. Escuchar eso había hecho añicos los últimos vestigios de mi determinación. No había lado bueno o malo en mis sentimientos, sólo una realidad que me atormentaría por siempre sin importar lo que pasase. Gabriel estaba enfadado y temía que alguien viniese a por mí. No podría importarle menos lo que le pasase a él.

¡Crack!

Escuché primero el silbido y después el crujido de la muñeca de Gabriel. A continuación, sentí el ramalazo de dolor bajándome por las piernas. Me erguí como un resorte, desde mi posición tumbada sobre el escritorio, jadeando en busca de aire mientras se me empañaban los ojos. Ya me había azotado antes, pero esta vez la agonía resultaba cegadora. Sabía que estaba intentando dejar clara su postura, recordarme cuanto peligro corría yo.

Lo había sentido durante todo el día a pesar de estar protegida por dos hombres corpulentos armados. Su presencia no había perturbado a sus hermanas en absoluto, pero yo los miraba continuamente, esperando a que alguien saliese de cualquier seto para atacarnos. Tardé un par de horas en empezar a relajarme.

Adoraba a las dos mujeres, su entusiasmo y amor por la vida era innegable. Me habían hecho sentir acogida, como si perteneciera a ese lugar. Insistieron en comprar conjuntos bonitos, provocándome sin descanso hasta que me los probaba. Después me habían dado pistas sobre Gabriel, como sólo unas hermanas podrían hacer. Había sido todo tan normal.

Y completamente raro.

Pero me lo había pasado bien, hasta que uno de los guardaespaldas recibió una escueta llamada. Nos sabían sacado de la tienda con prisas ante el disgusto y los gritos de Maria y Theodora. Creí que serían más modositas teniendo en cuenta su educación, me pilló por sorpresa su comportamiento alborotador y que no se quisieran dejar pisotear.

Cuando me moví sobre el escritorio, Gabriel posó la mano en la parte baja de mi espalda.

—Quédate en posición.

Ya sabía cómo iba el tema, si no obedecía empezaría de nuevo. Casi suelto una carcajada, aunque el asunto no tuviese nada de gracioso.

Me di cuenta al instante de que Gabriel estaría enfadado, pero ver la forma en que había actuado me había dejado anonadada. También había hecho que miles de mariposas alzasen el vuelo en mi barriga, tal y como pasó en aquella cafetería. Maria me había pillado pensando en él, o, como ella lo había llamado, embobada por él, y que se me pusiera la cara como un tomate al instante lo confirmó. Al menos no podían leerme la mente, eso habría sido muy incómodo.

Contuve el aliento mientras él me propinaba cuatro azotes seguidos y flotaban estrellas ante mis ojos. Podía escuchar su rápida respiración. Gabriel se encontraba en una situación de mucho estrés, pero la forma en que me había mirado hacía un momento no sólo me había robado el aliento, sino que me había permitido ver aún más profundamente dentro de su psique.

Entendía que a menudo los deberes para con la familia era como un yugo en la vida de algunos, pero él estaba sufriendo las consecuencias de actuar por su cuenta. No cabía duda de que era un hombre peligroso, por más otros hubiesen perdido la pista de lo brutal que podía ser. También podía ser tierno y cariñoso, atento y excitante, pero rendirme a él por completo significaría perder mi alma y no estaba preparada para eso. Era incapaz de imaginarme la vida que había llevado, las decisiones que se había visto obligado a tomar a lo largo de los años. Se había entregado totalmente a un estilo de vida que él no había escogido. ¿Qué clase de familia le hacía eso a sus propios hijos?

¿Y de verdad él sería capaz de romper ese círculo vicioso?

Me agarré al borde de la mesa y cerré los ojos mientras él hacia restallar el cinturón cuatro veces más. Cuando exhaló, el ruido que hizo fue exagerado y enronquecido, como si esto se estuviera añadiendo a su estrés. Temblé sin control a medida que deslizaba los dedos con lentitud a lo largo de mi espalda. Sabía exactamente qué hacer para que la sangre corriese ardiente por mis venas y la piel me hormiguease solo con una leve caricia.

Cuando dibujó unos círculos con los mismos dedos en una nalga y después en otra, contuve la respiración, la anticipación me estaba matando. El calor que desprendía mi piel era increíble, pero, como ya había pasado antes, estaba mojada por sus gestos bruscos y mi coño ansiaba lo que solo él podía darle.

Mientras el continuaba con los azotes, me perdí en el sonido, así como en los pensamientos que se aceleraban por mi mente. Y las imágenes.

Su cuerpo desnudo.

Su boca justo antes de besarme.

Su polla gruesa y deliciosa.

¡Dios! Me había vuelto loca.

Otros dos golpes violentos más me trajeron de vuelta de la tierra de las fantasías y me hicieron patear y gemir tan fuerte que los perros lloriquearon.

—Ay, Dios.

—Lo has hecho muy bien —dijo con una voz que resultaba casi irreconocible debido a su extrema lujuria. Sabían muy bien que lo vendría a continuación. Me follaría sobre su escritorio para completar su castigo.

Y yo disfrutaría de cada segundo.

Su respiración todavía era pesada, con ese sonido rasposo. Cuando lanzó el cinturón a unos cuantos metros de distancia, me preparé para el momento de éxtasis. Entonces, me cogió entre sus brazos, acunándome contra su pecho. Cuando miró hacia abajo, no estaba preparada para la profundidad de lo que sería testigo durante esos preciosos segundos. Había descubierto su alma, dejándome ver la ira y el odio, la tristeza y el remordimiento. Y la culpa.

Pero también vi algo milagroso. Un renacer. Nadie me creería, puede que ni yo misma me creyese nunca, pero durante esos increíbles segundos en los que subió las escaleras de dos en dos, abrió la puerta del dormitorio de una patada y arrancó la ropa de la cama, nada más importaba.

Sólo nosotros dos.

Dos corazones latiendo a la vez.

Dos almas dañadas aferrándose la una a la otra.

Dos cuerpos preparados para convertirse en uno.

Yo ya me había perdido en él.

Gabriel encendió la luz junto a la cama y curvó los dedos, deslizándolos lentamente desde mi cara hasta el pecho, tomándose su tiempo para que viajasen hasta mi estómago y siguiesen hasta una de mis piernas.

A mí me temblaba todo el cuerpo, las brasas explotaban en llamas teñidas de azul. Esta noche él era alguien totalmente diferente, como si el miedo a perderme lo hubiese sacudido hasta el alma. Su poder emanaba de cada uno de sus movimientos, en el brillo de sus ojos oscuros. Estaba hambriento y su expresión clamaba a gritos todas las cosas malas que me haría, pero había una ligera suavidad en su actitud habitual.

Sus ojos jamás abandonaron los míos mientras se desvestía, desprendiéndose de su ropa como si fuese la primera vez que íbamos a estar juntos. En cierto sentido, así era. Gabriel estaba disfrutando el momento, negándose a permitir que el peligro y la traición que estuviera desarrollándose fuera de esta casa interfiriese con el aquí y el ahora.

El deseo estaba sólo a unos centímetros de la superficie y el cuerpo me cosquilleaba con sus caricias. Ya no podía odiarme a mí misma por ello. Había demasiado electricidad entre nosotros,

una conexión feroz que se negaba a ser ignorada. Él ya no era el animal que yo me había pensado, sino un hombre en busca de su alma gemela, la que creía haber encontrado en mí.

Era una locura.

Era temerario.

Era maravilloso.

Cuando estuvo totalmente desnudo, subió a gatas por la cama, se sentó a horcajadas sobre mi cadera y puso las manos a ambos lados de mí. Este hombre era la perfección absoluta y las sensaciones que me recorrían eran exactamente las mismas que cuando me había hecho suya en el probador. Antes de que pusiese mi mundo patas arriba.

Antes de saber que no era mi caballero de brillante armadura.

Pero ahora, todo era diferente, en esos pocos días parecía que lleváramos meses conociéndonos. Era difícil pensar con claridad, pero él era la fantasía definitiva, un hombre que nunca me dejaría desaparecer de su vista.

Con un solo dedo, lo acaricié a lo largo del pecho, maravillándome por cómo ese simple tacto me abrasaba.

Capté la expresión de sus ojos y volví a temblar. Iba a comerme viva. Bajó la cabeza y respiró profundamente. Después, me sopló aire caliente a la cara y se me pusieron duros los pezones, doliendo como siempre. Giré la cabeza a un lado cuando sus labios se encontraban a tan solo unos centímetros, provocándolo.

Su gruñido fue un claro indicio de que no lo toleraría esta noche. Me mordió la oreja antes de recorrérmela con la punta de la lengua. Su susurro ronco avivó las brasas:

—Esta noche voy a pasarme horas haciéndote el amor. Y después volveré a empezar por la mañana.

Su tono también era distinto, más profundo y rico, un ejemplo de cómo era capaz de dejarse llevar.

—Mmm… —Deslicé la mano hasta su entrepierna, rodeando la cabeza de su polla con la yema del dedo antes de pasar a su sensible hendidura. Ya estaba duro y, al instante de rodear su dureza con la mano, sentí cómo temblaba.

—¿Tienes hambre de mí?

—Sí.

—¿Vas a obedecerme?

—Nunca —resoplé.

—Me imaginaba que dirías eso. Pasarás tus noches en una jaula. —Tenía algo de chispeante el sonido provocador de su voz, sus palabras me excitaban aún más.

—Me escaparé.

—Entonces, te perseguiré. Y ya sabes lo que pasará después. —Capturó mi boca, colando su lengua dentro al instante.

Le rodeé el cuello con el brazo, clavándole los dedos en la piel. Era tan completamente distinto que me robaba el aliento. Su pasión era más profunda, explotando entre nosotros como un fuego voraz. Eché una pierna sobre la suya, intentando tirar de él hacia abajo. Como era de esperar, se resistió. Este hombre siempre necesitaría estar al mando.

La idea de hacerme con el control nunca había sonado más apetecible, y me hizo desinhibirme del todo. Perderme en este hombre era especial, peligroso y tan emocionante que mi mente era un borrón. El beso era un rugido apasionado, su lengua recorriendo la mía de un lado a otro. Era como si el tiempo se hubiese detenido y nada pudiese penetrar nuestras defensas.

Aunque mi lado racional sabía que eso no era cierto, en este momento no me importaba. Me protegía una fuerza poderosa, un solo hombre capaz de deshacerse de todos los demonios.

Finalmente, él rompió el momento de intimidad, llevando una mano a mi mentón y alzándome la cabeza mientras me rodeaba los labios con su lengua antes de bajar hasta mi cuello. Mi corazón se saltó unos latidos, la sangre corría por mis venas a toda velocidad mientras él me mordía la piel alrededor de mi pulso.

Gemí. Ya no sentía las piernas, pero el calor en mi entrepierna continuaba creciendo, mi coño contrayéndose y relajándose.

—Qué perfecta —susurró y me mordió otra vez. El toquecito de dolor hizo que se me escaparan unos cuantos gimoteos. Me siguió sujetando con fuerza, paseando el pulgar sobre mis labios de un lado a otro mientras continuaba con sus exploraciones. Con cada larga acometida de su lengua, se me ponía la piel de gallina.

—No veo la hora de poder llamarte mi mujer.

No estoy segura de por qué sus palabras me emocionaron tanto. Matrimonio y compromiso, una tradición honrada. A pesar de que sabía que iba en serio, todavía me impresionaba cómo sonaban sus palabras.

Habíamos hecho un voto salvaje de convertirnos en marido y mujer. Ahora sabía que me protegería con su vida, pero ¿prometería amarme y respetarme? De eso no estaba segura. Supongo que ya no importaba. ¿Se nos permitiría disfrutar de algún tipo de normalidad o intervendría el destino de forma trágica de nuevo?

Sentí un escalofrío al pensarlo, sintiéndome asqueada de que hubiese hecho falta una muerte para juntarnos. ¿Sería la muerte la razón por la que nos separaríamos?

Para ya. Deja de pensar esas cosas.

Cerré los ojos, negándome a permitir que mis propios demonios personales se inmiscuyesen en este hermoso momento.

—¿Qué es lo que deseas de verdad, mi preciosa Sarah?

—¿Que qué deseo? —murmuré mientras él continuaba repartiéndome besos por la piel antes de rodearme el pezón con la lengua, languideciendo ante esa mera acción.

—Sí —gruñó. Ese sonido profundo y ronco resonó en cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Todo.

—Entonces, eso mismo te daré. —Desplazó la cabeza a mi otro pezón, succionándome la punta hasta que creí que iba a perder la cabeza—. ¿Estás mojada para mí, mi niña traviesa?

Traviesa. Había usado el término como un gesto de cariño. Ya no era su zorra ni su posesión. Yo era su… todo.

—Sí.

—¿Tienes hambre de mí?

—Siempre. —Era la verdad.

—¿Siempre?

Cuando me pellizcó el pezón, retorciéndolo hasta que gemí de dolor, supe qué era lo que buscaba.

—Siempre, señor.

Se rio y volvió a soplarme la piel. No podía contener el temblor mientras deslizaba los labios aún más abajo, besándome el ombligo antes de abrirme las piernas con su rodilla. El instante en que me envolvió las piernas con los brazos, me erguí como un resorte de la cama, presionando las palmas contra las sábanas e intentando observar todo lo que hacía.

Había una expresión carnal en sus ojos, con las pupilas dilatadas. Gruñía cada vez que pasaba la lengua a lo largo de mi coño, el sonido recordaba al de una bestia feroz en el bosque.

La sobrecarga de electricidad era casi peligrosa, un cable de alta tensión que chisporroteaba hasta los límites de la racionalidad. Esto no debería estar pasando. Yo no debería desearlo a él.

Pero así era.

Cualquiera que fuese la razón, no quería que esto terminase nunca.

Me abrió de piernas tanto como era posible, enterrando la cara en mi humedad, lamiendo de arriba abajo como si yo fuese el sabor de helado perfecto. Estaba tan viva que no estaba segura de poder seguir respirando.

Cerré los puños en torno a la sábana, tirando de ella.

—Oh. Oh. Oh. —Me lamí los labios mientras empezaban a flotarme estrellas por delante de los ojos. ¿cómo podía algo sentar tan jodidamente bien?

No había forma de saber durante cuánto tiempo me lamió, deslizando en mi interior su lengua y unos cuantos dedos. Era un maestro de la manipulación, acercándome al orgasmo tal y como había hecho antes y negándose a permitirme esa satisfacción. Yo era un juguete con el que jugaba, yo era un títere y él el titiritero, y no me importaba haberme perdido a mí misma en alguien a quien había llamado monstruo en una ocasión.

Él era mi todo.

Sacudí la cabeza de un lado a otro, las sensaciones eran demasiado intensas.

—Por favor, déjame correrme. Por favor.

—Mmm, no sé. Eres una chica muy mala.

—Seré buena. Lo prometo, señor. —Me reí con tristeza tras pronunciar esas palabras. Igual sí que me había quebrado después de todo.

—Mmm… —Me succionó los labios vaginales antes de meterme cuatro dedos bien hondo, arrasando mi coño hasta que ya no pude más—. Entonces, córrete para mí. Córrete.

No había forma de ponerle freno a la respuesta de mi cuerpo. Me tembló todo mientras el clímax me arrasaba como un maremoto. Me encontraba tan sin aliento que no emití sonido alguno, la estimulación no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Este hombre… este hombre increíble era capaz de provocarme tal éxtasis que nunca sería capaz de bajarme de esa meseta.

Gabriel se negó a parar, conduciéndome a otro orgasmo salvaje. Mi cuerpo entero se sacudió, mi mente era un lío borroso y, fue, sin ninguna duda, la experiencia más intensa de mi vida. Sólo cuando empezó a atenuarse lentamente, me volví a acomodar en las almohadas y parpadeé unas cuantas veces en un intento inútil y demencial de poder ver.

No hubo palabras ni promesas de lo que estaba por venir. Simplemente se colocó encima de mí y deslizó la punta de su polla contra mi humedad. Entonces, me aplastó totalmente con el peso de su cuerpo al embestirme con toda la longitud de su polla.

De su gruesa y preciosa polla.

—Joder, eres perfecta y toda mía —susurró, su voz resultaba casi irreconocible.

Envolví su cadera con ambas piernas y junté los pies. Ondeó las caderas, embistiéndome con tal ferocidad que no pude más que gemir. Sus movimientos eran brutales, pero, al retirarse, sus ojos penetraron los míos y me llevó los brazos por encima de la cabeza para juntar nuestras manos.

Y, durante los siguientes minutos, nos mecimos el uno contra el otro, mirándonos a los ojos mientras nos acoplábamos de un modo totalmente distinto. Estábamos haciendo el amor, una fiesta para el corazón y el alma. Había tristeza en su mirada, el peso de cargar durante años con culpa y pesar, pero también había más esperanza de la que jamás habría imaginado ver en él.

Los segundos se convirtieron en minutos, el placer iba en aumento para culminar en otro momento de arrebatamiento. Jadeando, contraje los músculos y pude notar que estaba cerca del orgasmo. Y quería que llegásemos juntos.

Dejó de mover las caderas, intentando contenerse, pero la dicha y la intensidad de nuestros cuerpos calientes era demasiado grande. Echó la cabeza hacia atrás y profirió un rugido, vaciándose dentro de mí, y yo llegué al clímax otra vez, mientras la electricidad entre nosotros se disparaba.

Unos segundos más tarde, bajó la cabeza con el pecho agitado.

—Vas a ser mi mujer, Sarah. Para tenerte y cuidarte. Para protegerte y respetarte. Mía. Hasta el fin de los tiempos.

En cuanto pronunció esas palabras, me recorrió un escalofrío, reemplazando esas últimas seis palabras con las mías propias.

Hasta que la muerte nos separe.

* * *

Me abrazó, acurrucándome con la espalda contra su pecho y las sábanas ligeramente tendidas sobre los dos. Le acaricié el brazo con ternura, sin estar segura de si estaba dormido o no y negándome a moverme por temor a despertarle. Me maravillé por la forma en que los perros se limitaron a quedarse dentro de la habitación, concediéndome un poco despacio a la vez que cumplían con su cometido de protegernos.

Protección.

La idea todavía me aterraba.

Gabriel exhaló y me sujetó un pecho, apretándolo hasta que gemí.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber.

En si vas a morir o no.

En si ese hombre del saco desconocido irrumpirá en esta casa.

En si me volveré a sentir normal otra vez.

—Sólo me pregunto qué está pasando de verdad.

Se giró para ponerse de espaldas y el soplido que soltó sonó completamente diferente. Me di la vuelta para mirarlo mientras él ponía los brazos detrás de su cabeza. Evidentemente, estaba pensando en si decirme la verdad o no.

—Déjame preguntarte algo. ¿Te contó algún secreto Theodora?

—No me preguntes eso —dije—. No sería justo que te lo contase.

—Podría ser la única manera de detener una guerra que parece que alguien ha creado con todo detalle. —Giró la cabeza para mirarme.

—¿Creado? ¿Estás sugiriendo que alguien está enfrentado a las dos familias entre sí?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo, y creo que tu padre está involucrado.

Al oír eso, me senté y me tapé con las sábanas.

—Eso es lo que no querías decirme.

—Tengo la corazonada de que está en el ajo. ¿Sabías que tiene una cuenta en un paraíso fiscal?

Solté una carcajada.

—Tendría mucho sentido. Seguramente sea así como se lleva a cenar a sus amantes.

Se le curvó el labio superior.

—Hijo de puta.

—¿No es eso lo que hacen todos los hombres que ostentan ese tipo de poder, igual que tú?

Gruñó a propósito.

—Yo no soy como la mayoría de los hombres y no, eso no es lo que hacemos. La familia es sagrada.

Le ofrecí una sonrisa a modo de respuesta.

—¿Por qué una cuenta en un paraíso fiscal? —pregunté, pero podía responderme yo misma—. Para que los federales no puedan dar con ella en un barrido rutinario.

—Sí, o alguna organización como la mía. Tenemos contactos. Hay pocas cosas que no podamos encontrar.

—Madre mía, ¿ otra organización criminal?

—Es una posibilidad, pero es una entre tantas.

—¿Cómo vas a averiguarlo?

—Acercándome a tu padre.

Me eché hacia atrás, tratando de procesar lo que me estaba contando.

—Vas a utilizarme, vas a utilizar nuestra boda.

—Sí, Sarah. Tengo que hacerlo.

La única luz en la habitación venía de la luna plateada que se colaba entre las cortinas medio abiertas. No podía verle los ojos, pero percibía su tensión, podía ver cómo le subía y bajaba el pecho. No se tomaba esto a la ligera. Y yo tampoco lo haría. Fuese lo que fuese en lo que mi padre se había metido, el pensar en la posibilidad de ser su peón me ponía enferma.

—Entonces haz lo que tengas que hacer.

Me acarició la cara con los dedos con delicadeza.

—Ojalá yo fuese un hombre diferente.

—Sí que eres un hombre diferente, al menos por lo poco que sé de tu familia. Hagas lo que hagas, no tomes una decisión basándote en tu hermano, tu padre o a causa del pasado. Hazlo porque es lo correcto.

Suspirando, me acercó a él, acurrucándome contra su pecho. Al poner la oreja contra su piel, escuché los rápidos latidos de su corazón. Todavía me era difícil comprender cómo podía tolerar esta vida. Ahora entendía por qué había intentado distanciarse, no sólo por sí mismo, sino por la mujer a la que había amado hacía tanto tiempo. No había nada que decir para aliviar su dolor o el mío. Solo podía depositar mis esperanzas en que, cuando esto terminase, hubiéramos sobrevivido los dos.

—Theodora está enamorada de Nico, ¿verdad? —preguntó de sopetón.

Mierda, no quería traicionar su confianza, pero tenía la sensación de que Gabriel no me permitiría evitar contarle la verdad.

—Digamos que han pasado juntos el tiempo suficiente para que ella esté dispuesta a retractarse de esa historia de que lo cree responsable de sus heridas.

Refunfuñó, maldiciendo en italiano por lo bajo.

—Se han estado viendo en privado. Me cago en todo. ¿Desde hace cuánto?

—No lo sé. Lo bastante para que no le moleste la idea de casarse con él.

Se frotó la barbilla con la respiración todavía irregular.

—Vale, tienes razón en que las cosas tienen que cambiar. Vamos a adentrarnos en este nuevo puto siglo, aunque tenga que amordazar a mi padre para ello.

—¿Significa eso que vas a permitir que se casen?

—Significa que no voy a interponerme en la felicidad de nadie. Tanto ella como Maria son mujeres adultas y se merecen tener una vida. Igual que tú.

Estaba sorprendida y también sentía curiosidad por qué había cambiado de opinión.

—Puedes ser un hombre muy cariñoso.

Soltó una carcajada, pellizcándome un pezón.

—Y también puedo ser un cabrón despiadado. Nunca lo olvides.

—¿Cómo podría? —bromeé.

—Qué chica más mala —gruñó.

Riéndome, volví a acomodarme en la cama.

—Creo que voy a ir a por una copa de vino. ¿Está permitido?

Se removió contra las almohadas mientras se reía.

—Sí que debo de parecerte un monstruo si necesitas preguntarme si puedes moverte libremente por la casa. Las cosas van a cambiar, Sarah. Puede que lleve su tiempo, pero la vida no siempre será de esta manera. Eso sí que te lo puedo prometer.

—No prometas cosas que no puedes hacer que pasen. En contra de la creencia popular, no eres Dios.

—No, supongo que no.

Me bajé de cama, cogí su camisa ensangrentada y me la puse encima. El gesto tuvo algo de catártico, como si hubiese hecho las paces con su vida y la amenaza de peligro. Puede que eso me convirtiese en una mártir, pero cuando se quiere a alguien, podías pasar por alto ciertos… defectos. Casi me reí mientras me abrochaba los botones de camino a la puerta. Tuve que sortear

a los perros dormidos, sus pequeños ronquidos siempre me arrancaban una sonrisa.

Al adentrarme en el pasillo, estuve atenta a cualquier sonido que anunciase que los soldados habían entrado en la casa. Podía sentirlos observando, sabía que nos protegerían con sus vidas. Yo no era nadie para ellos, sólo la mujer que su líder había decidido que le pertenecía, pero, por raro que fuese, jamás me había sentido en un entorno más seguro. No tenía ningún sentido, pero era incapaz de hacer juicios imparciales, si teníamos en cuenta lo que sentía por Gabriel.

Bajé las escaleras preguntándome si alguna vez llegaría un momento en que no se me entrecortase la respiración cuando alguien entrase en la casa o cuando apareciese una sombra detrás de mí. Cuando llegué al último escalón, no me pude resistir a entrar en su despacho y poner rumbo a su escritorio.

El portátil roto descansaba encima de éste, con su pantalla rota que servía de recordatorio de que era un hombre furioso y volátil con un gran talento para pagar su ira con quienquiera que se interpusiese en su camino. Pero a mí me había recordado su gentileza, su capacidad de apartarse de los demonios que vivían dentro de él. Ese era el hombre del que yo me había enamorado perdidamente, el que podía calentarme las entrañas con una sola mirada.

Eché un vistazo por encima de mi hombro antes de abrir el cajón superior. No había nada especial dentro, sólo los objetos típicos que podía haber en el escritorio de cualquier casa. Cuando le eché una ojeada a los otros, encontré algunos documentos viejos y unas cuantas libretitas. Resultaba evidente que no dirigía los negocios desde aquí desde hacía tiempo.

Cuando llegué al tercer cajón, la única foto en su interior me encogió el corazón al instante. Salía él en la parte trasera de esta misma casa con una mujer a su lado. Era encantadora y la forma en que se miraban el uno al otro lo decía todo.

Estaban muy enamorados.

No estaba celosa, pero una diminuta punzada en el corazón me recordó una vez más que la vida es frágil. No me extrañaba que no le gustase esta casa. Ahora todo tenía sentido, incluso su furia porque me hubiese ido desobedeciendo sus reglas.

Con cuidado, dejé la foto tal y como esta y cerré el cajón lentamente. ¿De verdad podía con esto? No estaba segura de ser lo bastante fuerte.

Me abracé a mí misma con un suspiro y me dirigí a la cocina, donde cogí la botella de merlot que estaba a medias y dos copas limpias. Después, mientras subía las escaleras, las mariposas me revolotearon en la barriga de solo pensar en verlo, de tumbarme en la cama a su lado durante toda la noche. Era una tontería, la reacción de una cría por el regreso a casa del rey y no de una mujer que se había pasado unos cuantos años fingiendo que no necesitaba a nadie.

Nos necesitábamos el uno al otro.

Entré en el dormitorio mordiéndome el labio inferior. Entonces, frené en seco, permitiéndome deleitarme con este momento de calma que hubiera sorprendido a cualquier otra persona.

Para mí, fue la confirmación final de que quería pasar el resto de mi vida con él.

Seguía en la misma posición y dormido profundamente, con un brazo musculoso abrazando a Goldie y con el otro a Shadow. Estaban en paz y felices juntos. Una pequeña familia.

Mi pequeña familia.

Y nada ni nadie podría separarnos.

Ni el infierno era rival para una mujer enamorada.

CAPÍTULO 17

Capítulo diecisiete

«La muerte no es la mayor pérdida en la vida. La mayor pérdida es lo que muere dentro de nosotros mientras vivimos».

—Norman Cousins

Gabriel

El que estuviese contemplando mi propia muerte era absurdo a estas alturas. Sin embargo, en mi cabeza era un sentimiento sanador, aunque odiase las connotaciones que lo rodeaban. No quería morir. Puede que hubiese habido un momento en mi vida en el que sentí esa necesidad, pero no ahora. Lo tenía todo para desear vivir. Era un hombre rico con una mujer preciosa a mi lado. Sin embargo, la sensación de pérdida que se estaba abriendo paso en mi interior tenía más que ver con perderme a mí mismo y mi humanidad que con el aspecto físico de perder a dos personas que me importaban.

Quizás era una manera retorcida de contemplar el asunto, o egoísta. No obstante, era verdad. Mi vida no significaba nada en el gran esquema de las cosas, la vida de Sarah sí. Ella era inocente, un verdadero ángel de la misericordia. Apartarla de sus poderes curativos sería una blasfemia, y no iba a permitir tal cosa.

Al menos, al compartir la mayor parte de lo que pasó con Mary, me había deshecho de unos cuantos demonios. Había cargado con ese peso durante tanto tiempo que tuve una sensación de alivio casi tan poderosa como lo que sentía por ella. Estaba impaciente por compartir las noticias con su padre.

Y hacerlo sudar la gota gorda.

Dillon se encontraba a mi lado mientras observábamos la elegante propiedad del alcalde. Le

había ido muy bien a lo largo de los años, había empezado como patrullero en Brooklyn antes de pasar a detective y continuar ascendiendo hasta la cima mientras su carrera política empezaba a despegar. Sin embargo, ni siquiera el sueldo de un alcalde era suficiente para poder permitirse los lujos que yo había descubierto que poseía. Por supuesto, se había tomado la libertad de ocultarlos en una empresa fantasma, incluyendo una parte de acciones en una empresa de apuestas que sabía sobre seguro que se dedicaba a las apuestas ilegales y clandestinas en Internet.

A pesar de todos sus sermones, no era mejor que los miembros de mi familia.

—Ojalá hubiese podido encontrarle más cosas, Sr. Giordano —dijo Dillon—. Quiero decir, Gabriel.

Lo que había averiguado bastaba para que pudiera disfrutar de cada segundo de esta reunión improvisada con la conciencia tranquila. También era una prueba irrefutable respecto a los Moretti, que eran tan víctimas como nosotros. Los Moretti habían perdido a unos cuantos hombres en tiroteos espontáneos estos últimos meses, siempre culpando a la familia Giordano igual que nosotros los culpábamos a ellos por nuestras bajas. En las calles se decía que los habían hackeado y que su sistema informático había quedado prácticamente destruido, no sin que antes les hubiesen robado información valiosa.

Algún gilipollas se había metido a jugar a la ruleta rusa. ¿Había provocado esa persona a Luciano aquella mañana infame?

Aunque la idea de trabajar juntos me causaba mal sabor de boca, sería necesario tenderles una rama de olivo para asegurar nuestra colaboración puntual.

—Has hecho un buen trabajo, Dillon. Excelente, de hecho. Lo que has conseguido averiguar es exactamente lo que necesitaba. Hoy no vamos a matarlo, a menos que él lo intente primero.

—Entendido, jefe.

Me abroché la chaqueta pensando en Sarah. Me había abierto los ojos en muchísimas cosas.

—Una última cosa. Es perfectamente aceptable que le pidas una cita a Maria.

—¿Perdón? —Su sorpresa era auténtica y su tono de voz delataba su ansiedad.

Ladeé la cabeza, incapaz de contener una sonrisilla.

—Ya me has oído. Pero si le haces daño de cualquier forma, tendrás que vértelas conmigo. ¿Entendido?

La sonrisa en su cara era auténtica, se veía la sorpresa en sus ojos.

—La protegeré con mi vida.

Sabía que así lo haría, igual que moriría para protegernos a Sarah y a mí.

Era difícil encontrar hombres buenos.

Bruno bajó del coche, impaciente por dar con el imbécil que había mancillado el club. Había hecho un trabajo excelente revisando horas y horas de cintas de video en busca de cualquier otra actividad sospechosa. No había visto nada que fuera de lo común, lo que quería decir que

cualquier otra actividad la habrían llevado a cabo miembros que disfrutaban de una noche de depravación. Mis pensamientos fueron a parar a la velada en que había visto al alcalde en mi club. ¿Era ese hombre tan atrevido como para entrar al edificio que sabía que se vería vulnerado en una fecha próxima?

Eso aún estaba por ver, pero no era el tema que nos ocupaba en la reunión de hoy. Hoy todo iba sobre fijar el tono y darle la noticia de que me había comprometido con su hija. Había tratado con suficientes gilipollas pretenciosos como para saber que acudiría corriendo a quien quiera que le estuviera pagando para compartir las noticias como si fuesen un billete de lotería premiado.

Mientras avanzaba por el camino de entrada, reparé en las dos cámaras apostadas en la puerta principal. El hombre no dejaba nada al azar. Bien por él, necesitaría protección cuando terminase con él.

Pero no necesariamente para protegerse de mí. Conocía muy bien la clase de hombre que era William Washington. Un chaquetero y un cobarde. Vendería su alma y a su primogénita si con eso ganase más poder. Y yo usaría eso en su contra.

Llamé a la puerta y, cuando oí ruido de pasos dos minutos más tarde, estaba seguro de que se había tomado la molestia de comprobar la cámara de seguridad. En el momento en que abrió la puerta, supe que estaba en lo cierto por su expresión divertida.

—Pero bueno, mira a quien tenemos aquí —dijo con un resoplido a la vez que fulminaba a mis hombres con la mirada.

—Creo que es hora de que tengamos una charla.

—Y yo creo que es hora de que te largues de mi puta propiedad antes de que llame a mi colega, el jefe de policía.

Respiré profundamente, observando las macetas del porche.

—Disfrutaría de sentarme a charlar con él, Will. No te importa que te llame Will, ¿verdad? Después de todo, vamos a ser familia dentro de poco. En cuanto al jefe de policía, estaré más que contento de hablarle sobre tu participación en Roxie. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad? El servicio ilegal de apuestas destinado a los ricos y famosos. Después lo guiaré hacia esa cuenta tuya en un paraíso fiscal con más de cinco millones de dólares para gastarte en tus… caprichos. Y si eso no le convence, entonces será todo un placer para mí enseñarle las fotos de su amante de diecisiete años.

—¿De qué cojones hablas? —siseó—. Yo no he hecho nada malo.

Parecía que ya no era tan amigo de su colega.

Me giré hacia Dillon y sonreí al ver lo amplia que era su propia sonrisa. Se metió la mano en el bolsillo para sacar las pruebas de lo que había averiguado. Cuando se las pasé al alcalde, observé divertido cómo pasaba la mirada de una fotografía a la otra.

—Las fotos no tienen precio, ¿no crees? —Contemplé cómo palidecía su cara. Aún había más, pero siempre me gustaba guardarme un as en la manga hasta que fuese absolutamente necesario.

—Serás hijo de puta. ¿Qué cojones quieres decir con lo de ser familia? No eres más que una

cucaracha y no dudaré en aplastarte con el pie.

Dillon estampó su mano en el pecho de William, empujándolo dentro.

—Tienes que respetar a este hombre, alcalde. Va a ser tu yerno.

Quise reírme a carcajadas al ver la expresión en el rostro de William. Se le puso la cara blanca como el papel al instante al sentirse mortificado. Después, percibí como la cólera se imponía a la sorpresa.

—¿De qué cojones hablas? —exigió saber.

Dejé que Dillon siguiese empujándolo hasta el recibidor y esperé a que Bruno cerrase la puerta antes de escanear la espaciosa sala.

—Veo que te ha ido muy bien, William. Me atrevería a decir que presionar a mi familia ha resultado ser un negocio muy lucrativo para ti.

—Estás mal de la cabeza. ¿Qué le has hecho a mi hija?

—William, ¿pasa algo malo? —La voz femenina venía de las escaleras, su dueña tenía una expresión pensativa, observando desde lo alto.

—¡No, nada! —ladró William—. Vuelve arriba.

—Tu marido y yo estábamos manteniendo una charla amistosa sobre vuestra encantadora hija y nuestras próximas nupcias. —Me contuve de reírme porque sabía que la mujer había sufrido a manos del hijo de puta que tenía delante. No se merecía vivir el resto de su vida como un cero a la izquierda.

—¡Eso jamás va a pasar! —William le plantó las manos encima a Dillon para empujarlo a un lado—. Vete arriba, Emily. No me hagas repetírtelo.

—Emily, voy a darte un consejo —dije de pasada—. Deja a este trozo de mierda antes de que arruine el resto de tu vida. ¿Preferirías ser tú quien le cuente a tu preciosa mujer cuantas veces la has engañado y lo de que trabajas para gente desesperada y sin escrúpulos, o debería hacerlo yo?

Cuando la miré a ella, la expresión de suficiencia en su cara me dejó claro que ya estaba al tanto de los extremos a los que había llegado su propio marido para alcanzar el éxito.

—No le hagas daño a mi hija —habló con la misma convicción que había escuchado en la voz de Sarah.

—No se me ocurriría, Emily. Tu hija es alguien muy especial, por más que a tu marido nunca le haya importado. No hace falta que presencies esto. Sarah se pondrá en contacto contigo más tarde para hablar de los detalles.

No estaba seguro de si estaba feliz o de si se sentía reivindicada porque alguien hubiese roto al fin su casa de cristal. De todos modos, le dirigió a su marido una mirada de asco y después subió las escaleras lentamente. Puede que le hubiese ofrecido una excusa para recuperar su vida.

—Te mataré por esto —siseó William, cerrando la mano en un puño y dando un paso en mi dirección.

A pesar de que mis dos soldados se pusieron en guardia, preparados para hacer lo que hiciese falta para evitar que me atacase, sabían que quería ocuparme yo de él y de cualquiera que fuese el castigo que decidiese impartirle.

Cuando lanzó un puñetazo, lo empujé contra la pared con la fuerza suficiente para que una foto enmarcada se cayese al suelo. Después me planté delante de él, mirándolo fijamente a los ojos.

—Puedes intentarlo, alcalde, pero te aseguro que no lo conseguirás. Ahora pasemos a cómo va a ir esto.

Lanzó otro puñetazo, acertándome en la barriga. Saqué el arma y di un paso atrás, apuntándolo en la sien. Dudaba que nadie en esta casa, incluidas las cuatro personas del servicio, acudiesen a su rescate. No era un hombre muy querido entre aquellos que lo conocían personalmente.

—No tienes huevos —consiguió decir, aunque las palabras le salieron entrecortadas.

—¿De verdad quieres provocarme? Mi prometida no apreciaría el gesto, al menos no a estas alturas de su vida. ¿Te gustaría también que le contase todas las cosas asquerosas que has hecho con mujeres a lo largo de los años?

Respiró con dificultad, ansiando ponerme las manos encima, pero, a su favor, debía decir que era consciente de que la cosa no terminaría bien para él.

—Deja… a mi hija… en paz.

—Va a ser que no, alcalde. Ahora es mía. Toda mía. Eso significa que ya no tendrás influencia sobre ella, y también significa que tu familia y la mía estarán conectadas para siempre. Imagínate todos los nietos que tendrás, si acatas las reglas.

—¿Qué coño quieres?

—Algo muy sencillo. Deja de acosar a mí familia y acepta el lazo que nos une. Eso es todo.

—Eso no va a pasar nunca —siseó.

—Entonces, me temo que tendré que entregar a las autoridades pertinentes todo lo que he averiguado sobre ti. Estoy seguro de que encontrarán interesantes tus actividades extracurriculares, sobre todo ahora que se acercan unas nuevas elecciones.

Se le abrieron mucho los ojos y bajó los brazos a la vez. Era evidente que sabía que lo había derrotado.

Me alejé aún más de él, sonriendo al ver la expresión en su cara. Había plantado la semilla, eso era todo lo que importaba.

—No te saldrás con la tuya —siseó. Ahora tenía la cara rojo remolacha, y la cabeza le echaba humo con lo que había planeado.

—Oh, pues claro que sí, alcalde Washington. Espero verte en la boda. —Giré sobre mis talones, disfrutando de cómo condenaba mi alma al infierno.

Igual no se había enterado de que mi alma estaba condenada desde hacía mucho tiempo.

* * *

Respeto y lealtad.

En la Cosa Nostra, ambas valían más que las riquezas o incluso el dinero, desde luego valían más que el amor. Estaba más que al tanto de que el amor no solo era ciego, sino que a menudo era estúpido, y había sido la causa de grandes guerras a largo de generaciones.

Había oído las historias sobre mi tatarabuelo, un hombre que había muerto a manos de su propia espada por enamorarse de la mujer de su hermano. El bebé que nació ocho meses más tarde lo había engendrado él, algo que se había ocultado durante décadas. El sucio secretillo que había mancillado la sangre de los Giordano.

No es que importase ya.

Era una historia que se contaba junto a un vaso de coñac y unos puros, mientras mi padre presumía de lo valiente que había sido el hombre al aceptar su castigo sin protestas.

Había creído que sus hijos eran igual de atrevidos y valientes. Mientras que el sentimiento y el acto de mi tatarabuelo me había parecido risible en la adolescencia, ahora entendía lo poderoso que podía ser el amor.

Terminaría por ser mi condena, pero disfrutaría de cada segundo de mi vida hasta entonces.

Habían pasado dos días desde que le di el ultimátum al alcalde. Había cancelado su aparición en un programa matutino de la televisión local, permaneciendo encerrado dentro de su casa todo este tiempo. Unos cuantos de mis hombres estaban al tanto, vigilando cada uno de sus movimientos desde la distancia. Aún no le había ido con el cuento a nadie, pero sabía que era sólo cuestión de tiempo.

Le había permitido a Sarah ponerse en contacto con su madre, gesto que al menos había calmado los nervios de mi prometida. También creía que le había ayudado a la encantadora Emily a aceptar que su marido era un degenerado. No estaba seguro de si le mencionaría la llamada a su marido, cosa que esperaba que obligase al buen alcalde a retirar esa capa de invisibilidad que rodeaba al cabrón que jugaba realmente.

A pesar de que yo no era un hombre paciente, era un requisito necesario a la hora de darle caza a los imbéciles que continúan amenazando nuestro sustento. Varios de nuestros negocios habían sufrido pérdidas inexplicables. Hasta el Club Rio había visto una bajada en el número de miembros. Si tuviese que hacer una conjetura, diría que a los eslabones más débiles los había amenazado el misterioso tercer sujeto.

Hasta los silenciosos susurros en la calle atestiguaban que la gente tenía miedo. La tensión iba en aumento, pero nadie soltaba prenda. Los cárteles y organizaciones siempre fanfarroneaban, era el método habitual para hacer que la gente se cagase por la pata. El silencio no resultaba sólo ensordecedor, era escandaloso y hacía que mi tensión estuviera por las nubes.

Al menos colaborando con los Moretti habría más posibilidades de destapar a ese hijo de puta maquiavélico.

Regresé al Club Rio, quería que la reunión fuese en mi territorio.

Lo que tenía que hacer hoy me ponía de mal genio, pero era un mal necesario para mantener la paz. Al pasar la tarjeta para entrar, algo captó mi atención y me volví hacia la carretera concurrida. No había motivo para creer que nadie me estuviera observando, pero tenía la sensación de que alguien le prestaba tanta atención a mi paradero como yo al alcalde.

—¿Qué pasa? —preguntó Dillon.

—No estoy seguro. Estate atento a lo que se dice en las calles. Tengo la sensación de que la serpiente pronto asomará su fea cabeza.

—Sí, no me gusta que haya tanto silencio. Partiré un par de cabezas más tarde para averiguar qué está pasando.

—No hasta que todas las piezas estén en su sitio —le dije.

Tras soltar el aire, abrí la puerta, entré y subí las escaleras que llevaban a las salas de conferencia privadas. Cuando abrí la puerta, me sorprendió encontrarme ya a mi padre dentro.

Se había servido una bebida y estaba contemplando el tráfico por la ventana. Tuve claro que tenía la cabeza ocupada con algo distinto a la reunión que nos ocupaba.

Apenas había cerrado la puerta cuando tomó la palabra.

—¿Sabías que se suponía que tenía que casarme con otra? —me preguntó como si nada, como si fuéramos viejos colegas tomando una copa.

—No, jamás me lo has contado. De hecho, no recuerdo la última vez que mantuvimos una charla decente.

—Eso tiene que cambiar —declaró en una voz más baja que a la que estaba acostumbrado.

—¿Qué es eso que necesitas soltar para limpiar tu conciencia, papá? —Me moví hacia el mueble bar, sin tener claro si quería escuchar más de sus gilipolleces.

—Ella murió por mi culpa.

Había tanto dolor en su voz que desvié la mirada hacia él. El recuerdo parecía haberlo roto por dentro.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que somos iguales?

Me lanzó una mirada cargada de odio, siseando como el gran lobo malvado que había aspirado a ser, pero esta vez era diferente.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Era el amor de mi vida, una bella flor que era considerada una fruta prohibida. Pero tenía que ser mía.

La vehemencia en su voz era sorprendente. Terminé de prepararme la copa, todavía inseguro de por qué estaba compartiendo su pasado.

—Lo siento.

—¡Déjame terminar! —Respiró hondo varias veces, terminándose la copa y dirigiéndose hacia el bar de inmediato—. Lo mantuvimos en secreto durante casi un año. Ella era menor y yo no. Yo era el poderoso príncipe de la familia Giordano, ella era la hija de un mozo de cuadra. No había forma de que pudiésemos estar juntos. Cuando mi padre lo descubrió, me dio tal paliza que casi me mata, pero eso no fue nada comparado con lo que hizo su padre.

Respiré hondo y permanecí en silencio. A mi padre le temblaban las manos, cosa que nunca pasaba.

—Intenté llegar hasta ella, pero se había esfumado. Más tarde descubrí que se había suicidado. Poco después, mi padre llegó a un acuerdo con el Don de la organización de los Trevillian para que me casase con su hija. No pude hacer nada para impedirlo.

Aunque la historia era tormentosa, no estaba seguro de si todo lo que intentaba hacer era limpiar su conciencia culpable. No podía importarme menos.

—Y, aun así, insistes en tratar a tu hija de la misma manera.

—No conozco otra manera, hijo. Y, ¿quieres saber por qué? —Echó la cabeza hacia atrás, tenía los ojos rojos—. Porque el día en que descubrí que estaba muerta fue el día en que yo también morí. No me malinterpretes, quiero a tu madre, pero ha vivido con la cáscara de un hombre toda su vida. Mis hijos han sufrido por lo que hice, por el pecado que cometí. Lo único que quería era que ninguno de vosotros pasara por ello, pero, de alguna forma, el destino te obligo a ti, mi talentoso segundo hijo, a pasar por lo mismo.

Solo que Mary no se había suicidado. Le habían disparado por la vida en la que yo había nacido.

—Entonces, me estás diciendo que abandone a la mujer a la que quiero y me busque a alguien que beneficie a nuestro mundo y nada más, ¿no es así, papá? —Me bebí la mitad del whisky; esta vez, el suave licor me quemó la garganta.

—No, hijo. Estaba equivocado. Lo que te estoy diciendo es que he desperdiciado mi vida sufriendo, obligando a mi familia a enfrentar las consecuencias de algo en lo que no tenían nada que ver. Si la quieres, no dejes que nada se interponga en el camino de vuestra felicidad. Te mereces ser feliz.

No tenía ni idea de qué mosca le había picado, pero antes de tener ocasión de responder, escuchamos cómo llamaban a la puerta.

Felicidad. Ahí estaba esa palabra otra vez. Me habían enseñado que había que renunciar a la felicidad en nombre del bien de la familia. Y ahora me venía con estas.

—Tengo que saberlo, ¿lo sabe mi madre?

Su exhalación fue irregular y cargada de amargura.

—Sabe que algo sucedió en mi pasado. Le he ahorrado los detalles y preferiría que tú hicieras lo mismo.

Secretos y mentiras.

Habían sido parte de mi familia durante toda mi vida, estuviese yo al corriente o no. Lo que sí

sabía era que mi madre se merecía disfrutar de la vida sin otra carga.

—Sí, papá. Honraré tu petición. —Le lancé una mirada a la puerta y suspiré—. Pasad. —dije, respirando hondo. Mi padre nunca estaba así de animado. Algo más iba mal.

Cuando Nico y Joseph entraron, con uno de sus soldados detrás, resultó evidente que la tensión sería palpable. Nico entrecerró los ojos, fulminándome con la mirada tal y como hizo en el bar. Lo que no me esperaba fue al hombre medio apaleado que arrojó encima de la mesa de conferencias.

—Te dije que encontraría al cabrón que pegó a tu preciosa hermana —siseó Nico y estrelló la cabeza del hombre contra la superficie de madera—. Cuéntales lo que me contaste a mí.

Aunque la cara del hombre se encontraba casi irreconocible tras la paliza que ya había recibido, supe que era un don nadie sin ninguna lealtad en particular. Sólo le importaba el dinero.

El gilipollas intentó resistirse y Nico repitió la acción.

—Te cortaré los cojones uno por uno si no les cuentas la misma mierda que me soltaste a mí. —Nico tenía la cara más roja de lo que jamás se la había visto. Le levantó la cabeza al hombre en una posición incómoda, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Vale —siseó el hijo de puta—. Me pagaron para hacerlo, ¿vale? ¿Es eso lo que quieres?

Casi me abalanzo sobre la mesa.

—¿Quién te pagó?

—No lo sé, ¿vale? Un tío con veinte mil en efectivo.

Veinte mil por pegarle a una mujer. Esto llevaba el sello de la Bratva, era unos cerdos.

—Nombre. —Tenía la sensación de que el capullo mentía, pero no acerca de que le pagaran para hacerlo. Era probable que lo hubiese amenazado con hacérselo pagar a su familia si revelaba la fuente. Era como solía actuar la Bratva, algo que yo despreciaba.

—Ya te lo he dicho —dijo el tío, tosiendo—. No lo sé.

—Dame algo. —Miré a Nico, que tenía una expresión de suficiencia en la cara.

—Te juro que no lo sé. Hablaba con acertijos, dijo alguna gilipollez sobre junglas. No tengo ni idea de lo que hablaba. Algo de una jungla y una serpiente. Gilipolleces.

—Toda jungla tiene una serpiente. —Bajé la mirada, apretando la mandíbula. ¿Dónde cojones había escuchado yo eso antes si no era en boca de Demarco?

—¿Satisfecho? —ladró Nico.

—Sácalo de aquí. —Miré al soldado de los Moretti, asegurándome de que siguiese la orden sin rechistar.

Mientras sacaba al hombre a rastras como a una muñeca de trapo, me rellené la copa antes de dirigirme a la cabeza de la mesa.

El aire estaba cargado de testosterona, pero al menos se había eliminado al elefante que había en la habitación. Sin embargo, el acertijo estaba lejos de ser resulto.

—Servíos una copa, caballeros. Tenemos que dar comienzo a esta reunión.

No me sorprendió que, tras preparar sus respectivas bebidas, Joseph le permitiese a Nico ocupar el otro cabezal de la mesa. Esto iba más sobre establecer las reglas entre las dos familias que otra cosa.

Esperé a que mi padre se acomodase en su silla, y pude notar que todavía estaba alterado por lo que me había confesado. Yo me quedé de pie y me apoyé contra la pared.

—Tenemos un serio problema. Alguien está puteando a ambas familias.

—¿Quieres que nos creamos que no está detrás de todo tu retorcida familia? —soltó Nico.

—¡Nico! —siseó Joseph—. Un respeto.

—Otra persona está yendo a por nuestros hombres uno por uno. No nos beneficiaría a ninguno derramar más sangre.

—Me parece justo —declaro Joseph—. Hace meses que creo que hay alguien más implicado.

Nico parecía agitado.

—¿Quién?

—No lo sé, pero quien quiera que sea ha estado llenando los bolsillos del alcalde. Eso lo sé seguro.

Joseph miré de reojo a su hijo y soltó una carcajada.

—Algo más que ya sospechaba. La Bratva.

—Es posible. Haré que mis soldados centren sus atenciones en Brighton Beach. —Esa zona llevaba la etiqueta de ser una mini Odessa por su alta población de rusos. También era el hogar de gran parte de la Bratva.

—Eso no hablan, solo gruñen —opinó Nico.

—Hablarán —le aseguré—. Mientras tanto, fortaleceremos nuestros negocios consolidando nuestra alianza.

Saltaba a la vista que ninguno de los dos hombres se lo había esperado. Miré de reojo a mi padre, que asintió en señal de aprobación.

—¿Y eso qué quiere decir? —me retó Nico.

—Quiere decir que habrá una boda en el futuro, pero sólo bajo una condición. —Alcé el dedo índice. Nico parecía a punto de salirse de su propia piel. Para ser un hombre despiadado, el brillo en sus ojos era algo nuevo.

—Pues claro que va a haber boda —siseó, volviendo a su forma de ser habitual.

—Hijo, ¡escúchalo! —estalló Joseph—. Continúa.

—Estaréis comprometidos durante seis meses. Si ambos os sentís de la forma en que ya sé que os sentís, entonces, os daré mi bendición. Mientras tanto, nos dedicamos a encontrar al hijo de puta que quiere acabar con nosotros.

Se produjo otro momento de tensión que casi me lleva al límite. No tenía por costumbre extender una rama de olivo muy a menudo.

Al fin, Nico se puso en pie y rodeó la mesa para llegar hasta mí. Me miró a los ojos durante todo un minuto antes de extender la mano.

—No me gustas, siciliano, pero honraré el trato que acordaron nuestros padres.

—No, Nico. Este trato es entre nosotros dos. Hay negocio suficiente para dos familias poderosas en esta ciudad, pero no para más. —Le di la mano.

Resopló antes de apretarme la mano con un centelleo en la mirada.

—Entonces, tenemos un trato.

—Tengo una pregunta, Joseph. ¿Estabas al tanto de que Luciano iba en camino para acabar con tu vida en día en que murió?

El hombre pareció sorprenderse de verdad.

—No, no estaba al tanto. ¿Por qué estaba tan decidido?

—Eso es lo que necesito averiguar.

Joseph le lanzó una mirada a mi padre.

—Se suponía que iban a asesinar a Luciano ese día, pero la madre naturaleza decidió intervenir, ¿eso estás diciendo?

Mi padre alzó la cabeza y miró al hombre a los ojos. Compartían una extraña amistad, cosa en la que no había reparado antes.

—Voy a aventurarme a decir que sí, pero puede que nunca sepamos lo que le contaron —dije en voz baja.

—No puedo expresar lo mucho que lamento lo de tu hermano. Era un buen hombre y un buen líder, Gabriel, pero veo un conjunto de fortalezas totalmente distintas en ti. Eres la viva imagen de tu padre —dijo Joseph con un respeto absoluto.

Aunque normalmente me habría puesto tenso, esta vez bajé la cabeza devolviéndole con el gesto el mismo respeto.

No tardaron en irse, lo que me pareció bien. Tenía otras cosas igual de importantes de las que ocuparme, como pasar tiempo con una mujer preciosa.

—Él y yo éramos amigos, ¿sabes?, cuando llegué a Nueva York. —Mi padre habló en voz tan baja que casi no le oí.

—¿Y qué cambió? —Ya había oído esta historia de labios de mi madre, pero la encontraba difícil de creer.

Se rio y le dio vueltas al liquido en su copa.

—Las obligaciones familiares. Tu abuelo aún ejercía poder sobre mí.

Me terminé mi copa y me sorprendió que mi padre tardase dos minutos en comenzar a levantarse de su silla. Si se sentía orgulloso de mí o no, probablemente nunca lo sabría. Por hoy, me bastaba. Se había abierto a mí más que en toda mi vida.

Empecé a marcharme cuando se aclaró la garganta.

—Has hecho un buen trabajo, hijo. Estoy muy orgulloso de ti.

Había esperado toda la vida a que pronunciase esas palabras. Hoy, me daba cuenta de que ya no importaban. Yo no estaba particularmente orgulloso de mí mismo.

—Nunca te dije cuánto sentía lo de Mary.

Nunca me había consolado dadas las circunstancias. ¿Por qué ahora?

—Fue un momento duro.

—Hubo una cadena de eventos que pusieron en marcha la situación.

—¿De qué hablas?

Me miró.

—Hice un juicio precipitado, que resultó en la pérdida de vidas inocentes. Después de eso, recibí unas amenazas que no me tomé en serio.

—¿Amenazas?

—De herir a mi familia.

Un extraño pitido me asalto los oídos.

—¿Qué intentas decirme?

No apartó la mirada de la mía.

—Que Mary no tenía que morir. Mi arrogancia la mató. Mi sensación de ser intocable, un dios.

Me sentí arrastrado al vacío, la cabeza me daba vueltas.

—¿Ella murió por tu culpa? ¿No me lo advertiste? La habría mantenido a salvo. —La ira me invadió, el odio que sentía por él me recorría en espiral. No podía hacerlo.

—No creí que esos mamones fueran en serio. En ese entonces, tú no participabas en los negocios. Fueron a por ti por eso, porque quisiste tener una vida normal.

Exhalé, sintiéndome enfermo y furioso porque mi padre hubiese mantenido en secreto algo como esto todos estos años. Hice cuanto pude por no abalanzarme encima de él. Había sido yo el que le dijo que se mantuviese alejado de mi vida.

—¿Qué más escondes, papá?

El silencio fue abrumador. A continuación, se rio con suavidad.

—Nunca he podido mentirte, hijo. Siempre has tenido un don para captar mis mentiras y las de todo el mundo. A tu madre le diagnosticaron Alzhéimer hace unos meses. Lo ha mantenido bajo control con la medicación, pero ha empezado a olvidarse de cosas. Planeo pasar el tiempo que me queda llevándola a recorrer el mundo, a cualquier parte que quiera ir. Por todos esos años que le prometí que iríamos a Europa y a Singapur y nunca lo cumplí. Jamás se quejó, ni una sola vez dijo nada porque estuviese demasiado ocupado para ocuparme de mi familia.

Ladeé la cabeza, estudiándolo con atención. Ahora entendía por qué había compartido esa historia espantosa.

Le aterraba que fuese igualito a él.

—No te preocupes, papá. Lleva a mamá a cuantos lugares puedas. Haré que estés orgulloso de mí.

Y eso haría.

Pero no sólo por él, si no por la familia que yo siempre había querido.

Una preciosa novia y dos gloriosos perritos.

CAPÍTULO 18

Capítulo dieciocho

Gabriel

Hasta que la muerte nos separe.

Las palabras guardaban un significado más especial ahora que sabía que mi madre vivía en tiempo prestado. A lo mejor todos los hombres de la familia Giordano éramos todos idiotas. Desperdiciábamos tanto tiempo predicando y hambrientos de poder que perdíamos de vista lo que más importaba y a la gente que estaba justo delante de nuestras narices.

Casi todo resultaba alarmante, pero no tanto como la idea de desperdiciar mi tiempo con mi madre, mis hermanas y, en especial, con la mujer que amaba.

Al entrar en la casa, el olor a algo delicioso me hizo la boca agua. Cuando escuché el correteo de los perros, sacudí la cabeza. No me merecía la felicidad, pero haría cuanto estuviese en mi mano para asegurarme de cumplir las promesas que le hice a Sarah.

—Hola, cachorritos. Qué alegría estar en casa —dije, riendo mientras me saltaban encima, ladrando y aullando.

Protegí las flores, preguntándome si comprarle rosas había sido lo correcto. Riéndome por lo bajo, fui hasta la cocina para detenerme en el umbral y observarla. La escena delante de mí era similar, Sarah estaba descalza, bailando al ritmo de una canción y preparando la que sabía que sería una cena increíble.

Cuando se tensó y por fin se giró, pude ver el alivio en sus ojos.

—¿Te he asustado? —pregunté entrando en la cocina.

—Es algo complicado teniendo en cuenta que tengo a dos perros grandes para protegerme. Anuncian tu llegada. —Se relamió los labios y bajó la vista hasta las rosas—. ¿Qué celebramos?

—Ah, simplemente se me ocurrió traerle a la mujer más arrebatadoramente guapa que he visto en mi vida una muestra de mi aprecio. —Al entregarle el ramo, nuestros dedos se tocaron y la misma corriente de electricidad me recorrió el cuerpo.

Sarah respiró hondo e inhaló su aroma, cerrando los ojos. Me encantaba la forma en que sus pestañas le acariciaban la piel.

—Son preciosas. ¿Va todo bien?

—Sí. Voy a ir a por una botella de champán.

—¿De verdad estamos de celebración?

—Pues sí. —Le guiñé un ojo—. Parece ser que Theodora se casa.

Esbozó una sonrisa mientras el rubor le subía por las mejillas.

—Has accedido.

—Están enamorados. ¿Quién soy yo para interponerme en el camino del amor?

—Pero qué sabrás tú.

Su tono provocador hizo que la polla se me pusiese en guardia.

—Ahora vuelvo. —Mientras recorría la bodega y me decidía por una botella, me saqué el anillo del bolsillo y lo puse sobre la mesa de cata. Descorché la botella, cogí dos copas flauta y eché el anillo dentro de una antes de verter el líquido burbujeante.

De regreso a la cocina, me sorprendió que hubiese encontrado un jarrón y ya hubiese puesto las flores dentro. Era difícil no mirarla y contemplar cada uno de sus movimientos. Poseía unos dedos delicados pero fuertes, que la ayudaban a ser tan buena cirujana.

Puse la botella en la encimera y le acerqué las copas con lentitud. Respiré hondo al entregarle una.

—No voy a hacer nunca promesas que no pueda mantener, pero nunca voy a mentirte. ¿Me crees?

—La verdad es que sí.

—¿Confías en mí?

Entrecerró los ojos.

—Con todo mi ser.

—Bien.

—¿Aún no sabes quién va a por ti?

—No, aún no. —Suspiré, tratando de ignorar la ira que aún me quemaba por dentro.

—Estaré bien. Sabía que vendrían a por mí para destruirte. Ojalá supiera porqué.

—Lo mismo digo. —Alcé la copa, sintiendo una ilusión en mi interior que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Sarah se llevó la copa a los labios y entonces se detuvo, alejando la copa.

—¿Qué has hecho?

—Lo que me pareció que era lo correcto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, lo que me sorprendió casi más que ninguna otra cosa. No la perdería, no importaba lo que tuviera que hacer. Le dio un par de sorbos, riéndose a medida que las burbujas le cosquilleaban la nariz. Después se peleó con la copa de fino cristal en sus varios intentos de atrapar el anillo. Lo consiguió tras tres intentos y alzó el anillo de diamantes incrustado con rubies delante de su cara.

—Es precioso.

Se lo cogí de la mano, luchando por no ponerme en plan sentimental.

—Tampoco puedo prometerte la perfección, pero haré todo lo que esté en mi poder para darte una vida feliz. Espero que me concedas el honor de casarte conmigo.

Se le escapó una sola lágrima mientras asentía. Le coloqué el anillo en el dedo antes de llevarme su mano a los labios y acariciarle los nudillos con ellos.

—Has capturado mi corazón.

—Lo sé. Creo que lo supe el primer día que nos encontramos. —No podía resistirme a tomarle el pelo, algo que también era completamente contrario a mí.

—Eres un hombre malo.

—No lo olvides. —La acerqué a mí, esforzándome por no dejar que viese la preocupación, la ansiedad que continuaba en aumento.

Ese gilipollas intentaría arrebatármela.

Nunca más.

Sarah era mía para toda la eternidad.

Y nadie sería capaz de separarnos jamás.

Aunque tuviese que venderle lo que quedaba de mi alma al diablo.

* * *

Sarah

Dos semanas más tarde

El día de San Valentín.

Lo había odiado desde que tenía memoria. Yo había sido la chica con menos probabilidades de que le diesen una de esas tarjetitas tan monas en sobres de color rosa o rojo cuando estaba en el colegio. Ni siquiera estaba segura de si eso se seguía haciendo, pero parecía que era en lo único en que podía pensar dado que el día de mi boda caía en lo que yo llamaba un festivo hipócrita.

—Pareces nerviosa y eso que no es el día de tu boda —bromeó Carrie—. Sólo es el ensayo y una cena en un lugar fabuloso, debo añadir.

No era que no estuviese emocionada. Simplemente, tenía una sensación extraña que no había dejado de aumentar durante las últimas dos semanas. Mi padre no era quien aseguraba ser y mi madre me había informado de que había pedido el divorcio. Después estaba el continuado comportamiento de Gabriel a lo yin y yang. Entendía sus razones, por supuesto.

En sus propias palabras, estaba esperando a que cayese la hoja de la guillotina.

Se habían producido refriegas con la Bratva, las suficientes para que la prensa hubiese empezado a acosarle. Gabriel estaba convencido de que el Pakhan estaba detrás de la decisión de sabotear la organización de la familia. Pero tenía la sensación de que seguía haciéndose preguntas, como si estuviese encajando las piezas de un puzle.

Me estaba utilizando como peón con mi consentimiento. Gabriel esperaba que el golpe se produjese en la boda. No había reparado en gastos, los medios y todo el que era alguien estaban invitados. Estaba incitando a esa persona, dándole una invitación con alfombra roja.

Y yo odiaba el hecho de que el día de mi boda, que se suponía que debía ser el día más feliz de mi vida, estuviera secuestrado por un verdadero monstruo.

La cena de ensayo tendría lugar en privado, sólo la gente más cercana de la organización y las pocas personas que formaban parten de la ceremonia estaban al tanto de los detalles.

Habría docenas de soldados ocultos, esperando a que el culpable diese un paso en falso. Incluso ahora, me encontraba más protegida de lo que nunca lo había estado; unos cuantos hombres de Gabriel esperaban a que yo terminase de vestirme.

Me había permitido pasar un rato con Carrie en su casa, ya que muy poca gente sabía dónde vivía. Me quedaban diez minutos antes de que llegase la hora de irme y me llevasen en un todoterreno a prueba de balas hasta el lugar del ensayo.

—Lo sé, sólo estoy pensando en todo.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Las últimas dos semanas habían sido duras en el plano emocional, con Gabriel tratando de contener su ira por todo lo que había ocurrido. Había trabajado muchas horas y había ordenado que me vigilaran continuamente. Aunque había vuelto al trabajo, la estricta seguridad me resultaba opresiva. Además, él seguía cargando con la culpa y ansiedad por la enfermedad de su madre. Con eso me había mostrado la profundidad de sus varias capas, su personalidad cambiaba delante de mis ojos prácticamente todos los días.

—Sí, no tengo ninguna duda.

—¿Estás bien? —preguntó Carrie.

—Deja de preocuparte. Estoy bien. —Me giré de un lado a otro mirándome en el espejo. Este vestido era otro que Gabriel había escogido por mí, tenía un gusto increíble. Yo parecía una princesa vestida de rojo, su color favorito.

—¿Y por qué no te creo?

—Porque tú eres así.

Nos echamos a reír y ella cogió nuestras copas de vino.

—Estás preciosa. ¿Lo amas?

No necesitaba plantearme la pregunta, pero eso hice.

—Sé que parece una locura, pero sí, lo amo. —Me acerqué a la mesa y cogí el cuchillo que Gabriel me había dado.

—¿Quién no querría a un hombre que te secuestra? —preguntó en voz alta antes de proferir un leve grito ahogado—. ¿Vas a llevarte eso?

—Voy a llevarlo encima.

—Estás de coña.

Negué con la cabeza y lo guardé en la funda que llevaba en el muslo con una especie de liguero. Gabriel había insistido cuando me negué a aceptar la pistola.

—Esto es de locos —murmuró.

—Es por protección.

—No me importa. Es… una locura.

—Relájate, hermanita. Gabriel sabe lo que hace. Confío en él.

Le dediqué una mirada dura a través del espejo y ella se encogió de hombros. Carrie sólo estaba medio de broma. Seguía sin poder entenderlo todo, básicamente porque solo podía contarle cosas hasta cierto punto. De lo que yo no me había dado cuenta era de que ella ya sabía que nuestro padre no era el ser humano decente que fingía ser y estaba contenta de que nuestra madre intentase labrarse su propia vida.

—Es mi príncipe azul, pero viene en un embalaje diferente.

—Ajá, mientras sea bueno contigo... Eso es todo lo que importa. —Le di un sorbo al vino y giré el anillo. Era precioso, me había dejado de piedra cuando me lo dio. Habíamos compartido tantas noches de pasión, con sumisión total por mi parte incluida. Sentía un hormigueo por dentro debido a las sensaciones que aún perduraban del día anterior. Ese hombre era una fuerza de la naturaleza en la cama.

Y fuera de ella.

Eso era lo que más me inquietaba. ¿Tendría que estar preocupada por él todos los días? Sólo el

tiempo lo diría.

Llamaron a la puerta y Carrie sonrió.

—Creo que tu futuro marido nos espera. Deja que vaya a por el abrigo y el bolso.

Me miré una vez más en el espejo y toqueteé el collar que Gabriel me había dado la noche anterior. Dijo que era mi amuleto de la suerte. Sabía que había escondido un rastreador dentro, no podía engañarme. Di un paso atrás y me recorrió un cosquilleo por todo el cuerpo.

A lo mejor el día de San Valentía era la ocasión perfecta.

Y nadie se atrevería a interrumpir una ocasión tan gloriosa por miedo a enfrentarse a la ira.

A mi ira.

Me di la vuelta y me encaminé hacia la puerta, que ya estaba abriendo Carrie.

Y, en esos pocos segundos, me di cuenta de lo preciosa que era la vida en realidad.

Alguien moriría hoy.

Y creía que iba a ser yo.

* * *

Gabriel

—Parece nervioso —dijo Bruno al acercarse.

—Sólo quiero terminar con esto de una vez. —Odiaba estos eventos tan pomposos, incluido el ensayar para una ceremonia que dudaba que fuese a tener lugar.

Según mi plan.

Era un juego peligroso, pero había que obligar a actuar a ese cabrón misterioso. Nos habíamos enfrentado a dos semanas de solo silencio en las calles, y las pérdidas en los negocios se estaban saliendo de madre. Habíamos apresurado la boda con la esperanza de que el cabrón se dejase ver. Casi me rio al pensar en cómo Sarah se había involucrado en cada uno de los pasos. Nunca pensé que se convertiría en mi socia en una situación peligrosa, pero ella misma insistió en ello.

Era una mujer fuerte como el acero.

Bruno esbozó una sonrisilla y metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacarse una petaca.

—Le he traído esto por si acaso.

Le lancé una mirada, resoplando, y empecé a negarme, pero ahora mismo me daba la sensación de que un chupito era justo lo que necesitaba. Tras darle un buen trago, reparé en Rick mientras se acercaba con una sonrisa enorme plasmada en la cara.

—Llegas tarde —ladré.

Alzó las manos en alto y me miró de arriba abajo.

—Eh, tío, alguien aquí tiene que trabajar. —Cuando extendió la mano para que se la estrechara, la acepté, contento de que hubiese podido organizarse para estar presente, retrasando unas más que merecidas vacaciones.

O eso me había dicho él mismo más de una vez.

Cuando me quitó la petaca de las manos para darle un trago y me la devolvió, no se lo discutí. Se había hecho cargo de la mayor parte de mis clientes, como si no se le costara nada hacerlo.

—¿Dónde está la encantadora novia? —preguntó.

—Con su hermana —consulté la hora en el reloj y le di otro trago. Y otro más.

—Veré qué puedo averiguar —me informó Bruno—. Intente disfrutar de esto, don Giordano. Es una ocasión especial.

Bruno había asumido la responsabilidad, permitiéndole a Dillon permanecer como el guardaespaldas a tiempo completo de Sarah, algo que ella aborrecía.

—No me puedo creer que de verdad vayas a hacer esto —dijo Rick de pasada.

—Llámalo karma.

—Llámalo destino.

Le lancé una mirada y ambos nos echamos a reír.

Me tensé cuando se acercó mi madre. Había notado sus pérdidas de memoria en los últimos días, la mirada interrogante de sus ojos cuando se instalaba la confusión. Al menos papá había cumplido con la promesa que le hizo y ya había reservado unos cuantos viajes para los próximos meses.

—Estoy orgullosa de ti, mi precioso niño —dijo, rodeándome con los brazos.

La apreté contra mí y la besé en la coronilla.

—Siempre has querido que sea feliz.

—A la gente rara vez se le concede una segunda oportunidad.

—Lo sé.

Se apartó, cogiéndome de los brazos y reparando en la petaca que tenía en la mano. Entonces, me guiñó el ojo antes de alejarse; podía notar lo nervioso que estaba.

Empecé a pasearme de un lado a otro mientras mi ansiedad iba en aumento. Cuando Rick recibió una llamada, casi me pongo a gruñir sin motivo.

—Eh, tengo que cogerlo, tío. Ahora vuelvo. El trabajo nunca descansa —explicó.

—Prepárate. Nos marchamos en menos de diez minutos, en cuanto llegue Sarah.

—Deja de preocuparte.

Como si fuera tan fácil.

Pasaron otros cinco minutos.

Consulté el reloj.

Cinco minutos más y se acabaría la espera.

—¿Dónde cojones está? —gruñí, sobre todo para mí mismo. Me encontraba en una iglesia, aunque no era en la que nos íbamos a casar. Aun así, me incomodaba. No había querido perder de vista a Sarah. El hecho de que me hubiese convencido para permitirle pasar unas horas con su hermana era algo normal.

Sin embargo, nuestras vidas eran de todo menos normales.

¿Y dónde coño había ido Bruno? Bebí un trago más y me guardé la petaca en la chaqueta. Necesitaba tener la mente despejada.

—Vendrá. Deja de preocuparte. —me dijo Maria.

—Llegan tarde —escupí, negando con la cabeza.

—Sólo son cinco minutos.

—No, algo va mal. —Saqué el móvil y marqué le número de Dillon. Cuando sonó cuatro veces, supe que mi instinto era correcto. Me dirigí de inmediato hacia Bruno, captando su atención. A pesar de que no quería entrar en pánico, mi sexto sentido me había estado recordando todo el día que esto era una mala idea—. ¿Por qué no responden? —le pregunté a mi soldado. Cuando no me contestó, el mundo pareció salirse de su eje. Le aplasté las manos contra el pecho, empujándolo fuera.

—¿Qué cojones haces? —exigió saber mi padre, siguiéndome, al igual que unos cuantos de mis soldados.

Cuando lancé a Bruno contra un lado del edificio, esbozó una sonrisa. Sin ningún asomo de duda, apreté el cañón de la pistola contra su sien.

—No puedes hacer esto —gritó Theodora—. ¡Estamos en una iglesia!

—¡Vuelve dentro! —salté yo, volviendo a centrarme en ese hombre en el que creía que podía confiar—. ¿Dónde está Sarah? ¿Qué le has hecho? —Todos los soldados tenían sus armas apuntadas hacia Bruno. ¿Cómo coño había pasado por alto que él era el verdadero traidor? Analicé mis recuerdos, dándome cuenta de que Bruno había estado en la posición perfecta para proporcionar información sobre los negocios y sobre mí, personalmente.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Maria, saliendo al exterior.

—¡Llevadlas dentro! ¡Ya! —espeté yo y dos de mis soldados se plantaron en seguida delante de mis hermanas.

—No he hecho nada más que darte algo para beber —dijo Bruno, riéndose hasta estando cara a cara con la muerte.

La petaca. Mierda, joder.

—Vuelve dentro, Theodora. Papá, es la jugada final.

Mi padre sacó su propia arma, obligando a los demás a volver dentro de la iglesia.

—Tienes tres segundos para decirme donde estás o vas a conocer a tu creador —rugí. Cualquiera que fuese el veneno que puso en el alcohol, sabía que empezaría a hacer efecto en cualquier momento. Tenía que llegar hasta ella. ¿Dónde coño se la habían llevado? ¿Qué cojones estaba pasando?

—Va a ser que no, jefe. Ah, espera, ya no eres mi jefe. Te alegrará saber que cuidarán bien de ella.

¿De qué demonios hablaba?

—Y va a haber boda, sólo que tú no estás invitado. —Al ver reír a Bruno, una sensación extraña se me asentó en el estómago.

Después, un conocimiento que había estado bloqueado tras años de enfado y culpa, pesar y dolor.

Apreté el gatillo, sin esperar a que su cuerpo cayese al suelo antes de girarme hacia mis demás soldados.

Escuché una voz en mi cabeza, una frase de hacía tiempo, pero una que al fin había recordado.

Y mi mundo empezó a derrumbarse.

Toda jungla tiene una serpiente…

* * *

Sarah

Oscuridad.

Nunca le había tenido miedo, pero, al abrir los ojos, la oscuridad me resultó aterradora. Me removí, tratando de recordar lo que había sucedido. Fue entonces cuando noté que estaba maniatada.

No entres en pánico. Piensa. Escucha.

Hice cuanto pude con el corazón latiéndome como loco, pero incluso tras parpadear unas cuantas veces y que mis ojos se acostumbrasen a la escasa luz, fui consciente de que estaba en peligro. Cuatro hombres habían irrumpido dentro del piso de Carrie, todos ellos portando armas. En cuestión de segundos, me cubrieron la cabeza con un saco oscuro y me sacaron a la fuerza, los gritos ahogados de Carrie son lo último que recuerdo.

Ay, Dios. ¿Le habían hecho daño? ¿Estaba viva siquiera? Me puse a temblar, haciendo cuanto pude por no caer rendida y respirando hondo unas cuantas veces.

¿Qué era ese olor?

Me atreví a respirar profundamente y noté que olía a rosas. Debía de haber cientos de ellas para que su fragancia resultase tan intensa. Al principio me resultó intoxicante.

Después, me revolvió el estómago.

¿Qué cabrón enfermizo me había rodeado de tantas flores?

Piensa. Piensa.

No había visto nada, pero había escuchado la voz de Dillon. Seguida de un disparo.

A medida que empecé a sentir pánico, retorcí el cuerpo hasta que fui capaz de sentarme e intenté discernir qué me rodeaba. Después, noté que salía luz de una fuente lejana. Mientras continuaba intentando respirar y obligaba a mis ojos a enfocar la mirada, se asentó en mí una sensación extraña. Seguía dentro de una iglesia, el brillo que veía unos metros por encima de mi cabeza indicaba que había una vidriera. Giré la cabeza, notando que había varias más. Sabía que no me equivocaba, era una iglesia, pero ¿dónde?

Gimiendo, intenté ponerme de rodillas, el cuerpo me dolía cada vez que lo movía. Al menos tenía las manos atadas por delante, pero, al pelearme con las ataduras, la quemazón por las rozaduras que me provocaron las cuerdas fue instantánea.

No iba a llegar a ninguna parte.

—¡Ayuda! —grité, a pesar de saber que era una acción tan absurda como peligrosa. El silencio resultó ensordecedor. Grité aún más fuerte, consiguiendo al fin ponerme en pie. Me temblaban todos los músculos, pero conseguí dar un paso al frente, casi cayéndome en el intento. Había unos escalones. Me giré, las sombras que se cernían sobre mí eran irreconocibles. Si esto era una iglesia, ¿qué coño hacía yo aquí?

Recordé el cuchillo sujeto a mi pierna, pero, tal y como tenía atadas las muñecas era imposible alcanzarlo. Si pudiese moverme lo suficiente para que se precipitase al suelo, tal vez podría encontrar una forma de liberarme.

Antes de tener la ocasión de intentarlo, escuché unos pasos que se aproximaban, unos fuertes ruidos sordos que resonaron dentro de mí. Me tensé, respirando de forma superficial y todavía luchando contra las cuerdas.

Cuando se encendieron una serie de luces, me cegaron e hice una mueca mientras parpadeaba repetidas veces. Quienquiera que fuese quien se acercaba parecía disponer de todo el tiempo del mundo.

Se escuchaban más pasos a ambos lados, varios, y su pesadez indicaba que eran hombres. Podría jurar que estaban caminando para formar fila, como si fuesen… soldados.

Se me aclaró la vista, mostrándome que había estado en lo cierto. Me encontraba dentro de una iglesia pequeña, los bancos de madera estaban justo delante de mí. Madre mía, me habían situado en el altar. Cuando me di la vuelta en un círculo completo, me embargó el terror. Había rosas rojas por todas partes y pétalos desperdigados por la alfombra blanca del pasillo, como si la niña de las flores los hubiese dejado caer con cuidado.

Me fijé en un cojín de satén rosa con dos anillos sujetos con un lazo blanco.

Iba a haber una boda después de todo, sólo que el novio no iba a ser Gabriel.

Esos únicos pasos se aproximaron aún más y yo reuní el valor para darme la vuelta, conteniendo el aliento. No reconocía a la persona que tenía delante, al hombre que sostenía una pistola en la mano como si nada, pero no me cupo duda de que era malvado. Incluso la expresión en su cara me robó el aliento. Su sonrisa era torcida, tenía los ojos clavados en los míos y la mirada de un hombre loco. Iba vestido con traje oscuro, camisa blanca y una rosa roja en el ojal.

Iba vestido para una boda.

—Qué novia tan bonita —habló—. Y no cabe duda de que el rojo es tu color. Creo que es de lo más apropiado para una unión profana, ¿no estás de acuerdo?

—¿Tú quién coño eres?

—¿De verdad importa?

—Sí —siseé, todavía peleándome con las ataduras. Al gilipollas pareció divertirle que lo intentara.

—Digamos que, en los últimos años, me hice muy íntimo de tu antiguo prometido.

—¿Qué le has hecho?

Respiró hondo y contuvo la respiración durante unos segundos.

—Digamos que los músculos deberían empezar a fallarle ya mismo, y que sus órganos le seguirán después.

Dios mío, había envenenado a Gabriel. El rastreador. Ay, Dios, ya no sentía el peso del collar.

—Si estás intentando averiguar si tu amado vendrá a por ti, tenía el presentimiento de que se aseguraría de que estuvieses protegida de todas las maneras posibles. Verás, llevo estudiándolo a él y a toda su familia desde hace años. No tenía nada más que hacer ya que su padre mató a mi familia.

—Todo esto es por venganza.

¿De qué cojones estaba hablando?

—La venganza resulta muy dulce cuando se sirve fría —dijo, y podría jurar que se estaba desmoronando.

Me mordí el labio inferior y escaneé la zona para ver de qué forma podría huir de él.

—Bueno, como iba diciendo, el collar está tirando en alguna parte. Sólo por si acaso. Soy un hombre concienzudo. —Se acercó todavía más—. Traed al cura.

Uno de sus hombres reaccionó al instante, saliendo por otra puerta.

—Lo cierto es que iba a limitarme a matarte, pero entonces vi lo preciosa que eras, a pesar de que destruyeses mis planes de matar al hermano de Gabriel. Entonces se hizo la luz y supe cómo

hacerle el mayor daño posible: haciéndote sufrir a ti.

—¿De qué hablas?

—Del accidente. Qué rápido se te olvidan las cosas, deja que te refresque la memoria. Engañé a Luciano Giordano para que saliese aquella mañana. Le dije que Joseph Moretti planeaba atacar a su hermana. No hizo falta nada más que eso. Después iba a tener el placer de torturarlo antes de meterle un tiro entre ceja y ceja, ¡pero tú lo jodiste todo! —Su grito sonó estrangulado, un indicio de lo enajenado que estaba. Nada de esto tenía sentido.

Permanecí callada, sin saber qué hacer mientras él me fulminaba con la mirada durante unos cuantos segundos. Después, su expresión paso a ser de lujuria mientras se pasaba la lengua por los labios.

—Vas a ser toda mía. Imagínate todas las guarradas que voy a hacer contigo. Te aseguro que, para cuando termine contigo, suplicarás por tu muerte, pero no dejaré que llegue. Cuando Gabriel respire su último aliento antes de verse arrastrado al infierno, estoy seguro de que pensará en ti. Una vez no fue suficiente. Ahora he dado con la venganza definitiva.

En medio de sus divagaciones, fui consciente de lo que estaba reconociendo.

—¿Fuiste tú quien mató a su prometida hace tantos años?

Se rio y el sonido hizo eco en la iglesia.

—Sí, ¿sabías que estaba embarazada?

Eso no podía ser cierto, ¿verdad que no?

—Oooh, ¿eso no te lo contó? Bueno, no importa —Dio un paso al frente y su mirada acalorada me recorrió el cuerpo.

Me sentí enferma, apenas era capaz de mantenerme en pie.

Arrastraron al cura al altar, con una expresión de terror grabada en la cara.

—Bien, ya podemos dar comienzo a la ceremonia. Con suerte, podré presumir de mi nueva novia antes de Gabriel abandone este mundo.

Gabriel, ¿dónde estás?

Llamé a gritos en mi mente al hombre al que amaba, caminando hacia atrás hasta que choqué con una baranda.

El imbécil meneó el dedo, haciendo un sonido de negación con la boca y acortando las distancias.

Tiré con más fuerza, ignorando el dolor punzante; las cuerdas se aflojaron, pero no lo bastante. Aun así, me negaba a rendirme.

—Sigue resistiéndote. La verdad es que las prefiero peleonas, aunque eso no va a cambiar nada. Padre, prepárese para casarnos.

Vi algo moverse con rapidez por el rabillo el ojo y se me aceleró el corazón. Cuando atisbé a

Gabriel, casi me echo a llorar, delatando su presencia. Él enfocó la mirada en mí, entrecerrando los ojos. Tenía la sensación de que me estaba diciendo que me quedase exactamente dónde estaba. Me mordí el labio mientras lo veía acercarse para evitar romper en llanto.

—No tan rápido, hijo de puta. Sarah es mía. —Gabriel mostraba una fachada exterior calmada, totalmente controlado, pero percibía que su rabia estaba fuera de control. Sostenía su pistola con firmeza y una sonrisa le curvaba los labios.

El hombre se echó a reír.

—No por mucho tiempo. —Se movió hacia mí y yo me eché hacia atrás.

—No sobrevivirás a esto, Rick —añadió Gabriel. Sujetaba el arma con ambas manos y la expresión en su cara era de lo más decidida, pero, cuando se movió hacia el frente, pude percibir que el veneno que le habían dado estaba empezando a hacer efecto y sus pasos eran inestables.

Me tragué mi exclamación de asombro al oír la voz de Gabriel. Me había encontrado, ¿cómo? Sacudí los brazos, impresionada de casi haber conseguido liberar una mano. Mientras Gabriel se acercaba, estalló un tiroteo y los soldados del hombre misterioso se vieron incapaces de reaccionar a tiempo. Mientras la sangre salpicaba las paredes, no pude evitar proferir un chillido.

Estaba tirando de la cuerda y retorciéndome el brazo, cuando Rick me agarró y me envolvió la garganta con el brazo.

Mantente tranquila. Sigue tirando.

Intenté moverme lo mínimo mientras Gabriel continuaba caminado hacia el frente, luchando contra el veneno con todas sus fuerzas.

Rick apretó el cañón contra mi cabeza justo cuando yo conseguí liberar una mano.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel.

—Porque tu padre mató a mi mujer —siseó Rick.

Gabriel abrió los ojos como platos.

—Por el amor de Cristo. ¿Todos estos años estabas esperando para vengarte?

—Quería que sufriera hasta el último de vosotros, puta chusma.

—Mandaste que pegaran a mi hermana.

—Sí, lo habría hecho yo mismo, pero tenías que pensar que los Moretti eran los responsables.

Gabriel se tambaleó, casi dejando caer su arma, cuando varios de sus soldados se aproximaron. El pecho le pesaba al respirar y no me cupo duda de que los músculos empezaban a fallarle.

Rick ladeó la cabeza y me agarró con más fuerza. Me arriesgué a deslizar una mano entre las piernas y conseguí tocar el mango del cuchillo.

—Suéltala. Jamás lograrás salir de aquí con vida. —Incluso la voz de Gabriel se veía afectada. Tenía que ir a un hospital o iba a morir.

La tensión iba en aumento y los soldados se acercaron más.

—Pues moriré sabiendo que exhalaste tu último suspiro viendo como tu encantadora prometida exhalaba el suyo. —Tras unos segundos, Rick silbó.

Y se desató el infierno, con soldados enemigos irrumpiendo en la sala.

Estallaron disparos desde cada esquina; los soldados de Gabriel se tiraron al suelo y rodaron, y unos cuantos cayeron mientras unos soldados vestidos de negro entraban en la iglesia.

Gabriel se lanzó hacia delante, su rugido parecía de otro mundo. Era ahora o nunca.

Me hice con el cuchillo y retorcí y clavé la hoja en el estómago de Rick. Éste se precipitó hacia atrás, soltándome, y yo me tiré al suelo, todavía sin dejar de sujetar el cuchillo.

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Los disparos sonaban cerca. Jadeando, me alejé de allí a gatas, esforzándome por ponerme en pie.

—No tan rápido —siseó Rick, tirándome del pelo. Cuando me dio la vuelta, lo único que pude ver fue la sangre manando del pecho de Gabriel. Se encontraba tirado en el suelo, luchando contra la droga y el dolor e intentando llegar hasta mí.

El cuchillo de me cayó de la mano cuando Rick apuntó con la pistola.

—¡No! —Mi grito sonó ahogado y vi pasar mi vida por delante de los ojos.

—Lo siento, princesa. Podríamos haber disfrutado de un tiempo juntos. —Rick se rio y todo cuanto pude hacer yo fue gritar el nombre de Gabriel.

—¡Gabriel!

¡Pum! ¡Pum!

Todo sucedió a cámara lenta y lo único que podía oír era el eco de los disparos y el latido irregular de mi corazón.

Y el bramido que profirió Gabriel cuando moví la cabeza. Se encontraba de rodillas y con la pistola apuntando a Rick. Sonaron más disparos.

Entonces, él cayó hacia delante y Rick se desplomó hacia atrás.

—¡No! ¡No! —Me tambaleé sobre el suelo cubierto de sangre con el cuerpo tembloroso. Envolví a Gabriel entre mis brazos y le acuné la cabeza con las manos mientras los disparos continuaban —. Quédate conmigo. Estoy aquí mismo.

Abrió los ojos y consiguió alzar un brazo para acariciarme la mejilla con los dedos.

—A salvo.

—Estoy bien. Tú respira, cariño. Respira. Necesito ayuda, ¡por favor!

—Te… quiero.

Cuando se le cerraron los ojos lentamente y se le aflojaron los brazos, eché la cabeza hacia atrás y grité.

CAPÍTULO 19

Capítulo diecinueve

Gabriel

Seis semanas más tarde

Morir.

Era un pensamiento que ya no me acompañaba, aunque en este día recordaba lo preciada que era en realidad la vida. Una vez más. Puede que esta vez dejara que me calase en el cerebro que no podía desperdiciar ni un maldito día más.

Plantado en el umbral de la puerta, lo único en lo que podía pensar era en devorar ese cuerpecito tan sexy de Sarah. Tenía la polla como un mástil y los testículos tensos y sabía que no sería capaz de contenerme de hacerla mía tal y como había hecho sólo unas horas antes.

Todavía me costaba procesar todo lo que había pasado, a Rick le había llevado años perfeccionar su plan de venganza. Había contratado a unos cuantos mercenarios para ayudarle con su misión y dada su profesión podía permitirse pagarles.

También ayudaba el estatus de su familia dentro de la Bratva.

Si hubiese recordado antes ese dicho suyo que tan a menudo usaba cuando perdía un trato o se desplomaban las acciones, puede que se hubiesen salvado docenas de vidas.

Toda jungla tiene una serpiente.

Rick había mandado avisos a propósito y yo los había ignorado debido a mi propia necesidad de venganza. Yo había actuado según su plan tras la muerte de Luciano. Su odio por mi familia había nacido el día en que mi padre cometió un error y las vidas «inocentes» que se perdieron incluyeron a la mujer de Rick,

El hecho de que hubiese asesinado a Mary y a nuestro bebé nonato había sido demasiado que

procesar, pero él había usado el conjunto de esas tragedias para acercarse lo suficiente como para aprender demasiada información sobre mi familia. Y yo lo había permitido, me había descuidado.

Y, por ello, mi familia se había visto en peligro. Desde el catastrófico suceso en la iglesia donde se casó, había averiguado que su familia era poderosa, sus raíces rusas le concedieron acceso a los soldados que había contratado. Y la Bratva había estado detrás, a su padre se le consideraba el segundo al mando del Pakhan.

La sed de venganza de Rick había puesto en marcha una cadena de eventos y la Bratva lo había usado en beneficio propio, atemorizando a cualquiera que se entrometiese en su camino. A pesar de que había trabajado con los Moretti en limpiar las calles de tantos miembros de la Bratva como fuese posible, no era más que una solución provisional. Éstos continuarían con la guerra, yendo a por una segunda ronda de venganza y buscando obtener las mayores ganancias en su territorio. Lo que me sorprendió fue lo reactivo que Nico había mostrado ser en su nuevo papel como Don de la familia, ahora que su padre había empeorado.

Los eventos habían sido una revelación, obligándome a aceptar todavía más mi nueva posición. Había perdido a unos cuantos buenos hombres, pero Dillon se había salvado, aunque había pasado dos semanas en el hospital con una herida de bala en el pecho.

De no haber tenido a mi Florence Nightingale a mi lado, habría muerto, ya que el veneno estuvo a nada de acabar con mi vida. Rick lo había planeado todo muy bien, echando mano de su paciencia como su mayor arma mientras yo actuaba impulsado por el enfado y la culpa.

Una lección valiosa que no olvidaría.

Sarah se dio cuenta de mi presencia al fin cuando estaba terminando de maquillarse, los ojos se le iluminaron bajo la luz del baño al mirarme a través del espejo.

—Estás arrebatadora —le dije entrando al baño, invadiendo su espacio y presionando el peso total de mi cuerpo contra ella.

—Tú también estás bastante arrebatador —ronroneó.

Deslicé las manos por sus brazos, embebiéndome de su perfume. Le restregué la entrepierna contra el culo y ella tembló, arrugando la boca.

—No tenemos tiempo.

—Siempre tenemos tiempo —contesté antes de bajar la cabeza y acariciarle el cuello con la nariz. Era cálida y suave, perfecta en todos los sentidos.

Y era toda mía.

Intentó empujarme y yo le levanté la tela del vestido sobre el culo, presionando la mano entre sus piernas.

—Pueden esperar.

—No, no pueden. Además, está aquí mi hermana.

—Ajá. Ella también puede esperar. —Le hice a un lado el tanga y conduje dos dedos al interior

de su canal apretado.

Sarah aplastó las manos contra la encimera del lavabo, gimiendo y abriendo las piernas.

—Qué malo eres.

—No, aquí quien es una chica muy mala eres tú, recuérdalo. —Le mordí el lóbulo de la oreja y moví la otra mano hasta mi cremallera. La penetré con los dedos mientras ella se contoneaba contra mi mano.

—Esto no es justo.

—La vida no es justa, ¿recuerdas? Pero tú tienes que hacer todo lo que yo te diga.

Se sonrojó, mordiéndose el labio inferior y con los ojos entornados.

—Sí, señor.

Cuando mi polla se vio libre, no perdí tiempo en introducir todo el miembro en su dulce sexo. Su gemido fue música para mis oídos, la forma en que su cuerpo se acoplaba al mío arrastraba a la bestia fuera de su madriguera otra vez. La aparté de la encimera, la agarré de las caderas embistiéndola fuerte y profundamente y sus músculos se contrajeron a mi alrededor.

—Ay, Dios —susurró, aplastando las manos contra el cristal y arqueando la espalda. No me quitó los ojos de encima mientras me la follaba, tomándome mi tiempo para llenarla por completo. Podría hacer esto durante horas, mi deseo nunca se saciaba.

Jadeando, se empujó contra mí con la mirada vidriosa y retorciendo la boca.

—¿Qué quieres? —murmuré.

—Sigue follándome. Más fuerte.

—Sí, cariño. Eso haré. —Me estrellé contra ella y el impulso la arrastró contra el borde de la encimera. Me apoyé en las puntas de los pies, ambos estábamos sin aliento y el vapor de nuestras respiraciones combinadas empañaban el espejo. La embestí con brutalidad, apenas capaz de contenerme.

—Más. Más fuerte.

Cada petición suya me arrastraba a los confines de la cordura y mi deseo sólo iba a más. Adoraba a esta mujer, haría cualquier cosa para protegerla. Unos segundos más tarde, noté que se acercaba al orgasmo. Echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta de par en par y sus gemidos inundaron el baño.

—Eso es, córrete para mí. Córrete para mí, ¡ahora!

Empezó a temblar y se saltó unas cuantas respiraciones a medida que los músculos se le contraían y relajaban unas cuantas veces. No había nada cómo ver el éxtasis reflejado en su cara. Se me contrajo el pecho, se me aceleró el pulso y me convertí en un hombre salvaje, follándola largo y tendido mientras un orgasmo se convertía en otro.

—Sí. ¡Sí!

Dios, me encantaban sus gritos.

—Gabriel, más fuerte, por favor.

Se me tensaron los músculos y se me acumuló el sudor en la frente mientras continuaba penetrándola lo más hondo posible. Sólo cuando se abandonó contra la encimera, me permití a mí mismo llegar al orgasmo. Cuando el cuerpo me empezó a temblar, me dejé ir al fin, llenándola con mi semen.

Después me incliné sobre su cuerpo esbelto, posando las manos sobre las suyas y entrelazando nuestros dedos mientras tratábamos de estabilizar nuestra respiración.

—Preciosa. Mía. Para siempre.

Ella adoraba escuchar esas cuatro palabras..

La mantuve en la misma posición durante unos minutos antes de retirarme, esbozando una sonrisa al ver cómo trata de recuperarse. Me saqué una caja del bolsillo y se la pasé por encima del hombro.

—Ya me has dado demasiado —dijo, aceptando el regalo.

—Esto es algo diferente. —Me pasé las manos por el pelo y me ajusté la ropa mientras ella abría el regalo.

—Es un collar precioso —susurró, lanzado una mirada al espejo.

Se lo cogí de la mano, colocándole la fina banda de plata al cuello, coronada por una única joya: un bonito rubí.

—No es un collar cualquiera, mi dulce sumisa, es una muestra de tu sumisión. Ahora todo el mundo sabrá que eres toda mía.

—¿Eso te convierte en mi amo? —preguntó con tono juguetón mientras yo cerraba la gargantilla.

—Sobra decirlo. Cada infracción que cometas recibirá un castigo propicio. —Para dejarlo claro, la azoté tres veces en el culo, riéndome cuando ella profirió un gritito—. Arrebatadora.

—Es precioso.

Di un paso atrás y le tendí la mano.

—Hora de irse. Los invitados nos esperan.

—Oh, no. Antes necesito asearme un poco.

—No está permitido. Quiero que apestes a mí.

—Eres incorregible.

—No, sólo exigente. —La cogí de la mano, ignorando sus quejas mientras intentaba soltarse. Sarah sabía que no pasaría, nunca la dejaría marcharse.

Tanto Shadow como Goldie ladraron unas cuantas veces, meneando la cola de felicidad. Se habían apegado mucho y se negaban a dormir en ningún sitio más que la cama.

No lo habría querido de ninguna otra forma.

Mientras la arrastra por las escaleras, siguió luchando conmigo y no pude más que sonreír.

El día era más cálido de lo esperado, las flores de primavera florecían en el jardín y la tormenta de las primeras horas de la mañana había dado paso a un sol radiante. Era un día perfecto para una boda.

Dejó de resistirse en cuanto salimos de la casa. Este sería nuestro último mes aquí, su sugerencia de vender la propiedad tenía mucho sentido. Habíamos encontrado un nuevo hogar juntos, uno mucho más pequeño, pero con espacio suficiente para formar una familia. Había visto una emoción tan intensa en la cara de Sarah cuando me preguntó por mi hijo nonato, luchando contra las lágrimas mientras me permitía llorar su pérdida por segunda vez en la vida. Sarah había sido mi ancla, una mujer que me quería contra todo pronóstico.

A lo mejor el karma por fin se había inclinado a mi favor.

—Es perfecto —susurró—. Tal y como Maria deseaba.

—Y todo porque tú lo hiciste realidad. —El hecho de que mi padre hubiese dado su bendición a la boda entre mi hermanita y mi segundo al mando era tan sorprendente como su reciente cambio de actitud. Con la enfermedad de mi madre estable por el momento, se había decidido a disfrutar de su jubilación, sintiéndose seguro de que tenía un hijo capaz de llevar las riendas del negocio con mano firme.

—Tú también tuviste algo que ver —ronroneó y me plantó un beso en la mejilla, soltándose al fin de mi mano—. A lo mejor un día de estos podemos tener nosotros una boda así de preciosa.

—Ya veremos.

No tenía ni idea de que volaríamos a Italia en diez días y que había una celebración planeada, incluidas nuestras nupcias delante de mis abuelos. Tanto mi familia al completo como la de ella estarían presentes, con todos los gastos pagados.

Hasta su padre.

Me había decidido por no entregarlo a los federales ni reducirlo a pedacitos. No me serviría de nada. Su papel en el asunto había sido mínimo, sólo tenía que aumentar sus niveles de persecución contra nosotros a cambio de dinero, pero sus actividades delictivas en otros derroteros superaban con creces lo de aceptar un soborno. Sin embargo, ya no iba a la caza de mi familia y había escogido una nueva víctima a la que dedicarle sus sermones políticos. Le habían aconsejado que hiciese eso mismo más de una vez. Además, tenía sus propios problemas de los que ocuparse, como su divorcio inminente.

El evento resultaría catártico, llevando el pasado al presente y tal vez aplastase a los demonios que llevaban atormentando a mi familia durante años.

Cuando contemplé el océano, casi pude sentir la presencia de Luciano. Habría disfrutado de este día. Theodora tenía una sonrisa resplandeciente en la cara, Nico era su acompañante y parecían felices, aunque mantendría un ojo puesto en él hasta estar seguro. Mi madre sonreía más de lo que le había visto hacer en mucho tiempo, su medicación la ayudó a planificar la boda con facilidad.

Maria estaba radiante, incapaz de dejar de reír. Al menos, con esta boda, se quedarían en el país tanto ella como el bebé que esperaba.

Después, estaba mi padre, sacando pecho mientras saludaba a los invitados influyentes uno por uno.

Hoy era un buen día.

Dillon se me acercó, los nervios consumían su habitual expresión tosca. Cuando extendió la mano, lo acerqué a mí para darle el típico abrazo de oso familiar, dejándolo a cuadros.

—Joder, ahora eres de la familia —le dije antes de apartarme.

Sonrió, asintiendo, mientras giraba la cabeza para echarle otro vistazo a la futura novia.

—Gracias por todo.

Dillon le había salvado la vida a Carrie y después había velado por mí en el hospital, a pesar de las insistencias de su médico en que guardase reposo. Le debía mucho por su lealtad.

—Te quiere —le dije.

—Soy un hombre afortunado.

—Sí que lo eres, no lo olvides —bromeé—. Yo también lo soy. —Vi como Sarah se alejaba de la multitud para volver a mi encuentro con una sonrisa radiante.

—No se preocupes, Don Giordano. Si eso sucede, estoy seguro de que me lo recordará —dijo riéndose.

—Gabriel.

—Hoy no. Hoy representa a mi familia.

Lo miré a los ojos, sintiéndome honrado por el nivel de respeto. No me merecía una segunda oportunidad, pero me sentía agradecido de que se me hubiese concedido.

Hice una promesa más ese precioso día, que no desperdiciaría ni un minuto de mi vida.

—Creo que es hora. —Le di un codazo y sonreí cuando se secó las manos en el traje.

—No dejaré que le pase nada. Jamás —afirmó con convicción.

—Sé que así será.

Cuando él se alejaba y los otros se reunieron cerca de la carpa, Sarah echó a andar hacia mí y su sonrisilla me provocó un deseo renovado una vez más. Me envolvió la cintura con los brazos y levantó la cabeza para contemplar el cielo.

—Mira, hay un arcoíris.

Ladeé la cabeza y la pegué más a mí. Siempre habría enemigos y tendría que ocuparme de ellos. No obstante, ya no mandarían sobre la organización ni mi familia.

—Es precioso. Igualito que tú.

Se rio, aferrándose a mí.

—El arcoíris representa la esperanza, el renacer de la vida. Siento que eso es lo que ha pasado. Renacimos y nuestras vidas se combinaron en una.

—Mi pequeña soñadora.

—No, sólo soy una mujer que al fin ha encontrado el amor.

Mientras daba comienzo la ceremonia, presté atención a los colores que se iban desvaneciendo. Yo no era ningún romántico, pero me lo tomé como una señal.

Todo pasaba por una razón.

El amor había conseguido triunfar sobre el mal y la muerte.

Y yo nunca olvidaría el regalo de que se me concediese una segunda oportunidad.

Fin

POSTFACIO

Stormy Night Publications le agradece su interés por nuestros libros

Si le ha gustado este libro, o incluso aunque no le haya gustado, le quedaremos muy agradecidos si deja un comentario en la página web en la que o adquirió. Tales comentarios aportan datos de mucho interés para nosotros y nuestros autores, y sus reacciones, tanto las positivas como las que incluyen críticas constructivas, nos permiten trabajar mejor para ofrecer lo que a los clientes les gusta leer.

Si desea echar un vistazo a otros libros de Stormy Night Publications, si quiere saber más sobre la editorial o si desea unirse a nuestra lista de correo, visite por favor nuestra página web:

http://www.stormynightpublications.com

MAESTROS DE LA MAFIA

El Pago es Ella

Caroline Hargrove piensa que es mía porque su padre tiene una deuda conmigo, pero no es esa la razón por la que ahora está a junto a mí en mi coche con el culo irritado por dentro y por fuera. Está húmeda y recién usada, y viene conmigo lo quiera o no porque he decidido que quiero tenerla, y yo me quedo con todo lo que quiero.

Por ser hija de un senador probablemente pensaba que ningún hombre se atrevería a ponerle la mano encima, y mucho menos azotarle el culo a conciencia y poseer su precioso cuerpo de las formas más desvergonzadas imaginables.

Estaba equivocada. Pero que muy equivocada. Tendrá que aprender, y no voy a ser amable enseñándole.

Amazon

Ella es la garantía

Francesca Alessandro soló iba a ser una garantía, un rehén para que su padre supiera que no debía jugar conmigo. Pero intentó desafiarme. Terminó dolorida y empapada cuando le di una lección con el cinturón y después gritando salvajemente cada vez que se corría mientras le enseñaba que debía obedecerme de una forma mucho más vergonzosa..

Ahora es mía. Mía para tenerla conmigo. Mía para protegerla. Mía para utilizarla tan a menudo y tan salvajemente como yo desee.

Amazon

OTRAS OBRAS DE PIPER STONE

El Don

Maxwell Powers entró en mi vida después del asesinato de mi padre, pero en cuanto sus penetrantes ojos azules se fijaron en los míos, supe que haría algo más que vengar a su viejo amigo.

No le he visto desde que era una niña, pero eso no le impedirá inclinarme y azotarme el trasero desnudo... o hacerme gritar su nombre mientras reclama mi cuerpo virgen.

Me dobla la edad y es mi padrino.

Pero sé que esta noche estaré empapada y lista para él...

Amazon